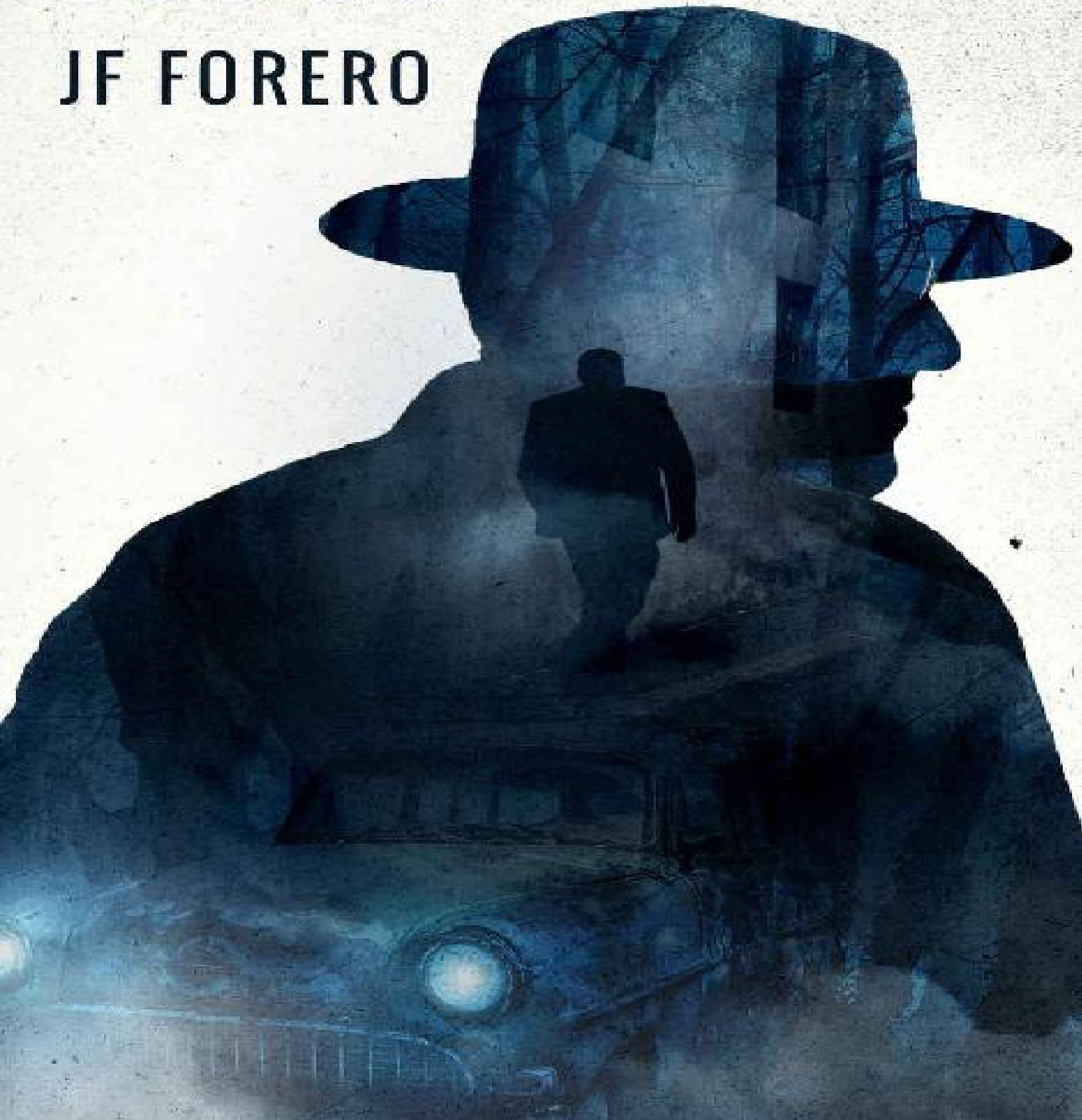


# EN TIERRA DE LOBOS

JF FORERO



En tierra de lobos

JF FORERO

Copyright © 2018 Juan Felipe Forero  
Todos los derechos reservados  
Diseño de portada por: Andreea Arbanaş

*Para Stephy*

Un hombre le dispara a otro a las afueras de la ciudad. Lo mata en el mismo agujero en el que se abandonan perros y basura; junto a una vieja fábrica desocupada de ventanas rotas y puertas selladas, donde se aglomeran los adictos y los callejeros a dormir o a apestar, consumiendo altas dosis de drogas a base sucia de cocaína y a morirse en los rincones como animales enfermos.

–La gente dice que este tipo de cosas pasan porque hoy en día sales a las calles, a esta hora, miras al cielo y no se puede ver más que nubarrones grises. Como si ver las estrellas tuviera relación con algún problema.

Estoy con Marcos esta noche. No dice mucho, sólo me ve encender un cigarrillo tras otro mientras voy arrojando las colillas al prado, para finalmente pisarlas como hace la gente corriente; ocultando con el humo que sale de mi boca el miedo que me traga la cara.

Marcos tiene ojos grandes, cabello largo ondulado y algo rojizo que le cae sobre la cara. Lleva una barba dispareja de hace días que le ayuda a mantener el estatus a su profesión, pero por lo demás no luce peligroso. Entre el tipo de gente que he llegado a conocer, Marcos es uno de los buenos.

–Si lo que esperas es sentirte mejor sobre tu papel en el mundo con tan sólo dedicarte a ver estrellas, pues puedes quedarte toda la siguiente noche a mirar y a seguir esperando. No vas a ver nada – le digo.

El reloj nos dice que son pasadas las once y que la noche se puede poner más oscura y fría. Marcos, así como yo, mira hacia al cielo, con las manos en los bolsillos y emitiendo manadas de humo tibio por la boca. Él no fuma.

No se pueden ver las estrellas esta noche.

Quizá Marcos no siente el frío penetrante de media noche o sólo aparenta

fortaleza sobrehumana. Él camina tranquilo sobre el prado, en tanto mi pellejo se aferra a mis huesos y mis labios se tornan morados y secos. Tiemblo y me muevo lo más que puedo para generar algo de calor.

–De las peores estupideces que alguien podría decirte es que ponerte a ver estrellas te va a hacer sentir mejor sobre algo, sobre ti mismo. – Le digo y tomo un trago de cerveza – Saca a algún viejo a la calle, a tu abuelo, a ver las estrellas y te va a decir que es la misma idiotez que ha estado viendo desde que era niño, cuando su padre lo golpeaba siguiendo la rutina y su madre con esa sonrisa en su rostro como si todo estuviera bien. Como si la gente no muriese de hambre afuera, ahogando a los bebés para que el tiempo nos los acabe despacio, mientras el resto sobrevive comiéndose a los caballos. – Arrojo la botella vacía de cerveza a lo lejos y un sonido brusco nos dice que se ha destruido – Eso es lo que te va a decir, a no ser que le dé una pulmonía o algo que les da a los viejos y se muera por el jodido frío, lleno de arrugas y con meados encima.

–¿Eso fue lo que te dijo? – pregunta Marcos, seco como siempre.

Voltea a verme, se soba el rostro con los guantes negros que le cubren las manos y me mira.

–¿Qué? ¿Quién? – pregunto.

–El viejo. El señor Casillas.

–¿Crees que Ramón Casillas me habló sobre las estrellas?

–Sobre la gente comiéndose a los caballos en las calles.

–No. No – Le digo – Eso me lo dijo mi abuelo. Hace años. Me contó que él mismo vio a varios hombres destrozando a un caballo en plena calle, al frente de su casa, llevándose pedazos de carne para alimentar a sus familias. Me dijo que vio a su padre entrar a la casa con las manos y la camisa llenas de sangre y viseras. Cargaban la carne en las manos porque no había tiempo para ser más discretos y menos salvajes; los estaban bombardeando en todo momento por esos días.

–¿Y entonces que dijo el señor Casillas?

Me giro esquivando la mirada de Marcos, negando con la cabeza.

–Eres un hijo de puta, Marcos – digo con voz chillona.

–Sólo es una pregunta.

Avanzo paso a paso hacia donde el prado es más alto y abultado, donde hay más hierba y basura, colillas de cigarrillo y mierda de perro. Marcos me sigue al mismo ritmo, mirando donde pisa.

–Me dijo que yo era un buen muchacho. Me pidió un vaso de agua, se lo di

y me dijo que yo era un buen muchacho. Que aún tenía futuro y todo eso. El viejo Casillas, como siempre, con la perfecta frase.

–Como siempre.

–Me mostró fotografías de su hijo y de sus nietos.

–¿Y luego qué pasó?

Me detengo y enfrento a Marcos. Saco el revólver de mi abrigo y lo peso en mi mano.

–Pasó que lo apuñalé en el vientre, dos veces. Y luego lo apuñalé en el costado, esperando que se desangrara más rápido. No quería cortarle la garganta ni nada de eso.

Marcos se queda callado, sólo me mira a los ojos. El pelo le cae desordenado sobre la frente y hondea ante leves briznas de viento de media noche. Y yo le digo:

–Dejé que bebiera algo de agua. Sólo quiso beber medio vaso, aunque sabía que era el último. Se bebió sólo la mitad. Dejé que me dijera como se llamaba su nieto más pequeño, y me contará sobre él. Y sobre la chica, su nieta, Alicia, o como se llame. Yo no tenía por qué hacerlo, no tenía por qué escuchar a ese viejo mafioso contarme sus cosas, pero lo hice, Marcos. Lo escuché.

Y luego lo maté, pero eso no lo digo en voz alta.

Le entrego el revólver a Marcos y él lo toma inseguro.

–Ve donde de Flora, dile que vaya a mi casa y que saque mis cosas, que las regale o que haga lo que quiera con ellas. Le dejé una nota en la mesa de la cocina que sólo ella puede leer. Olvidé lavar los platos, así que dile que me perdone. Hay dinero en el armario detrás del televisor para pagar la renta. Toma. –Le entrego un pequeño papel con un número – Llama a mi madre y dile lo que quieras. Dile... dile que estoy muerto, pero que no suene tan fuerte. Dile que la quiero y eso... Que la extraño. No la perturbes, Marcos. No tanto. No a mi madre.

–No lo haré.

–Bien. – Suspiro – Sabes que te pagarán por esto.

Marcos asiente levemente con la cabeza, sin abrir la boca.

–Bueno. Entonces, eso es todo.

–Eso parece.

–Ve mañana donde Flora. – Le repito.

–Mañana iré.

–Bien.

No sé lo que debería decir. Todo esto es bastante confuso y no quiero darle tantas órdenes a Marcos. No estoy acostumbrado a ir dando órdenes. Y aunque debo decirle algo, una señal para que lo haga y salgamos de esto, no lo hago, y le pregunto si ha seguido teniendo pesadillas.

–Sí – dice Marcos –. Pero ya se volvieron más que pesadillas. – Mira hacia el cielo y dice – pero tú ya sabes cómo es eso.

No digo nada. Y me quedo mirando la cara de Marcos, y él se queda allí emitiendo aire tibio por la boca.

–Adiós, Lucas – dice él hundido en calma.

Echo un vistazo a mi alrededor escuchando el viento que disturba los mechones de césped.

Es una noche horrible.

–Adiós.

Marcos me apunta con el arma y dispara hacia mi frente. La bala cruza por mi cabeza y sale perdida hacia la oscuridad dejando a mi cuerpo caer entre los matorrales abultados y húmedos. Estoy muerto antes de darme cuenta que ha sonado un disparo.



Este es un pequeño infierno en el centro de la ciudad. Parquemos frente a un viejo edificio que se cae a pedazos. Aquí habitan de un montón de niños y abuelos, y sujetos solitarios que suelen asomarse a la ventana todo el tiempo. Desde que dejamos el auto se escucha el llanto de un bebé exasperado, quizá del quinto piso, un par de ladridos de perros ancianos que le hacen compañía al escándalo y el ensordecedor mugido de varios televisores encendidos. Esto es a lo que en las estadísticas denominan sectores por debajo de la clase media, incluso por debajo de la clase baja. Aquí a nadie le importa seguir vendiendo oxi cuando llega la policía. Se reúnen en una esquina bruna sin poste y mascullan palabras sin sentido de mentes trastocadas de crack.

–Esconde el arma, no queremos que los niños la vean. – le ordeno a mi compañero, Díaz, al ver el resplandor se su revólver asomándose por su abrigo.

–¿Crees que estos niños no ven armas cada semana? Quizá hasta tengan una debajo del colchón.

–Sólo oculta la maldita arma.

La mujer que había hecho la llamada anunció con gritos la desaparición de su hijo, un niño de 13 años, de baja estatura para su edad, tez morena, y delgado. Amenazó al oficial en el teléfono con demandar a la policía por negligencia.

–¿Negligencia? – exclama Díaz cuando le comento lo ocurrido.

–Hace un par de semanas dejaron libre a su ex esposo, estaba cumpliendo una condena de nueve años. Lo dejaron ir bajo palabra y ahora ésta mujer dice

que él se llevó al niño, hijo de los dos.

–¿Por qué nosotros tenemos que lidiar con esto?

–El tipo que salió, que tal vez se haya llevado al muchacho, fue capturado por el capitán Mayarí. Él espera que manejemos con discreción esta situación, nada de escándalos.

Empujo una puerta de metal pesada que rechina ante cualquier movimiento. Díaz entra frente a mí, escondiendo su arma debajo del abrigo marrón que lleva puesto. Mientras sube las escaleras me dice:

–Estamos cubriéndole la espalda al jefe.

–Algo así.

–¿Cuánto lleva desaparecido el niño?

–Ya lo averiguaremos.

Hay un oficial de policía en la entrada del apartamento, no dice nada cuando lo pasamos de largo. Entrando al agujero comprimido en donde sobrevive ésta familia me encuentro con la imagen de una mujer mirando por la venta mientras llora en silencio. Usa un delantal manchado y su cabello esta por completo alborotado. Un niño pequeño está agarrado de su pierna, la abraza ocultando medio rostro tras su piel, pero ella parece ignorarlo. Toda la escena es tal cual la esperaba; fotografías del niño perdido sobre la mesa, porcelana barata en un estante con más fotografías familiares y polvo en la madera. Los muebles parecen heredados por un abuelo de hace mil años, el televisor es una reliquia y la vista muestra una bruma amarillenta que disfraz a la ciudad como en un sueño.

Ante nuestra presencia la mujer voltea y apenas puede decir algo:

–¿Más policías?

–Bunas noches, soy el oficial Rivera, él es el oficial Díaz. Estamos a cargo del caso de su hijo.

–¿Qué? ¿Y qué diablos hacen acá? Mi hijo está allá afuera, con algún maniaco ¡Afuera! Justo ahora...

–Señora, por favor, tranquilícese – le digo acercándome un poco, queriendo atravesar la brecha del contacto para darle a sentir ese calor humano que le probará que soy como ella, de alguna forma u otra – Estamos aquí para encontrar a su hijo.

El lugar tiene un olor leve a aguas turbias y cañería antigua. El niño que se esconde tras la mujer me mira con expresión ida, y me hace sentir temible.

–Carlos, por favor – le dice la mujer al pequeño quitándole las manos de su pierna – vete a dormir, por favor, tengo que encargarme de esto. ¿Quieres,

bebé?

El niño se me queda viendo por unos instantes, hasta que empieza a caminar por el corredor sin mirar a su madre. No creo que tuviera más de cuatro años. Díaz recorre la pequeña sala en la que nos encontramos aprisionados con las angustias de esta mujer. Escarba entre las cortinas y el mantel, como un perro cazador en la búsqueda del olor del niño perdido.

–Se llama Leonardo, mi Leito – dice ella ocultando su boca de nuevo, mientras las venas en su rostro se llenan de sangre y más lágrimas se le desbordan por entre los canales de los dedos. – Tiene trece años. Tome – me entrega una foto en donde el niño sonríe revelando dientes torcidos, ojos negros y pequeños, cabello corto y una camisa blanca.

–¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

–Lo recogí del colegio a las cuatro de la tarde ayer, lo dejé haciendo tareas mientras yo iba a comprar algo – sus ojos se cierran e inclina la cabeza – Dios, ni siquiera me acuerdo por qué diablos salí ¿qué era lo que quería? ¿Qué era?

–No importa – le digo acercando mis dedos hacia su brazo, pero incapaz de tocarla – está bien, sólo dígame lo que ocurrió después.

–Regresé a la casa en cuestión de minutos. Lo llamé, dije su nombre y él no me respondió. Lo busqué y no lo vi en ningún lado. Perdí la razón... yo... no sé. Creo que salí y lo llamé a gritos, pero nada. Le pregunté a todos los que estaban en la calle si lo habían visto, pero nadie sabía nada. – Arruga el rostro y su frente recae en su mano – No sé después... me volví loca. Y grité su nombre muchas veces. Dios. Soy... dios...

–¿Señora Arana?

–¿Por qué tuve que salirme? Lo supe de inmediato, él se lo había llevado.

–Su ex esposo.

–Incluso se llevó algo de ropa del niño. Se lo llevó. Ese maldito desgraciado. – Se inclina y llora sin que le pueda ver el rostro.

–¿Puede pensar en alguna razón de porqué su ex esposo decidió llevarse a su hijo?

–¿Puede dejar...? ¿Puede dejar de llamarlo mi “ex esposo”, “ex esposo”, “ex esposo”? Él no es nada mío...

–Está bien...

–¡Nada!

–Muy bien, lo siento. Entonces, – ojeo mis notas – el señor Roberto Linares ¿Por qué se llevaría al niño si está libre bajo palabra?

–Porque es un hijo de puta – dice entre dientes – porque no puede dejarnos en paz. Después de lo que hizo. ¡Es un asesino! ¿Cree que a él le importa algo? No le importa nada. Nada. Sólo el puto dinero... – mira hacia la habitación del pequeño que acaba de esconderse y luego susurra – a él sólo le importa sí mismo, nada más. Nada más.

–Bueno, ahora tenemos a alguien verificando el paradero del señor Linares...

–Esto ya había pasado, él ya lo había hecho. Antes de que lo encerraran por matar a ese joven, el maldito se llevó al niño y luego me pidió dinero, me llamó y yo le pregunté dónde estaba el niño y él sólo me dijo que necesitaba plata y que le consiguiera algo. Yo le preguntaba por Leito y él sólo hablaba del dinero, así que tuve que decirle que viniera por él. ¿Me entiende? Tuve que pagar por mi hijo.

–¿Por qué no llamó a la policía?

–Porque ustedes son otros hijos de puta que me decían que el niño estaba con el papá. Sólo tenía que matar a alguien para que me entendieran, para que supieran que es peligroso. ¡Para que yo pudiera proteger a mi familia! Y ahora mire ¡mi hijo está afuera! Con ese asesino y usted está aquí como un imbécil ¡cuando debería estar afuera buscando a mi hijo!

La mujer se queda mirándome con sus ojos encendidos en fuego y su dedo índice señalándome, como si tuviera intenciones de matarme con él.

Salimos del lugar dejando atrás un montón de promesas sobre un mañana más brillante y un niño volviendo a casa.

Afuera, con el fuerte viento nocturno golpeándonos el rostro, siento un millón de miradas ocultas que me observan desde las paredes. Siempre es lo mismo en este tipo de barrios, con sus fantasmas delincuenciales y mañosos, la escoria del nivel bajo a media noche.

–¿Se ha dado alguna orden a seguir para la búsqueda?

–Vamos a pasar la fotografía por algunos periódicos, el resto depende de nosotros –digo tras el volante.

El capitán Mayarí capturó a Roberto Linares nueve años atrás. El tipo había sido acusado de disparar contra un sujeto de veinticinco años en el norte de la ciudad cerca de una institución educativa, lo que le dio algo a la prensa de lo que exasperarse, exponiendo fotografías de infantes en uniformes pasando junto a un cadáver oculto por una manta blanca.

Sin ningún inconveniente en prisión se le dio a Linares, nueve años después, la oportunidad de salir bajo palabra. Justo ahora, no se conoce su

paradero.

–Sin dinero, trabajo, o lugar dónde quedarse, Linares tiene que recurrir a alguien de su vida anterior – dice Díaz.

–Eso nos daría más gente implicada.

Con las calles casi desiertas y el cielo totalmente oscuro se hace más fácil y rápido atravesar la ciudad.

–¿Cómo era el nombre del niño?

–Toma – le digo pasándole mi libreta.

–A ver. Leonardo Linares, trece años, cabello corto y oscuro. Ella dijo que el tipo también se llevó algo de ropa para el niño.

–Así es. Al parecer se tomó su tiempo.

–¿Por qué se lo llevaría? No ha llamado para pedir dinero o algo, no ha mostrado querer algo a cambio el niño, entonces no tenía ninguna razón para raptarlo ¿cuál es su propósito?

–No estoy seguro. Tal vez no actuó a tiempo, entró en pánico y ahora se esconde como una alimaña porque sabe que vamos tras él.

–Acaba de salir de prisión ¿qué necesidad tenía? El estado le va ayudar por unos meses mientras el desgraciado consigue empleo ¿por qué arruinarlo? ¿Está tan encariñado con el encierro?

–Hay que tener en cuenta que ni siquiera sabemos si él lo hizo. Que su ex mujer lo declare culpable no lo convierte en uno.

–Aunque hay que aceptar que es bastante sospechoso que justo cuando él sale libre el niño desaparece, y luego él. Linares abandonó la residencia en donde estaba desde su liberación. Este tipo está metido en esto, de eso no hay duda.

–Sólo que no sabemos en qué forma.

–¿Qué quiere decir?

–Tú mismo lo dijiste, chico, el tipo no tenía motivo para llevarse al niño, tal vez hay algo más que un simple rapto. Tal vez alguien más se lo llevó, alguien que está relacionado con Linares. No lo sé.

Un vagabundo escondido tras cartón y algunos titulares de hace dos días está acostado al final de la calle, cerca de donde parqueamos. Por lo general se queda allí todo el día. Como no hace desorden con la basura, ni estropea la calle, nadie lo molesta. A veces Lucero Salcedo, secretaria del capitán Mayarí, le trae una taza de café por las mañanas y él le responde con un “buenos días”.

Martínez sigue en la comisaria, junto con otros muchachos, todos emitiendo

un aliento algo apagado. Nadie luce animado a esta hora. Ningún buen trabajo te hace estar despierto toda la noche.

El informe sobre Linares está donde el capitán lo dejó. Díaz lo toma y ojea algunas hojas.

–El tipo no hacía parte de ningún buen círculo social. – dice tomando asiento en su escritorio.

–Aunque sí exclusivo.

–Gustavo Arias. Aparente amigo de Linares, trabajaron juntos una temporada. Tiene antecedentes pero nada serio. Y parece el único estable entre esta lista. Aquí dice que tiene una compra venta en el sur, cerca de los manzanos.

–¿Seguirá allí después de nueve años?

–Es lo mejor que tenemos.

–Y también Linares.

–Este tipo visitó a Linares cada mes en prisión. Es la única amistad consistente en su historial.

–Iremos por la mañana a primera hora.

Martínez aparece por detrás de Díaz, se sienta en su escritorio y deja un periódico encima.

–¿Noche pesada? – pregunta mirándonos con cansancio.

–No hasta ahora.

–¿Quién es Roberto Linares? – pregunta viendo el informe.

–Un sospechoso de rapto.

–¿A quién raptaron?

–Al hijo del sospechoso – le digo.

–¿Por qué están trabajando en un caso de rapto?

–Es complejo. Hay reputaciones involucradas en el caso.

Martínez asiente en silencio.

–¿Y qué hacen ustedes? – pregunto al ver su rostro pálido y mucho más viejo que por la mañana.

–Lean – dice Martínez empujando el periódico sobre la mesa.

–“Encuentran el cuerpo de una joven sin ojos en un baño público”. Por Dios.

–Eso fue ayer. No, no. Hace un par de días, ya. Alguien estranguló a esa chica en un baño dentro de un centro comercial, y luego le clavó un cuchillo, o lo que sea, en los ojos. Mierda, en los ojos. Es decir, la chica ya estaba muerta. En un baño público, por dios. Y nuestro mejor sospechoso es familiar

de uno de los dueños de una compañía petrolera.

–Mierda ¿Alguien conocido?

–El nombre es extranjero, ni siquiera puedo pronunciarlo, pero el muchacho es de aquí. Daniel Prendergascas...gats, alguna mierda parecida. Tiene veintinueve años y es el sobrino de Donald Preder... lo que sea. Es una de las familias dueñas de Spark Oil Corporation que también extraen en nuestro país. En fin. Esto más que un caso de asesinato, es un jodido juego de dinero y apellidos decentes.

–¿Quién era la joven?

–Ex novia del chico millonario.

–Ya.

–Así es. El asunto es lo mismo de siempre.

–¿Lograron ver al sospechoso?

–En una revista, posando en una foto junto a su tío y al resto de la familia. Es fotogénico.

–¿Y qué? ¿Van a lograr algo?

–No lo sé, estamos intentando averiguar todo lo que sea posible sobre el chico y su mierda de coartada, pero aquí nadie sigue la ley si se trata de algún caso de farándula.

–¿Qué se le va a hacer?

–Tal vez saquen al hijo de puta del país y luego no habrá nada que hacer al respecto, todo queda fuera de nuestras manos, de la ley, del sentido común. Intenta explicarle eso a la familia de la víctima.

–Noche pesada.

–Noche pesada.

El tipo para el que trabajo tiene una reputación miserable. Fue conocido en su tiempo como un jefe que no halaba del gatillo pero al que le gustaba borrar nombres de su lista. Se trata de Armando Contreras. Su rostro se veía siempre en esos años del narcotráfico estafalario, montañas de dinero, y tipos amarrados a postes asesinados a quemarropa. Hoy en día ya no queda nada más, solo las migajas. O eso es lo que dicen.

Contreras ya no es lo que era. Ahora sólo ven a un viejo intentando mantener a flote su pequeño y miserable imperio. Desde que uno de sus hombres asesinó a Ramón Casillas, su viejo aliado y otro gran nombre de mundo, todo parece irse al carajo.

–¿Qué pasó? Hable rápido – Pregunta Contreras con ansia en sus ojos y rabia en su voz.

–No quieren hablar con usted por ahora, señor – le explica Teo con la mirada baja al otro lado del escritorio.

–Mierda. – Farfulla Contreras.

–Dicen que se ha roto la confianza que había entre ustedes y que necesitan ver algún intento de, no lo sé... reivindicación.

–Por el amor de dios. Hice mi acto de presencia, con flores, de luto. Pedí disculpas, les pedí disculpas a esos imbéciles. Les dije que no tuve que ver con la muerte de Ramón. Fui y le lloré al jodido cadáver ¿qué esperan de mí?

–Eso se sabe, señor. Pero se empieza a hablar de la imagen que queda de los Casillas.

–Siempre es lo mismo.

–Mataron a Ramón Casillas, señor, y usted sabe cómo es esto de la reputación. Se sienten expuestos y débiles y tienen que demostrar...



–Que aún tienen poder.

–Uno de los nuestros lo mató, eso no lo van a olvidar tan fácil.

–¿Les dijo que le puse precio a la cabeza del idiota?

–Repetidas veces.

–Maldita sea. Los llamaré y les diré que yo mismo le pondré una bala a ese malnacido, esto no se puede quedar así.

–El señor Santamaría estaba también ahí. Parecía... pues, creo que estaba bastante alterado.

–Dios, ahora tendré a los Santamaría en mis hombros.

–No quiso hablarme.

–Maldita, sea. Vi la cara de Ismael Santamaría en el funeral de Ramón. Prácticamente mataron a su padre, y por eso ahora lo tengo respirándome en el cuello por culpa de un idiota que asesinó a un anciano... ¿al menos sabemos por qué Sandoval lo hizo?

–No.

El tipo envejecido, de cabello escaso, y perfil importante es Armando Contreras, habla sentado tras su enorme escritorio, una mesa pesada de madera oscura que sostiene la fotografía de un niño, seguramente su hijo, un niño algo gordo con una sonrisa tenue. Contreras lleva un traje gris, la corbata floja, y varias gotas de sudor escurriéndole por todos lados. La oficina que los encierra carece de color y tiene una ventana hacia ningún lado. Esto es lo que se conoce como la boca del lobo.

Frente al escritorio está Teo, uno de los trabajadores más antiguos de Contreras.

En ese momento, yo golpeo la puerta desde afuera con sutileza. Adentro, Contreras le arroja una mirada al sujeto enorme junto a la puerta. Le dice “mira quién diablos es”.

–Es el muchacho, señor. Marcos. – dice el mastodonte al echar un ojo por la mirilla y ver mi demacrado rostro deformado al otro lado.

–Está bien, déjalo entrar.

Amir, el mastodonte, abre la puerta y en el umbral estoy yo, con el cabello alborotado y la misma ropa de ayer, luciendo como un torpe niño perdido con cara de miseria.

–¿Qué quieres, chico? Estoy ocupado.

–Tengo algo que decirle, señor Contreras. – Aseguro.

–Suéltalo rápido y vete.

–Es más complicado que eso.

–Puedo volver más tarde – dice Teo mientras se levanta de su asiento con intenciones de salir.

–¿A dónde diablos vas? Quédate ahí – le dice Contreras – Y tú, Marcos, ¿qué rayos quieres?

Me quedo en el umbral tenebroso a cruzar esa línea que me separa de la total mirada de Contreras y de aquella luz blanca que entra por la ventana. Le echo un vistazo al mastodonte Amir junto a la puerta, y luego miro a Teo sentado frente a la mesa del jefe.

–Habla – me ordena Contreras.

–Maté a Lucas Sandoval.

Por un momento nadie dice nada.

–¿Qué?

–Maté a Lucas Sandoval, señor.

–¿Cuándo?

–Anoche.

Contreras se limpia la frente con un pañuelo finamente blanco que se torna grisáceo con el sudor y luego lo esconde en uno de sus bolsillos. Se soba la boca.

–Largo de aquí, Teo. – dice serio.

Teo se levanta de nuevo y camina despacio hacia la puerta sin quitarme la vista. Se detiene frente a mí y su mirada se me mete por los ojos, con una fuerte sensación que quizás quiere decir que me odia y que quiere cortarme la garganta. Quizás lo intente en un futuro.

–He dicho largo – repite Contreras.

Teo abandona la oficina mientras yo entro y la puerta se cierra tras de mí. El mastodonte me escanea con la mirada, me coloca una mano en el pecho y me dice “entrégame tu arma, niño”.

–Haz lo que dice – me ordena Contreras sentado tras su escritorio – dale el arma a Amir y toma asiento.

Saco el arma que Lucas me había entregado la noche anterior y la dejo entre los dedos de Amir. Él me quita la mano del pecho y me deja mover con libertad en aquella contraída habitación.

–Ahora, cuéntame que fue lo que pasó. – ordena Contreras golpeando con sus dedos la superficie de su escritorio.

–Anoche me vi con Lucas y le disparé.

–¿Cómo lo encontraste?

–Él se contactó conmigo, pidió que nos viéramos.

–¿Te pidió por ayuda y lo mataste?

–No. Él... Lucas me pidió que lo matara.

–¿Qué?

–Me pidió que lo matara, me dio esa arma y lo hice, lo maté.

–¿Por qué hizo eso?

–No lo sé, señor. Quizá le pareció la mejor opción. Ayer lo vi bastante asustado. Él sabía que había un precio por su cabeza y que sería peor si la familia Casillas o usted lo encontraban.

–¿Por qué no huyó o algo?

–Usted lo sabe, señor. No hay a dónde huir, menos de familias como las suyas. Lucas no podía salvarse a él y a su propia familia; a su madre, su hermana. Los matarían, la familia Casillas lo haría. Lucas mató a Ramón Casillas, el tipo más apreciado en esa casa, y sabía que tarde o temprano lo cogerían y que pasarían días antes de que lo mataran. Así que, como lo veo, prefirió una muerte limpia, rápida. Decidió controlar la situación y dictaminar las circunstancias, y no arriesgar a su familia.

–Maldición – dice Contreras suspirando – Te pidió que lo mataras. ¡Dios! ¿Qué rayos le pasó a ese muchacho? ¿Por qué...? ¿Por qué mató a Ramón Casillas?

–No lo sé, no pregunté. No me pareció correcto.

–¿Dónde está el cuerpo?

–A las afueras de la ciudad, hacia el norte, cerca de esa fábrica abandonada. Puede ir a verlo usted mismo.

–Está en algún lugar visible.

–Lo encontrarán en cualquier momento.

–Por Dios.

Contreras toma la botella de whiskey sobre su escritorio y se sirve un trago que bebe de inmediato.

–Bueno, ahora sólo tengo que intentar solucionar lo que ese idiota ocasionó. Toma – dice Contreras sacando un paquete de un cajón y arrojándolo sobre la mesa – cógelo, es tuyo.

Lo tomo sin vacilar y lo guardo en mi abrigo, en mi pecho. Es el dinero, mi recompensa por haber asesinado a Lucas.

–Sólo espero que haya valido la pena perder la vida – dice Contreras – que la razón que tuvo Lucas para apuñalar a Casillas de esa forma... que haya sido una muy buena.

Tras mirarlo por unos segundos, me levanto del asiento y me alejo hacia la

puerta.

–Escucha, Marcos – me dice Contreras con voz rancia – sino quieres meterte en problemas no le digas a la familia Casillas lo que me dijiste. No le digas a nadie que ese chico te llamó para que lo mataras. Entenderás que los Casillas preferían que hubieras entregado a Lucas con vida para que ellos hicieran el resto. Así que sólo di que lo hiciste por el dinero. Le pegaste un tiro y eso fue todo.

No le digo nada, asiento y prosigo a escapar de aquel agujero. Amir me entrega el arma y me deja salir tras un empujón que su mano imprime en mi espalda.

Desde el pasillo se oye el ruido que produce el personal en el primer nivel de la bodega. Guardo el arma en el pantalón y bajo por las viejas escaleras de metal. Las voces del resto resuenan por todos lados, más fuertes y graves. Están reunidos en el mismo rincón de siempre, rodeados por unas cuantas viejas sillas que rechinan ante cualquier movimiento, una mesa de billar y una nevera con alcohol. Beben cerveza en lata y fuman mientras mascullaban sin mucha emoción, cuando sienten mi presencia y se callan por un momento. Voltean a verme mientras sigo caminando. Los ignoro y avanzo de largo. Esta gente sólo juega el papel que corresponde, de villano, de poderío, de lo que sea.

En la cocina esta Braulio, un tipo alto de brazos fuertes con un tatuaje en cada uno. Está colocando algo de mercancía sobre la mesa, a su diestra hay una escopeta. Al sentir mi presencia se detiene.

–¿Qué tal ha ido? – pregunta sin mirarme.

–¿Qué tal ha ido qué?

–Todo el mundo está hablando de eso, Marcos. Teo bajó y nos contó lo que pasó. ¿Es cierto?

Guardo las manos en los bolsillos y volteo a ver al otro grupo, bebiendo y mirándome con desidia. Teo me observa con algo que podría identificarse como frialdad pero que no congela. Su idea de atormentarme no está funcionando. Tal vez el muy bastardo debería llorar por su amigo y dejar de intentar amedrentarme con su mirada.

Entonces digo que sí, que yo maté a Lucas.

Braulio niega con la cabeza y gira para verme.

–Mierda.

–Lo sé.

–No lo tomes a mal, pero ahí afuera hay varios que apreciaban a ese chico,

y pues tú eres el nuevo, nadie te apreciaba a ti.

–Imagino que ahora menos.

–Imaginas bien.

–Hice lo que tuve que hacer, no importa lo que ellos piensen, alguien iba a matar a Lucas de todas maneras.

–Sí, pero lo hiciste tú. Te pagaron por hacerlo ¿cómo crees que hace sentir al resto que sea el chico nuevo el que mató a su compañero?

–Lucas traicionó al señor Contreras. Apuñaló a Ramón Casillas hasta matarlo.

–Esos son nombres que no deberían importarnos aquí abajo. Si nadie te dio la orden de matarlo no debiste hacerlo, y punto. Tú tomaste la decisión, tomaste el arma y le metiste una bala al pobre bastardo por unos cuantos pesos.

–Si de algo sirve, Braulio, así no fueron las cosas.

–¿Entonces cómo pasaron?

–Lucas era amigo mío, lo crea el resto o no, no importa. El chico y yo nos llevábamos bien. Si lo maté no fue por el dinero.

–¿Entonces por qué?

–No tengo tiempo para esto, tengo que irme.

–¿Vas a huir?

–Tengo que ver a alguien.

–¿Quién podría ser tan importante ahora?

–La hermana de Lucas.

–¿Flora? Eres un cínico de mierda.

–Él me pidió que lo hiciera.

Braulio me mira sin expresión alguna y luego vuelve a su trabajo. Me odia, como todos en este lugar. Es difícil culparlos. Maté a uno de sus compañeros con un simple disparo en medio de un basurero, no podría cuestionar su enojo.

Salgo de la cocina y me encuentro con los ojos de Teo en el rincón, mirándome mientras suelta una bocanada de humo blanco que le oculta el rostro un instante.

Abandono la bóveda. Al salir a la calle me cierro el abrigo para cubrirme del viento. Camino hacia el occidente, donde vive Flora en un edificio de apartamentos aglomerado de familias llenas de hijos y poco espacio. La calle está atestada de gente y del escándalo del transporte público tronando en la avenida a mi izquierda, es una imagen lastimera de mujeres con bebés en los brazos, que apaciguan la expresión en sus rostros para pedir dinero en los

puentes.

El apartamento de Flora es en el tercer piso, la sala tiene una única ventana horizontal larga ocupando casi toda la pared por la que se puede divisar un enorme edificio al frente que obstaculiza el panorama. Hay un callejón abajo, lleno de vendedores ambulantes y vagabundos.

Flora está sola en el lugar, me pide que tome asiento en un pequeño comedor de cuatro puestos y me ofrece algo de beber. Me niego y ella se sienta frente mí.

–Bueno, ¿va a decirme dónde está mi hermano?

–¿Perdón?

–La última vez que hablé con él me dijo que usted vendría. Pensé que me iba a decir qué es lo que está haciendo Lucas y porqué desapareció de esa manera.

–Bueno, sí, algo así.

Flora es una chica atractiva, largo cabello negro, grandes ojos marrones que reflejan mi imagen espectral insipiente.

–¿Y bien? – insiste ella.

–Lucas está muerto.

–¿Qué?

Sólo la había visto una vez antes de aquella mañana. Lucas me la había presentado una noche en su casa. Lucía como una mujer promedio, madre soltera de una niña de cuatro años que veía a su padre algunas vacaciones.

–Murió ayer.

–Oh, por Dio... ¿De qué esta...?

Flora se aleja varios centímetros arrastrando la silla con ella, se sujeta el vientre y se inclina levemente.

–Lo siento mucho.

–¿De qué está hablando? ¿Dónde está Lucas? ¿Dónde está mi hermano?

–Lo asesinaron anoche. Un disparo limpio, no sufrió.

–Dios santo ¡¿De qué está...?! Lucas...

Cierro la boca cuando la veo trancada en lágrimas, a punto de desesperar mientras agarra con fuerza su propia ropa. El rostro se le transforma enmascarando su belleza en angustia, casi como si estuviera a punto de perder la razón. Miro por la ventana y veo a un anciano en el edificio del frente, regando unas materas que respiran el aire de la ciudad a la orilla de la ventana.

Flora se levanta y parece perder el aliento, o que alguien se lo arrebatara. Me

acercó en intento sujetarla, pero ella se aparta con brusquedad y cae al suelo, donde suelta un berrido agudo que dura varios segundos. Oculta su boca con ambas manos, ahogando el grito, temblando.

Me alejo de ella y aparto la mirada.

–Me pidió que le dijera que fuera a su apartamento, que hiciera lo que quisiera con sus cosas. Allá va a encontrar una carta y algo de dinero tras el televisor para pagar el alquiler.

Flora no voltea a verme nunca, sino que se queda en el suelo, escondida tras sus manos. La verdad, lamento nunca cargar con buenas noticias.

–Lucas le pidió perdón porque no limpió la casa, o no lavó los platos, algo así. – Digo mientras camino hacia la puerta – Lo siento.

Y sin decir más salgo del apartamento cerrando la puerta tras de mí.

*Este horrible caso nos ha dejado los pelos de punta. Se trata del homicidio de Lina Aguirre, quien fue asesinada hace algunos días dentro de un baño público en un centro comercial cerca del mediodía. El único sospechoso que hay por el momento no está bajo la custodia de la policía. Se ha recluso en su casa a las afueras de la ciudad, en un prestigioso sector resguardado por seguridad privada. La declaración que ha dado el capitán Guillermo Mayarí el día de ayer sugiere que la policía está haciendo todo lo que puede para capturar al culpable y brindarle por lo menos justicia a la familia de la víctima.*

*Y no solo el horrible ataque tiene sorprendida a la comunidad, también está el hecho de la falta de evidencia, de testigos y pistas que se tienen para detener al culpable. Esta mañana el padre del sospechoso, Robert Prendergast, dio un comunicado a la prensa asegurando la inocencia de su hijo, Daniel Prendergast (ex pareja de la víctima), y anunció su total apoyo a la policía distrital para avanzar en el caso. La familia Prendergast, conocida por ser uno de los líderes en el mercado mundial petrolero, no ha mostrado ninguna intención de entregar a las autoridades a Daniel. Donald Prendergast, uno de los representantes y fundador de la corporación Spark Oil, tío del sospechoso, no ha hecho ninguna declaración hasta el momento.*

La radio resuena en la cabina del auto, ambientando la mañana nublada sobre la carretera. Es la voz de una mujer la que narra la noticia. Su tono penetrante suena a que ya está en sus treinta, que lleva un abrigo rojo y un escote poco revelador. Es una buena imagen para ésta mañana sosa y estática.

Díaz recita sus instrucciones para que logremos salir del tráfico matutino, pero le ignoro y sigo mis instintos.



–Estaremos aquí una eternidad. – Dice mirando por la ventana el mar de autos que nos rodea – Menos mal sólo tenemos que ir a buscar un niño desaparecido.

–Saldré por la siguiente, evitaré la autopista y nos iremos por entre los barrios.

Saco la sirena por la ventana, la coloco sobre el techo y la enciendo. El ruido exasperante se mezcla perfectamente con el ajetreo en la carretera y produce que ciertas miradas opacas miren hacia nuestra dirección.

El ruido hace parte del trabajo. Es ruido todo el jodido día. Tienes que escuchar madres gritando y niños llorando, autos frenando, convictos maldiciendo. Es como si el escenario en el que te sitúan esté diseñado para enloquecerte antes de tu jubilación. De alguna u otra forma la vida se te sale de las manos; terminas asesinado por algún lunático lleno de rencores, o tú mismo te vuelas los sesos usando el arma con la que solías combatir por un mejor día. Al final no puedes hacer nada al respecto, no con la locura. Prefieres pensar que estás demente a que toleras la mierda que tienes que presenciar todo el tiempo. No serías humano si encuentras el cuerpo de una joven a quien le apuñalaron los ojos y sigues tu vida cotidiana como si nada. Necesitas impactarte, soltar una lágrima. Algo por el estilo. Es decir, esa mujer sufrió hasta el último segundo que respiró, su sangre manchó un inodoro de un baño público. Su vida se desvaneció en un segundo en una mierda de lugar como si su existencia no tuviera relevancia alguna. Algo tienes que sentir. Algo tiene que morir dentro de ti.

La compraventa de Gustavo Arias existía después de todo este tiempo en un barrio que parecía hundirse en basura con el paso de los años. El viejo detrás del vidrio protector lucía bastante a la fotografía que teníamos en nuestros archivos. Estaba leyendo el periódico mientras oía las noticias de un pequeño televisor a blanco y negro junto a él.

–Buenos días, caballeros – dijo apenas levantando la vista.

–¿Es usted Gustavo Arias?

–Imagino que no son vendedores – dijo dejando el periódico a un lado y colocando una expresión pesarosa – Sí, soy yo.

–Buenos días, soy el oficial Rivera y él es el oficial Díaz. Estamos aquí por un amigo suyo que salió de prisión hace unos días.

–Roberto.

–Así es, el señor Roberto Linares. Imagino que sabrá que su hijo

desapareció una semana después de que Linares dejara la prisión.

–¿Por qué habría de saber eso?

–Tenemos grandes sospechas de que sea el señor Linares quien ha secuestrado al niño.

–¿Secuestrado?

–Un niño desapareció de su casa mientras su madre estuvo fuera. No se sabe nada del niño desde entonces, y la conclusión que más pesa es que Roberto Linares tomó al niño.

–¿Por qué habría de hacer eso?

–Eso es justamente lo que tratamos de responder.

–¿Qué? ¿Aquí?

–Usted es la mejor posibilidad que tenemos para encontrar a Roberto Linares, y por ende, al niño.

–Pues lamento decirle que tiene que pasar a su segunda mejor posibilidad, Roberto no está aquí.

–Tal vez no ahora. – Comentó Díaz mirando los ojos de Arias.

–¿Ha intentado el señor Linares comunicarse con usted o tratar de contactarse desde el pasado viernes? – le pregunté cambiando el tono de mi voz.

–¿Qué? No. En absoluto.

–¿En serio? Es bastante curioso teniendo en cuenta que usted es su mejor amigo y la única persona que fue a visitarlo durante los nueve años que estuvo en prisión. Lo más lógico es que Linares acudiera a usted tan pronto como quedara en libertad.

–Pues no fue así. Roberto no vino a verme, ni sé nada de él. Perdimos el contacto un par de años antes de que lo soltaran.

–Que conveniente – dijo Díaz mirando a su alrededor – ¿Sería mucha molestia si seguimos a echar un vistazo al local, y si es posible también, a su residencia?

–Sí, sería bastante molesto.

–Me temo que debemos insistir.

–¿Traen alguna orden?

–Señor Arias – le digo – imagino que usted es consciente de que somos policías, será consciente que logramos localizarlo gracias a los archivos que tenemos sobre usted, a las investigaciones sobre su labor.

Gustavo comenzó a mirarnos con suspicacia, tratando de descifrar lo que le decía antes de que terminara de decirlo.

–La policía ha mantenido un ojo sobre usted – le digo – sabemos cosas bastante serias como para meterlo en un problema. Si no hemos procedido es porque no es una amenaza relevante para la sociedad y significaría más problemas para la comisaria, pero si debo llevar a cabo un arresto y abrir una investigación en su contra lo haré.

Gustavo se apartó de la vitrina unos centímetros, quizá tratando de saber si lo que decía era verdad, o tal vez el miedo lo estaba devorando. Miro el rostro impávido de Díaz y luego se atraganto en su propia saliva. El tipo estaba meditándolo todo muy aprisa, pero termino optando por lo mejor.

–No sé lo que esperan encontrar aquí – dijo.

–Si lo encontramos lo sabremos.

Nos abrió paso y seguimos al recinto observando cualquier detalle que fuera relevante.

–Entraré a la casa, tú mira aquí en la compra venta, no pases nada por alto – le digo a Díaz mientras subo unos escalones que seguramente me llevaban a la casa situada en los pisos superiores.

Después de unos instantes de ver aquel lugar tan desprovisto de cualquier objeto, lo que demostraba la soltería del señor Arias, noté que el dueño de la casa no había venido conmigo, Gustavo había permanecido en el local con Díaz.

Regresé con Díaz quien estaba inspeccionando un pequeño salón lleno de cajas y aparatos destrozados.

–¿Algo? – preguntó Díaz sin darme la cara.

–No arriba.

–Ya se los he dicho – insistió Gustavo – esto es una pérdida de tiempo.

–¿Qué hay detrás de ese armario? – pregunté señalando un armatoste enorme mal posicionado contra una pared.

–¿El armario? Nada, no hay nada. Es decir, una pared.

–¿Qué pasa? – indago Díaz.

–Mira el suelo. Recién corrieron ese armario, dejó un rastro al ser movido y se puede ver el lugar en donde se encontraba. Todo el salón está sucio excepto esa esquina.

–¿Movié el armario recientemente? – pregunta Díaz a Gustavo.

–Tal vez, no estoy seguro.

–Pues lo vamos a volver a mover.

Díaz y yo sujetamos el viejo trasto y lo empujamos hasta donde estaba originalmente. Una lluvia de polvo sucumbió ante el contacto y nos roció

mientras corríamos el trasto. En la pared que ocultaba el armario había una portezuela de metal roja, todo un descubrimiento para el señor Arias que apenas pudo soltar una endeble exclamación.

–¿Qué hay ahí?

–Oh, eso es sólo un depósito. Está lleno de basura.

–¿Puedo abrir la puerta?

Arias levanto los hombros y nos miró con desconcierto.

Moví el pasador y halé la puerta. Era un depósito, en efecto, pero no había basura dentro sino un colchón tirado en el suelo con unas cuantas cobijas, una pequeña mesa con un par de platos y pocillos usados.

Entramos con Díaz e inspeccionamos entre los objetos que había alrededor.

–Durmieron aquí – dice Díaz.

–Y tomaron desayuno antes de irse muy temprano esta mañana. –Válteo a ver a Gustavo y le pregunto – ¿Dónde están?

–Oh, Dios. No sé...

–Maldita sea, Arias. Díganos el paradero de Linares y del niño, ahora.

–Está bien, está bien. Estuvieron aquí, pero le juro que no me dijo a dónde iban, salió esta mañana antes del amanecer, creo que ni él sabía a dónde iba.

–¿Nos cree idiotas, Arias?

–Es la verdad.

–Ha mentado en todo hasta ahora. Llamaré a la comisaria, pediré por un equipo para que vengán a requisar la propiedad.

–No, no, no. Espere. ¡Oficial! Dios... No lo sé...

–No está la ropa del niño – dijo Díaz mirando por todos lados – se llevó todo lo que tenía consigo.

–No van a volver. – exclamo mirando de nuevo a Arias.

–Están escapando de la ciudad – afirma Díaz acercándose a Arias y gritándole – ¿A dónde fueron? ¿Un terminal?

–No lo sé.

Me acerqué al teléfono y comencé a marcar a la comisaría, entonces Gustavo apareció junto a mí y me sujeto del brazo.

–No, oficial. Espere...

–¿Dónde están, Gustavo?

Gustavo me mira aterrado y se aleja un poco.

–Dios. Miren... Roberto no quiere lastimar al niño, créanme. Él pequeño estaba bien, estaba feliz...

–¡Gustavo!

El viejo ocultó su rostro un instante y empezó a dar vueltas en el local. Díaz salió del depósito y enfrentó a Arias junto a mí.

–Se fueron al terminal del occidente. – Dijo finalmente el viejo Arias – Allí conoce a alguien, un tal Mauricio Flores, los va a sacar de la ciudad...

Levanté de nuevo el auricular del teléfono y marqué a la comisaría.

–Necesitamos que alguien llegué en dos segundos allá.

Subimos al auto y tomamos la vía más rápida al terminal. Si Linares lograba salir de la ciudad y se perdía en alguno de los olvidados pueblos del país, seguramente no volveríamos a saber de él ni del niño.

En el terminal nos encontramos con varios oficiales en motocicleta con la fotografía de Linares en sus manos. Corrí al interior del terminal y me separé de Díaz. El lugar estaba lleno de gente; la bulla y el estrés de los viajeros nublaban el sitio.

–Hablé con uno de los auxiliares, dicen que el tal Mauricio salió hace como cinco minutos hacia el norte de la ciudad. Va en un autobús azul con veinte pasajeros. – dijo Díaz al encontrarnos en la salida de autobuses.

–Maldición. Sube al auto. Ustedes – les dije a los oficiales mientras corría al auto – Contáctense con el peaje en la salida norte y avisen a las autoridades que detengan los autobuses azules y busquen a Roberto Linares. El resto parta de inmediato, intenten alcanzarlo.

Volvimos al auto y aceleré lo más rápido que pude.

Siempre odié conducir a gran velocidad dentro de la ciudad, y más con el bochorno que producía esa maldita sirena. Así que no la encendí y preferí rebasar los carros que se dirigían al norte. Díaz lucía impaciente junto a mí, él también odiaba la forma en que yo conducía, pero decidió no decir nada.

Varios transeúntes se pasaban frente al auto casi anhelando que les pasáramos por encima sin siquiera pisar el freno. Mientras que otros conductores nos cerraban el paso luego de que yo los pasara.

Detuve el auto ante el tráfico estático al pie del peaje. Salí del auto, al igual que Díaz, y comencé a buscar algún rastro del autobús, de Linares, del muchacho. Ni siquiera recordaba el nombre del pequeño.

En algún otro lugar estaba Roberto Linares intentando escapar de la ciudad con el niño. Iban acurrucados en las últimas sillas del autobús, cobijados por una de sus camisas que le habían regresado el día que lo dejaron libre. Hasta

que vio una motocicleta de policía cruzar junto a su ventana. En ese momento Roberto Linares despertó a su hijo, y con lo que tenía en las manos bajó del autobús previendo no ser visto.

Yo estaba corriendo por entre los vehículos, intentando identificar el autobús correcto. Díaz iba detrás de mí, gritando, señalándome el autobús unos metros al frente.

Un oficial de policía ya lo había verificado.

–No está – dijo – Se han ido.

Miré a mí alrededor, a las personas dentro de sus autos observándonos con curiosidad.

–Búscalos, Díaz – le dije – yo iré por aquí.

Empecé a correr por la carretera, por entre los autos, desesperado, perdiendo mi cabeza.

Y lo vi. Vi a un hombre corriendo con un niño tomado de su mano. Corrían hacia el valle junto a la autopista, hacia los árboles y matorrales. Pensaban desaparecer en el bosque.

–¡Díaz! Hacía allá ¡Están allá!

Lo perseguí tan rápido como pude, sintiendo como el aire ya no quería entrar a mi cuerpo, como mis piernas ya no querían moverse por el resto de mi vida. Quería caer. Quería desvanecerme en ese lugar y dejar al resto del mundo escapar.

Uno de los oficiales en motocicleta arrancó hacia donde había señalado, acelerando cada vez más hasta alcanzar a Linares quien se adentraba al valle.

Cuando salté dentro de los matorrales, en un bosque húmedo y frondoso, vi al policía sobre Linares, presionándolo contra el prado.

–¿Dónde está el niño? – pregunté.

–No lo sé – respondió el oficial dominando a Linares – siguió corriendo entre los árboles.

Observé a Roberto Linares cuando lo colocaron de pie. Estaba llorando, estaba empapado de sus lágrimas. Su rostro maltratado parecía derretirse. No quería observarme, se negó a dirigir sus ojos hacia mí y decir algo.

–¿Está todo bien? – preguntó Díaz apareciendo de la nada.

–El niño sigue perdido, hay que encontrarlo.

Me adentré más en el bosque, buscando por algún rastro que el pequeño Leonardo hubiese dejado en su escape. Y en unos cuantos segundos me sentí totalmente perdido entre la vegetación, las piedras, el suelo.

–¡Leonardo! –Gritaba Díaz desde algún lugar– ¡Leonardo!

No me moví de donde me encontraba.

Escuche los gritos de Díaz alargarse por entre las hojas de los árboles y expandiéndose hacia el correr de ese niño que no se detenía.

Salí de aquel lugar. Había varios policías aglomerándose en la avenida, tenían a Roberto Linares custodiado junto a una patrulla.

–Enviamos varios refuerzos en la búsqueda del niño – me informo uno de los oficiales – no deberían tardar en encontrarlo.

–Espero que no – le dije acercándome a Linares.

El sujeto estaba limpiándose el rostro con su camisa. Tenía una horrible cicatriz en el cuello y un cansancio en su mirada.

–Linares – lo llamé para que me observara.

Giró su rostro unos milímetros, temeroso de encontrarse con mis ojos. Volví a llamarle para que me mirara, para que dejara su cobardía a un lado. Lo hizo, sostuvo su mirada en mi dirección y pude ver esa cara que demostraba nueve eternos años en prisión. Que me decía que había matado a un tipo, quizá en su vida pasada, en todas sus vidas pasadas.

–¿A dónde diablos iba? ¿A dónde llevaba el niño?

No me respondió, sólo abrió su boca, atónito. No había visto a un criminal sentir más miedo que él.

–¿Por qué lo hizo? ¿Por qué raptó al niño? – pregunté esperando que me respondiera algo.

–¿Qué? –Dijo con una voz ronca, pausada – yo no lo rapté.

–Entrar a propiedad privada y llevarse a un menor que no está bajo su custodia se llama rapto.

–Nunca entré a propiedad privada. Ni siquiera lo busqué.

A lo lejos sonaban unas cuantas sirenas. Y vi varios autos con ventanas polarizadas blindadas aparcarse en el terreno. La conmoción crecía y más gente seguía llegando.

–Leonardo vino a mí – dijo Roberto – mi hijo me buscó.

Le mire con desconcierto, pero incapaz de llamarle mentiroso. Sus ojos rojos ardidos me lo dejaban ver.

–Estuvo escribiéndome los últimos años mientras estaba encerrado – dijo en voz baja – Prefirió huir de casa para escapar conmigo, prefería estar con este asesino que con su madre.

Me quedé inmóvil frente a Linares, su voz oscura me estaba llenando la cabeza de fantasmas.

–Él quiere escapar – dijo – Yo escapé con él porque es mi hijo.

De pronto sentí aquel ruido que descifré como la voz de la señora Arana, la madre de Leonardo Linares, gritando a lo lejos.

–¿Dónde está mi hijo? – decía ella entre los brazos de varios oficiales que evitaban que se acercara al sospechoso, o a mí.

Roberto Linares inclinó su cabeza y cerró la boca. Me quedé allí, observando su insignificancia y su tristeza en plena autopista, a un paso de haber escapado.

–¡Maldito! – Gritaba la señora Arana – ¿Dónde está mi bebé? ¿Dónde está mi niño?

No podía decir nada, al igual que Linares.

Varios civiles bajaron de sus autos y se dispusieron a ver la escena, como si hiciéramos parte de una gran obra en escena que estaba allí para entretener sus miserables vidas.

Desde el bosque junto a la autopista apareció Díaz, con otros cuantos oficiales y con el niño bajo su custodia. El muchacho había aparecido. Llevaba una camisa blanca, vieja, con algunos agujeros. No dejaba que le vieran el rostro.

Cuando vio a su padre se soltó de los policías y salió corriendo hacia él, con pasos torpes pero rápidos.

–¡Papá! ¡Papá!

–Leo – dijo él inclinándose para permitir que su hijo le rodeara con los brazos – Leo, dios. Lo siento.

–Papá.

Un policía agarró al muchacho y lo separó de Linares. El chiquillo empezó a patear y a llorar mientras seguía clamando por su padre, el criminal que ya estaba esposado. Yo ni siquiera pude moverme.

El oficial cargó al muchacho y lo llevó donde su madre, mientras éste seguía llorando exasperado.

La mujer se arrojó sobre el muchacho y lo abrazó casi con todo el cuerpo. Él se dejaba abrazar sin mostrar ninguna emoción, como si pudiera repeler los brazos de su madre, como si estuviera inconsciente en su regazo, mientras ella empezaba a llorar desconsoladamente.

La gente aplaudió, los oficiales aplaudieron.

Yo sólo quería irme de allí, que se hiciera de noche y esconderme en algún bar por lo que quedaba de tiempo.

La señora Arana desapareció entre la multitud con el niño en sus brazos. Después de eso no los volví a ver, ni supe de ellos otra vez. En cuanto a



Roberto Linares, fue esposado y lo encerraron en una camioneta policiaca. El auto arrancó custodiado por los oficiales en motocicleta y se perdió en el camino de regreso a la ciudad. Linares estuvo en prisión seis años más después de eso.

Díaz se posicionó junto a mí y soltó un suspiro que yo no había logrado liberar. Estaba tan desecho como yo, pero para bien o para mal, ya había terminado.

–Entonces – dijo él mirando la escena que se iba disolviendo a nuestro alrededor – Buen trabajo.

Abrí la puerta del auto y tomé asiento frente al volante antes de conducir de regreso a la ciudad.

Hace un par de años se encontraron tres cuerpos quemados pudriéndose entre el prado alto del campo a las afueras de la ciudad. No habían reportado desaparecidos, y no se lograron identificar los cadáveres chamuscados en el pasto. Así que se asumió que se trataba de tres indigentes a quienes habían asesinado algún escuadrón de la muerte.

Esto es por la misma ruta que conduce a la hacienda de los Casillas, a donde me están llevando justo ahora.

No hay mucho que decir.

No me sorprende ser arrastrado hasta algún agujero escondido entre las propiedades de esta pequeña red de ampones y asesinos que intentan amedrentarme. Tan sólo soy una ficha en el mundo del crimen organizado.

Dejar toda esperanza atrás.

Hay olor a muerto flotando sobre el camino que conduce a la hacienda, y hay que dejar la esperanza atrás.

Aunque son ellos los que quieren verme, soy yo el que va hacia ellos, a su tierra, entre sus paredes, con sus hombres; todo lo que demuestra su poder y hace más relevante mi insignificancia. De esto es lo que se trata. Cada objeto en este lugar: el lujoso auto en el que me traen, los tipos enormes que no dicen nada y me vigilan la espalda, las flores a la entrada, los perros encadenados; todo está diseñado para que me quede claro que yo estoy por debajo de ellos en esta pirámide. Es la familia Casillas, el señor Santamaría, Contreras; son ellos los que tienen las riendas, mientras que yo sólo debo limitarme a obedecer.

–Sólo quieren verte el rostro – me dice Contreras mientras vamos en el auto – saber cómo pasaron las cosas. Espero que tengas tus respuestas preparadas.

–O quizá sólo quieren matarme – le dijo.

–Vamos, chico, no seas idiota. Nadie va a hacerte nada, incluso puede ser beneficioso para ti.

–¿Cómo?

–Ésta gente no trae a cualquiera de ustedes hasta aquí. Si todo sale bien hoy, ellos te tendrán confianza, y créeme, éste es el tipo de gente que quieres de tu lado.

Me llevan a una pequeña hacienda cerca de la ciudad en donde la familia Casillas tiene este tipo de encuentros. Me refiero a negociaciones sobre quien tiene control sobre los diferentes territorios en la ciudad, tratos con mercancía, droga, armas, prestamos, todo eso. En cuanto a mí, no espero que esto se trate de festejar la muerte de Lucas. No puedo confiarme de lo que dice Contreras. Por su parte, él daría la orden de matarme a quemarropa si eso significara que la familia Casillas y el señor Santamaría lo saludaran con una sonrisa y sujetándolo del hombro.

Era mediodía cuando la reunión empezó en una sala enorme de piso de madera, con una bella vista, alcohol sobre las mesas y tipos en traje con armas en el cinturón posicionados en las puertas.

Santiago Casillas era la nueva cabeza de la familia luego del asesinato de su padre. Se veía fuerte, joven, algo idiota. No dijo nada cuando entré al lugar escoltado por Contreras, Amir, y los otros gorilas que nos seguían a todo lado.

Allí también estaba Alberto Casillas, tío de Santiago y hermano del difunto Ramón. Alberto fue el primero en levantarse, acercarse y saludarme con mano fuerte, mirándome a los ojos.

–Así que este es el muchacho que mató al asesino de mi hermano. – dijo con voz ronca y grave, parecía que le costaba hablar.

–Es él – respondió Contreras a mis espaldas.

–Soy Alberto. – Me dice en voz baja – Yo encontré el cuerpo de mi hermano, aquí, en esta misma casa.

El viejo Alberto Casillas tenía cierto carisma en su rostro, tal vez a eso se debía que no había heredado la carga de la familia y el poder que ésta ejercía. Estaba viejo y se movía de una forma elegante, sin perder su postura.

–Mucho gusto – fue lo que se me ocurrió decir ante su inusual presentación.

–¿Cuál es tu nombre, chico?

–Marcos.

Me miró expectante, esperando por algo más específico.

–Marcos García, señor.

El viejo Alberto asintió y con un ademán me pidió que tomara asiento en uno de los sofás, así que lo hice.

Santiago Casillas no dejaba de mirarme desde el otro lado de la mesa de centro. Bebía lo que parecía ron, mientras me observaba con algo que sólo podía identificar como desagrado. Su cabello cortado al ras le daba un estilo militar salvaje, aunque era obvio que nunca había hecho parte de la organización.

Contreras se sirvió un whisky con hielo y luego tomo asiento junto a mí.

Estaba esperando que alguien soltara la primera pregunta con respecto a la muerte de Lucas cuando una de las enormes puertas de la sala se abrió y del umbral surgió el imponente señor Santamaría. Entró sin vacilación alguna y caminó hacia la sala mientras me inspeccionaba el rostro.

–¿Es él? – preguntó sin tomar asiento.

–Es él – dijo la ronca voz del viejo Alberto Casillas.

Ismael Santamaría era un tipo alto, maduro, adornado por un traje totalmente negro, ojos oscuros, y algo de cabello plateado. Parecía el tipo al que todos respetan aquí.

–¿Cómo se llama?

–Marcos – Respondí.

Santamaría recorrió la sala para finalmente tomar asiento. Se acomodó el gabán y me señaló con su índice.

–Fue el que mató a Lucas Sandoval.

–Así es – le confirmé.

–¿Cómo?

–Un disparo, señor. En la cabeza.

–¿Así de fácil?

–Bueno...

–¿Cómo lo encontró?

–No lo estaba buscando. Simplemente lo encontré.

–¿Dónde?

–Estaba cerca del barrio donde vive su hermana. Yo estaba allí porque pensaba tener una conversación con ella, cuando lo vi.

–¿Y qué hizo?

–Salí del auto, le apunté con mi arma, me acerqué a él y lo golpeé en el

rostro.

–¿Para qué?

–Para aturdirlo y hacerlo más dócil. Así pude meterlo en el auto, lo llevé a las afueras de la ciudad y ahí le disparé.

–Así de fácil.

–Él no lo esperaba, no estaba preparado.

–¿No dijo nada? ¿No rogó por su vida?

–Lo hizo.

Santamaría no parecía exasperado, pero me dio la impresión de que estuviera lleno de ira, o a punto de sacar un arma y volarme los sesos en frente de todos. Si lo hacía, nadie tendría por qué detenerlo.

–¿Por qué lo hizo, Marcos? – Preguntó mientras que el resto se limitaba a observarnos – ¿Por qué lo mató?

–Su cabeza tenía un precio, señor. Era una orden, y es a lo que me dedico.

–¿No eran amigos? Estoy seguro que ninguno de los otros trabajadores de Contreras lo hubiera hecho.

–No llevo mucho tiempo con el señor Contreras, no tengo ninguna relación particular con nadie allá. Así que...

–Le da lo mismo.

–Por lo que a mí respecta.

–¿Cuánto tiempo lleva trabajando para Contreras?

–Casi cinco meses.

Santamaría miró a Contreras y éste lo confirmó asintiendo con la cabeza.

–¿Ya había matado antes, Marcos? – preguntó con un tono tan personal que me hizo sentir que estábamos solo él y yo.

–Sí, señor.

–¿A quién?

–Un sicario, nadie especial. En otra ciudad.

–¿Lo disfruta?

Miré al resto cuando lo preguntó. Todos parecían tranquilos con la conversación, quizá porque conocían su particular forma de ser. Solté un soplo y evadí la mirada de Santamaría

–No, señor.

No sé si esa era la respuesta correcta, si es que había una.

–Entonces ¿por qué lo hace?

–¿Disculpe, señor?

–¿Por qué asesina?

–Pues... porque no hay alternativa.

–Si no puede ser honesto ahora, ¿cómo sé que no me miente con respecto a la muerte de Lucas Sandoval?

–¿Señor?

–Me dice que no hay alternativa. Pero siempre la hay. – Dice entornando sus ojos, arreglándose de nuevo el gabán, mirándome– Sé de gente que prefirió morir antes que matar. No es la mejor opción pero sí es una. Por lo que siempre hay alternativa.

Este tipo, Ismael Santamaría, tiene cierto recato y presencia al hablar que me hace pensar que es el más peligroso de todos. Es el único que no nació en una cuna de oro, vino de la basura, como el resto de nosotros. Él se hizo su propia reputación, hizo su propio nombre, es el primero de su familia. La opinión ajena no lo llevó a donde está justo ahora, allí, frente a mí. No le importa demostrar que le duele la muerte de Ramón Casillas, no le importa demostrar que siente a pesar de ser quien es.

–Usted prefiere asesinar antes que ser asesinado – me lo dice con tal seguridad que no puedo debatírselo – Prefirió matar a ese tal Lucas en vez de dejarlo ir, de ignorar que pasaba por la calle. No importa si lo hizo por el dinero; si lo hizo es porque lo disfruta, en algún grado lo hace. Una pequeña parte de usted siente que nació para esto. Al meterle una bala a otro ser humano, lo sabe. Si no fuera así no dispararía.

Intento mantener mi vista en él y pensar en algo qué decir. Pero no se me ocurre nada.

–Ahora dígame ¿Sabía lo que había hecho Lucas Sandoval para que lo quisiéramos muerto?

–Sí, señor.

–¿Qué hizo?

–Irrumpió en esta propiedad hace unas noches y asesinó al señor Ramón Casillas.

–Lo apuñaló repetidas veces hasta que Ramón murió desangrado como un maldito animal.

Ni yo ni nadie dice nada.

–¿Y usted qué le hizo a Lucas Sandoval?

–Le disparé en la cabeza.

–Lo mató en un segundo. Ramón sintió su propia sangre en sus manos, mientras salía de su cuerpo. Lloró mientras se moría en los brazos de ese bastardo a quien usted mató de un limpio disparo en la cabeza.

Contreras, quien estaba mi lado, sacó su pañuelo y se secó el cuello y la quijada de su constante sudor.

–Si usted asesinó a Lucas Sandoval por el dinero, debía saber que valía más con vida, por lo que pudo traerlo para que nosotros tratáramos al tipo como se merecía.

Santamaría no era un idiota. Si no me estaba matando en ese momento era simplemente porque no quería. Nadie lo había engañado, no se creía mi historia. Pero seguíamos hablando.

–Tiene razón, señor. Tal vez no lo hice por el dinero.

–Muy bien, entonces ¿por qué lo hizo?

–Reconocimiento.

–¿Reconocimiento?

–Si no hubiera matado a Lucas no estaríamos hablando en este momento.

Contreras se alejó de mí, quizás porque creía que Ismael Santamaría sacaría su revólver en ese instante y me pegaría un tiro. Pero no lo hizo.

–Entiendo – fue lo que dijo Santamaría.

El viejo Alberto Casillas soltó una tosca carcajada mientras negaba con la cabeza.

–Un chico ambicioso – dijo el viejo sin dejar de reír.

–Sólo un idiota diría eso – habló Santiago Casillas con voz de niño altanero – Ustedes no obtienen reconocimiento – me dice – ustedes no son nadie, y si eso se les sale de la cabeza, terminaran muertos como su amigo Sandoval.

–Creo que prefiero eso a morir siendo nadie – dije inmóvil en el sofá.

–Si sigue pensando así, chico – me dice Santamaría – el único reconocimiento que tendrá será en una morgue.

Santamaría se levantó de su asiento y caminó hacia la puerta.

–Tiene mucho potencial, muchacho – dijo antes de irse – no lo desperdicie siendo un imbécil.

Cuando salió, el resto dio por terminada la reunión.

Abandoné la sala custodiado por los gigantes, mientras Contreras me sujetaba la espalda y me decía “lo hiciste bien muchacho. Tal vez no eres tan estúpido como pensaba”.

Volvíamos al auto y nos alejamos de ese pequeño infierno disfrazado de paraíso.

Durante mis tantos años de policía he presenciado pocos asesinatos como los que ocurrieron ese año cuando no sólo el siglo sentía acabarse, sino todo el jodido mundo. Y no sólo estoy hablando de crímenes escabrosos como lo que le ocurrió a esa pobre chica en el sur, a quien le destrozaron los ojos con una navaja. Estoy hablando de vidas completas esfumándose en un instante, de todos esos muertos a quienes el recuerdo revivió atormentando el presente. De la gente clamando por muerte en los canales nacionales, llenando las pantallas televisivas con tentativas de odio, anhelando por cadáveres expuestos en las calles.

Creo que todo eso tenía que pasar, en un momento u otro.

Creo que Dios se había levantado finalmente para concluir con su juicio y predicarnos que no hay pecado que no se pague.

Era un polvo que emergió de repente, se nos metió a todos por dentro y nos volvió jueces, nos volvió verdugos. Algo así.

Esas noches me las pasaba más que todo en un escabroso bar cercano a la comisaría. Díaz, Martínez, y los otros muchachos me hacían compañía hasta cierta hora. Tabo era el tipo que atendía el lugar, me saludaba de mano siempre y me daba la primera cerveza por cortesía de la casa.

Había humo de tabaco meciéndose en el aire del bar todo el tiempo, gente maldiciendo con la voz ebria, y tipos que terminaban peleando en la calle del frente.

Díaz bebía, sólo pocas veces y de forma moderada. La mayoría de veces iba sólo a hacerme compañía, a llenar la otra silla en mi mesa y a escuchar



mis estupideces.

–Es casi increíble que estuvieron tan cerca de largarse y desaparecer – dije con una botella metida en la boca – es decir, los atrapamos instantes antes de que abandonaran la ciudad.

–Nadie puede escapar – dijo Díaz dejando media cerveza abandonada – No creo que hubiesen podido desaparecer.

–No lo sé. Me gusta pensar que sí hubiese sido posible. Que se hubieran largado.

–¿Le gustaría?

–Pasó algo muy extraño cuando capturamos a Linares. Fue como si nosotros no estuviéramos resolviendo un caso de rapto, como si no se tratara de regresar un niño a casa, con su madre. Parecía que lo estábamos haciendo todo mal, que estábamos empeorando las cosas.

–Imposible. Ese tipo no le hacía ningún bien al niño. Es un asesino. Estuvo los últimos nueve años en prisión.

–Quizás. – Suspiré sintiendo ese sabor de mierda – No lo sé.

–En fin, ya terminó, hay que dejarlo atrás.

–Sí, es cierto. Es cierto. Dejarlo atrás.

Díaz miró la hora y luego a la basura de gente que insistíamos en no volver a casa.

–¿Cómo es que se llamaba el niño? – Pregunté cerrando los ojos – no logro recordar su nombre.

–Leonardo Linares. El muchacho se llama Leonardo. La mamá lo llamaba Leito.

–Ah, sí. Leito. “Mi Leito”. ¿Cómo pude olvidarlo?

Sé que antes mencioné lo de Dios juzgándonos a todos pero, a decir verdad, nunca fui un verdadero creyente. Quería pensar que sí lo había, un creador. Era reconfortante la idea de un dios sobre nosotros. Pensar que había un paraíso en algún lugar. Pero todo se derrumba con los años, en especial con esta mierda de trabajo, en esta vida, desde este lado.

Díaz era otra historia. Cargaba con una pequeña cruz de madera en su cuello, y se persignaba siempre ante los cadáveres, las víctimas, ante algún anónimo rodeado por una cinta amarilla que citaba “no acercarse, escena del crimen”. Lo hizo con nuestro primer caso unos cuantos meses atrás. Y lo hizo la mañana siguiente cuando recibimos la llamada.

Un cuerpo había sido encontrado.

De una forma u otra me sentía tranquilo de no tener que lidiar más con

niños raptados y hombres que lloran en el bosque. Todo parecía una maldita pesadilla que no dejaría de perseguirme. La avenida, la gente mirándonos, el niño gritando por su padre y las sirenas.

Esa mañana fue Díaz quien condujo. Tomó las llaves y atravesó la ciudad hasta el norte en donde salimos a tierras solitarias. Me quedé observando la ciudad alejarse por la ventana y no puedo decir que sentía ansias de llegar. Tenía un leve pero molesto dolor de cabeza y aún percibía la nicotina en mis labios.

Era un cadáver lo que nos esperaba al final del camino, seguramente sin un nombre y con alguna culpa encima.

La escena se hallaba en un tramo de tierra abandonado, una vieja fábrica de fondo y algo de rocío congelado sobre el prado. Había un par de policías custodiando a los forenses que revisaban el cuerpo echado boca arriba a mitad de la nada.

Rodeé al muerto, pasando detrás de los forenses, mientras Díaz se quedó a sus pies, se persignó y sujetó la cruz que reposaba en su pecho. Carlos Estrada, el único que conocíamos allí, nos miró estando acuclillado junto al cuerpo.

—Rivera, Díaz. Las mejores personas que se pueden ver una mañana fría a las seis de la mañana.

—Carlos. Ha pasado un tiempo — le dije mientras me acuclillaba a su lado para mirar el rostro del muerto de cerca.

—Algo.

—Y bueno — dijo Díaz de pie, ocultándonos del sol — ¿qué le pasó a él?

—No hay mucho que decir. Alguien le disparó en la frente, muerte instantánea. El disparo se dio de cara a cara y el cuerpo cayó de espaldas, no se ha movido desde entonces, sólo las sacudidas que le causaron los indigentes al quitarle ciertas pertenencias. Tiene un orificio de salida por detrás. Hemos estado buscando el casquillo. No se ve ningún otro tipo de violencia en la víctima, moretones, nada. El sujeto no tiene identificación ni dinero, pero no creo que se trate de un robo. Esto es una ejecución. Los vagabundos alrededor debieron quitarle la billetera, la chaqueta y los zapatos. Quien disparó lo único que quería era matarlo. Lo trajo hasta aquí vivo, lo miró a la cara y le disparó, yo diría que casi a un metro de distancia.

—¿Hace cuánto?

—Sin una autopsia, y sólo con verlo, yo diría que lleva entre unos cuatro, cinco días aquí.

–Sólo con olerlo – comentó Díaz.

–¿No hay forma de identificarlo? – pregunté.

–Tenía unas llaves en uno de los bolsillos, el llavero decía “La Fontana”, quizá donde residía. Lo único sería ver los reportes de gente desaparecida y concentrarnos con aquellos que cumplan con la descripción y si hay alguien que vivía en un edificio llamado La Fontana, ese es nuestro hombre.

–¿Quién lo encontró?

–Un vagabundo llamó a la estación. – Dijo uno de los oficiales en uniforme – Nos pidió dinero cuando nos mostró el cuerpo. Dijo que no tenía más información.

–¿Hay más indigentes por esta zona? ¿Qué tal en esa fábrica?

–Ya revisamos. Abandonada. No hay nadie allá. Ni nadie que haya oído un disparo por aquí. Esto en un desierto.

–Lo es. Y Carlos, si hay algo más que decir después de la autopsia nos lo hace saber. – dije levantándome.

–Por supuesto, oficial.

Tenía los ojos abiertos, el tipo muerto en el prado, el rostro amarillento y los labios negros. El agujero en su frente estaba oscuro y algunas manchas de sangre seca retocaban su piel alrededor.

Su nombre era Lucas Sandoval y vivía en el centro, en un viejo edificio cerca a los hoteles baratos. Tenía veintiocho años y pocas amistades conocidas. Su madre y hermana lo habían reportado desaparecido hacia dos días y ningún de las dos se mostró sorprendida cuando les contamos que estaba muerto. Sólo lloraron. Me miraron desde el otro lado del escritorio y se abrazaron. No hicieron ruido.

Díaz estaba de pie cuando les dijimos. Se acercó a ellas y sujetó a la madre del hombro.

–¿Sabe quién lo hizo? ¿Quién le hizo esto a mi hijo?

–No puedo darle una respuesta ahora, señora, pero lo haré.

–¿Y qué pasa con la llamada que me hicieron? – preguntó la madre aun secándose las lágrimas.

–¿Qué llamada? – preguntó Díaz a su lado.

–Un hombre me llamó hace un par de días. Me dijo que mi hijo me quería, que era un buen hombre y que iba a estar bien. Que no iba a sufrir... así que lo supe... Dios... mi niño.

–¿Un hombre la llamó a decirle que Lucas estaba muerto?

–Nunca lo dijo como tal, pero yo lo supe.

–¿De qué hablas, mamá? – Preguntó la joven junto a ella – ¿Por qué no me contaste?

–Tenía miedo. No quería... no podía decirlo en voz alta... pensé que estaba loca...

Díaz me miró sin decir nada, pero sabía lo que pensaba.

–¿El sujeto dijo algo con lo que pudiéramos identificarlo?

–No. No dijo nada. No lo creo.

–Eso no es necesario – dijo la chica, Flora – Yo sé quién lo hizo.

–¿Qué ha dicho?

La chica era atractiva, eso se podía notar aunque su rostro parecía desvanecerse con todo lo que ocurría. Desde que la había visto entrar a la comisaría sabía que estaba en luto desde hacía unos días. Ella sabía que su hermano estaba muerto. Ambas lo sabían.

–Bueno, no sé quién mató a mi hermano – corrigió – pero sé que tiene que ver con ese trabajo que hacía, en ese horrible lugar. Esa bodega.

–¿Dónde? – preguntó Díaz acercándose a ella.

–No lo sé. Sólo estuve allí una vez, afuera, vi la entrada, eso es todo. Pero sabía... sabía que no era nada bueno.

–¿Quiénes más trabajaban allí? ¿Algún nombre?

–Conocía algunos chicos, pero no recuerdo ningún nombre. El sujeto para quien trabajan... su apellido era... no lo sé. Algo como Correa.

–Contreras – dije sin pensarlo.

–Sí, es él.

Miré a las dos mujeres, sentadas frente a mi escritorio.

–Gracias por su colaboración, señora, señorita Sandoval. Nos comunicaremos con ustedes cuando avancemos en la investigación – dije levantándome de mi asiento.

–¿Contreras? – Preguntó la señora Sandoval, la madre – Dios ¿Cómo el mafioso? ¿Fue él quien asesinó a mi hijo?

–No podemos acusar a nadie en este momento, pero tan pronto como tengamos sospechosos les haremos saber.

Acompañamos a las mujeres a la salida y ambas se alejaron mirando repetidamente hacia nosotros.

–¿Contreras? – preguntó Díaz sin dejar de ver a las mujeres alejarse entre la gente. – ¿Armando Contreras?

–Tal parece que Lucas Sandoval trabajaba para la gente equivocada.

–¿No habían encerrado a ese tipo?

–La gente como él no dura mucho tiempo en prisión, Díaz.

–¿Sigue en lo mismo?

–Diferente escala, una más pequeña. O eso creo.

–Pues tendremos que averiguarlo.

–No estaría tan seguro.

–¿Por qué?

–No lo podemos tocar. – respondí tras un suspiro.

–¿Eso qué quiere decir?

–Quiere decir que no importa lo que hagamos, no lo van a encerrar porque un chico... un criminal, apareció muerto fuera de la ciudad.

–¿Y si el tal Contreras lo asesinó? ¿A nadie le importa?

–No lo entiendes, Díaz.

–¿Qué?

–Hay un momento para todo, justo ahora no podemos ir tras Contreras por un don nadie.

–¿Un don nadie? Por Dios ¿De qué está hablando? Suena como tanta rata policiaca.

–Lamento romperle el corazón pero así es como funciona esto.

–¿Cómo funciona? ¿Dejamos que esta gente mate a quien quieran y sólo podemos actuar hasta que abaleen a alguien importante como a un puto juez? ¿Algo así?

–Cálmate, Díaz. Maldición.

Me sobé las manos y tomé a Díaz por el brazo.

–Vamos a ir al lugar especial de Contreras, hablaremos y veremos a donde nos lleva. Pero te aseguro que esto no va a terminar como esperas, nunca ocurre. Y es mejor que empieces a acostumbrarte a ello.

La noche que lo maté, Lucas me invitó un trago en un buen bar en el occidente. Me habló de su madre, su hermana Flora y su sobrina Luisa. Se dedicó a contarme de sí mismo y cómo apenas pudo sobrevivir en la escuela. Me dijo que desde siempre sospechó que para lo único que sería bueno era para hacer estupideces, para hacer daño. “Tú sabes cómo es sentir solo maldad” me dijo “todo el maldito tiempo. Desde pequeño”. Después me pidió que lo llevara a una iglesia, a la que fuera, siempre y cuando pudiese hablar con alguien que le dijera que no era tan malo y que había un Dios que lo amaba a pesar de todo. A pesar de las pesadillas rutinarias que lo volvieron tan susceptible y vacío al mismo tiempo. Torturándolo con un odio volátil por la humanidad y el presente.

Lo llevé a una pequeña capilla que quedaba cerca y él habló por unos minutos con uno de los sacerdotes.

Yo esperé afuera, en el auto, no quería que nadie me relacionara con Lucas, quien para la mañana siguiente sería un muerto anónimo perdido lejos de allí.

Volvió al auto en silencio y dijo “conduce hacia el norte, hacia las afueras de la ciudad. Yo te diré donde detenerte”.

Durante el camino se quedó callado. No colocamos la radio porque ambos la odiábamos. Entonces, luego de un largo trecho conduciendo, Lucas me dijo:

–Oye, Marcos. Gracias.

El chico no era capaz de ponerse la boca de un arma en la sien y halar del gatillo. No podía colocarse una soga alrededor del cuello y dejarse caer. Ni siquiera podía saltar a una avenida frente a algún autobús. Él necesitaba que alguien lo empujara.

No respondí a su gratitud porque no entendía bien lo que todo esto

significaba para él. Yo solo halaría el gatillo, él estaba construyendo toda la situación.

Él había matado a Ramón Casillas. Y tal vez no tendríamos que estar haciendo nada de esto si no se hubiera dejado ver dentro de la hacienda, sosteniendo el puñal mientras veía cómo el viejo Ramón Casillas dejaba de retorcerse en el suelo. Pero uno de los guardas nocturnos lo había visto a través de la ventana y ahí Lucas supo que estaba jodido. O se entregaba a la familia Casillas y a la ira de Santiago o escapaba dejando a su familia a que enfrentara las consecuencias; a su vieja madre, a su hermana, a su pequeña sobrina.

Así que ahí estábamos.

Seguí conduciendo intentando no pensar mucho cómo debía sentirse Lucas en ese momento.

–No puedo creerlo – dice sujetándose la frente, creo que temblando un poco – Esta mañana ni siquiera pensé en ello.

–¿En qué? – pregunté al volante.

–No... no importa. Es estúpido.

Le miré el rostro y percibí un poco su terror. No quería perturbarlo en ese momento, así que no le hice más preguntas, aunque él terminó diciéndolo:

–Esta mañana fue la última vez que vi la luz del sol. Que presencié el día. – Dijo sonriendo, como si fuera alguna broma – Y no presté mucha atención. Ignoré la mañana como si se tratara de una cualquiera.

–Lucas, mira... si quieres, podemos esperar hasta el amanecer, creo que podríamos...

–No, no, no. Sigue conduciendo. No me pongas cuidado, sólo estoy un poco perturbado. No podemos detenernos ahora.

–De acuerdo.

Miró por su ventana, ya más calmado. A veces sonreía y otras se quedaba mirando al vacío, contemplando la nada.

–¿Ves la fábrica allá? – me pregunto cuando abandonamos la ciudad.

–Sí.

–Parquea en algún lugar cerca, ahí lo haremos.

Me acerqué por un camino de tierra, no había carretera para llegar al lugar. Casi no llegaba la luz de la ciudad y no había ni luna ni estrellas.

Detuve el auto y Lucas se quedó sentado, sin decir nada. Agachó su cabeza y esperó unos minutos sin siquiera moverse.

Saqué de la guantera un par de guantes negros y me los coloqué. Lucas se

quedó mirándome cuando lo hice. Creo que no esperaba mi convicción para llevar a cabo su asesinato.

–Lo siento. – dije quedándome quieto, pero a él le dio igual.

Abrió su puerta y se bajó del auto.

Sacó de las sillas traseras un par de botellas de cerveza y las destapó, me pasó una y nos sentamos en el capó del auto y bebimos. Así fue como Lucas Sandoval pasó esa noche.

Me di cuenta que tenía frío y que no hallaba la manera de evitar sacudirse. Entonces, de entre uno de los bolsillos de su abrigo, sacó una cajetilla de cigarrillos y empezó a fumarlos uno tras otro.

Nos habíamos conocido unos cuantos meses atrás, y para entonces ya sabía que Lucas era una de las mejores personas que podía encontrar trabajando para Armando Contreras. Era difícil toparse con alguien así en este precario mundo.

Era un buen chico, a pesar de lo que le hizo a Ramón Casillas.

–Leí en una revista que esta ciudad iba a dejar de ser habitable en unos años, décadas. – Dijo mirando hacia el cielo – Una nube de polución, o como se llame, se está formando sobre toda la ciudad y seguirá creciendo hasta que respirar sea dañino para todos.

–No es una sorpresa.

–En fin, no creo que nada bueno se perdería. Es decir. ¿Sabes en donde nos encontramos? Hace unos años Contreras y los Casillas solían traer a sus muertos a este terreno y los enterraban aquí. Nunca nadie reportó un cuerpo en este lugar. Estamos parados sobre un cementerio.

–No lo sabía.

–Nadie lo sabe. Y a nadie le importa. Mientras sigan enterrados.

–¿Quieres...? ¿Qué te entierre?

–¿Qué? No, claro que no. Quiero ser enterrado en un lugar normal, donde al menos se sepa que estoy allí, pudriéndome con cadáveres con nombres.

Me terminé mi cerveza y dejé la botella vacía dentro del auto. Lucas se bajó del capó y dio unos cuantos pasos hacia la desolada fábrica.

–¿Sabes? Estamos bastante lejos de la ciudad, y ni siquiera aquí podemos ver las estrellas.

Miré hacia el cielo y lo corroboré.

–Es una mierda – dijo.

Después de matar a Lucas me subí al auto y conduje hasta llegar a casa. Aunque lo intenté esa noche no pude dormir. Era la primera vez que asesinaba



a alguien que apreciaba. Lucas era un buen tipo y yo le había metido una bala en la cabeza.

Un par de días después llamé a la madre de Lucas, como él lo pidió, y le dije que todo estaría bien. Y así lo esperaba, de verdad.

Pero las cosas no podían tomar un curso mejor después de la muerte de Lucas, especialmente después de aquella invitación por parte de los Casillas y Santamaría. La mirada frívola de toda la maldita bodega se posó en mi cuando entre como un perro amarrado a la mano de Armando Contreras.

En unos segundos todos me tomaron como la nueva marioneta de las familias, un puto títere fácil de manipular y que ejecutaría de acuerdo a sus órdenes, y todos me odiaron por ello.

Un par de noches antes de que viniera la policía tuve el altercado con Teo. Estaban tomándose unas cervezas mientras yo salía de la bodega para irme a refugiar a cualquier cuarto mientras pasaba la noche.

–¿Es un abrigo nuevo? – preguntó Teo con una botella casi vacía en su mano izquierda.

–¿Qué?

–Ese abrigo que lleva ¿es nuevo?

–No.

–¿No? ¿No lo compró con la recompensa que le dieron? – comentó mientras se acercaba con los ojos adormecidos y la saliva escurriéndole de la boca.

–No.

–¿No? ¿Eso es todo lo que puede decir? Eres una perra muy silenciosa.

Eran cerca de las once de la noche. Los muchachos se quedaron en la penumbra de la bodega mientras Teo me enfrentaba cada vez más cerca.

–Déjalo en paz, Teo – dijo Braulio a lo lejos.

–¿Qué? Deja que la perra se defienda sola. Ella también puede morder. La maldita rata.

Le miré a los ojos intentando conservar la calma. Guardé las manos en los bolsillos y luego agaché el rostro.

–¿Eres un hijo de puta tímido? Apuesto a que no lo fuiste cuando le pegaste un tiro a Lucas.

–Déjalo, Teo – musité negando con la cabeza.

–¿Qué? ¿Qué dijiste? ¿Qué lo deje? ¿Dejar qué?

Teo se acercó a mi rostro tanto que sentía el calor de su rabia golpearme en la piel.

–¿A qué te refieres, maldita perra traicionera? ¿Dejar qué?

–Lucas ya está muerto...

–¿Qué? No hable de Lucas, ¿me oye? No hable de él, puta rata. No hable de Lucas.

–De acuerdo...

–¡No hable de él! – me empuja con sus puños y yo me alejo un poco, hasta que Teo se acerca de nuevo.

–Teo, es suficiente – insistió Braulio.

–Será suficiente cuando esta mierda tenga un puto agujero en su cabeza.

Teo colocó su rostro justo frente al mío. Arrojó la botella de cerveza a lo lejos, y me empujó con todo su cuerpo.

–¿No es así? – preguntó.

Los otros comenzaron a acercarse mientras que la voz de Teo se iba tornando más oscura.

–¡¿No es así?! – gritó.

Me agarró el cuello con una mano y comenzó a apretarla, con deseos de destrozarme.

–¡Teo! – gritó Braulio.

Soltó un golpe que cayó en mi estómago, obligándome a inclinarme. El aire se me escapó al instante. Él levantó su puño una vez más y me golpeó en el rostro y todo pareció volverse grisáceo y lento, aguado. Sentí mi cráneo estremecerse y comprimir mis pensamientos. Intenté no mostrar el dolor, pero tropecé hacia atrás, gimiendo.

–¡Defiéndete, imbécil! – masculló Teo con voz quebrada, como si fuese a llorar.

Braulio se acercó a nosotros pero dos de los otros le sujetaron y no le dejaron hacer nada. Él no hizo nada. Nada lo hizo.

Caí al piso.

Ví a Teo acercarse despacio.

Soltó una patada a mi costado que me hizo retorcerme y sonar como un animal convaleciente.

Saliva me caía de la boca.

Permanecí callado, no dije nada.

Él soltó otra patada y todo el cuerpo se me sobresaltó. Pensé que iba a vomitar. Teo se inclinó hacia mí inhalando y exhalando tan rápido como podía. Permanecí inmóvil, con mis ojos cerrados. Pero sin ignorar el dolor.

Sentí a Teo sobre mí, tomó mi rostro con una mano y luego me golpeó con

sus nudillos en la mejilla. Creí que todo se me rompía en ese instante. Y él me vio torcerme en el piso, sin maldecir, sin gritar. Dejó caer sus puños en mi cara, pero con largos intervalos de por medio, como si tuviese que recuperar sus fuerzas tras cada golpe. Él también perdía el aire por la rabia. Sollozaba, pero no sucumbía al llanto. No me resistí. La boca se me llenó de sangre espesa, y se me salía por la comisura. Teo se detuvo tomando bocanadas de aire mientras los demás nos miraban de brazos cruzados. Nadie dijo nada, pero sentía sus miradas como balas.

Teo me agarró la cara e intentó mirarme a los ojos, pero no podía mantenerlos abiertos. Todo era lejano y nublado. Sólo escuchaba a mi propio cerebro hacerse enorme en mi cabeza.

–Escúchame, imbécil – dijo él sin recuperar el aliento – un día de estos voy a llegar por tu espalda y te voy a disparar en la cabeza. Quiero ver como luce el piso con tu sangre.

No le dije nada. Apenas podía hablar con tanta sangre en la boca. Abrí los párpados. Todo seguía en penumbra. Teo me miró a los ojos por largo rato, no sé qué buscaba, pero luego se calmó. Se levantó y salió de la bodega tambaleándose cansado, sobándose las manos cuyos nudillos sangraban con sutileza.

Hace dieciocho años un grupo de hombres entró a una fiesta privada en el Houston, un hotel pomposo y cotizado en el centro de la ciudad. Autos lustrosos parqueados al frente, mujeres de compañía en buenos vestidos, y música de fondo escenificaron una obra de glamur que debía permanecer suntuosa y elegante, y no tornarse en aquel punto negro de la historia en el que se convirtió. Era una fiesta auspiciada por una de esas grandes familias que se mezclaban con el ámbito criminal y se regocijaban en su costoso vino y sus diseñadas sonrisas. Este grupo de nueve hombres que entraron sin invitación abrieron fuego con armas automáticas, asesinando a toda esa familia y conocidos. Había veintiocho hombres quince mujeres y siete niños. Armando Contreras fue quien dio la orden.

Ése es el tipo de sujeto que es él.

Se refugia en una bodega en el sur desde hace una década, ignorando que todavía tiene una larga pena que pagar. El desastre que coexiste alrededor de su guarida puede ser percibido en la basura que se encuentra arrojada por todo el suelo en cantidades estrambóticas, en los perros callejeros pudriéndose en vida, y en algunos niños que deambulan sin rumbo descalzos.

–¿Es aquí? – Pregunta Díaz mirando la vieja fachada de la bodega – ¿Aquí es donde se esconde Contreras?

–No se esconde – le digo – está aquí a la vista de todos.

–Como sea. No lo hagamos esperar.

–Escúchame, Díaz. Yo manejaré esto ¿de acuerdo? Conozco a este tipo y no es cualquier delincuente, esto es bastante serio.

Díaz me entierra la mirada y sólo asiente, apretando los labios.

Golpeo la portezuela que nos separa del reino de Contreras y una bestia de

ojos pequeños aparece sin decir nada.

–Policía. Necesitamos hablar con el dueño del lugar, Armando Contreras.

–No creo que pueda atenderlos ahora.

–Dígale que se trata de Eduardo Rivera.

El tipo cierra la puerta y nos deja esperando afuera debajo del sofocante sol.

–¿Se supone que ustedes son amigos o algo por el estilo? – pregunta Díaz sin darme la cara.

–Viejos enemigos. No nos dejará esperando mucho.

La puerta se abre de nuevo y se nos permite ingresar, vigilados por la bestia que custodia la entrada.

Los muchachos dejan de trabajar mientras cruzamos la bodega, cargando con nuestras placas a la vista y un olor repulsivo, imagino, a policía.

Todos los trabajadores de Contreras se cruzan de brazos y nos observan desde las paredes, junto a los autos casi destrozados con todas sus tripas tiradas en el piso.

–Lindo lugar. – Comenta Díaz – No imagino a nadie trayendo su auto por voluntad propia aquí.

El gorila nos arrastra por unas escaleras de metal hasta un segundo nivel. Un largo pasillo estrecho que finalmente nos conduce a la alejada oficina.

Adentro nos espera otro gorila silencioso que nos abre la puerta y con un ademán nos invita a seguir. Contreras está al fondo, detrás de su imponente escritorio con un montón de papeles encima.

–Oficiales, por favor, sigan adelante. Tomen asiento – dice sin siquiera moverse.

Luce viejo, algo calvo y con sobrepeso. Sus ojos siguen llorosos tal como en la época en que se volvió en una maldita leyenda. Su dorso alumbra por las varias gotas de sudor que le caen constantemente.

–Oficial Eduardo Rivera ¿Cuánto tiempo ha pasado?

–No estoy seguro, Contreras. ¿Nueve años? ¿Tal vez?

–Tal vez, tal vez. ¿Y quién es el muchacho? ¿Su hijo?

–Él es el oficial Díaz.

–¿Simplemente Díaz? – pregunta Contreras con una sonrisa estática y sus verdes ojos sobre Díaz.

–Me llamo Agustín, señor – dice el muchacho junto a mí – Agustín Díaz.

–Un placer, chico. Quise decir, oficial. Soy Armando Contreras. Y díganme ¿a qué debo esta inesperada reunión luego de casi una década de olvido?

–Quizá se haya percatado de la ausencia de uno de sus trabajadores, señor Contreras.

–¿Ausencia? Tengo varios trabajadores bajo mi mando, oficial Rivera, es difícil percatarse a todo momento quién está y quién no.

–Le ayudaré con eso – digo colocando la fotografía de la víctima sobre su escritorio – Lucas Sandoval, uno de los suyos. Fue encontrado hace unos días al norte de la ciudad. Tenía una bala metida en la cabeza. Abandonaron su cuerpo por lo menos hace cuatro días a las afueras de la ciudad.

–Dios Santo ¿quién podría hacer una cosa así?

–Es justo lo que venimos a averiguar, Contreras.

–¿Debo tomar eso como alguna insinuación?

–Tómelo como quiera – dice Díaz con las manos en los bolsillos, mientras le echa una mirada a la grisácea oficina. – Vinimos para averiguar quién mató a este chico y encerraremos al culpable, no importa que tan costosa sea su corbata.

Contreras suelta una carcajada sutil que dura un par de segundos.

–Eso es bastante conmovedor – dice – y heroico. Espero que lo logre, oficial Díaz.

–Señor Contreras, vinimos a averiguar lo que sea que usted sepa sobre éste muchacho, Lucas Sandoval, y quizá alguna razón por la que alguien habría de matarlo. – Digo intentando calmar los aires de furor que Díaz quería generar en la oficina.

–No tengo control sobre la vida personal de mis empleados...

–Pero sí control profesional – se aventura a decir Díaz mientras recorre el lugar despacio.

–Les aseguro, oficiales, que este acontecimiento no tiene nada que ver con nuestro trabajo. El chico reparaba motores, por Dios Santo.

–Pudo haber tenido algún problema con otro trabajador, otro de sus empleados – comento – ¿No sabe usted de algún altercado en el lugar de trabajo?

–No que yo sepa, oficial.

–¿Qué demonios es esto? ¿Altercado en el lugar de trabajo? – Pregunta Díaz agitando sus manos – No somos idiotas, señor Contreras. Si mataron a ese muchacho, fue porque usted quería callarlo, porque tal vez ya no era útil para la mierda de trabajo que realiza. Apuesto a que ni siquiera usted haló el gatillo. Un canalla con su porte da órdenes y se queda tras su escritorio asustado y haciéndose viejo.

Contreras se queda mirando a Díaz, con sus dedos cruzados sobre el escritorio y su pellejo emitiendo más sudor.

Yo cierro mis ojos e intento no pensar en un peor escenario que éste.

–Disculpe, oficial. Pero ¿Quién se cree que es? ¿Cuánto tiempo lleva en la fuerza? ¿Un mes? ¿Un día? ¿Qué ha hecho durante ese periodo? ¿A quién ha arrestado? ¿Algún ratero cualquiera? ¿Drogadictos? – Contreras se levanta de la silla y sale detrás del escritorio – No intente tentar su suerte, oficial Díaz. Un niño como usted no sabe lo que ser policía significa. Así que le aconsejo que salga de la oficina y deje a los mayores hacer el trabajo.

–Usted no me intimida – dice Díaz acercándose a Contreras – Ni su mierda de mano de obra.

–No pido que se intimide, oficial. Sólo pido que salga de la oficina.

–Díaz, por favor – le digo sin moverme – Sal y habla con los trabajadores. Estaré allí en un minuto y tomaremos las declaraciones.

Díaz le echa un último vistazo a Contreras y finalmente sale de la oficina sin decir nada más.

–Tiene que aprender a controlar a su compañero, oficial Rivera. El muchacho no tiene el humor adecuado para ser policía. Alguien podría quitarle la lengua por inoportuno.

–Ahórrese las amenazas, Contreras. Si de verdad no tiene nada que ver con el asesinato de Sandoval le conviene quedarse al margen de la investigación.

–Es justo lo que pretendo, oficial. Pero su personal no parece tener noción alguna de respeto. Ésta es mi oficina, mi lugar de trabajo y un mocoso con placa viene aquí a amedrentarme en frente de mi personal – dice señalando con los ojos al gorila en la puerta, Amir – No puedo lidiar con ese tipo de irrespeto, oficial Rivera.

–No volverá a ocurrir.

–Yo sé que no.

Contreras se da media vuelta y regresa a su escritorio, a ordenar su papeleo y a limpiarse el sudor que lleva encima.

–Saldré ahora a tomarle la declaración a su personal. Si es que tienen algo que decir.

–Adelante, oficial. – Dice sin levantar la mirada – No quisiera estorbar en una investigación policial.

Amir abre la puerta y salgo de ese lugar que parece llenarse del horrendo olor de Contreras y de todas esas muertes que debe cargar encima.

Díaz se ha sentado con uno de los trabajadores a intentar sacar algo útil.

Me quedo mirándolo un rato haciendo su trabajo paso a paso. Ese carisma se pierde con el tiempo.

–Nombre. – Pregunta Díaz con una libreta en la mano.

–Teófilo Rueda.

–¿Conocía usted a Lucas Sandoval?

–Por supuesto, trabaja aquí, sería difícil no conocerlo.

–¿Eran cercanos? ¿Amigos o algo por el estilo?

–¿Amigos? El chico era como mi hermano. Todo el mundo le apreciaba, era amigo de todos.

–Veo. ¿Sabría usted de alguien, algún enemigo que Sandoval pudo haber tenido? ¿Alguien que quisiera lastimarlo?

–Qué puedo decirle – gimotea Teo mientras se limpia la grasa de las manos con un trapo sucio – No vivimos en un mundo fácil, en un barrio amigable, oficial. Cualquiera pudo haber apuñalado a Lucas, por un poco de dinero, por querer demostrar algo.

–El joven Sandoval no fue apuñalado, le dispararon.

–Lo sé. Eso lo tengo muy claro. Hablé con su hermana, Flora. Me contó donde lo encontraron y cómo lucía su cadáver. Le metieron una bala en la cabeza y lo dejaron en un tiradero a que los pordioseros le quitaran los zapatos. ¿Puede pensar en alguien capaz de hacer algo así a un muchacho?

–Esperaba que en eso me ayudara usted.

–¿Sabe, oficial? Entiendo lo que hace. Sé que quiere llenar sus notas y luego irse a su oficina y escribir un reporte. Sé que piensa que eso hará alguna diferencia. Pero, póngase a pensar, ¿Qué tal no? Eso de andar buscando a los malos, bueno... es un buen gesto, pero no es más que eso. Puede atrapar a alguien, encerrarlo, ponerlo en el noticiero a que todo el mundo lo vea y lo desprecie, hacer sentir a la gente que viven en un mundo justo, pero no quiere decir que haya hecho alguna diferencia. – Teo le sonríe a Díaz y asiente muy despacio – Puede meter a un pobre bastardo tras las rejas, pero puede que no haya detenido a nadie real. Este tipo de cosas toca arrancarlas de raíz, oficial.

Esta gente está trastornada.

Siguen bebiendo mientras entierran la cabeza dentro de los autos abiertos y blasfeman en voz alta hasta que sus voces se repiten indefinidas veces por el ostentoso eco de la bodega.

Nos sentamos con Díaz a interrogar a un muchacho de cabello largo y que lucía un montón de moretones en su rostro. Caminó despacio y tomó asiento



con timidez frente a nosotros.

–Nombre.

–Marcos García.

–Segundo apellido, hijo.

–Dávila.

–¿Podemos preguntarle qué fue lo que le ocurrió? – digo señalando su cara.

–Creo que es bastante evidente, oficial. Tuve un altercado con alguien y me destrozaron el rostro a puño limpio. Tengo unas cuantas contusiones en el dorso también, pero estaré bien.

–¿Conocía usted a Lucas Sandoval?

–Sí, señor. Lo conocía.

–¿Eran amigos? ¿Le comentaba sobre sus asuntos personales?

–Bueno, Lucas fue bastante reservado conmigo. Soy el nuevo del lugar, y en estos días hay que saber ser discreto.

–¿Hace cuánto empezó a trabajar aquí?

–Cinco, casi seis meses.

–¿Cuándo fue la última vez que vio a Sandoval?

–Tuvo que haber sido un poco más de una semana.

–¿Se veía preocupado, angustiado?

–Bastante.

–¿Le dijo por qué?

–Me dijo que había cosas que ocurrían y que no se podían evitar. Cosas. Ya sabe, malas. Me dijo que tenía miedo, pero que creía poder lidiar con ello. Con el miedo. – el rostro de Marcos es pálido, mientras que los moretones en su rostro relucen. Luce tétrico y ausente – No estoy muy seguro qué fue lo que estuvo haciendo, pero le aseguro, que él no quería tener control sobre nada. No le importaba, sólo actuó y luego, bueno, luego se murió. Sólo se murió.

Flora está caminando sobre el pasto hacia el agujero en donde enterrarán a Lucas. La veo con un paño blanco que le cubre la boca y la nariz mientras se queda mirando el próximo hogar del cuerpo muerto de su hermano. Un grupo de hombres se aproxima sujetando el ataúd y lo colocan junto al agujero. Flora ignora la caja, sólo se queda mirando el hueco.

–¿Cree en Dios? – le pregunto mientras me postro junto a ella.

Flora gira levemente y se me queda viendo por unos instantes, hasta que finalmente me reconoce y retrocede un poco trastornada.

–¿Qué está haciendo aquí? Por Dios. – Dice alejándose unos cuantos metros, aún con el paño en el rostro.

–Si cree en un cielo, en un paraíso, puede creer que Lucas está allí. Por lo que no importaría el agujero en la tierra.

–Escúcheme bien, señor: quiero que se vaya de inmediato de aquí. Este es el funeral de mi hermano ¿podría al menos respetar eso y desaparecer?

–No veo cómo puedo estar irrespetando la memoria de Lucas estando aquí.

–Maldita sea, no sea condescendiente conmigo. Lárguese o llamaré a la policía.

–Por favor, señorita – le digo extendiendo mi mano – en serio no pretendo importunar. Lucas era mi amigo, sólo quería estar presente unos minutos. Si es mucho problema, entonces me iré.

–Por favor.

Asiento con la cabeza levemente, pero no me muevo al notar que Flora se queda viendo mi cara.

–¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Estuvo en alguna pelea de borrachos o algo así?

–No. Ni siquiera sé si aquello puede ser considerado una pelea. No lancé

un sólo golpe, así que... fue más una paliza.

–¿Se lo merecía?

–No lo sé. Si me merezco algo en la vida es algo mucho peor que una paliza. Un moretón en el ojo desaparecerá en un par de semanas.

Flora retira el paño de su rostro y vuelve a su posición junto al ataúd y el agujero. Toca la madera con la punta de sus dedos y dirige su mirada una vez más al hoyo en la tierra.

–Creo en Dios – me dice – creo en el cielo. Pero también creo en la justicia. Que sólo lo enterraran en este agujero sería mejor a pensar que está condenado.

–Si de algo sirve, acompañé a su hermano una noche a una capilla, poco antes de morir. Estando allí se confesó.

–¿De verdad? ¿Lucas hizo eso?

–Sí.

Está haciendo algo de frío en el cementerio. Veo como los pocos invitados se acercan unos a otros, de brazos cruzados y hablando en voz baja. La madre de Lucas nos mira a lo lejos, junto a un grupo de señoras mayores que rezan con la cabeza inclinada.

–Lucas nunca fue un gran creyente – dice Flora esta vez mirando el ataúd. – Me alegra saber que tuvo algo de fe al final.

–La mayoría de hombres se arrodillan ante un dios en el que no creen cuando no hay nadie más a quien acudir.

–¿Cree que fue cobarde al hacerlo?

–Creo que nunca antes había sido tan valiente.

Flora deja ver una pequeña sonrisa.

–Será mejor que me marche. – digo tras ella, quien no voltea ni dice nada.

Me alejo varios metros, lo suficiente para no ser percibido por el grupo de viejos que vinieron a ver desaparecer a Lucas bajo tierra.

Un joven sacerdote toma la palabra y suelta un agradable discurso sobre la muerte y la paz eterna. Todo eso que la mayoría de esos viejos quieren oír.

Como parte de su discurso, el cura menciona al profeta Elías, una de las grandes figuras del antiguo testamento quien fue tomado al cielo en cuerpo y alma por una carroza de fuego. Recuerda los grandes sacrificios y hazañas que llevó a cabo, y pide a la comunidad presente a seguir su ejemplo y no aferrarse a las comodidades mundanas.

Abandono el cementerio antes de siquiera ver el ataúd descender al agujero y me encamino hacia al sur, hacia mi pequeño apartamento en el quinto piso.

Prendo la televisión mientras me quito el traje negro y me coloco algo más cómodo. En el noticiero hablan sobre el poco avance en la investigación de la muerte de aquella joven a quien mataron en un baño público en un centro comercial. Dicen que aún no se han encontrado pruebas contundentes contra Daniel Prendergast, por lo que no se ha efectuado su captura. En tanto, las autoridades custodian su prestigiosa residencia a las afueras de la ciudad como medida preventiva.

Le echo un vistazo a mi reflejo en el espejo y reviso cuanto ha mejorado el enorme morado que tengo en mi ojo izquierdo. El torso ya no me duele, aunque se pueden ver unos cuantos hematomas en el dorso y mi vientre.

Me sirvo un poco de agua en el único vaso de cristal que poseo y cierro la bolsa de basura que ya está al tope.

Me coloco un abrigo, apago el televisor, tomo una maleta negra, la bolsa de basura y salgo del apartamento. Dejo la bolsa en un viejo contenedor al frente del edificio, y tomo rumbo hacia la bodega en donde se debe estar viviendo un pesado luto.

Lo que el sacerdote en el funeral no mencionó fue cuando el profeta Elías demostró el poder de Dios frente a la gente de Baal, con fuego caído del cielo sobre su altar, y al desmentir a los falsos profetas les hizo aprisionar y él mismo los degolló.

Al fin y al cabo, hay ratas que necesitan ser erradicadas.

Son cerca de las cuatro de la tarde. A esta hora hay poca gente transitando por los olvidados barrios que rodean la bodega en donde solía trabajar Lucas. Me encuentro con uno que otro vendedor ambulante quienes permanecen intactos en sus esquinas estratégicas, leyendo el periódico o quedándose dormidos sobre sus butacas.

Llego a la bodega y el enorme tipo a la entrada me abre la puerta y me pregunta si he estado en el funeral de Lucas. Le cuento que me quedé sólo unos minutos pues no quería perturbar a la familia.

Hay música distorsionada sonando en el interior de la bodega. Teo está tomando cerveza y fumando dentro de la cocina con otros colegas. Braulio está debajo de uno de los autos, desaliñado y cubierto de grasa. Se levanta al darse cuenta que he entrado y se acerca en un momento dejando las herramientas a un lado.

–¿Estuviste allá? – me pregunta en voz baja, procurando que nadie más nos escuche.

–Quería ver dónde lo iban a enterrar.

–Maldición, Marcos ¿Qué dijo Flora?

–Estuvo disgustada por poco tiempo. Después de todo no sabe quién asesinó a su hermano.

–Pero todos aquí sí, y éste no es el mejor día para que te aparezcas. No quieres que Teo te mande al hospital esta vez.

–No me quedaré, Braulio, sólo vine a hablar un momento con Contreras. Me marcharé y dejaré que todo se calme un poco, no quiero que los chicos me maten.

–Suena a que estás entrando en razón.

–Oye – le digo antes de alejarme – Tú también ten cuidado. Todos aquí en la bodega estamos bajo la mira de la familia Casillas y los Santamaría. Tienes esposa e hijos que proteger, Braulio. Deberías también tomarte un tiempo.

–No te preocupes por mí, muchacho. Yo no soy el nuevo perro de esas familias.

Le doy la espalda a Braulio y subo por las escaleras de metal que se balancean tras cada paso. Me detengo frente a la puerta de la oficina de Contreras y golpeo con sutileza a pesar del ruido de la música. Amir me abre la puerta y me mira con sus ojos pequeños con algo que parece ira.

–¿Qué quieres, niño? – dice sin dejarme pasar.

–Hablar con el señor Contreras, sino es mucha molestia.

–Justo ahora lo es.

–¿Qué diablos pasa? – pregunta Contreras al fondo de la oficina, sentado tras su escritorio.

–Soy yo, señor. – digo intentando dejarme ver tras el enorme cuerpo de Amir.

–¿Marcos? ¿Qué haces aquí?

–Esperaba que me diera un par de minutos señor, es algo importante.

–Amir, hazte a un lado, deja entrar al pobre chico.

El gorila se hace a un lado, pero justo cuando cierra la puerta tras de mí me coloca la mano en el pecho.

–¿Qué llevas en la maleta? – pregunta.

–Mercancía. Es para el señor Contreras.

–Maldición, Amir. Deja de molestar – dice Contreras mientras almuerza sobre su escritorio. Hay un vaso de agua junto a su plato, y tiene una servilleta en su camisa.

Amir me quita la mano de encima y me muevo a un lado, junto a una mesa en donde dejo la maleta.

–Estuve hablando con la gente de las colinas, señor – digo mientras abro la cremallera de la maleta – Es hora de controlar ese sector, señor. Hacen negocios como si fueran empresarios, cuando no son más que novatos.

–¿De qué estás hablando? – pregunta Contreras metiéndose en la boca otro bocado de su comida.

De la maleta saco una semiautomática con un silenciador, me giro en dirección a Amir quien se queda callado al ver el arma. Apunto a su cabeza y disparo sin que éste se haya movido. Antes de que el enorme cuerpo del gorila caiga al suelo, me volteo veinticinco grados a mi derecha donde el señor Contreras se ha quedado petrificado con trozos de comida en los dientes. Halo del gatillo y una bala le atraviesa la cabeza. Su rostro se agita hacia atrás y queda con la boca abierta hacia arriba.

Unas cuantas gotas de sangre caen en la pared y sobre el escritorio. Las manos de Contreras caen extendidas a lo largo de su cuerpo, y el tenedor que sostenía se estrella con el suelo.

Guardo el arma en la maleta, abro la puerta y la cierro tras de mí al salir. Camino de largo por la bodega, en donde todavía el resto de los muchachos están bebiendo y fumando acompañados del ruido de una trastocada radio de fondo. Braulio no me ve y se queda debajo del auto. Salgo de la bodega sin que la bestia en la puerta me diga nada y me alejo por entre las callejuelas del barrio sin pavimentar, llenas de tierra. Miro el reloj y veo que son las cuatro y cuarto de la tarde.

Unas cuantas botellas de cerveza reposan en la pequeña mesa de madera que rodeamos con Díaz y Martínez. Me reviso los bolsillos y me doy cuenta que se me he quedado sin cigarrillos.

–Tenemos un jodido testigo que no está dispuesto a testificar contra Daniel Prendergast. Aparece en el video de seguridad del centro comercial. Trabaja en el establecimiento cerca del baño en donde se cometió el asesinato. Pero el tipo es un completo idiota, no podría estar más aterrado por la situación. – Dice Martínez llenándose la boca de cerveza. Tiene los primeros botones de la camisa abierta y el cabello alborotado – Este maldito caso va a acabar conmigo. No puedo sacarme de la cabeza la imagen del cadáver de la chica. Allí, tirado en ese maldito baño con los putos ojos destrozados. Como si ya no tuviera suficiente con mis pesadillas personales.

–¿Qué ha dicho la familia gringa? ¿Algo?

–La madre del chico asesino habló con nosotros ayer destrozada en lágrimas. Quizá cree que eso va a evitar que enjuiciemos a su bebé.

–Pero Dani no quiere salir de casa.

–Ya lo tendremos, es sólo cuestión de tiempo. No pierdo la fe. Créanme que no.

–En tanto nosotros nos batimos entre un montón de matones sospechosos de asesinato bajo órdenes del crimen organizado. – dice Díaz desde su lado de la mesa.

–Ah, el muerto a las afueras de la ciudad. El que encontró aquel pordiosero.

–Si tenemos suerte, alguna de esas familias nos entregará un tirador, pero eso será todo – digo evitando la mirada de Díaz.

–Hoy fue el funeral de Lucas – comenta Díaz evadiéndome de igual forma – La madre del chico llamó y me lo dijo, no sé si esperaba que alguien de la comisaría fuera.

Mi celular comienza a sonar dentro de mi chaqueta que está colgando del espaldar del asiento. Lo busco sin mirar, me levanto del asiento y contesto.

–¿Por qué habrían de matar a uno de los suyos? – pregunta Martínez antes de tragar un último sorbo.

–Traición. Para enviar un mensaje. No lo sé – responde Díaz con las manos vacías.

–¿Ningún sospechoso hasta ahora?

–Nada contundente.

Cuelgo el teléfono y regreso a la mesa con los muchachos con una expresión indescriptible que los deja a los dos sin qué decir.

–¿Qué ocurre? – Pregunta Díaz

–Asesinaron a Armando Contreras.

Son las nueve y media de la noche y en frente de la bodega hay un par de patrullas policíacas, y no está presente el personal suficiente para lidiar con lo que está pasando.

–No se le puede dar tanto protagonismo a la escena del crimen – le comento a Díaz mientras bajamos del auto – La policía no quiere que esto llegue a la prensa sin que pase por un filtro primero. La comisaría necesita mantener una imagen de control. Mañana a primera hora el capitán Mayarí dará la noticia de la muerte de Contreras, pero dejándole claro a la población que la autoridad sigue vigilante.

–No podemos dejar creer a la ciudad que el crimen organizado tiene más poder que nosotros. Que tienen el poder de estar matándose entre sí sin pagar las consecuencias.

–Aunque el muerto sea un maldito bastardo.

La respectiva cinta se ha colocado en la escena del crimen. El oficial de guardia nos deja seguir a la guarida desde donde Contreras había estado organizado sus pequeños negocios.

La bodega está totalmente iluminada por lámparas que los forenses instalaron en el lugar. Sólo quedan unos cuantos trabajadores del viejo Contreras, la mayoría debieron haber desaparecido apenas encontraron el cadáver.

El capitán Mayarí aparece bajando las escaleras abrigado por un gabán



oscuro y un rostro exhausto.

–Oficial Rivera, oficial Díaz – nos saluda con un apretón de manos fuerte que concuerda con su presencia.

–Capitán. ¿Podría informarnos qué pasó?

–Sígueme a la oficina, les mostraré.

El lugar sigue siendo opaco y gris, con una pequeña ventana hacia ningún lado junto al escritorio. El cuerpo de Contreras permanece en el asiento, mirando hacia el techo y con la boca abierta. Tiene una servilleta en el regazo y un plato de comida sobre la mesa. Un forense le toma las últimas fotografías a la escena antes de proceder al levantamiento.

Un fino agujero se encuentra en la mitad la frente del cuerpo, con tal precisión que parece irreal.

–Difícil de creer ¿no? – comenta el capitán mirando al cadáver junto a nosotros.

–Ni siquiera viéndolo con mis propios ojos puedo creerlo, señor. El bastardo está muerto.

–No puedo negar que me siento algo aliviado – dice el capitán recorriendo el lugar con sus ojos.

–¿Alguna idea de quién lo hizo? – pregunta Díaz mirando el enorme cuerpo del guardaespaldas de Contreras que yace cubierto por una manta al pie de la entrada.

–Los trabajadores dieron un nombre.

–Marcos García – nos dice Teófilo Rueda, fuera de la oficina.

–¿No era él el chico que entrevistamos ése mismo día? – pregunta Díaz revisando sus notas.

–El que tuvo una pelea, el de los moretones – digo.

–El mismo – afirma Teófilo sin mirarnos a la cara –. Vino por la tarde sólo por un par de minutos, entró a la oficina y mató al gigante y a Contreras en un instante y se marchó de inmediato.

–¿A qué hora fue eso?

–Como las cinco de la tarde. Nos dimos cuenta casi una hora después, ya cuando nos íbamos a ir.

–Es decir que lo encontraron a las seis. Llamaron a la policía hace menos de una hora, casi dos horas después.

–No estábamos seguros qué íbamos hacer. Los otros muchachos decidieron largarse antes de tener que enfrentarse con cualquier policía.

–¿Y por qué decidió quedarse y hablar con nosotros?

–Usted no entiende lo que esto significa ¿verdad?

–Sé que mucha gente va a celebrar la muerte de Contreras.

–Y otros van a empezar una guerra debido a ello.

–¿Quiénes?

–No puedo decir más que eso, oficial. Esa gente es más peligrosa que el viejo que mataron en esa oficina, y todos nosotros vamos a estar bajo su radar después de esto. Por eso los llamé. Para que quede claro quién mató a Contreras.

–Esa gente va a matar a Marcos García.

–No le sorprenda, oficial, si en unos cuantos días lo encuentran muerto en cualquier zanja. O si nunca lo vuelven a ver. Ese chico ya está muerto.

Díaz me mira de reojo con algo de escepticismo. En tanto yo me concentro en la expresión de este tal Teófilo. Parece bastante seguro de lo que dice.

–¿Por qué cree que Marcos García asesinó a Contreras?

–No tengo idea. Pero le aseguró que firmó su sentencia de muerte al hacerlo. – Dice sin vacilar. – De alguna forma el muchacho se lo merece.

–¿A qué se refiere?

–El fue quien asesinó a Lucas.

–¿Qué?

–Es cierto – dice Braulio Gonzales tras Teófilo. Se acerca hacia nosotros, y con voz tosca dice: – Marcos mató a Lucas.

–¿Por qué lo hizo?

–Sólo tiene que saber eso, oficial – dice Teófilo – No puede hacer nada. Mejor ocúpese de enterrar el cuerpo del chico cuando lo encuentre.

Teófilo nos da la espalda y camina hacia la salida de la bodega. Braulio se queda un instante, con una expresión melancólica cubriéndole el rostro.

–Espero que ustedes lo encuentren primero, antes que ellos – nos dice –. No sería una muerte limpia.

Extiende su mano para entregarme algo. Coloco mi palma y él deja un trozo de papel en ella.

–Marcos es un buen tipo – asegura – sólo está perdido.

Él también abandona la escena y por un momento nos quedamos en silencio.

El trozo de papel tiene escrita una dirección.

–¿Cuál era el nombre completo de Marcos? – le pregunto a Díaz quien busca de inmediato en sus notas.

–Marcos García Dávila.

Tomo mi abrigo y alisto las llaves del auto.

El sujeto estaba ahogándose en su propio sudor, no podía dejar de temblar y se le era imposible mirarme a la cara. Su nombre era Teófilo, más conocido como Teo en la bodega de Contreras.

Estaba sentado en una silla de cuero situado en mi despacho, donde siempre hacía sentar a la gente de su tipo.

–¿Marcos García? – le pregunto mientras él inclina su cabeza y asiente repetidas veces.

–Sí, señor Santamaría. Entró solo a la oficina y los mató. Debió usar silenciador porque ninguno escuchó nada, y nos dimos cuenta unas horas después.

–¿Me está diciendo que el mismo sujeto que asesinó a Lucas Sandoval mató a Armando Contreras?

–Sí, señor.

–Eso no tiene sentido.

–No sé si lo tiene, señor, pero fue lo que pasó.

–¿Por qué deberíamos confiar en usted? – preguntó Manuel, mi hijo mayor, quien estaba sentado en un sofá más amplio a un lado de la sala.

–No tiene por qué, señor. –Responde él girando el rostro para mirarle – Pero digo la verdad, cualquiera que haya estado en esa bodega puede confirmarlo, es más, no creo que ni el mismo Marcos García sea capaz de negarlo. Por la forma como lo hizo, yo diría que estaba bastante decidido. Ya debe estar escapando, señor.

–Quizá alguien le pagó por hacerlo – me dijo Manuel mientras sostenía un arma en su mano derecha.

Teófilo miró el arma de reojo pero enfocándose más en la alfombra roja

bajos sus pies.

–No lo entiendo – dije – Ese chico nos enfrentó a todos. Mató a Lucas para ganarse nuestra confianza y luego asesina a Contreras. No es un comportamiento normal.

–Llevaba apenas unos meses con nosotros – dijo Teófilo – Quien sabe de dónde viene o qué órdenes seguía.

–¿Tiene alguna dirección dónde pueda encontrarlo?

–Tengo una, pero la policía debe estar requisando el lugar justo ahora, señor.

–Démela. Debemos encontrar a este chico. Y Manuel, llama a la casa de Santiago Casillas y diles que necesito hablar con él.

–Va a enloquecer. –Aseguró mi hijo.

–Es mejor que lo escuche de mí antes que lo vea en el noticiero.

Con la muerte de Contreras nos caen varios agravantes encima, primero vamos a perder respeto ante los políticos con quienes negociamos; los distribuidores de droga aparecerán de la nada y tomarán posesión del territorio de Contreras; y sobretodo, Santiago Casillas empezara a culparnos por habernos encontrado con el joven Marcos y pagarle por sus acciones con algún rastro de nuestra confianza. Entonces Santiago querrá tener el poder de la represalia por la muerte de Contreras y no será nada agradable. El nuevo jefe de la familia Casillas tiene un gusto especial por la tortura y la muerte, y va a querer matar él mismo a Marcos García. Tomará confianza de sus propias decisiones y va sentir necesario tomar el control general del negocio.

Teófilo salió de la oficina con pasos torpes. En el umbral me pidió por protección y yo le aseguré que no le pasaría nada.

–Puedo ir yo mismo al apartamento de ese tal Marcos – dijo Manuel guardando su arma debajo de su gabán.

–No lo conoces. Manda a alguien que puede identificarlo a ver si lo encuentran en los alrededores o si alguien puede decirnos donde está.

–Muy bien. Iré donde Antonio y le diré lo que está pasando.

El teléfono sonó y Manuel tomó la llamada. Me lo entregó diciéndome que se trata de Santiago Casillas devolviendo mi llamada.

–Buenas noches, Santiago.

–¿Por qué me llama a esta hora? ¿Qué diablos pasa?

–Tenemos malas noticias.

–Eso ya me lo imaginaba, Ismael.

–Es Contreras, lo asesinaron esta tarde.

Escuché la respiración de Santiago Casillas detenerse por un instante. Si hubiese tenido su arma en ese momento estoy seguro que le hubiese disparado a cualquier cosa.

–¿De qué está hablando? – preguntó su voz distorsionada en el teléfono.

–Marcos García, el muchacho que asesinó a Lucas Sandoval. Por alguna razón asesinó también a Contreras.

–Maldita sea, Ismael. ¿Está hablando en serio?

–Justo ahora la policía está en la bodega levantando el cuerpo. También saben que fue Marcos quien lo mató.

Escuché cómo Santiago Casillas golpeaba su escritorio repetidas veces al otro lado de la línea.

–¡Ese desgraciado hijo de puta! – Gritó sin permitirme alejarme del auricular – Les dije que no era de confianza. ¡Un niño que aparece de la nada! Y usted decidió llevarlo a la hacienda. ¿Puede ver lo que ha ocasionado, Ismael?

–Este tipo de ataque no es nada común, Santiago. Mataron a Armando Contreras, no hay mucha gente que sea capaz de hacer algo parecido. Era imposible siquiera sospechar que ese muchacho iba a hacerlo. Esto fue algo planeado. El chico debió matar a Lucas Sandoval sólo para ganarse la confianza de Contreras y poder entrar a su oficina armado.

–¿Sabe dónde está el chico?

–Ya envié a alguien a su apartamento.

–Ese muchacho debe estar a medio país de distancia a esta hora.

–Lo primero es seguirle los pasos. Tenemos que encontrar las huellas que haya dejado.

–Quiero que lo atrapen vivo, Ismael.

–No quiero hacer de esto una carnicería. Lo mejor es que ocurra en silencio y rápido, o la policía podría llegar hasta nosotros.

–¿La policía? La policía es el menor de nuestros problemas ahora. La muerte de Contreras nos quita todo el respeto y miedo que pueden sentir por nosotros los medios, los que sea que nos teman en política y la gente. Si queremos recuperar eso debemos enviar un mensaje claro y fuerte. Que un niño mate a una de las figuras más temidas de la década pasada no es precisamente la imagen que quiero proyectar.

–El chico morirá, Santiago. Desaparecerá.

–No, Ismael. Yo lo mataré y créame que será algo difícil de olvidar para todos.

–Si es que lo encontramos.

–Lo encontraré.

Santiago colgó y me quedé solo cerca de la media noche junto a mi escritorio.

La puerta se abrió y tras ella apareció mi esposa arropada por una bata gris. Se había quitado el maquillaje y parecía cansada.

Amanda siempre había logrado percibir las cosas malas que ocurren. Llevaba la misma cara de preocupación que yo. Se acercó inspeccionando mi rostro, mientras yo intentaba evadir su mirada.

–¿Qué ocurre? ¿A dónde se fue Manuel tan tarde?

–Salió al club, va a hablar con Antonio – me acerqué y coloqué mi brazo sobre su hombro – No te preocupes. Todo va a estar bien.

–Por favor, Ismael. Sabes que no me puedes ocultar nada. Además, vi a este sujeto saliendo de la casa. El trabajador de Armando.

Miré a Amanda y se lo dije.

–Armando Contreras está muerto.

Amanda no dijo nada. Ella sabía lo que significaba, ni siquiera tuve que aclararle que fue asesinado.

Por la mañana los periódicos y todos los canales televisivos se inundarán con la imagen de Armando Contreras. Recordarán después de muchos años lo que hizo, la masacre en el hotel Houston, la caída de las otras familias, cada muerte que se le atribuye, el narcotráfico y todo lo demás. Tendrán a su villano muerto y enterrado, e intentarán auspiciar una imagen de seguridad nacional más fuerte que nunca. Toda esa publicidad pagada dará pie a nuevas figuras políticas con sus promesas de guion sobre acabar con todo el crimen organizado en el país. Y tendremos a jueces y políticos novatos encima de nosotros, que sólo terminará en corrupción política, como siempre ocurre, y más muertos.

–Vamos a dormir – dije – Mañana será otro día.

El sol aparece cerca de las cinco y media de la mañana. Lo veo salir por detrás de los cerros que rodean la ciudad, iluminando con los leves trazos de luz que logran escapar por entre los nubarrones oscuros que últimamente tienden a posarse sobre los edificios.

Mi nueva habitación es pequeña y está equipada con lo básico que se requiere para vivir; un intento de cocina en la esquina y un baño oscuro al fondo. Hay una ventana que me da una panorámica general del sector en donde me encuentro.

Cuando asesinas a uno de los mafiosos más importantes del país tienes que viajar ligero. Sólo llevo conmigo unas cuantas prendas de vestir, un par de armas, munición y dinero.

Mientras como algo en una vieja mesa circular, veo que en el pequeño televisor agarrado a la pared empieza el transito interminable de la noticia de última hora que se apodera de cada canal nacional. El aparato sintoniza únicamente en blanco y negro, pero eso no le quita el impacto que cada reportero pretende darle al asunto. Varias fotos que muestran un joven Contreras, acompañado de figuras importantes de época antigua, desfilan en la pantalla mientras una voz de fondo narra quién era Armando Contreras, por qué era considerado tan peligroso, y por qué la opinión pública debería ser de júbilo ante su muerte.

Bebo lentamente un café caliente mientras la reportera en la pantalla relata las circunstancias de la muerte de Contreras. Se encuentra justo en frente de la bodega desde donde el viejo mafioso cometió sus últimos actos ilícitos y donde lo asesiné. Pero no escucho mi nombre ser mencionado en ningún noticiero, tampoco aparecerá en ningún periódico. Lo único que queda claro



es que fue uno de los trabajadores de Contreras quien lo asesinó, a él y a su enorme gorila guardaespaldas, Amir.

Nadie en realidad quiere que mencionen mi nombre y mucho menos que publiquen mi rostro. Por ahora, la comunidad citadina en general está satisfecha con que alguien haya puesto una bala dentro del cráneo de Contreras, lo mejor es no saber quién fue ese alguien. Que los que se echen ese tipo de muertos se queden en la sombra.

A pesar de que en el noticiero exponen el asesinato como toda una hazaña, mi viejo apartamento debe ser justo ahora el centro de reuniones de la policía. Puedo imaginarme a todos esos uniformados, a los policías y forenses buscando entre mis objetos personales algún rastro que los lleve donde estoy ahora. Puedo imaginarme a los hombres de Santamaría y de los Casillas mirando desde la acera de afuera a mi viejo apartamento. Viendo las siluetas enrarecidas de los oficiales al otro lado de las cortinas.

En tanto, la periodista en la pantalla comenta que el recién fallecido mafioso sigue a manos de la fiscalía, pero pronto su cuerpo se entregará a la única familia que le quedaba; su ex esposa e hijo.

–Por el momento la policía no ha hecho ninguna declaración sobre si este recién asesinato tiene alguna relación con el fallecimiento de Ramón Casillas, quien murió hace unas cuantas semanas presuntamente de causas naturales en su hacienda.

Con tono austero y una mirada levemente maquillada, la periodista dice que nos mantendrá informados sobre el avance en la investigación policiaca.

Así, para cuando anochece, el decrepito rostro de Armando Contreras vuelve a ser famoso por una última vez, representado oscuramente por una cámara desfavorable y los grumos y líneas de la mala señal televisiva.

Cerca de la media noche escucho desde mi piso a un par de jóvenes vendedores de droga en el callejón que encara la ventana de mi pequeño apartamento. Hablan con una prostituta sobre el precio de la cocaína que ha aumentado de repente debido a la muerte de Contreras. La mujer les dice que eso no tiene sentido.

Me levanto de mi cama y los observo desde este segundo piso. Uno de los tipos sostiene una pequeña bolsa en la que trae el producto. Lo levanta frente al rostro de la mujer esperando a que ella saque algo de dinero.

Mi ventana tiene un pequeño agujero por el que se filtra un frío congelador junto con las voces de los vendedores y de la chica.

–Eso es todo lo que tengo – dice ella.

–No es suficiente.

–Pues es todo lo que tengo.

Varios perros ladran mientras que el tipo toma el dinero de la prostituta y se lo guarda.

–No es suficiente.

Regreso a mi cama y me oculto tras las sábanas viejas que me ha dado el dueño del lugar. Antes de que caiga dormido el vendedor le da la coca a la prostituta.

–Enterré a mi hermano hace menos de tres semanas y ahora hay más gente por enterrar. – Digo sujetando un vaso de whisky con hielo, mirando al suelo.

–Lo sé, señor Casillas. Siento como si el funeral se hubiera llevado a cabo apenas ayer. Las tragedias nos llegan repentinamente una tras otra.

–Pareciera que lo que nos ha deparado el destino a todos nosotros es ser asesinado, abogado. Muertos por manos más jóvenes.

–No sea tan pesimista, señor Casillas. Le aseguro que todavía le quedan buenos años, y partirá tranquilo desde su cama. Cuando Dios mande.

–Cuando Dios mande – suelto una tenue risa y le doy una suave palmada al abogado en la mano.

El nombre de este muchacho en traje y corbata es César Murcia. Abogado de uno de los senadores con quienes mi hermano Ramón y Armando Contreras tenían viejos negocios. Ahora con los dos muertos, el representante legal del senador Durán se personifica en mi despacho para asegurar un futuro estable para su cliente.

–Disculpe mi falta de tacto, señor Casillas, pero tengo que preguntar; ¿la muerte de su hermano tiene alguna conexión con la del señor Armando Contreras? Es bastante sospechoso que ambos mueran con tan solo unas semanas de por medio.

–No puedo asegurar nada, abogado, la única conexión que veo es que ambos eran criminales, y los criminales tienden a morir así.

Murcia esquiva la mirada y parece negar con la cabeza muy lentamente. Quizá no sea un gran admirador de la palabra “criminal”.

–A lo que me refiero es si el asesino de su hermano Ramón, que en paz descansa, es el mismo sujeto que le disparó a Contreras – reitera el abogado

antes de tomar un sorbo de su whiskey.

–No. Mi hermano fue asesinado por un muchacho llamado Lucas Sandoval, quien murió hace unas cuantas noches. Armando, por su parte, fue asesinado por un tal Marcos García. Lo curioso del asunto, abogado, es que fue el mismo Marcos García quien asesinó a Lucas para pedir la recompensa que había por la cabeza del asesino de mi hermano. Recompensa que nosotros pagamos.

El abogado se me queda mirando con un aire atónito. Se mira los dedos, y se queda callado pensativo.

–Puede ser algo confuso, abogado, lo sé. No tiene sentido, pero es lo que ha ocurrido. – le digo con tono comprensivo – Justo ahora estamos intentando averiguar quién es este joven, Marcos García, de dónde vino, y porqué asesinó a Armando. No sabemos si hay alguna conexión entre las dos muertes, sea como sea, no hay de qué temer. Puede decirle al senador Durán que duerma tranquilo.

–Aunque eso es justo lo que quiere oír el senador, señor Casillas, no puede dormir tranquilo. Asesinaron a dos de sus conexiones y siente que en cualquier momento estará expuesto.

–Yo personalmente me encargaré de todo lo que conecte al senador con los asuntos de mi familia.

–¿Y los asuntos con Contreras?

–De esos también me encargaré, abogado, de esos también.

–Disculpe mi escepticismo, señor Casillas, pero se presume que quien está a cargo de los asuntos de su familia es su sobrino, el joven Santiago, y el senador no se confía de un sujeto como él, y con toda razón. Santiago Casillas es conocido por su temperamento pesado y la facilidad con la que puede perder el control.

–Reconozco que mi sobrino puede ser difícil, y es por eso que mi hermano no le compartió asuntos tan importantes como los concernientes con el senador Durán, entre otros.

–Bueno, es bastante alentador oírle decir eso, señor Casillas.

Murcia se termina su trago y toma su portafolio. Le doy la mano y le digo que todo estará bien. Él sonrío y dice que eso espera.

La hacienda permanece solitaria el resto de la tarde. Santiago se ha marchado. Lucio, el hombre de confianza de mi sobrino, ha aparecido por un momento con un par de tipos, han tomado un par de armas y se han ido. Imagino que van de caza, y me quedo aquí a esperar a que traigan vivo a

Marcos García, lo metan en una cabaña y lo maten despacio, quizá por lo que queda del mes.

Rita, la ex esposa de mi sobrino, me llama y me pregunta por la muerte de Contreras y si Santiago está en peligro. A pesar de que llevan divorciados más de cuatro años y de que ella asegura que le odia, todavía se preocupa por Santiago. O quizá sólo se inquieta por la conexión que tiene con él. Luego me pregunta si debería preocuparse por sus dos hijos, de ella y de Santiago, y si deberían irse del país por un tiempo. No sé qué decirle. Debería irse para siempre, pero Santiago la forzaría a regresar. Él no podría sobrevivir sin ellos, y Rita lo sabe.

Intento animar las cosas y le pregunto si los chicos están bien, y si se están desenvolviendo en el colegio.

–Gabriel está bien, aunque pasa mucho tiempo frente al televisor – contesta con desanimado – y tiene pocos amigos.

–¿Y Alicia? – Pregunto recordando su triste rostro en el funeral de mi hermano – ¿Cómo ha estado esa señorita?

–No lo sé. Nunca está en la casa y no me habla. Ni siquiera me ha dicho cómo se siente por la muerte de su abuelo.

–Es una adolescente, Rita, no me preocuparía tanto.

–Me preocupan más otros asuntos, Alberto.

–Sí, lo sé.

Suelta un suspiro y me pide que no le cuente a Santiago de su llamada, y cuelga.

Hago unas llamadas a mis pocas amistades en la comisaría y pido por información relevante que pueda haber tomado la policía del despacho de Armando Contreras. Me dicen que hay unos documentos que lograron esconder y nada ha pasado a ser evidencia. Les pido que me los traigan a la hacienda, les digo que estoy viejo y no me puedo mover. Los muchachos se ríen en el teléfono y dicen que no hay problema.

Voy a la vieja oficina de mi hermano, Ramón, que sigue empolvada porque nadie ha entrado desde que lo asesinaron, y busco por todos los papeles que puedan conectar a la familia con el senador Durán. Lo tomo todo, porque no quiero que nada caiga en manos de Santiago. Es mejor que permanezca fuera de esto, y se distraiga persiguiendo a este chico, Marcos, y luego dure un par

de semanas encerrado con él en algún lugar oscuro de la hacienda.

He llegado tarde a la comisaría después de una horrible noche. No conseguía dormir debido a varias pesadillas que tenía tanto despierto como dormido, y me he sentado en la sala a leer varios periódicos de la semana que no hacen más que discutir sobre el asesinato de Contreras y de la chica a quien le acuchillaron los ojos en un baño público.

Cuando cierro los párpados veo a Armando Contreras vivo y hablándome mientras almuerza, y se ríe, y lleva puesto un traje muy costoso que está empapado de sangre. Me cuenta sobre toda la gente que asesinó en el Houston y de todos los nombres en su lista negra, y me dice que no está muerto. Y sigue almorzando mientras varias gotas rojas caen a lo largo de su ropa blanca hasta formar un charco a sus pies. Me despierto asustado y exhausto.

Bebo varias tazas de café mientras el capitán Mayarí repasa la información del asesinato y Díaz coloca varias fotografías de mafiosos en la pizarra. Cuando Díaz toma asiento, yo me levanto y reorganizo las fotografías en orden familiar.

–Este es Ramón Casillas – le digo al chico señalando la fotografía del viejo – falleció hace unas cuantas semanas en su casa, según familiares, bajo circunstancias naturales. El proceso fue llevado por un médico familiar y el servicio funerario fue controlado por ellos mismos. Nada de esto parecía extraño hasta que asesinaron a Armando Contreras tres semanas después, dejando así dos importantes cabecillas de esta organización muertos. Lo que nos hizo sospechar que quizás Ramón Casillas no murió de causas naturales después de todo.

–¿Quizá Contreras mandó matar al viejo? Puede que un trabajador de Contreras lo haya hecho y los Casillas asesinaron a Contreras como venganza

– comenta Díaz tranquilo mientras toma un sorbo de mi café.

–Por ahora todo es especulación, no podemos adelantarnos a los hechos y la evidencia que tenemos – dice el capitán Mayarí, quien se ha aflojado la corbata a pesar de que son las ocho y media de la mañana y parece haber tenido también una noche de perros.

–Aunque es una sola organización – le digo a Díaz, quien asiente y me mira atento – hay dos familias involucradas. Tenemos a los Casillas y a los Santamaría. Ramón Casillas empezó en este negocio hace bastante tiempo. Se le atribuían varios oficios delictivos entre los que estaban tráfico de drogas y venta ilegal de armamento a las fuerzas insurgentes de la época. Hace más de treinta y cinco años, Ismael Rojas comenzó a trabajar para él cuando era tan solo un chico, y en unos cuantos años se convirtió en su mano derecha y ahora es uno de los tipos más conocidos en su círculo social. Se cambió el nombre a Ismael Santamaría; se le acusa de enriquecimiento ilícito, y sigue relacionado con los Casillas, pero formó su propia familia y reputación. Ismael se casó con Amanda Rodríguez, que ahora es Amanda Santamaría, y tuvieron dos hijos; Manuel y Antonio. El mayor, Manuel, parece seguir los pasos de su padre, creemos que es su mano derecha. El chico tiene carácter y ha estado involucrado en un par de asesinatos, pero nunca se la ha declarado culpable de nada. El más joven, Antonio, que quizá tiene unos veinticinco años, es dueño de un club nocturno en el centro. Al parecer el negocio es limpio y el chico prefiere mantenerse al margen de los negocios familiares.

–Informativo. ¿Marcos García también trabajaba para ellos?

–Hasta donde sabemos, Marcos trabajaba exclusivamente para Contreras. Por esa y otras razones no creo que Santamaría haya dado la orden de matar a Contreras.

–¿Y los Casillas?

–Los Casillas son una familia más numerosa. Tenemos a los hermanos mayores Ramón y Alberto. Ramón estuvo casado con Eliana Casillas, que murió hace dieciocho años. Tuvieron sólo un hijo: Santiago Casillas de 39 años.

–Este tipo, Santiago, es toda una estrella – comenta el capitán Mayarí –; está sucio desde cualquier perspectiva, desde los trabajos ilícitos que hace con su familia hasta peleas y altercados en lugares públicos. Se le ha acusado de incendiar varias patrullas policíacas, de asesinato y desapariciones forzosas.

Díaz se queda mirando la fotografía de Santiago Casillas pensando, quizá,



en que el ensamble del tipo no luce tan macabro, y que es difícil imaginárselo haciendo cualquier tipo de daño.

–¿Y toda esta gente es intocable o algo por el estilo? – pregunta el chico mirándonos al capitán y a mí.

–No – le respondo –. Pero es gente difícil de atrapar, más en este país, más hoy en día, chico.

–Sólo haga su trabajo como debe – le dice el capitán – y veremos hasta donde llegamos.

–¿Y quién es la mujer y los dos jóvenes? – pregunta Díaz refiriéndose a las tres fotos restantes en la pizarra.

–La mujer es la ex esposa de Santiago, Rita Baquero, y los jóvenes son sus hijos. El chico es Gabriel Casillas de ocho años. Y la joven es Alicia Casillas, de unos dieciséis, diecisiete años. Ambos viven con su madre, pero mantienen una relación bastante estrecha con Santiago.

–¿Y son de alguna relevancia?

–Con la muerte de Ramón Casillas y de Contreras, Santiago tomará las riendas de los negocios. El tipo es una bestia, puede que su falta de tacto logre que quede más expuesto, y nos serviría bastante la declaración de su ex esposa, y quizá la de su hija.

–Lo primero es atrapar a este chico, Marcos García – aclara el capitán.

–El chico es una sombra, capitán – dice Díaz –. No había nada en su apartamento que pudiese siquiera sugerir su paradero. No sabemos de dónde viene, si tiene familia, ni qué hacía antes de trabajar para Contreras.

–¿Hicieron la búsqueda en los registros civiles y antecedentes criminales? ¿Tenemos alguna pista?

–Tenemos algo. – Les digo – Si descartamos todos aquellos que tienen un segundo nombre, tenemos un total de noventa y seis hombres registrados por todo el país como Marcos García Dávila. Reduciéndolo al rango entre aquellos que tienen entre veinte y veintiocho años de edad, quedamos con veintidós hombres. Ocho aquí en la ciudad, todos están limpios – le digo leyendo mis notas –. Los catorce restantes están registrados en diferentes pueblos y ciudades. Hasta el momento ninguno parece tener antecedentes criminales.

–¿Alguno que le llame la atención, Rivera?

–Está este chico que nació en Aprima.

–¿Aprima? – repite curioso Díaz mirando hacia el techo.

–El famoso pueblo en donde ocurrió el ataque de la AIL. Según los

registros que encontré dejaron un total de ochenta o noventa muertos (número indefinido, al aparecer), ocasionaron que decenas de familias se desplazaran a la ciudad, y actualmente el pueblo no es más que un caserío con un centenar de habitantes. No he podido comunicarme con la policía regional para más información.

–¿Qué edad tiene ese Marcos García?

–Veintiocho. Y según las fechas, debió tener unos siete años al momento del ataque. Pero no tenemos registros actuales al respecto.

–Pudo haberse desplazado a la ciudad después de los ataques, o incluso ser reclutado por los de la AIL. – Sugiere Díaz – Puede ser un ex rebelde.

–Los de la AIL se desintegraron en el acuerdo de paz unos cuantos meses después de eso, y no hay registro de este tal Marcos haciendo parte de sus filas – les digo –. Pero hay otra cosa. Hubo denuncias que relacionaban a los Casillas y al mismo Armando Contreras con los ataques en Aprima. Se les acusaba de venderles armas a los rebeldes de la AIL en aquella época.

Hay un momento de silencio.

–Es venganza – dice Díaz –. El chico asesinó a Contreras por su participación en el ataque a su pueblo.

–Conjeturas, Díaz. No es una conexión de la que no tenemos las suficientes pruebas – afirma el capitán.

–Eso pensé.

–Intentaré comunicarme con la policía del municipio – dice el capitán –. Aunque es un pueblo muerto.

Enciendo un cigarro y leo el informe que redacté sobre la muerte de Contreras, mientras que Díaz empieza a hablar de lo retorcida que está la situación.

–No tienes qué decírmelo – le digo sin quitarle la mirada a las hojas.

–Me había dicho que lo más probable era que no podíamos arrestar a Contreras por el asesinato de Lucas Sandoval.

–Eso dije, ¿Qué pasa con eso? Contreras está muerto, ¿qué importa lo que haya dicho?

–Importa. Ahora vamos tras su asesino. De alguna forma no hay justicia si Contreras asesina, pero sí hay justicia si lo asesinan a él.

–Contreras ni siquiera asesinó a Lucas Sandoval como creías, fue el mismo Marcos García. – Le digo mientras expulso el humo al aire libre de la azotea de la comisaría – No entiendo qué es lo que te molesta.

–Me molesta que estemos tras un asesino de mafiosos y no somos capaces de ir tras los mafiosos.

–Por el amor de Dios, Díaz. Le pegaron un tiro a Contreras. Tú crees en el infierno, ¿no? Piensa que el tipo está quemándose. Qué más justicia que esa.

–¿Qué pasa con Santiago Casillas, e Ismael Santamaría?

–Este trabajo es de paciencia, Díaz. Y tendrán su momento. Santiago Casillas está como una puta cabra, no será capaz de salirse del radar. Nos dejará el trabajo fácil, chico.

Arrojo el cigarro al vacío, y me alejo de Díaz. Sigo leyendo aunque ya perdí la concentración y de mi mente no se esfuma la imagen de Armando Contreras empapado en sangre, riéndose y comiendo.

En el informe está la foto de la escena del crimen, donde se ve a Contreras con la cabeza colgándole hacia atrás y la mancha de sangre en la pared tras él. Y me quedo viendo la fotografía no sé por cuánto tiempo, intentando imaginarme a Marcos García matando a ese tipo y luego a la bestia, Amir.

Mi hermano, Raúl, me llama a la oficina tipo siete de la noche y me dice que me espera a cenar en su casa. Le digo que no puedo esta noche, que ha sido un día largo, que de hecho toda la semana ha sido una mierda. Y me dice que había planeado esa cena desde hace varios días y ya le había dicho que iría. Me dice que Raquel cocinó y espera verme esa noche allí. No me queda más que decir. Le digo que llego en una hora y cuelgo.

Cuando me voy le pregunto a Díaz si se va a quedar toda la noche en la comisaría o qué. Responde que se irá pronto y se sienta a leer viejos reportes de los Casillas.

La casa de Raúl sigue igual de oscura debido a las edificaciones alrededor que obstruye la luz del sol y las pequeñas lámparas que tienen para iluminar por las noches; le digo esto cuando entro. Él sonríe y llama a Raquel que sigue en la cocina y ella responde con un grito que tomemos asiento.

Hay varias fotografías del día de su matrimonio en las paredes. Y en algún lugar, tras alguna columna, está la foto en blanco y negro de nuestro padre con los dos, mi hermano y yo jóvenes y muy delgados, uno a cada lado de él.

Ramón empieza a hablar del trabajo y lo cansado que se ha sentido en su rutina. Me cuenta sobre sus planes de irse con Raquel de paseo por Europa con los ahorros que tienen. No menciona que se trata de algún tipo de consolación por la recién noticia de sus problemas para tener hijos, y que ese

dinero, de hecho, lo estaban ahorrando para la futura llegada del bebé que nunca llegará. Noto todo eso en la forma en la que habla y su mirada empequeñecida.

Raquel aparece con la cena y una botella de vino. No deja de sonreírme y me sujeta el hombro de forma amistosa. Toma asiento al lado de Raúl y los dos se miran de forma un tanto lastimera.

Cuando me visitó en la casa hace un par de días, Raúl me contó que Raquel se había dedicado el año anterior a coser varios suéteres para bebés. Y que la semana pasada se deshizo de cada uno de ellos arrojándolos a la basura. Me contó que se encerró toda la tarde en la habitación y que él se había quedado en la puerta intentando escuchar algo, pero no la oía llorar ni nada.

–¿Cómo va el trabajo? – pregunta Raúl sonriéndome. – ¿Ya atrapaste al que mató a ese mafioso?

–Todavía no, pero estamos en eso.

–¿Ya saben de quién se trata? – Me pregunta Raquel intrigada, dejando de comer por un instante.

–No estamos del todo seguros, y si lo estuviéramos no podría decirte de todos modos.

–Había oído que fue la misma policía quien dio la orden de asesinarlo – asegura Raquel.

–Te aseguro que no fue la policía, Raquel. Sabemos poco, pero estoy convencido que la policía no tiene nada que ver. Ya tenemos sospechosos.

–En las noticias dicen que fue uno de sus trabajadores – comenta Raúl – dicen que el asesino es un muchacho, pero no se sabe quién dio la orden.

–Como sea, no puedo negar que me siento tranquila de que ese señor ya no esté vivo. No sabemos a cuantas personas lastimó y a cuantas familias hizo miserables.

–Eso es algo duro, querida – le dice Raúl sin dejar de sonreír.

–Lo sé, lo sé. Pero se lo merecía, es todo lo que digo.

Raquel me sirve un poco de vino sin que se lo pida. Lo tomo y bebo un sorbo. Y ella me mira.

–¿Y cómo va tu vida personal, Eduardo? Si es que puedo preguntar.

–¿Qué quieres saber, Raquel?

–¿Alguna mujer? ¿Alguien?

–Por dios, amor. Sé más sutil, cariño – le interrumpe Raúl.

–Tranquilo, está bien. – Miro a Raquel y le digo: – No. Ninguna mujer. Nadie.

–Es una pena. Aunque, puede ser algo positivo.

–¿Cómo positivo?

–Tengo una amiga – dice ella – una mujer maravillosa. Trabajaba conmigo, es soltera y hermosa.

–¿Cómo es soltera y hermosa? – pregunto.

–La mayoría de mujeres decentes y bonitas que conozco están solteras, Eduardo. No es un gran misterio. – Afirma mirándonos a los dos y tomando un poco de vino – Ella, por ejemplo, ha estado sola por el último año. Salió de una relación complicada y no ha querido nada por un tiempo.

–¿Por qué cambiaría de parecer conmigo?

–¿Por qué no?

–Porque no estoy buscando nada, Raquel. Pero, gracias. ¿Cuántos años tiene?

–Bueno. Unos veinte nueve, treinta, quizá.

–¿Estás loca? Soy más de quince años mayor que ella.

–¿Eso qué tiene que ver? A esta edad ya no importa.

–Déjalo, cariño. – Exclama Raúl – Ya dijo que no estaba buscando a nadie.

–Quizás mi compañero de trabajo – les digo –, Agustín. Es joven, unos treinta y tres años. Apuesto y soltero.

–¿Y él sí está buscando a alguien?

–No sé si está buscando a alguien, pero lo necesita. Hoy se quedó en la oficina a trabajar después del turno, y puedo asegurarles que sigue allí. El chico está solo y puede que muy metido en el trabajo. Pero es un buen tipo, amable y todo el asunto. No fuma, no es mujeriego. Ni siquiera bebe.

–Suena encantador.

–¿Cómo puede sobrevivir a su trabajo sin beber? – pregunta Raúl.

–Lleva poco tiempo – le digo.

–Pregúntale si le interesaría verse con mi amiga – Me pide Raquel.

–¿Cuál es el nombre de tu amiga?

–Sara.

–Le preguntaré. Y, aún si no lo está, haré que se interese.

Raquel me sonrío y de tres aplausos despacio.

Salimos con Raúl a fumar un poco y él me comenta de los diferentes estados de ánimo de Raquel y lo mucho que se ha distraído pensando en la cena de esa noche. Me agradece por venir. No me cuenta cómo está él, si le ha

afectado en algo la situación o es sólo Raquel quien se encierra en la habitación. En vez de eso, empieza a hablar de nuestro padre quien lleva más de diez años muerto. Se lamenta de que se haya ido sin haber visto nunca un nieto.

–Quizás es mejor así – dice – que no se enterara que no puedo tener hijos, y que tú ni siquiera lo intentarás.

No le digo nada, y él se ríe a carcajadas.

Salimos del colegio con Andrea y Paty a un parque que hay entre uno edificios residenciales donde nunca se ve un niño jugando. Nos sentamos dentro de la torre de madera donde está el rodadero y Andrea saca un poco de marihuana, hace un porro y comenzamos a fumar.

El lugar es solitario y tranquilo, lo que es genial porque a la gente le gusta delatar chicas en uniforme fumando.

Paty comienza a hablar de Lina Aguirre, la chica a quien mataron en ese baño en un centro comercial. Dice que conocía a varios de sus amigos, y que incluso la vio en una fiesta una vez, y que también conoce a Daniel Prendergast, el único sospechoso del asesinato, quien solía salir con Lina.

–La apuñalaron en los ojos – dice Paty fumando.

–Eso lo sabe todo el mundo – le digo – salió en las noticias.

–Sí, pero yo vi fotografías.

–¿Cuáles fotografías? – le pregunta Andrea.

–Los muchachos que la encontraron muerta le tomaron fotografías y las mostraron en una fiesta el domingo. Me las dejaron ver. Ellos también conocían a Lina. – Dice y tose un poco – Eran horribles, las fotos, me refiero. Tenía unos agujeros enormes en la cara, y le caía mucha sangre por las mejillas y tenía la boca abierta.

–Qué asco ¿Por qué le tomaron fotografías a un cadáver?

–Porque la conocían, y porque tenía los ojos destruidos, y pensaron que podían venderlas a algún periódico.

–¿Y no lo hicieron?

–Cuando lo intentaron les quitaron las fotos y llamaron a la policía, y les tocó entregar todas las copias que tenían.

–Parece que te lo inventaste. – Asegura Andrea.

–No. Pregúntale a Laura Mesa, ella estaba en la fiesta.

–¿Y quiénes eran los tipos de las fotos? – le pregunto.

–¿Conoces a Carlos Andrés Suárez?

–No.

–Lo conozco del gimnasio. Es entrenador y tiene un cuerpazo. El tipo es perfecto.

–¿Te gusta?

–Sí pero el tipo se acuesta con Marcela Acuña, y dicen que también se acostó con Lina Aguirre y no me acostaría con alguien que tuvo sexo con una chica muerta.

–No se acostó con ella cuando estaba muerta, tonta.

–Ya sé, pero qué impresión. No podría hacerlo. Y menos cuando sólo puedo pensar en ella con esos agujeros en la cara y esas lágrimas de sangre y todo eso.

Inhalo del cigarro y le arrojó el humo a la cara a Paty quien me golpea con suavidad en la mejilla y se echa a reír.

–Oye, Alicia – dice Andrea acercándoseme al oído y masajeándome con los dedos – Toño Calderón dice que le gustas. Me dijo que estás muy linda y que le encanta verte con el uniforme.

Sueltan una ovación y me empujan. Toma el cigarro y fuma sin dejar de reírse.

–Toño es lindo – dice Paty – y alza pesas.

–¡Y tiene un *carrazo*! – exclama Andrea.

–A la mierda – les digo.

–¡Estás loca! Ese tipo se muere por ti. Te trataría como una reina, te daría el cielo.

–Toño se cree un rey pero eso no quiere decir que me trataría como una reina.

–Laura Mesa le coquetea todo el tiempo y Sonia, y él está tras de ti y a ti no te importa.

–¿No le has visto el pelo? – Le pregunto a Andrea quitándole el cigarro – se hace esa estúpida cresta y parece una cacatúa. Se ve como un niño idiota y él se cree todo un macho.

–Es lindo, sólo acéptalo.

–Es un imbécil. Y todos esos tipos tienen carro.

–¿Le tienes miedo? ¿Tienes miedo a perder la virginidad?



–No tengo miedo. Pero no lo haría con Toño. Me acostaría hasta con el tipo que se acostó con la muerta, pero no con Toño.

–¡Estás loca!

La marihuana se acaba y Paty se sienta en un columpio y empieza a columpiarse y enredar las cadenas dando vueltas. Andrea nos cuenta sobre Rubén, que era su novio hasta el viernes cuando él la llevó de paseo a un lago y se quedaron tres días en una cabaña. Y tuvieron sexo todo el tiempo y nunca nadaron en el lago. Y Rubén intentó metérsela en la boca, y ella lo ha empujado y le ha dicho que si quería sexo oral que le pagara a una puta. Que ella no lo iba a hacer.

Andrea se ríe, e imita el momento en que empuja a Rubén y la expresión de él asombrado de que ella no quiera hacerle una felación.

–Le pedí que me trajera de regreso, y no le dije nada durante el camino. Y él habló de su ex novia y que ella sí era capaz de hacerlo todo el tiempo.

–Es un imbécil. Olvídalo. – le dice Paty.

Andrea agacha la mirada, se balancea en el columpio y sonrío, aunque es difícil saber si es sincera.

–Vamos a la Caldera – sugiere poniéndose de pie.

–¿Qué? Nunca. – dice Patty.

–¿Te da miedo?

–Claro que me da miedo. Está lleno de adictos e indigentes. Nos podrían matar en ese lugar.

La Caldera es un barrio en el centro de la ciudad donde viven todos los callejeros. Venden todo tipo de drogas y armas, y la policía lo ha rodeado con una cerca de dos metros.

–Vamos – insiste Andrea agitándose la falda –. Quiero comprar un poco de cocaína.

–No tienes que ir hasta el infierno por cocaína.

–Pero quiero ir. Todo el mundo va allá. Sólo a ustedes les da miedo. ¡Vamos! No quiero rogarles.

–No vamos a ir, Andrea – le digo –. Nosotras no nos metemos cocaína, de todas formas.

Andrea se me queda viendo por un momento.

Odio que lo haga porque sé que está pensando en los rumores de la escuela que dicen que yo les puedo conseguir cocaína porque mi padre es uno de los capos del país.

Le aparto la mirada y me sigo columpiando.

Me encierro en mi habitación desde la seis de la tarde. Mi madre golpea la puerta por quince minutos insistiéndome que salga. No le respondo y pongo música en el estéreo. Le subo el volumen hasta que mi madre grita algo que es inentendible, como la mayoría de cosas que dice, y se larga.

Veo que ella ha dejado una fotografía enmarcada sobre mi mesa en donde aparezco con mi abuelo, Ramón Casillas. Él está sonriente y tiene un sombrero ganadero puesto, yo estoy pequeña y no miro a la cámara. Ver a mi abuelo entre el marco, allí vivo y alegre, me da algo de escalofríos. Y pienso en el funeral, y que quizá debí haber dicho algo, o por lo menos llorar. Pero es bastante difícil sentir tristeza cuando en realidad no creo que mi abuelo esté muerto.

Ahí estaba el ataúd, pero no dejaron ver el cuerpo y me he quedado pensando en que estaba vacío.

Coloco el teléfono a mi lado y marco un número, pero nadie me contesta, e intento un par de veces más y ocurre lo mismo. Abro la ventana y fumo un cigarrillo soltando el humo a la calle, dejando el teléfono junto a mí esperando a que timbre.

Camino por la ciudad observando cómo los medios de comunicación van formando una idea de las últimas muertes en la cabeza de la gente y todo ello. En cada televisor muestran fotografías de Armando Contreras.

Frente al edificio donde me estoy quedando me encuentro al dueño del lugar barriendo el pórtico y la calle del frente, y cuando paso junto a él se queja del grupo de muchachos de escuela que se acercan al callejón junto al edificio a comprar droga. El dueño me señala un par de zapatos que están colgando del cableado eléctrico varios metros sobre nuestras cabezas, y me dice que así es como los *dealers* anuncian su presencia, y que ahora toda la calle se ha convertido en un mercado de droga y alcohol adulterado barato.

Veo al grupo de estudiantes fumando y riéndose a lo lejos, sentados en unos escalones. Tienen una botella de ron reposando junto a ellos, y a sus pies han arrojado decenas de colillas de cigarrillo humeantes. Un indigente pasa cerca de ellos con un costal lleno de basura y se inclina para recoger una de las colillas y se la lleva a la boca.

–Esto es un agujero de mierda – dice el dueño del edificio, Nelson–. Nos hemos llenado de ladrones, indigentes, y drogadictos. Y putas, he visto putas por las noches por aquí.

–Y estudiantes – le digo.

–Ni siquiera estudian cerca. Vienen porque al parecer estamos en el sector donde las drogas están a promoción. Y es una zona libre de policía.

Un ventarrón arrastra basura hasta el pórtico y don Nelson se dedica a maldecir en voz alta y luego les grita a los muchachos amenazándolos con llamar a la policía. Los chicos se quedan callados por unos minutos, arrojan la botella de ron a mitad de la carretera y la botella se destroza en pedazos,

dejando decenas de vidrios tirados sobre el pavimento. Uno de los chicos escupe al suelo, y todos se alejan con sus mochilas al hombro.

–Ahí se va el futuro de este país, drogado hasta los ojos y destruyendo todo lo que se le cruza en la vida. – dice Nelson.

Un par de tipos sale del callejón mirándonos de reojo, caminando desprevenidos con las manos en los bolsillos. Nelson se queda de pie recostándose en su escoba y observando a los tipos quienes les estaban vendiendo a los estudiantes. Son los mismos que le vendieron a esa prostituta la otra noche.

Me encuentro detrás de un restaurante en el norte de la ciudad. No hay ventanas que encaren esta parte de la calle, sólo hay un foco que ilumina un pequeño sector. Se ven perros callejeros que se acercan a destruir bolsas de basura y a devorar la comida que puedan encontrar. Me quedo recostando contra una pared esperando a que salga Braulio, quien aparece cerca de las ocho de la noche con dos enormes bolsas repletas de comida desperdiciada. Las abandona en un contenedor y antes de que logre entrar de regreso al restaurante le pregunto si le gusta sacar la basura.

–También sacabas la basura para Contreras – le digo.

Braulio se detiene en el umbral, se da la vuelta y me ve recostado en la pared de enfrente, escondido por la falta de luz en la calle.

–¿Qué haces aquí? – Me pregunta.

Se acerca despacio con un rostro que sólo revela confusión y quizás algo de preocupación. Permanece alejado de mí, mira hacia todas partes y se cerciora que me encuentre solo.

–Debes irte – le digo yo.

–¿Qué? Marcos, maldición. ¿Qué estás haciendo?

–Veo que conseguiste trabajo fácilmente, así sea sacando lo que no se han comido los socios del club – Me acerco despacio para que Braulio no se intimide, aun así parece prevenido y los músculos de sus brazos se tensionan. – Escuché que Teo y los otros se quedaron trabajando para Santiago Casillas. Renunciar fue lo más inteligente que has hecho, Braulio. Ahora tienes que irte.

–¿De qué estás hablando? ¿Me estás amenazando?

–Intento salvarte la vida. Tienes una mujer y un hijo.

–Tú fuiste quien asesinó a Contreras, es tu cabeza la que quieren, no la mía.

–No van a conseguir mi cabeza, y van a ir tras las de ustedes.

–¿Cómo lo sabes?

–¿No sabes quién es Santiago Casillas? Lo hará, te buscará a ti y usará a tu mujer y a tu hijo para que le digas todo lo que sabes.

–Pero no sé nada.

–Intenta convencerlo de ello cuando le coloque un cuchillo a tu mujer en el cuello.

–Maldita sea, Marcos ¿De qué diablos hablas? ¿Qué es lo que quieres?

–Escúchame, Braulio. Ve por tu mujer y tu hijo y lárguense de la ciudad. Váyanse al lugar más olvidado que encuentren.

–No lo entiendo. ¿Trabajas para los Casillas? ¿Para quién trabajas?

–¿Crees que trabajo para los Casillas? Ellos, los Santamaría y la policía están tras de mí. Sólo vine a prevenirte.

–¿Por qué mataste a Contreras? – Pregunta tragando saliva – ¿Quién diablos eres?

–No trabajo para nadie.

–¿Por qué mataste a Lucas?

Suelto un suspiro y doy dos pasos hacia atrás.

–¿Qué importa? – pregunto.

–¿Por qué lo mataste? Era un buen chico.

–El mismo Lucas me pidió que lo hiciera.

–¿Qué?

–Lucas me pidió que lo matara.

–Estás mintiendo.

–Lucas asesinó a Ramón Casillas, Braulio. Santiago Casillas mataría a todo el mundo por ello. Lucas sabía que irían por su familia, y se decidió por una muerte rápida sólo para él. Quería salvar a su familia.

–Eso no fue lo que dijiste antes.

–Tienes que salvar a tu familia, Braulio. Lárguense.

–¿Por qué debería creerte? Ni si quiera sé quién eres. No me puedo confiar.

–¿Y deberías confiarte de los Casillas? ¿O de los Santamaría? ¿De la policía?

–Déjame fuera de esto. Encontraré mi propia manera de salir adelante. Y tú sigue escondido como una rata, no me importa. Sabes que ellos te van a encontrar, Marcos – me señala con el dedo y me dice con rudeza – te encontrarán y te matarán.

Braulio camina de regreso al restaurante y cierra la puerta.

La ciudad se hace ruidosa y la temperatura cae hasta que el frío aterra a varios indigentes que desaparecen de las calles. Entro en una pequeña pastelería en donde hay un televisor colocado en una de las esquinas superiores. Muestra imágenes del empresario Donald Prendergast con su sobrino Daniel, el sospechoso del asesinato de Lina Aguirre. El reportero dice que la prensa se ha ubicado frente al edificio donde trabaja el señor Donald, esperando por una declaración sobre su sobrino o una opinión sobre el asesinato de la joven; pero el fundador de la corporación Spark Oil no les da la cara a las cámaras. Luego la pantalla muestra escenas de la casa de la familia de la víctima en donde la gente ha dejado en frente varias velas encendidas y ramos de flores.

Pido un pastel caliente con un café para llevar, y la mujer tras el mostrador, mirando el televisor, dice “en este país la justicia es por estrato social, y la cárcel sólo es para los pobres. Vea a esa familia millonaria escondiendo al bastardo que mató a esa pobre niña”.

La mujer me mira esperando por alguna opinión de mi parte, pero no le digo nada y me limito a pagarle.

Salgo del local con una bolsa de papel en donde traigo la comida que se siente caliente en mis manos. Y caminando hacia el edificio donde duermo escucho unos aullidos de una mujer que se esconde tras el ruido del tráfico. La luz del poste de electricidad parpadea un instante y vuelvo a escuchar a la mujer que está gritando en el callejón junto al edificio. Cuando me acerco veo que se trata de la prostituta que estuvo en el callejón la otra noche, también están los dos *dealers* de esa vez, y uno de ellos la tiene contra la pared y tiene el filo de una navaja punzándole el vientre a la prostituta. La nariz de la mujer sangra y la veo descalza y su bolso está en el suelo con todo el contenido tirado.

Cuando me detengo a ver la escena el otro tipo se me acerca y me grita que me esfume. Dejo la bolsa de papel con la comida en el suelo y me adentro en el callejón. Me inclino y tomo una de las barras de hierro oxidado que hay entre más basura, y la sostengo en mi mano derecha. El tipo se aproxima hacia a mí y me pregunta si estoy perdido, mientras que el sujeto de la navaja y la prostituta hacen silencio. Y cuando el tipo se acerca lo suficiente lo golpeo en el cuello con la barra de hierro. Él tambalea hacia atrás y cae al suelo.

El sujeto de la navaja gira y me apunta con el filo, y se queda inmóvil amenazándome con palabras que se le traban entre dientes. Levanto la barra en posición horizontal y con ambas manos le imprimo fuerza hacia el rostro del

chico. La barra de hierro se entierra en uno de sus ojos y la empujo hasta que la cabeza del tipo se estrella con la pared tras él, la navaja cae de su mano y su cuerpo convulsiona por un segundo. Siento la barra penetrando en la cabeza del *dealer*, hago presión hasta que se adentra hasta el fondo. Coloco mi mano en su rostro y saco la barra de su cabeza, y el tipo se desploma a mis pies, con el rostro abierto. Cuando volteo a ver al otro sujeto, al que he golpeado en el cuello, sigue en el suelo, ahora, apuntándome con un revólver. La prostituta comienza a gritar mientras se acuclilla y oculta su rostro con ambas manos.

Me acerco al tipo, y le observo apuntándome con el arma. Tiembla. No me dispara. Levanto la barra y la dejo caer con fuerza en su cráneo. Siento que el impacto emite una honda que me atraviesa y sale del callejón, y el tipo suelta el revólver. Él queda inerte en el suelo, con parte de su cabeza abollada, perdiéndose en su interior. Veo sangre que se acumula debajo de su cabeza, tiene los ojos abiertos y éstos se tornan rojos en un instante, y todavía escucho los gritos de la prostituta detrás de mí, quien se dedica a chillar y a exclamar enloquecida “Dios mío”.

Arrojo la barra de hierro y me alejo del callejón. Tomo la bolsa de papel con mi comida y entro al edificio en donde se empiezan a oír puertas abriéndose y varios arrendatarios salen al pasillo a preguntar qué es lo que pasa y quién es la mujer que está gritando en la calle.

Entro a mi apartamento en el segundo piso, y me siento en la mesa de madera circular a comer. Afortunadamente el pastel sigue caliente junto con el café, y mientras me como mi cena escucho las sirenas que se aproximan y al tumulto de gente acercándose al callejón afuera. De pronto el barrio se vuelve caótico pero nadie golpea a mi puerta ni me disturban de ninguna manera.

Los gritos de la prostituta se han perdido por las calles. Se ha escapado, quizá con la cocaína que traían los *dealers*.

Se han visto más policías últimamente por la ciudad. Patrullas nocturnas que se extienden hasta el amanecer y mensajes directos en la prensa con el que creen amedrantan a los malos y brinda algún aura de seguridad a aquellos civiles que se denominan la sociedad correcta contemporánea.

Desde la muerte de Contreras prefiero salir temprano.

Voy en el auto con Rodrigo y él me da las instrucciones para llegar a la casa de uno de nuestros deudores. Saúl. Vive en el sur. Era maestro de escuela, lidiaba con niños pequeños. Un tipo de buena reputación y gafas de marco fino, hasta que empezó con la cocaína y dejó morir a su perro de hambre y sus vecinos hicieron un gran escándalo al respecto. Perdió su trabajo, y ahora vive solo en un pequeño apartamento al que no tengo idea cómo llegar. Rodrigo me cuenta que este tipo es bastante paranoico, por lo que deberíamos preocuparnos. Que un paranoico sea capaz de no pagarnos deja mucho que decir.

Saco mi revólver y un par de balas, aunque en realidad no pretendo usarlas y suelto una blasfemia porque la verdad odio tener que hacer esto, aunque es algo inevitable y debo hacerlo, lo haré, casi por una fuerza que me impulsa a hacerlo.

Golpeamos en la puerta de Saúl y a él le toma varios minutos en abrir. Le grito y golpeo la puerta con el revólver, y Saúl abre y se ve adormilado. Tiene unos lentes gruesos que hacen que sus ojos enrojecidos se hagan enormes y téticos. Los pómulos sobresalen de sus mejillas, grotescos y pomposos. Su barba en parches se extiende hasta su cuello, que está lleno de varios granos desagradables encendidos en rojo intenso.

–Señor Santamaría, buenos días – dice abriéndonos paso, encubriéndose



tras la puerta.

–No deberías demorarte en abrir la puerta – entro al apartamento, Rodrigo me sigue y ambos sentimos la peste que se acumula en la sala.

Hay varias revistas tiradas en el piso y otras colocadas en desorden sobre una mesa de madera. Vemos colillas de cigarrillo empotradas en un cenicero, comida masticada sobre el sofá y una televisión encendida sin volumen.

–No me llames “señor Santamaría” – le digo a Saúl quien lleva puesta una bata rosada y se acerca despacio al sofá –. No tengo ningún problema que me llamen “Manuel”.

–Lo siento – susurra tartamudeando y se acomoda en el sofá.

–¿Tienes nuestro dinero?

–Tengo algo de dinero.

–Nosotros no te prestamos *algo* de dinero, Saúl.

–Lo sé, lo sé, lo siento. Yo... no quiero problemas, Manuel.

Rodrigo camina por la casa, mirando por las ventanas y lo que hay arrojado en el suelo. Saúl nos mira a los dos, pero se limita a hablarme sólo a mí.

–¿Cuánto tienes? – le pregunto calmado.

–Ochocientos mil.

Se levanta y me alcanza el dinero. Los billetes están viejos, pero se ven bien y me extraña que un adicto pueda tener ese tipo de dinero con él sin sentir un deseo desesperante de gastarlo y seguir siendo escoria banal.

–¿De dónde sacaste esto? – pregunta Rodrigo desde la cocina, sosteniendo una bolsa con bastante cocaína.

–Dudo mucho que de Contreras o de su gente – aseguro sabiendo que ya nadie vende.

–Son otros tipos – dice Saúl – tienen unos muchachos que venden por las noches cerca a esos hoteles y edificios residenciales baratos en el centro.

–¿Cuáles tipos?

–Son sólo tipos, pero el que se encarga de todo se llama “Tarso” o se hace llamar así.

–¿Cómo sabes eso?

–Todo el mundo lo sabe. Desde hace unos días empezaron a aparecer diferentes vendedores por varios sectores. Pero Tarso es barato.

Rodrigo deja la bolsa y me mira por un instante. Ambos sabemos de qué se trata todo esto. De pronto todos se quieren posicionar del terreno de Contreras y ocupar ese vacío, el cual estará siempre ocupado porque la demanda lo exige y estos tiempos tan de mierda.

–¿Para cuándo tendrás el resto del dinero?

–Unos cuantos días.

–Un par de días – le digo.

–No, eso es muy pronto, Manuel. Necesito más tiempo.

–Tuviste tiempo, maldita sea. Pero preferiste comprar esa basura antes que pagarnos todo. No sé si es que me quieres ver aquí cada puto día apuntándote a la cara. Y, créeme, ninguno de los dos quiere que te dispare. Sólo quiero el dinero, eso es todo.

–El dinero, el dinero. Sí, lo sé. Un par de días, lo tendré en un par de días. Lo tendré.

–Deja de meterte mierda por unas horas y consigue ese dinero.

–Lo haré.

–¿Quieres que me lleve tu coca?

–No, no, no. Yo consigo el dinero.

–El problema con los adictos es que no puedes confiar en ellos.

–No se preocupe, Manuel. Lo tendré.

–Nos llevaremos tu coca.

Rodrigo toma de nuevo la bolsa y la guarda en su chaqueta.

–No me haga esto, Manuel – dice Saúl poniéndose de pie, viendo a Rodrigo alejándose de la cocina.

–Consigue ese dinero.

Vamos con Rodrigo al sector que mencionó Saúl, esperando ver a los tipos de los que nos habló y quizá rastrear al tal Tarso. Las calles están atestadas de gente y hay chicos que faltan a clase por doquier e indigentes cargando montañas de basura. Cerca de uno de esos edificios residenciales de antaño que están a punto de colapsar vemos varios policías reunidos y nos enteramos que mataron a dos vendedores de droga en un callejón. Todo el mundo en el barrio está hablando al respecto, asegurando que no se oyeron disparos la noche anterior, y hay varios que dicen que mataron a los tipos a golpes.

La casa está desierta porque mis padres han salido juntos a cenar. No recuerdo la última vez que tuvieron una cita. Por lo que tomo el auto y decido ir al club de mi hermano Antonio a pasar el rato.

Es de noche pero hay poca fila a la entrada. Cruzo junto a la multitud y entro al club. La música no está tan estridente, y la bulla de la gente se hace más sonora. Un par de chicas en falda cruzan por entre las mesas bailando y

elevando las manos al aire. También deambulan chicos quizá con falsas identificaciones embriagándose hasta caer medio muertos en las esquinas.

Antonio se ha encerrado en su oficina y golpeo su puerta gritando desesperado para que me deje entrar. Cuando me abre regresa a su asiento tras su escritorio y toma el auricular del teléfono que ha dejado descolgado sobre la mesa y sigue conversando sobre algo relacionado con el club. Su voz es tensa pero no eleva el tono ni se puede defender. Mi hermano siempre ha sido bueno haciendo negocios sin tener que sacar el diablo interno que todos en la familia llevamos.

Saco un cigarro y cuando pretendo encenderlo Antonio me hace señas con las que me dice que no puedo fumar en su oficina. De todos modos lo enciendo y tomo una calada, arrojando el humo en su dirección. Él me mira serio, mientras sigue hablando con palabras extendidas por el teléfono.

Cuelga y me pide que apague el cigarrillo, saca un cenicero limpio de un cajón que empuja sobre la mesa hacia mí. Apago el cigarrillo para no exasperarlo más y le pregunto si se encuentra bien.

–Tienes cara de tragedia. – Le digo.

–Ha sido una noche espantosa en el club.

–¿Trabajo? ¿Eso es todo?

–¿Sabes dónde está mi padre?

–Salió, quizá en una cita romántica con mamá.

–Tuve a Santiago Casillas llamándome aquí, como si yo fuese la maldita secretaria de alguien y tuviera que lidiar con sus negocios.

–¿Qué quería? – pregunto aunque no quiero saberlo.

–No encuentra al tal Marcos García y esperaba que tuviéramos noticias, pero yo no tengo idea de nada.

–Nadie tiene idea. Hemos llamado a todo el mundo que conocemos y no hay persona que sepa de dónde viene ese tipo ni donde se encuentra.

–Si Santiago no lo encuentra va a hacer algo estúpido, se va a desquitar con el primer desgraciado que se encuentre.

–Puede que seamos nosotros.

–Y mi padre se va de noche rosa con mamá como si tuvieran algo que celebrar.

–¿Oíste de los tipos que mataron en el centro? – le pregunto.

–¿Cuáles tipos?

–Apareció un nuevo vendedor y mataron a dos de sus dealers anoche en un callejón.

–Puede que haya sido Santiago. Tengo entendido que contrató a todos los trabajadores de Contreras y que va a seguir vendiendo y no querrá a nadie ocupando su territorio.

Antonio saca una botella de whisky y me sirve un trago y él se abstiene de tomar uno. Me quedo sentado mirándolo temblar de vez en cuando, y comienza sudar en exceso mientras lee unos informes.

–Deberías tomarte un trago si estás tan desesperado.

–Estoy bien, Manuel.

–Te ves horrible ¿te estás metiendo algo, hermano?

–Se llama trabajo.

Unas horas después viene una joven a la puerta y le avisa a Antonio que hay tres sujetos en la puerta y uno ha golpeado y tirado al piso al guarda de la entrada y se han metido al club y están preguntando por algún Santamaría.

Antonio permite que entren, y en la oficina aparece Santiago Casillas con un tipo bizco que no dice nada en toda la noche. Me pregunto dónde quedó el tercer tipo que mencionó la chica, pero no digo nada porque la situación es bastante abrumadora tal como es.

–Señor Casillas ¿En qué puedo ayudarle? – le pregunta Antonio.

–¿Muchachos, puedo preguntar dónde está su padre?

–Anda ocupado, pero mañana puede hablar con él.

–¿Ocupado con qué?

Santiago se sienta en la silla junto a mí, y el tipo bizco permanece callado junto a la puerta. Antonio se limpia el sudor y se sirve un trago finalmente, pero lo deja en la mesa y se queda mirando a Santiago Casillas y al whisky con una desesperación pasiva porque no puede controlar a ninguno de los dos.

–¿Qué es lo que necesita, señor Casillas? – pregunto porque no veo a Antonio capaz de hacer algo, y Santiago no sabe bien a quien mirar – ¿Qué pasó ahora?

–Pasó que asesinaron a Armando Contreras y después de una semana nadie tiene idea de dónde está el asesino.

–El chico era un don nadie que no tenía nada, los *don nadie* tienen la ventaja de ser capaces de desaparecer con facilidad.

–Pues su padre habló con él cuando lo recibimos en la hacienda. Esperaba que Ismael indagara un poco sobre su pasado después de aquella plácida conversación que tuvieron. Pero no creo que lo haya hecho.

–Nadie hizo nada – digo con voz fuerte – todos se quedaron mirando a Marcos García y nadie hizo nada porque nadie esperaba que ese tipejo fuera hacer lo que hizo. No me parece oportuno culpar a mi padre por eso. Si alguien tiene la culpa es Contreras; fue él quien lo contrató y quien le permitió entrar armado a su oficina. Uno espera que uno de los tipos más buscados de las últimas décadas supiera cuidarse más que eso y no dejarse matar por un niño.

Santiago toma el trago que Antonio dejó en la mesa y se lo bebe.

–Y ahora la reputación de todos está en juego por ese niño.

–¿Qué espera de nosotros? – pregunto.

–Que lo encuentren. Este chico debe tener familia, amigos, un maldito pasado, algo.

–Nadie sabe. Estamos haciendo lo que podemos, Santiago.

–Pues alguien tiene que saber algo.

Se escucha bulla que proviene del interior del club y todos hacemos silencio mientras escuchamos como algunas mesas caen y la chica que vino antes vuelve a entrar.

–¡Antonio! – Grita desesperada – hay un tipo golpeando a una de las meseras.

Cuando salimos está este tipo, Lucio Arévalo, el hombre de confianza de Santiago, agarrado por dos hombres mientras él forcejea y lanza golpes al aire. Han parado la música, pero las luces siguen sin encenderse y hay una mesera llorando en los brazos de otra; tiene sangre en el rostro y la camisa desgarrada.

–¿Qué demonios pasó?

La chica explica que Lucio se sobrepasó con la mesera y ella lo abofeteó y él regresó el gesto con un puño y luego le ha destrozado la camisa. Y estos otros dos hombres se han abalanzado sobre Lucio y le han quitado el arma que sacó de su abrigo.

Santiago agarra a Lucio y lo aparta de los otros tipos y en el aire queda una bulla de susurros y los gemidos de la mesera.

–Alguien llamó a la policía, Antonio – dice la chica susurrando.

–Es mejor que se vayan – les dice Antonio a Santiago y a sus hombres.

Santiago no dice nada. Hala a Lucio por el brazo y se alejan por entre la gente, el tipo bizco toma el arma que le han quitado a Lucio y mientras salen, Santiago nos pide que hablemos con nuestro padre.

–La policía ya viene – dice uno de los hombres – no deberíamos dejarlos

ir.

–No, es mejor que se vayan. – dice Antonio quien se acerca a la mesera que han golpeado y le sujeta el rostro. – Yo hablaré con la policía.

La mesera tiene el labio abierto, y aparece el *barman* con un pañuelo y se lo coloca en la boca.

Tomo una de las botellas de ron que hay sobre la mesa y regreso a la oficina de Antonio y cierro la puerta, pero mi hermano no regresa y no escucho que vuelvan a colocar música por la siguiente media hora.

Flora Sandoval ha venido a la comisaría exigiendo por información en el caso de su hermano. Me cuenta que lo ha enterrado y que visita su tumba todos los días, y espera saber de una vez por todas quién fue la última persona que lo vio con vida, quién lo mató. La llevo a una oficina en privado y le digo que este asunto va más allá de la muerte de Lucas Sandoval y que tiene que entender que todo esto es información clasificada por lo que no puedo explicarle todo el asunto. Le digo que el asesino de su hermano es un muchacho llamado Marcos García.

–¿Marcos García? ¿De qué me está hablando? ¿Está seguro?

Le doy un vaso con agua y le digo que estamos seguros. Le digo que todo estará bien, que habrá algo de justicia. Hago silencio esperando a que Flora asuma todo lo que le estoy diciendo, pero no parece llena de odio o rencor, sólo de confusión.

–Esto no tiene sentido – dice – Marcos García. ¿No es él un chico que trabajaba también para Contreras?

–¿Lo conoce?

–Fue él quien me contó sobre la muerte de mi hermano. Fue a mi casa y me lo dijo. Tenía un mensaje de Lucas, pensé que eran amigos. Cenó con nosotros una noche, con Lucas y conmigo.

Flora se inclina y no le puedo ver el rostro

–¿Un mensaje de Lucas? – le pregunto tomando asiento frente a ella – ¿Qué clase de mensaje?

–Nada importante, me dijo que había una nota de Lucas en la cocina de su casa, y que había dinero para pagar cuentas y ese tipo de cosas.

–Suena a que Lucas sabía que iba a morir, sabía que lo iban a matar ¿Por

qué no me lo había dicho antes, señorita Sandoval?

–¿Eso es de alguna relevancia? De todos modos ya sabe quién asesinó a mi hermano.

–Pero no sabemos por qué.

–Encuentren a ese tal Marcos y se lo podrán preguntar.

–Este tipo es difícil de encontrar. Es de vital importancia que me diga todo lo que sabe de él. – Noto que sus ojos están humedeciendo y luce desesperada por entender lo que ocurre – Estamos lidiando con un sujeto bastante peligroso.

–¿Peligroso? No se veía peligroso, era un buen amigo de mi hermano. Estuvo en su funeral, por Dios Santo.

De pronto tengo la misma mirada de confusión que Flora y soy yo el que bebe un poco de agua.

–¿En serio? – Le pregunto – ¿Le dijo algo?

–Hablamos un poco.

–¿Qué le dijo?

–No sé, oficial, nada importante. Cosas como que mi hermano se había confesado hacía poco. Me dijo que lo consideraba un amigo.

Me levanto del asiento e intento organizar alguna idea en mi mente. Flora se levanta también y toma su bolso y su abrigo.

–Mire, oficial, esto ha sido una pesadilla. Mi madre ha tenido una recaída y ahora ya ni sabe dónde está parada, pregunta por Lucas todo el tiempo. Tengo una hija pequeña a quién cuidar y una madre que está perdiendo la cabeza. Estoy sola en esto y no puedo involucrarme más. – Se acerca a la puerta y la abre – Mi hermano tomó terribles decisiones en su vida y tuvo que pagar por ello, no quiero que mi hija y mi madre tenga que hacerlo también. Sólo atrape al que lo hizo y avíseme cuando lo haga.

Sale por la puerta y me deja solo en esa oficina lleno de preguntas.

Díaz ha estado ocupado con el capitán Mayarí ubicando al Marcos García que está registrado en Aprima. Les veo en el despacho del comisario haciendo llamadas telefónicas y leyendo documentación que les acaba de llegar desde la región y de la oficina central aquí en la capital, y yo me quedo al otro lado de la ventana sin hacer nada. Pienso en Lucas Sandoval y me acuerdo de su cadáver tirado en el prado húmedo, sin zapatos ni billetera y con un perfecto agujero en la frente, tal como lo tenía Armando Contreras.



Díaz sale de la oficina leyendo un reporte y cruza junto a mí sin mirarme y lo sujeto del brazo. Gira y nos quedamos mirando. Me entrega el reporte y me dice que puede que tengamos una pista.

–Estuvimos indagando sobre las familias que estuvieron en esa época, durante el ataque de la AIL, en Aprima y encontramos un nombre. Fabio Suárez. Terminó viviendo aquí en la ciudad justo después de la irrupción. Tiene cincuenta años, por lo que debió estar en sus treintas en aquella época. Puede que conozca a este Marcos García.

–¿Sabemos dónde vive? – pregunto tomando el reporte.

–Sur. Tenemos la dirección.

–¿Alguna otra persona de la región que pueda conocer a Marcos?

–Encontramos algunos nombres pero no sabemos el paradero de ningún otro, por ahora sólo está el señor Fabio. – Se queda callado mientras le echo un ojo al reporte, me golpea en el brazo y dice – Al menos no tenemos que ir hasta ese pueblo en medio de la nada.

Tomamos el auto encaminados al sur, con las ventanas abajo porque el ruido de la ciudad se apacigua a esta hora y el sonido del viento corrosivo es mejor que escuchar nuestras propias voces en nuestras cabezas hablando sólo de muertos y asesinos.

–¿Hasta qué horas te quedaste anoche en la comisaría?

–No lo sé, once o doce – responde Díaz mirando hacia afuera.

–Necesitas alejarte un poco del trabajo, chico. O te vas a volver loco viendo rostros sin vida por las noches.

–Es el primer caso importante que tengo, quiero que todo salga bien.

–Para que todo salga bien necesitas tomártelo con calma, o esto va a acabar contigo antes que logres obtener algunas respuestas.

–Trabajar me calma, Rivera.

–No lo sé. No me parece una de las actividades más saludables.

–¿Qué es lo que ocurre? Sólo diga lo que de verdad quiere decir.

–Bueno – miro por el retrovisor e intento lucir lo más desinteresado que puedo sobre lo que voy a decir: – Mi cuñada conoce a esta chica. Dice que es atractiva e inteligente y pensé que ustedes podrían hacerle un favor al mundo y conocerse.

–Por Dios ¿Me está emparejando, Rivera? Una cita a ciegas, ¿en serio? – dice soltando una risa fingida y negando con la cabeza.

–Eres un tipo joven, Díaz, con un trabajo pesado, necesitas una compañía de ese tipo.

–La verdad, disfruto mucho de su compañía, Rivera.

–Hablo en serio. No te he conocido novia, nunca hablas de familia, y créeme, todos necesitamos algún tipo de apoyo.

–Parece que me está buscando esposa.

–Sólo quiero que salgas y te diviertas un poco. Que hables con alguien más sobre asuntos normales, personales, no lo sé.

–¿Por qué no lo hace usted?

–Ya lo hice. A tu edad. De no ser así no habría durado tantos años en la fuerza.

–Lamento defraudarlo, pero no creo tener ánimos para salir con alguien en estos momentos.

–Con el caso que estamos lidiando nunca vas a sentirte con ánimos de conocer a nadie. Pero lo vas a necesitar y vas a estar agradecido de poder tener un teléfono al menos al qué llamar.

–¿Cuál es su interés, de todos modos?

–Mi interés es no tener que ver a mi compañero convertirse lentamente en un viejo amargado enamorado de llenar reportes policíacos a media noche.

–¿Es que no cabemos dos en este carro?

–Irás a la cita, y punto.

–¿Perdón?

–La llevarás a un restaurante, hablarás de tu vida y pagarás la cuenta. La chica ya ha dicho que sí.

–No puede obligarme a...

–Se llama Sara, a propósito.

Estaciono el auto y apago el motor.

Sin decir nada, Díaz baja del auto y se coloca su abrigo mientras yo me dedico a buscar la residencia de Fabio Suárez.

El barrio está desolado y hace un calor algo desértico; hay varios buses estacionados a lo largo de la cerca y los conductores a un lado luciendo acabados en sus uniformes azules.

Golpeo en la puerta de la residencia en la que, según nuestra información, vive el señor Suárez. Una mujer de edad nos abre la puerta y nos mira desconcertados mientras le explicamos el motivo de nuestra presencia. Ella se hace a un lado y nos dice que podemos encontrar al señor Suárez en el segundo piso. Díaz se abre paso por los escalones y observo a la mujer alejándose por el pasillo, e imagino que no querrá estar presente en nuestra pequeña reunión.

En el segundo piso, sentado en una silla de madera, está Fabio Suárez, vestido sólo con unos pantalones cortos y un esqueleto gris, mirando en la televisión un programa en blanco y negro y bebiendo cerveza.

–Buenos días, señor Suárez – digo sin afectar demasiado la actitud del tipo –. Soy el oficial Eduardo Rivera y él es mi compañero, el oficial Agustín Díaz. Venimos a hacerle algunas preguntas sobre una persona de interés.

El tipo nos mira bajo sus pobladas cejas y luce tedioso y destinado a quedarse allí por muchos años.

–¿Son policías?

–Sí, señor.

–¿De qué se trata esto?

–Queremos hablarle sobre alguien que pudo haber conocido en su pueblo natal, Aprima.

–¿Aprima? Esto es sobre el ataque de la AIL ¿verdad?

–En realidad, no. – tomo asiento a una distancia de cinco metros de Fabio, y Díaz se dedica a rondar en la sala como siempre. – Estamos identificando a una persona, y puede que se trate de alguien que nació en Aprima, por lo que usted pudo haberla conocido.

–¿Qué persona?

–Marcos García Dávila. Debió tener unos 7 años cuando ocurrió lo de la AIL. No tenemos más información de él y esperábamos que usted supiera algo.

–¿Marcos...? No lo sé, oficial. Fue hace bastante tiempo, en otra vida. Sólo tengo malos recuerdos de ese pueblo, lo otro lo he olvidado. – Dice con desgana bebiendo un trago de cerveza.

–Cualquier información que pueda brindarnos al respecto puede ser de mucha ayuda, señor Suárez.

–¿Cuántos años dice que tenía durante el ataque?

–Unos 7 años.

–Pues quizá lo mataron los rebeldes, o quizá lo hizo el ejército, o la vida.

–¿No recuerda a un niño llamado Marcos García?

–No recuerdo a mucha gente de esa época, oficial. Ya se lo he dicho.

–¿Quizá recuerde a alguien que nos pueda conducir a Marcos García? Otro niño de la misma edad, por ejemplo.

Me acerco un poco a Fabio Suárez y le clavo la mirada, huele a sudor y a trago. El señor Suárez no parece sentirse doblegado ante mi insistencia, sólo abandona su botella de cerveza en la mesa y nos mira a ambos. Se rasca el mentón con tres dedos, perezoso y ofuscado. No me parece que este tipo ande

en sus cincuentas. Aunque puede que cualquiera que haya soportado lo que él tuvo que vivir luzca tan demacrado y recorrido.

–No lo sé, sólo recuerdo a un chico – dice al fin con la voz rasposa y pasándose la mano por la nuca, dejando al aire su axila y su flácido brazo.

–¿Qué chico?

–Franco Montés. Era uno de mis vecinos en Aprima. Tenía tan solo nueve años cuando los de la AIL acabaron con el pueblo y con las casas aledañas. Perdió a sus padres y a sus hermanos.

–¿Sabe dónde podemos encontrarlo?

–El chico ha estado en el mismo sitio los últimos años; en un internado para enfermos... ya sabe, dementes.

–¿Un manicomio?

–No precisamente. Es gente abandonada, ancianos, y enfermos y locos que nadie va a cuidar, y estas monjas los cuidan en su internado.

–¿En dónde?

–Cerca del río al norte fuera de la ciudad, creo que eso solía ser un colegio, un internado. Se llama algo así como Fundación de ayuda y guía... o algo por el estilo.

–¿Cómo sabe del paradero de Franco?

–Lo visité unas cuantas veces. Era muy amigo de la familia y me enteré que el chico estaba allí, y sentí pesar. Ya sabe, todo el mundo que conocía fue asesinado. – Fabio niega con la cabeza y se rasca el cuero cabelludo– El chico está algo ido, no sé si logren sacarle alguna palabra, pero si alguien conocía al tipo que andan buscando, Franco es el hombre. Son de la misma edad, todos los chicos se juntaban en el pueblo.

–Entiendo. No debe ser fácil asimilar tal tragedia para un niño.

–No lo fue para nadie, perdimos cientos de personas, familias completas.

Fabio se inclina sobre sí y se soba los ojos.

–Cientos de persona suena algo exagerado – asegura Díaz ojeando sus notas – el registro oficial dice que las víctimas fueron alrededor de ochenta.

–No voy a discutir con ustedes al respecto, oficiales. Ya se me ha dicho que no puedo hablar ni decir atrocidades.

–¿A qué se refiere?

–Me refiero a que la AIL asesinó a más personas de las que pueda creer... cientos en un par de días en Aprima. Yo mismo vi los cuerpos tirados por la carretera principal, atados de manos y con la cabeza reventada. Encontramos cadáveres cercenados por machetes, y cuerpos atados a vigas y... cosas

peores.

–Eso es imposible.

–Eso es lo que todo el mundo dice, oficial. Eso es lo que todo el mundo dice. Por eso fue que me metí en problemas cuando hablé con ese periodista que publicó ese artículo.

–¿Sobre la matanza?

–Sobre cómo el gobierno encubrió la masacre para lograr un acuerdo de paz con la AIL. Los militares se deshicieron de los cuerpos y desaparecieron un montón de sobrevivientes ¿Puede creer que apenas unos meses después de que nuestro pueblo fue reducido a cenizas esos tipos consiguieron el perdón nacional y obtuvieron esas tierras y posiciones importantes? Todos fueron recompensados.

Con sus palabras fuertes la casa queda en silencio. Fabio empieza a transpirar y siento la ira que se va acumulando entre nosotros.

Lo que pasó en Aprima siempre ha sido un tema delicado para la nación, pero hacía años que no escuchaba sobre el encubrimiento de una gran masacre en esas tierras.

–Es un secreto capital, oficial. Esa gente mató a toda una población y luego lo convirtieron en un mito. En una farsa. La farsa es la paz en la que este país se construye. ¿No? Yo veo las noticias. ¿Vio lo que le hicieron a esa mujer en ese centro comercial? ¿O a los tipos que mataron a golpes en un callejón? ¿Y ahora esos mafiosos matándose entre ellos? Este país lo último que consiguió fue paz.

–¿Usted fue testigo de lo que ocurrió? – le pregunto.

–No estuve en el pueblo cuando esa gente llegó y acabó con mi familia. Mi esposa, mis hijas. No estuve. Cuando llegué...

El tipo hace silencio cerrando los ojos y tragándose las palabras.

–¿Qué ocurrió?

–¡No voy a hablar con alguien que me llamará demente otra vez! Yo perdí a mi familia ese día. Todo el mundo perdió ese día ¡este país recompensó un montón de asesinos y desapareció cadáveres! ¡A la mierda con su justicia, oficial! Ustedes no nos trajeron justicia a nosotros. ¡Mi esposa! ¿Entiende, maldita sea? ¿Lo entiende? ¿O me va a decir que es imposible? ¿Me va a decir que soñé toda una vida con mis hijas? ¿Soñé verlas atadas en la plaza? Veo sus rostros. Y usted se para en frente mío a exclamar que soy un lunático rebelde. Como todos lo han hecho. Me dirán que calle porque no es sensato hablar de masacres y tiranía. Todos nosotros estuvimos soñando pesadillas

mientras la capital celebraba la paz.

Salgo a cenar con Amanda al *Delicatezza*, y nos ubicamos en una mesa cerca del balcón, pero alejados del frío. Por fortuna hay una chimenea en el restaurante calentando el ambiente y hace acogedora la noche. Mi esposa ordena fideos e intenta alejar mi mente de la situación actual, me toma de la mano y sirve vino en mi copa.

–¿Has pensado en lo que te dije? – pregunta sin soltar sus dedos de los míos.

–¿Qué cosa?

–El viaje, Ismael. Te dije que deberíamos irnos por un tiempo a algún lado, no importa dónde con tal que sea bastante lejos de este país.

–No puedo irme ahora, no como están las cosas. Debo encargarme de todo, ambos sabíamos que tendría que encargarme de todo cuando Ramón muriera. Cerrar negocios. Empezar nuevos, legítimos.

–He dicho irnos por un tiempo, no para siempre. Deja que Manuel se encargue de las cosas.

–¿Manuel? Nadie va a confiar en un muchacho de veintiocho años, Amanda. Tengo una reunión con el senador Durán más tarde. Tengo a toda una manada de lobos que apaciguar, tengo a Santiago Casillas respirándome en la nuca. Y la ex esposa de Contreras ha decidido llamarme para que seamos nosotros los que nos encarguemos del funeral.

–Dios, no voy a sobrevivir al sepelio de Armando. Todos van a estar ahí de nuevo. El funeral de Ramón fue hace unas semanas, es muy pronto para otro.

–Por eso no podemos irnos.

–¿Cuándo podremos irnos?

–¿Por qué no tomas tú unas vacaciones?

–¿Sola? ¿Estás demente, Ismael? – suelta mi mano y levanta la voz – Intento ser comprensiva, mostrar que te necesito y quiero un tiempo contigo ¿Y eso es lo que tienes por decirme? ¿Qué me largue sola?

–Sabes que no me refería a eso, cariño.

–Lo sé. Sólo olvídale. Ya no importa.

Toma un poco del vino y aparta su mirada hacia mesas vecinas, pero no está mirando nada, sólo no está mirándome a mí.

–Amanda, por favor. Tengo mucho en qué pensar justo ahora, lo siento. Tengo una reunión con el senador Durán más tarde ¿Sabes quién es ese hombre?

–Ya habías dicho eso.

–¿Pero sabes quién es?

–No es nadie, Ismael.

–Con lo cercano que fue a Ramón y a Contreras está enloqueciendo por asegurarse que todo lo que ha hecho, todo lo que ha pasado, siga escondido. ¿Y sabes a quién le corresponder mantener eso oculto?

–No puedes controlarlo todo.

–No es lo que pretendo.

–¿Has hablado con Antonio?

–¿De qué? Medio mundo está vigilándonos, Amanda. Y Santiago Casillas está desesperado buscando a Marcos García, y después de todo este tiempo ya no creo que lo haga. Ese chico está perdido.

–Eso no me importa. ¿Has hablado con Antonio? ¿Has hablado con tu hijo?

–¿Sobre qué?

–Algo le pasa, Ismael. Y no me agrada. Está todo el tiempo en ese maldito club, y creo que está muy solo.

–Y Manuel se la pasa cobrando dinero con un arma siempre bajo el brazo. Son muchachos fuertes.

–No me hables de Manuel cuando te hablo de Antonio.

–Son muchachos fuertes, cariño, son nuestros hijos. Dales algo de mérito.

Amanda se come sus fideos y luce más relajada, pero no vuelve a tomarme de la mano. Su cabello castaño se hace algo rubio con la luz del fuego que se agita sin viento en la chimenea.

–Santiago Casillas se apoderó del negocio de Contreras. Contrató a todos los trabajadores, se contactó con los tipos de la costa y ahora son aliados. Se apoderó de ese negocio.

–¿Y tú querías hacerlo?



–No quiero lidiar directamente con la gente de la costa, es gente bárbara. Esos tipos nos recibían, a Ramón y a mí, con putas desnudas y perros enormes.

–No quiero oír eso, Ismael.

–Lo siento. Sólo digo que no es gente decente con la que lidiar, y el hecho que se asocien con Santiago no es un pronóstico positivo.

–¿Y es mejor persona el senador Durán?

El senador Durán me recibe en un viejo teatro cerrado en el que apenas las luces funcionan y se escuchan sonidos sospechosos que provienen de los balcones derrumbados. Nos sentamos en el palco con vista hacia ninguna función y un escenario vacío, hay un telón desgarrado y curtido por el tiempo y abandono. Mi esposa ha regresado a la casa sin ser capaz de preguntarme cuánto durará mi reunión con el senador. Don, mi hombre de confianza, permanece tras de nosotros mientras simulamos ver algo más que un telón cerrado.

–Envié a mi abogado a que hablara con el señor Casillas, con Alberto, por supuesto, no con Santiago. – dice el senador de brazos cruzados sin parpadear.

–No creo que nadie se refiera a Santiago Casillas como “señor Casillas”.

El olor en sí no es desagradable, pero sí desconcertante, y no puedo creer lo nervioso que me encuentro. Noto que el senador lleva su sombrero puesto y de éste sobresalen canas brillantes.

–Murcia habló con Alberto sólo como una prevención – dice él haciendo ademanes suaves con sólo su mano derecha – Todos saben el poco poder que el viejo Alberto Casillas ejerce en la casa y lo enorme que se ha vuelto Santiago. No puedo darme el lujo de dejar mi prestigio y libertad en las manos de esa familia.

–Le aseguro que Alberto hará todo lo posible para mantener esos asuntos en orden. Santiago no tiene siquiera que enterarse de nada.

–¿Confía en Alberto? ¿En su discreción respecto a Tierra Babilonia y todo lo demás?

–Alberto sabe qué hacer, sabe que no pude compartir cierta información con Santiago.

–Lo mismo le aseguró Alberto a Murcia. Pero necesito oír de su respaldo en esto, Santamaría. Usted era un gran allegado de Ramón Casillas, más que su propio hijo, y con obvia razón, Santiago es un peligro para todos nosotros.

–Tiene mi apoyo, senador.

–¿Puede controlar a Santiago?

–No creo que nadie pueda.

–¿Cree que significa alguna amenaza para nosotros?

–Creo que es una amenaza para él mismo.

–¿Nadie más se ha comunicado con usted?

–Ramón sólo mantuvo relación con usted y con el ahora alcalde de Mendoza, Julio Alfonso Santos.

–¿Se ha comunicado?

–Mendoza es un pueblo en donde nada ocurre. No creo que el señor Santos haya sentido algún afán tras la muerte de Contreras.

Con un movimiento sutil el senador Durán se quita el sombrero y voltea a verme.

–Sé que esto puede sonar desesperado, Santamaría, pero debemos estar seguros de todo.

–¿A qué se refiere?

–Hablo de asesinar a Santiago Casillas.

No se me ocurre nada qué decir.

–¿Puede hacerse? – pregunta ansioso.

–Me parece precipitado teniendo en cuenta todo lo que ha ocurrido. Otra muerte en la familia Casillas sólo llamaría la atención de la policía y puede que nos traiga problemas con la gente en la costa.

–Nuestros problemas llegarán porque Santiago esté vivo, no muerto.

–Lo siento, senador, no puedo hacer eso.

–Comprende usted que no le debe ningún voto de confianza a ese sujeto, a pesar de ser el hijo de Ramón Casillas.

–Pero le debo mi respeto a Ramón y no ofenderé su memoria matando a su hijo.

–El tipo es un bastardo, Santamaría. Hasta el mismo Ramón lo sabía ¿por qué cree que nunca le confío nuestros asuntos?

–Estoy consciente de ello, senador. Y entiendo su temor sobre Santiago, pero no voy a matarlo sólo para que usted duerma tranquilo. Creo que hay que darle un tiempo para ver cómo actúa y no tomar acciones que pueden resultar en consecuencias desastrosas.

–¿Cree que actuará con sensatez?

–Creo que este tipo de vida le enseñará a ser más cauteloso. Después de todo está a cargo del negocio de Contreras y el de su padre, no puede ser el mismo de siempre.

–Espero, por el bien de los dos, que tenga razón.

Vuelve a colocarse el sombrero y se levanta con esfuerzo. Antes de marcharse coloca en su mano en mi hombro y dice: “Recuerde todo lo que hemos hecho, Ismael, y luego piense qué pasaría si Santiago Casillas se llegase a enterar de todo”.

Nelson, el dueño de este edificio, arregló por fin mi ventana, ocultando el agujero por donde se filtraba el frío nocturno. Aun así, tuve unas cuantas noches desastrosas en las que dormir era poco fiable, y de hecho, creí sentir el desastroso frío que siempre se apoderaba de la habitación durante las horas de oscuridad.

Afuera, en el callejón, todavía están las manchas de sangre que quedaron tras el levantamiento de los cuerpos de los *dealers*. No alcanzo a ver las manchas desde aquí, pero sé que están allí.

Los jóvenes estudiantes todavía vienen de vez en cuando buscando un poco de droga y en ocasiones, inclusive, se dedican a recorrer el callejón en busca de la sangre y a contar historias de como asesinaron a esos dos tipos. Las señoras vecinas se escandalizan por lo que ocurre. Las escucho quejarse mientras extienden la ropa húmeda en sus ventanales, y todas ellas se entristecen porque sus hijos están creciendo en un lugar como éste.

El reloj marca las once de la noche. Ha llovido un poco por la tarde, por lo que en la ventana todavía se encuentran estáticas gotas de agua de lluvia. Y antes de que pueda quitarme los zapatos, escucho un viejo auto detenerse en frente del edificio. El sonido es lejano y opaco, pero lo puedo oír irrumpiendo en el casi total silencio que hay en la calle. Permanezco sentado en la cama, sin hacer ningún movimiento. No escucho nada más.

No hay voces afuera, ni escucho los usuales ladridos de los perros ciudadanos. Me levanto y apago la luz de todo el apartamento, hasta que quedan sólo leves rastros de luz exterior de los postes y casas vecinas difuminándose

en las paredes. Me acerco a las ventanas y cierro las cortinas, quedándome en medio de esa pequeña cueva oscurecida en la que yo no soy más que una sombra.

Escucho los pasos caminando por el corredor y algunos susurros que traspasan la madera. La luz del pasillo entra por el borde de la puerta, pero no hace mucha diferencia en este lado hosco.

Se detienen en frente de mi habitación, sin hacer sonido alguno y esperan por unos segundos. La puerta tiene seguro, ellos deben saberlo. Por un momento parece que no hay nadie al otro lado de la puerta, y todo se vuelve tranquilo.

Está bien.

Tras un golpe que lanza astillas como proyectiles hacia mi dirección, la puerta se abre por completo y dos siluetas aparecen desamparadas en el umbral de mi habitación, como dos aberraciones delineadas por la luz amarilla. Uno de los tipos retoma su postura después de haber lanzado la patada que abrió la puerta. Ninguno de los dos logra verme. Ni siquiera se mueven cuando se escucha el soplido de mi arma aferrada al silenciador. Pizcas de sangre se logran divisar entre la oscuridad y el primer tipo cae de bruces haciendo temblar todo el segundo piso de este acabado edificio. Disparo por segunda vez al otro tipo que cae fuera de los límites de mi cuarto y queda desparramado en el corredor. Y de pronto hay dos cuerpos muertos y calientes en la entrada de mi habitación estorbando casi por completo en la salida. Tengo los cordones de mis zapatos desatados, y el poco ideal que tenía para dormir esta noche se esfuma.

Tomo mis cosas y las empaco una vez más en mi maleta. Mi ropa, la munición, el dinero. Paso por encima de los cuerpos, evitando pisar algún rastro de sangre fresca y abandono la habitación. Ningún vecino se atreve a asomarse, así que logro bajar por las escaleras sin ser visto.

En la recepción está don Nelson quien tiende a irse tarde a dormir, y se queda custodiando su gigante de ladrillos y a mirar las horribles cosas que pasan a media noche.

–Joven, – me dice – Marcos ¿está bien?

–Sí, estoy bien, no hay de qué preocuparse.

–¿Quiénes eran esos tipos? Se veían peligrosos.

–Lo son.

–Lo siento, – dice sacudiendo su cabeza de lado a lado – han aparecido amenazándome y buscándolo a usted... sólo, sólo me han dado su descripción.

¿Usted los conoce? Porque no parece que ellos sepan quien es usted.

–Ahora ya lo saben.

–Tuve que llamar a la policía.

–Muy bien, llegarán en cualquier momento. Dígales que los dos tipos siguen arriba.

–¿Qué ha ocurrido? ¿Qué querían?

–Problemas, don Nelson.

Sigo mi camino fuera del edificio y desde el pórtico observo la calle hasta ubicar el auto en que los dos tipos llegaron. Un tercer tipo está recostado contra el auto, me está mirando, sólo eso.

Cuando me acerco hace un movimiento brusco y le disparo en un hombro sin detenerme. El tipo suelta un berrido y deja a la vista un pequeño revólver que empuña en la mano del brazo herido.

Lo golpeo en el rostro al tenerlo al frente y le arrebató el arma. Sigue gritando y varias luces alrededor del vecindario van encendiéndose una a una.

Tomo al tipo de la nuca y le obligo a entrar al auto.

–Tome el volante – le ordeno.

–Me disparó ¡Dios! Estoy sangrando. – Balbucea entre dientes – Estoy desangrándome.

Coloco la boca del arma en su cabeza y le repito “tome el volante”. El tipo enciende el auto y se queda paralizado hasta que retiro el arma de su cabeza.

–¿De dónde vienen?

–No lo sé, yo sólo conduzco. – Gime el tipo aterrado.

–¿De dónde?

–Dios, sólo seguía órdenes de Tarso, es él que quiere matarlo. Es él, yo sólo los conduje hasta aquí.

–¿Quién es Tarso?

–El distribuidor, el... el jefe de los tipos que usted mató la otra noche.

–Los *dealers* del callejón.

–Por Dios – el tipo se pone a llorar sujetando su hombro –. Necesito ir a un hospital, no me mate.

–Lléveme donde vive el jefe. Donde Tarso.

–Por favor, estoy sangrando.... Me disparó, me voy a desangrar.

–Conduzca.

–¡Mi hombro! Me ha disparado ¡No puedo!

–Ahora.

El tipo se me queda mirando con lágrimas reales colgando de sus ojos y sus

manos llenas de su propia sangre. Toma el mando del auto y arranca.

–¿Cómo me encontraron?

–Fue una mujer, una puta – dice temblando –. Ella nos contó que fue uno de los que vive en ese edificio quien mató a los dos chicos. Lo describió a usted.

–¿Una prostituta? ¿Por qué les contó?

–Quería coca, eso era todo – le sale un chillido y dice – es una adicta. Es una adicta. Quería coca y nos dio la información.

Conduce por casi diez minutos, despacio. Nos adentrarnos entre la selvática atmosfera de un barrio en las lomas. Sólo las luces del auto iluminan la carretera en donde los arboles ocultan las casas a los lados del camino. El auto sigue andando por calles angostas y sin pavimentar hasta detenerse en el interior de un barrio.

–Esa casa – señala el tipo con su dedo.

Le pido al tipo que salga del auto, y cuando ambos nos encontramos en la acera, frente a la casa que ha señalado, le disparo en la cabeza y cae sin haber soltado ni un suspiro.

Doy dos golpes en la puerta con el arma en mi mano. Un muchacho obeso abre la puerta lo suficiente para que pueda ver sus pequeños ojos asomarse para cerciorarse quién ha llegado. Empujo el portón y el chico tambalea hacia un lado levantando las manos al instante. En el pasillo, al fondo, aparece un sujeto de barba semidesnudo que logra maldecir cuando levanto el arma y una bala cruza por todo el pasillo hasta chocar en medio de sus ojos. El tipo se desploma como si nunca hubiese habido vida dentro de él.

El chico obeso grita y oculta su cara con sus enormes manos. Carga con la misma expresión de pánico incontrolable que se relaciona con los espectadores de espectros y apariciones.

–¿Dónde está Tarso?

Chillando el chico ruega por su vida y se tira al suelo.

–¿Dónde está?

–En el cuarto. Arriba – dice con voz aguda entre berrinches sin levantar la vista.

Sigo por el pasillo y veo varios grupos de billetes verdes en la mesa del comedor, junto con unas cuantas armas y periódicos viejos. Tomo las escaleras y al llegar al segundo piso logro escuchar una bulla agitada en la habitación principal.

Pateo la puerta dos veces hasta que ésta se abre. La habitación es un

agujero de paredes perforadas sin pintura y ventanas con barrotes. En el tocador junto a la cama hay cocaína regada sobre la superficie. El olor a alcohol y a secreciones se acumula a montones. En una cama doble se encuentran dos tipos de edad desnudos, asumo que uno de ellos es Tarso. Tiene varios tatuajes en la espalda y baba colgándole de la boca. La prostituta también está allí, debajo de ambos tipos, con mirada distorsionada y cicatrices en la comisura de los labios. Es la misma del callejón, la misma que los condujo hasta a mí.

Disparo varias veces a los tres; lo hago incluso después que los cuerpos dejan de agitarse tras el impacto de las balas. Las sábanas blancas se tornan rojas al instante, y el brazo de la prostituta queda extendido sobresaliendo de la cama.



Fue un viernes cuando ocurrió. Estuve toda la tarde con clientes, distrayéndome en diferentes bares de la ciudad, cruzándome con algún que otro nombre famoso que me miraba con desaliento. Llamé a mi ex esposa, Rita, y fue una calamidad como siempre ha sido desde que juró que su odio por mí era irremediable y que ni verme muerto podría aplacar dicho sentimiento. Pero cómo diablos habla uno con una mujer por teléfono cuando no nos comunicamos con palabras sino con emociones oscuras.

Fue esa noche que un tipo se metió a la hacienda de mi padre y lo apuñaló hasta matarlo. Mi tío Alberto lo encontró tirado cerca de una mesilla con un vaso con agua sin terminar.

Su funeral no fue hace mucho.

Hoy hay que asistir a otro.

A las tres de la tarde Lucio se detiene en frente de la casa de Rita y me quedo con él en el auto mientras termino de fumarme un cigarrillo. Dejo mi arma en el auto y me arreglo el cabello antes de acercarme a la puerta y llamar.

Cuando Rita me abre, coloca una mano en la puerta y la otra en su cintura y aprieta los labios.

–¿Qué demonios quieres, Santiago?

–He venido por los chicos.

–No te corresponde verlos hoy.

–Es el funeral de Armando. Quería asistir con familia, mis hijos.

–Ese tipo no significaba nada para nosotros. – dice sin dejarme entrar, con algo de ira pero sin levantar la voz – Y no te creas que voy a dejar que mis hijos atiendan al funeral de un mafioso.

–Armando Contreras era un allegado a mi familia, Rita. Le merecemos respeto.

–Tu familia le merece respeto, nosotros no.

–Mis hijos hacen parte....

–Y tú no sientes respeto por nada en este mundo.

–Sólo quiero pasar algo de tiempo con los chicos, maldita sea.

–La última vez que viniste a verlos fue para arrastrarlos a otro funeral. ¿Qué no tienes más que compartir que tragedias?

–Era mi padre... Rita, el funeral de mi padre.

La voz de Gabriel suena de repente, se acerca correteando por el vestíbulo, lo que obliga a Rita a abrir la puerta de par en par y exponerme a su casa.

–¡Papá! ¡Papá!

El chico se abalanza a mis piernas y me abraza.

–¿Cómo has estado, pequeño?

–Bien ¿vienes por nosotros?

–No, Gabriel – dice Rita tras él.

–Por favor, Rita, deja la arrogancia.

–¿Sigue el abuelo muerto? – pregunta Gabriel.

–¿De qué hablas, pequeño? Cuando uno se muere se queda muerto para siempre.

–Es suficiente, Santiago. – Insiste ella.

Rita toma a Gabriel del brazo y lo aleja. En esas aparece Alicia bajando por las escaleras. Creo que me saluda, pero su voz es apagada, quizá porque siente la tensión de su madre, y Gabriel sigue hablando de muertos.

–¿Qué pasa? – pregunta mi hija.

–Vine a ver si ustedes querían ir conmigo al funeral de Armando. – le digo a Alicia, pero observando a Rita.

–¿Es hoy?

–Es ahora.

–¿Quiénes van a ir? – pregunta Alicia.

–Eso no importa –interrumpe Rita– porque no vas a ir.

–Sólo nosotros, los Santamaría y el hijo de Armando. – le respondo ignorando a Rita.

–Yo quiero ir. – Dice Alicia con desanimo.

–¿A qué quieres ir? Sólo viejos y criminales van a estar ahí. – le dice su madre señalándome con su mano.

–Sólo quiero irme de la casa por un momento.

–Ve a la biblioteca.

–Déjala venir conmigo – insisto.

–Denos un minuto – dice Rita saliendo conmigo fuera de la casa y cerrando la puerta tras ella para que los chicos no escuchen – ¿En verdad consideras buena idea exponer a tus hijos al escarmiento público llevándolos al funeral de un mafioso? Ha sido la muerte más celebrada del año, Santiago. Todo el mundo quería ver muerto a ese sujeto. ¿Cómo quieres que deje a mis hijos ir?

–Todo para ti es un maldito problema.

–Porque todo lo que tiene que ver contigo es un problema. ¿Sabías que la gente intenta comprar drogas con Alicia? La creen una narcotraficante por tu culpa.

No lo sabía. Me quedo callado y agacho la mirada intentando encontrar algo que decir.

–Has presencia en el funeral, pero no voy a permitir que involucres a mis hijos en esto.

–También son mis hijos.

–Por lo que deberías pensar qué es lo que les conviene.

Ella regresa al interior de la casa exclamando que ninguno de ellos irá al tal funeral y se aleja hacia la sala.

–Lo siento, chicos – les digo desde la puerta.

–Está bien, papá – dice Alicia – qué más da.

Por supuesto que Santamaría organizó todo para que veláramos a Armando en la hacienda de mi padre con el consentimiento de mi tío, Alberto. El ataúd está cerrado, así como lo estaba el de mi padre. No hay fotografía visible de Armando Contreras, ni ninguna referencia a su nombre. Por lo que parece que todo esto está a la deriva. Aun así, todos lucen muy seguros de lo que están haciendo aquí.

Santamaría se encuentra hablando con su hijo mayor, Manuel, cerca del cofre. Veo a su mujer, Amanda, con su segundo hijo, Antonio, sentados en una mesa en donde sólo reposan copas vacías.

Mi tío Alberto se encuentra hablando con otras personalidades que se sienten lo suficientemente importantes para estar aquí.

Hay una mujer y un chico con sobrepeso sentados en la lejanía. Imagino que se trata de la vieja familia de Contreras. Ni siquiera hablan entre ellos, sólo miran absortos hacia la nada.

Llenando la habitación están los viejos trabajadores de Contreras, incluyendo a Teófilo Rueda. Todos me saludan con cortesía y permanecen a un

lado de la habitación luciendo como simples guardaespaldas sin corbata.

Me acerco a Santamaría y a su hijo.

– Buenas tardes, señores. Buen trabajo organizando todo, Ismael.

– Es todo lo que he logrado a hacer con el tiempo que tenía disponible.

– ¿No lo acompaña su familia? – pregunta el chico, Manuel.

– Tienen otros asuntos que atender, lamentablemente. Y prefiero mantenerlos al margen de estas situaciones cuando puedo – le digo.

– Es mejor. – Afirma Santamaría.

– Imagino que sus hijos le informaron que estuve buscando por usted la otra noche, Ismael.

– Me lo hicieron saber, sí.

– Espero que no haya resentimientos por lo que ocurrió en el club de su hijo.

– No los hay.

– Me alegro. Y, dígame, ¿Qué se suponía que usted estaba haciendo anoche? No había rastros de usted por ningún lado.

– Hay varios asuntos en los que debo ocuparme, Santiago, no puedo enfocar toda mi energía en encontrar a un tipo que ya debió desaparecer del mapa.

– ¿No le parece que la muerte de Armando amerita una búsqueda exhaustiva de ese tipo?

– Lo amerita, pero no sabríamos ni por donde comenzar.

– No podemos permitir que desaparezca, simplemente. Que se largue sin pagar por lo que hizo – les digo colocando una mano en el ataúd. – Después de todo le metió una bala a la cabeza de Armando, es por él que nadie se atreve a ver su cadáver y este cofre está cerrado. Ese agujero en medio de su frente tiene el nombre de Marcos García.

La ceremonia es rápida y un cura suelta un discurso que no tiene nada que ver con Armando Contreras ni con nada de lo que estamos haciendo aquí. Hay expuesto un crucifijo y una estatua de algún santo pasándose de pordiosero. No hay flores ni velas, pero las palabras de compasión de toda esta gente parecen estar conmemorando a un gran héroe nacional.

Bebo champagne e intento evitar meterme en cualquier conversación que implique mentir y colocar un velo en todo esto. Pero ya varios están borrachos antes que yo.

Cuando la gente se sienta a comer, mi tío Alberto se levanta a recibir una llamada telefónica. Me alejo de la familia Santamaría y me limito a seguir bebiendo. No tengo a nadie aquí ni con quien compartir una copa, ni con quien

hablar algo real de lo que haya hecho Contreras en su miserable vida. El ataque al Houston donde mató a un montón de gente, niños, mujeres, sin que le valiera una mierda. Esos eran los tiempos en que cualquier edificio podría volar en pedazos, fuego y gritos de despedazados, y solo sería otra noticia en la década de la violencia.

Mi tío se acerca a mi asiento y me dice al oído que necesita hablar conmigo.

Me levanto y salgo con una copa en mi mano.

–¿Qué es lo que ocurre?

–Un contacto en la comisaría me ha llamado. Anoche acabaron con una olla que se había posicionado del territorio de Contreras.

–¿Qué con eso? – pregunto bebiéndome lo que queda.

–Al parecer un sujeto los asesinó a todos. Y hasta donde sabe la policía, puede tratarse de Marcos García.

–¿Qué?

Mi tío me sujeta el brazo y me dice:

–Marcos García sigue en la ciudad, y no es el chico que creíamos que era. Tan sólo anoche asesinó a siete personas, él solo.

No puedo moverme por un instante.

Esta pequeña rata resbalosa ha estado todo este tiempo en mi ciudad. Sigue aquí. Y nadie ha sido capaz de causarle el más pequeño daño.

–¿Estamos seguros de que es él?

–La policía luce cien por ciento segura.

No puedo volver a entrar al funeral. La cabeza comienza a darme vueltas. Y sólo puedo decir en voz alta “voy a encontrar a esa escoria. Voy a matarlo yo mismo”.

Aparco mi auto en una calle entre el resto de autos policíacos. Díaz no ha llegado. Permanezco solo todo la mañana hasta que este otro policía llamado Tobar, se me acerca y comienza a decir cosas como “nunca había visto cadáveres tan bien posicionados. Tan bien asesinados. Es una maldita obra maestra. Te lo digo, Rivera”.

Hay un cuerpo tirado en la acera con dos disparos, uno en el hombro y otro en la cabeza. Estrada, el forense, me explica que lo ejecutaron desde la espalda, mientras que el primer disparo, el del hombro, fue desde el frente. Es todo lo que me puede decir viendo al cuerpo como se encuentra.

–Veo – digo masajeándome la cien – pero, ¿por qué dicen que esto lo hizo el mismo chico que estamos buscando? ¿Cómo se conecta esto con Marcos García?

–Nuestro testigo, el único sobreviviente, Ángel Aranda – me explica Tobar señalando con sus ojos a un chico gordo quien descansa entre más policías dentro de uno de los autos – Lo vio todo. Nos contó que un tipo de más o menos veinticinco años, hizo esto. Lo describió de cabello algo largo y rojizo. Y usó silenciador.

–No tiene que ser necesariamente nuestro chico.

–Tienes que escuchar toda la historia. – Dice sonriendo como si esto fuera alguna broma – Un muchacho asesina a dos de los *dealers* de este tal Tarso en un callejón en el centro. Hay una prostituta que lo ve todo y le cuenta a Tarso cómo luce el asesino y dónde puede encontrarlo. Tarso envía a tres tipos por él. Dos entran al edificio, amenazan al recepcionista y dueño del edificio para que les diga cuál es el nombre y donde vive este chico en cuestión. El dueño, Nelson Zapata (otro de los testigos) les dice que el chico vive en el segundo

piso, habitación “tal”. Los dos tipos suben y este chico los mata a cada uno con un tiro en la cabeza. Exacto y efectivo. Baja, y desaparece del edificio, según lo explica el dueño, Nelson Zapata. El chico llega hasta aquí, imagino que en el auto de estos tipos, amenazando al tercer tipo con el arma. Puede que le haya disparado primero en el hombro para atemorizarlo. Al llegar a esta casa, este chico asesina al tercer tipo (que es el que está tirado aquí en la calle). Entra a la casa, mata al grandulón que ves tirado allá al fondo del pasillo con un disparo en la cabeza. Le pregunta a Ángel Aranda por Tarso, y Ángel le dice que está arriba en el segundo piso. El chico sube, entra al cuarto y encuentra en la cama a Tarso, nombre de pila Javier Zuluaga, a un segundo tipo llamado Bernardo Guerra, y a la misma prostituta que le había contado a Tarso cómo encontrarlo. El chico los mata a quemarropa a los tres. Y así tenemos a siete personas muertas en menos de media hora por un tipo, un chico, de cabello rojo largo, que se identificó con el dueño del edificio donde vivía como Marcos.

Tobar mira hacia los lados, al chico muerto en la acera y al tipo dentro de la casa al final del pasillo. Se ríe solo sin dejar de ver los cadáveres. Me golpea en la espalda a ver si reacciono, pero he quedado helado por un momento.

–¿Sólo se ha identificado como Marcos? – pregunto.

–Marcos a secas. Al parecer le pagó al dueño del edificio por anticipado, así no tendría que molestarse con el papeleo, identificación y esas cosas. Y pues, el lugar es un agujero horrible, por lo que el dueño estaba más que dichoso de tener un dinero extra sólo por ser discreto.

–Santo cielo – hasta ahora lo estoy asimilando y Tobar vuelve a reírse al ver mi expresión.

–Lo sé, lo sé. – Dice – Es caótico.

Entro a la casa y miro todo con detalle. El cuerpo del tipo de barba en ropa interior con un tiro en la cabeza. El comedor con platos sucios, dinero en exceso, armas y droga.

Arriba hay varios forenses tomando fotografías. Están los dos tipos muertos uno sobre el otro bajo las sábanas, y la prostituta a un lado extendiendo su mano fuera de la cama. Todavía tiene los ojos abiertos. La sangre se mezcla con la piel y cabello.

Cuando Díaz llega se queda observando el levantamiento de los cuerpos y escuchando a Tobar contando de nuevo cómo Marcos García los asesinó a todos sin vacilar un instante.

–¿Y qué ocurrió con el auto? – Pregunta Díaz mirando por la ventana – Marcos García debió llevarse el auto. ¿Podemos rastrearlo?

–No lo creo – le digo –. No estamos lidiando con cualquier persona. Este chico sabe lo que hace.

–Sólo tiene que parquearlo en el barrio correcto con una puerta abierta, y el resto del trabajo queda para los buenos habitantes de esta ciudad – dice Tobar –. A esta hora ese auto está en cien partes.

Me acerco a Díaz y corro la cortina para ver hacia la calle en donde está el único sobreviviente con los forenses.

–Lo que me intriga es este chico, Ángel Aranda – les digo mirando al chico gordo que está afuera – ¿Por qué Marcos no lo asesinó? Mató a todo el mundo, pero dejó a ese chico con vida.

–Es un psicópata – asegura Tobar – quizá tiene un fetiche con los obesos. Qué se yo.

–No – les digo –, Marcos sabe lo que hace. Asesinó a siete personas anoche, asesinó a Armando Contreras mientras sus trabajadores esperaban afuera. Ni nosotros ni los Casillas lo han atrapado, y eso es por una razón. Este muchacho se ha asegurado de no dejar huella alguna. Mata a quien se le cruza por su camino.

Veo Ángel Aranda aún agitado por lo que ocurrió, se pone a llorar en los brazos de un policía y éste le da palmadas suaves en la espalda. Le alcanzan otro poco de té.

Sin voltearme les digo a Díaz y a Tobar:

–Marcos García debió tener una muy buena razón para no asesinar a Ángel.



A pesar de que su viejo y sudoroso cuerpo ya está bajo tierra, el nombre de Armando Contreras sigue rondado por la ciudad y a lo largo del país. En parte se debe a su reciente funeral, y a que por primera vez en varias semanas los tipos duros de la costa vuelven a dejar su mercancía. Esta vez, todo a mi nombre.

Conducimos por lo que parecen dos horas fuera de la ciudad hacia al sur, tomamos un sendero de tierra hacia el dominio muerto por la sequía, y siento que el sol se hace mucho más fuerte aquí.

Lucio va conduciendo y yo voy en el asiento trasero con Teo, quien queda perplejo al ver las grietas partiendo el suelo a lo largo del camino. No hay ganado a la vista, y los únicos prados verdes son de montañas a los lejos en el panorama. Lo que nos rodea es pura tierra muerta y mala yerba, olor pútrido de algún botadero de basura a lo lejos.

–¿Alguna vez conociste a estos tipos? – Le pregunto a Teo – mientras trabajabas con Contreras, ¿conociste a los tipos de la costa?

–Lo hice. Los vi un par de veces haciendo esto mismo, señor. Entregas.

–Son tipos duros.

–Nunca hablé con ellos, pero hay historias.

–Les gustan los perros, los perros grandes. Les gusta ver cómo se matan entre ellos.

–Pueden durar borrachos por días – dice Teo.

–Son tipos de gustos fuertes.

En medio de la nada, a lo lejos, vemos la caravana de autos que esperan por nosotros, estacionados entre polvo que se pasea por el aire y quizá espejismo causados por este calor de mierda.

Nos detenemos a varios metros de distancia y le digo a Teo que salga conmigo.

Dos de los tipos están esperando recostados frente a sus autos, y al vernos caminar se acercan hacia nosotros con la mercancía, mientras Teo carga el maletín con el dinero. Llevan gafas de sol y uno de ellos tiene los botones de su camisa abiertos mostrando la joyería que le cuelga del pecho. Es el tipo que da las órdenes, Aurelio Rondón, el “Costeño”, el “Coste”, o como mierdas se haga llamar. Lleva una barba de candado que ya tiene rastros de canas y la sonrisa le brilla como si fuera una caricatura. A su lado va una torre de hombre, hombros anchos y atroces, calvo, muy pálido por ser costeño, pero no puede ser otra cosa.

–Buenos días, señores – digo permaneciendo al lado de Teo, mientras que tras nosotros esperan Lucio, mis hombres armados y el pequeño grupo que abandonó Contreras al morir y que ahora está bajo mi mando.

–Santiago Casillas – dice el tipo de la ridícula barba, Rondón –Varios decían que usted no era del tipo con el que se debería hacer negocios.

–¿Ah sí? ¿Quién lo ha dicho?

–Todo el jodido mundo, prácticamente.

–¿Y usted qué cree?

–Creo que si esto sale bien, da igual. He estado haciendo esto por un tiempo. Contreras se ha muerto y ahora lo tengo a usted. Cuando se muera vendrá otro bastardo, y yo seguiré haciendo lo mismo.

Le sonrío y él me regresa el gesto.

–¿Éste no trabajaba para Contreras? – pregunta Rondón refiriéndose a Teo.

–Ahora trabaja para mí, como toda la vieja camada de Contreras.

–No imaginé que usted fuera a confiar en esta gente. Pensé que había sido uno de ellos quien había acribillado a Contreras.

Asiento con la cabeza.

Miro al costeño a los ojos y me rasco la barbilla.

–Así fue. Pero el que lo hizo no está aquí. – Agito las manos, pero se tensionan –. Me estoy encargando del asunto.

Rondón mira tras nosotros y ve al grupo de Contreras esperando en el auto.

–¿Qué trae para mí hoy, a ver? – le pregunto.

Rondón le da una señal al tipo corpulento a su lado y éste da unos pasos hacia una de las camionetas. Abre la puerta y se ven varios paquetes acumulados en el plató del auto. Le digo a Lucio que le entregue el maletín y él se aproxima hacia Rondón con el dinero.

–Del mismo tipo que le daba a Contreras – me dice el costeño señalando la mercancía.

–Muy bien.

–No espero problemas con el dinero.

–Soy un hombre de negocios.

Rondón toma el maletín con el dinero y lo levanta un poco para pesarlo. Ni siquiera lo abre para verlo él mismo.

En unos minutos mis hombres sacan la mercancía de la camioneta y la colocan en nuestros vehículos.

–Tengo una bodega disponible para la siguiente entrega – le digo a Rondón – no quiero tener que seguirme encontrando en este desierto de mierda.

–Muy bien. Lo entiendo – dice él limpiándose el sudor de la frente – Odio el sol de mediodía en estas tierras. No hay brisa de mar ni música. Sólo animales muertos a lo largo del camino y basura por doquier.

Tras tomar el último paquete Rondón les ordena a sus hombres que regresen a los carros y me sonrío antes de irse.

–Estaremos en contacto, señor Casillas.

Teo voltea a verme y me pregunta si debe revisar la mercancía, pero le digo que todo está en orden.

–Vamos – le digo –. O este maldito calor del infierno nos volverá locos.

Regresamos junto al auto. Lucio saca una cajetilla de cigarrillos y me pasa uno, junto con fuego que oculta del inexistente viento con la palma de su mano.

–Estos tipos no quieren relacionarse con nosotros sólo porque esperan que cualquier idiota nos reemplace mañana. Para ellos nosotros no somos más que cadáveres en trajes que les dan dinero.

Lucio enciende un cigarrillo para él y señala a los autos que se alejan levantando nubes de tierra.

–No conté más de diez hombres. – Dice – Nosotros somos dieciocho.

–No están intimidados – aseguro –. Desde que asesinaron a Contreras nadie está intimidado. Ya no hay miedo. No hay nada.

Le ofrezco un cigarro a Teo, y él lo acepta agradecido proyectando una sonrisa extendida en su rostro.

–¿Desde qué edad fumas, chico? – le pregunto.

–No lo sé, señor. Desde siempre.

–Yo empecé a los quince años. Fumaba a escondidas de mi padre porque él odiaba este vicio y se quejaba de la gente que lo hacía y que después se morían llorando porque la vida les pateaba el culo con algún cáncer.

Lucio le extiende el encendedor con el fuego danzante a Teo, quien coloca el extremo del cigarrillo en las llamas e inhala del otro extremo. Como si le estuviera haciendo una felación al cigarro.

–Mi padre – digo – odiando los vicios. Mi honorable padre que abrió un puteadero para que los desesperados fueran a que alguna mujer de ligeros les dijera al oído cosas indecentes. Lo miserables bastardos. Ése era mi padre. El viejo señor Casillas. El honorable Ramón Casillas.

Miro a los chicos de Contreras, son sólo seis y les digo que vuelvan al auto, que nos largamos.

–Adentro, nos vamos de este infierno – ordeno.

Tomo a Teo del hombro y le digo:

–Asesiné por primera vez a los diecisiete años. Ya fumaba todos los días, había estado mujeres, y sólo me hacía falta matar a un hombre. Lo maté cortándole la garganta con las orillas de una botella rota, después de haberlo golpeado tanto que ya no podía ni decir su jodido nombre.

Cuando los hombres de Contreras están en el auto, mis hombres los rodean exponiendo las ametralladoras que han sacado del baúl de la camioneta.

Tengo a Teo del hombro y le digo:

–¿Sabes qué hice después de matarlo? Me oriné en su cadáver – suelto el humo del cigarrillo – me contuve la meada toda la pelea solo para darme el lujo. Eso es a lo que yo llamo sacrificio.

Mis hombres abren fuego contra el auto y las balas arremeten contra los vidrios y se van cargando a todos los bastardos que hay adentro. Mil balas entrando y destrozando con la carne y los huesos de esos infelices.

–A los muertos les da igual que se les meen encima.

Teo queda inmóvil bajo mis manos, observando cómo sus viejos compañeros convulsionan por las balas que los desfiguran en medio de este desierto. Y quedan como carroña humeante y roja, la sangre saliendo por entre las ventanas y los rostros que ya no existen.

Lucio toma un bidel de gasolina y la derrama sobre el auto y sobre los seis tipos muertos ahí dentro. Los buitres se pasean por sobre nosotros, pero vamos a hacer arder a esta carroña. El fuego cubre el auto y los cuerpos de todos los viejos compañeros de Teo, los viejos trabajadores de Contreras. El cigarrillo de Teo se le ha caído de las manos, y no puede verme a la cara. Sus ojos están atrapados por las llamas que danzan y disuelven los cadáveres.

–Sé que Marcos García sigue en la ciudad – le digo a Teo – sé que ese maldito infeliz sigue aquí. Se cree dueño del lugar asesinando a quien se le da

la gana.

El chico bajo mis manos comienza a sollozar y agacha la mirada.

–¿Cómo lo encuentro? ¿Cómo encuentro a Marcos?

Teo no responde, así que lo tomo por el rostro y le acaricio la mejilla con suavidad. Sus lágrimas humedecen mi tacto.

–Vamos, Teo ¿cómo encuentro a tu viejo compañero?

–No lo sé – dice con la respiración acelerada.

–No voy a convivir con la misma escoria que permitió la muerte de Armando Contreras. Todos ustedes son unos traidores, pero no te lanzaré al fuego si me dices dónde encuentro a ese asesino. No voy a permitir que ese idiota desaparezca. ¿Dónde está Marcos García?

Chillando, Teo niega con la cabeza.

Coloco dos dedos en su barbilla y le obligo a que levante el rostro para que me mire a los ojos.

–¿Dónde?

–Le juro, señor... se lo juro por Dios... no tengo idea.

Acerco mi rostro al suyo, y coloco mi mano en su nuca. El olor a muerto quemado se nos mete por la nariz.

–Dime, chico. Dime dónde está Marcos. Dímelo.

Sus lágrimas caen en mis manos, y puedo sentirlo temblar a través de mi piel. A punto de desmoronarse.

–Braulio – dice con lágrimas en los labios – Braulio Gonzales.

–¿Quién es él?

–Otro de los trabajadores de Contreras. Prefirió salir de esto antes que trabajar para usted. Era muy amigo de Marcos, él sabrá donde está. Él sabrá.

–¿Lo ves, chico? ¿Lo ves? Siempre hay algo que decir.

Abrazo a Teo y él deja de llorar, pero no puede dejar de temblar. El sol sigue ardiendo junto con el auto.

La otra noche ha entrado Ismael Santamaría con su esposa al restaurante donde Braulio trabaja, el Delicatezza. Aunque pasa la mayor parte del tiempo al otro lado del muro, Braulio los ha visto un instante cuando salió a avivar el fuego en la chimenea. Santamaría no lo conocía, así que no tenía por qué reconocerlo, pero Braulio sí estaba familiarizado con el rostro del famoso hombre de familia. Se ha quedado mirándolos comer sin ninguna sombra en particular, como si aquella pareja se creyesen dos almas cotidianas del hoy, y no como asesinos reales. O por lo menor por parte de Ismael.

En un momento Amanda Santamaría ha levantado la voz y varios rostros se voltearon para contemplar la discusión, entonces el fuego crepitó y todo se calmó.

–Estoy cansada – le dijo Amanda a Santamaría dejando el plato a un lado y bebiendo vino.

Braulio se ha quedado mirándola por largo rato. Ella llevaba un escote diminuto y sólo se podía ver la piel de sus brazos. Braulio notó cómo Santamaría asumía toda la culpa y arrastraba su mano con lentitud por sobre la mesa hasta tocar la de su mujer.

–No luces cansada – le dijo.

–Lo estoy, Ismael.

–Pues siguen siendo hermosa.

Braulio regresó a la cocina a sacar la basura.

Esos mafiosos con sus movimientos refinados y sus palabras tiernas. Pues, quizá, les sirva para sentirse humanos. Quizá el vino les ayuda a tragar y a sentirse mortales, o reales.

Antes de irse, Braulio escucha que Ismael le dice a su esposa “tú sabes que

te amo”.

Los días siguientes se sienten como una constante repetición de nada. De nada importante, por lo menos. Los rostros que entran al Delicatezza son casi iguales, y todos tienen ese tono de voz eléctrico al ordenar su cena. Suena a que están declamando un discurso hermoso o algo por el estilo.

Se hace tarde y Braulio sale del restaurante a las nueve de la noche y toma el autobús que se dirige al sur. Carga su uniforme de trabajo en una mochila vieja y permanece de pie exhausto mirando por las ventanas. La ciudad cruza con lentitud al otro lado del cristal, y siente que puede quedarse dormido en cualquier momento.

Entrecierra los ojos y en la oscuridad de sus párpados se le cruza la imagen de Amanda Santamaría bebiendo vino y diciendo que se siente cansada, alejando su mano de la mano de su marido. El fuego en la chimenea resuena, y los ojos de Amanda Santamaría destellan como si fuese joven y no se hubiese casado con un asesino.

Braulio camina por el andén que se empieza a llenar de mariachis y vagabundos, gente que no se calla y bares que le empiezan a subir el volumen a la música. El edificio residencial donde vive está sobre un mísero casino que huele a sudor y a óxido, hace ruido toda la jodida noche y se llena de basura al frente.

Hay cristales rotos en el asfalto de botellas de aguardiente que rompen los borrachos al salir a pelear.

Al acercarse, ve un volvo azul parqueado frente a la entrada del edificio. Hay un tipo de camisa negra y tirantas esperando en la acera, y no oculta en absoluto un fierro de revólver que sobresale de su delgada cadera.

Braulio se detiene y observa al tipo que camina de lado a lado cerca del auto, mirando hacia la puerta del edificio y a la entrada del casino, sin darse cuenta que Braulio lo observa.

Braulio empieza a hablar solo al otro lado de la calle, hasta que decide entrar a la cafetería de la cuadra, pide por un teléfono y marca el número de su apartamento.

—Aló — responde su esposa.

—¡Marta! Marta, escucha...

—¿Braulio? ¿Qué haces llamándome? ¿A qué horas llegas?

–¡Escúchame! Toma al niño y lárgate de ahí. No tomes nada.

–¿Qué? ¿Por qué...?

–Con un demonio, mujer. Toma al niño y sal de ahí. Sube al siguiente piso y baja por las escaleras traseras al casino, y espera dentro del casino hasta que llegue la policía.

–Dios santo, Braulio ¿qué es lo que pasa?

–Marta, por favor, sólo hazlo.

Corta la llamada y marca al número de emergencia.

Al salir de la cafetería, camina directo hacia el volvo. Cruza la calle sin tránsito y ruidosa sin procurarse de los peatones que se limitan a beber y a cantar. El sujeto de tirantas ni se voltea, y no siente la presencia de Braulio hasta que éste lo agarra de repente de la nuca y lo estrella contra la ventana del volvo. El vidrio se destroza en pedazos y el tipo suelta un rugido mientras agarra a Braulio de los brazos. Pero Braulio lo sigue embistiendo contra el auto, hasta que el tipo se desploma en el asfalto con la cara lacerada y los ojos achicharrados. Las extremidades del tipo se estremecen por unos momentos. Braulio desenfunda el revólver del tipo y entra al edificio sin mirar atrás, aunque ya se escuchan gritos de extraños en la calle y un pequeño grupo de gente se aglomera afuera.

Mira escaleras arriba y no escucha a los tipos subiendo, por lo que asume que ya deben estar en el sexto piso, en donde queda su apartamento. Braulio sube a pasos acelerados aferrado al enorme revólver en su mano y en pocos segundos se encuentra en el pasillo de su piso.

La puerta de su apartamento está abierta y las luces prendidas. Camina despacio, levantando el arma, y a unos pasos del umbral, sale uno de los hombres de Santiago Casillas, quien al ver a Braulio intenta disparar, pero Braulio ya ha halado el gatillo y la bala retumba en el pecho del tipo que da tres pasos hacia atrás y se pierde en el interior del apartamento. Se escucha cómo cae y maldice con voz aguda. Braulio mantiene el arma apuntado hacia al frente y da pasos paralelos a la pared, abarcando más campo visual de su hogar. Un proyectil sale tras un trueno desde su apartamento y se incrusta en el hombro de Braulio. Y de pronto él también está disparando, pero sólo hacia la nada. Los pasos se mueven dentro de su casa, en la sala, y el sujeto adentro le dice que no quiere matarlo. Pero ninguno deja de disparar. Otro proyectil se entierra en el costado de Braulio, quien pierde el equilibrio y cae al suelo,



quedando a plena vista de un sujeto mayor, de cabello blanco y ojos pálidos. Braulio levanta el arma que ya no tiene balas, y le apunta al rostro al tipo en su casa, a mitad de su sala. A sus pies está el otro sujeto que Braulio ha disparado, está levantando una mano con sangre.

El tipo de cabello blanco lleva un corbatín y tiene una pistola de bajo calibre, y aunque luce escuálido, el tipo está sujetando el arma con destreza. Braulio hala del gatillo que no detona nada, y a la vez, el sujeto hala de su gatillo y la bala arremete contra el rostro de Braulio, que se estremece ante el impacto, para luego yacer inmóvil sobre las tablas del pasillo.

Marta abre la puerta de metal en el séptimo piso que conduce a las escaleras traseras que llevan al casino. Escucha los disparos y aferra a Noel a su regazo, y el chico queda petrificado, con las manos sudorosas atrapadas en la ropa de su madre. Ella lo hala al otro lado de la puerta y comienzan a bajar por las escaleras, que descienden en zigzag hasta el primer nivel del edificio.

Cuando Marta se da cuenta que hay otro tipo esperando por ella al final del camino, cae en los escalones y abraza a Noel, ocultándolo de la figura abajo. El tipo se da cuenta de la presencia de Marta y comienza a subir dando zancadas entre los escalones, gritando palabras que Marta no entiende porque empieza a llamar a Braulio y sus propios gemidos ocultan las amenazas.

De pronto la cabeza del tipo que va subiendo emite gotas espesas de sangre que saltan por el aire, para luego caer con el tipo sobre las escaleras. El disparo lo ha hecho Marcos, quien ha aparecido tras el asesino. Marta empieza a llorar, apretando la cabeza de su hijo contra su cuerpo. Marcos se queda abajo, en los primeros escalones. Baja el arma con la que ha hecho el disparo y le dice a Marta que tiene que salir de allí.

–Ahora – le dice.

Sin poder dejar de llorar, y ocultando la mirada de Noel, Marta baja despacio los escalones, cruzando junto al cuerpo del tipo tirado boca abajo con las manos extendidas en las escaleras.

–¿Dónde está Braulio? – pregunta ella recostada contra la pared, descendiendo escalón tras escalón.

Marcos se queda callado. Y Marta sigue preguntando lo mismo, hasta que se desespera y baja las escaleras con rapidez gritando el nombre de Braulio y llenando la cabeza de Noel de sus lágrimas.

–La policía va a llegar en cualquier momento – dice él.

Varios pasos retumban desde lo lejos, esparciéndose a través del eco. El viejo de cabello blanco aparece tras el sonido, viene desde el sexto piso. Al escucharlo bajar, Marta se detiene antes de llegar a Marcos, quien da dos pasos al frente y aparta hacia un lado a Marta con su brazo izquierdo. Un segundo después, Marcos le ha disparado dos veces al tipo al final de las escaleras.

Las balas salen indivisibles por el vacío y golpean el pecho del viejo. Hay silencio por un instante, mientras que el viejo del corbatín, de cabello blanco, se inclina hacia al frente, perdiendo los pies del suelo, y cae de cabeza varios escalones más abajo. Rueda sin detenerse hasta que se golpea con el otro cadáver que permanece con las manos extendidas y una hendidura en la cabeza. Y ninguno de los dos se mueve. Noel oculta su rostro en el pecho de su madre, y ella lo envuelve con todo lo que puede. Se sienta en las escaleras aferrada al chico, y su llanto se extiende por cada escalón. Marcos esconde su arma en su abrigo, desciende los últimos escalones hasta alcanzar la puerta que conduce al casino, y desaparece tras ella.

Estoy en casa con mi padre. Se ha servido un poco de whiskey y se dedica a hablar por teléfono con el senador Durán sobre el funeral de Armando Contreras. Yo estoy sentado en el sofá mirando la televisión. Cambiando canal tras canal, pero sigo sin encontrar nada concerniente al funeral. En cambio encuentro en pantalla noticias sobre una serie de asesinatos que ocurrieron al sur de la ciudad, en un edificio residencial sobre un casino.

–Por Dios, ya está en las noticias – dice Don, uno de los hombres de mi padre, quien acaba de entrar a la casa. Se acerca dando pasos largos hacia donde me encuentro, enfocado en las imágenes que proyecta la pantalla.

Mi padre cuelga el teléfono y nos mira sin decir nada, mientras escucha lo que los reporteros relatan.

–¿Qué es lo que pasa? – pregunta después de unos segundos.

–Es uno de los viejos trabajadores de Contreras, Braulio Gonzales – le explica Don a mi padre –. Anoche Santiago envió a cuatro sujetos a que lo encontraran.

–¿Para qué?

–Lo que oí es que esperaba que este tipo le diera información del paradero de Marcos García.

–Maldita sea ¿Qué ha pasado?

–Al parecer los cuatro sicarios de Casillas fueron asesinados por Braulio y el mismo Marcos García.

–¿Marcos? ¿Estaba con él?

–Probablemente. Pero los tipos mataron a Braulio y Marcos ha desaparecido, otra vez. Pero no creo vaya a abandonar la ciudad. Después de todo, nunca se fue, siempre estuvo aquí.

–¿Cómo saben que Marcos estuvo ahí?

–Marta Gonzáles se lo dijo a la policía. Al parecer García le salvó la vida.

En el televisor muestran el casino en donde ocurrieron los asesinatos, y señalan al volvo azul en el que llegaron los sicarios que terminaron muertos en una balacera que tiene aterrorizada a los residentes del sector.

Mi padre coloca sus manos sobre el respaldo del sofá, e inclina su cabeza por entre sus brazos.

–Eso no es todo – dice Don –. Uno de los hombres de Santiago me ha contado que Santiago asesinó a todos los otros trabajadores de Contreras, fuera de la ciudad, en el desierto. Todos, excepto a Teófilo Rueda.

–Esto no está pasando.

–Los acribilló con armas automáticas. Prendió fuego al auto y lo abandonó.

–Este tipo está perdiendo el control.

Mi padre se reincorpora y comienza a dar vueltas por la sala, con una mano en el bolsillo. No demuestra todo el desespero que se debe estar acumulando en su cabeza.

–Santiago nunca va a encontrar a Marcos, es un sádico idiota. – Le aseguro – Y si todo lo que dicen respecto a Marcos es cierto, a las siete personas que asesinó esa noche, los otros dos *dealers* en ese callejón, pues está claro que no estamos hablando de cualquier persona. Este chico es peligroso, bastante.

–Lo que Manuel dice es cierto, señor – dice Don intentando no lucir tan preocupado –. Hemos estado confundiendo a este chico con cualquier sicario. Si volvemos a subestimarlos, puede costarnos la vida.

Se bebe todo su trago pero sigue sujetando el vaso de cristal, golpeándolo con sus dedos.

–¿Qué podemos hacer? – Pregunta mi padre – ¿Y qué se supone que está haciendo este chico, Marcos? ¿Qué diablos se supone deberíamos esperar de él?

–Quizá nos deje fuera de esto, – dice Don – al fin y al cabo es Santiago Casilla quien tomó las riendas del negocio de Contreras. A nosotros sólo nos quedan negocios limpios y los préstamos, nada más. ¿Por qué deberíamos temerle? ¿Por qué habría de tocarnos?

–No lo sé. Estuvimos involucrados mucho tiempo con Contreras y con los Casillas. No me he podido desvincular de Tierra Babilonia todavía – Dice mi padre.

–Pero sabemos de lo que es capaz, sabemos qué precauciones tomar, señor.

–Entonces ¿cuál es tu propuesta?

–Yo digo que nos mantengamos alejados de esto. Por supuesto que Santiago seguirá buscando a Marcos, y si no logra matarlo, Marcos lo matará a él.

Una leve llovizna cae por largo tiempo, y va oscureciéndolo todo a pesar de que son las tres de la tarde. Camino por el parque La Nación, cerca del lago, en donde se ven algunos patos revolotear. En el agua todavía se extienden de vez en cuando ondas que producen las gotas al caer. El prado está empapado y no hay mucha gente con la que uno podría cruzarse aquí. Me detengo cerca de un árbol enorme, y me recuesto en el tronco, debajo de las hojas de las que se desprenden gotas al azar.

Saco una cajetilla de cigarrillos, cuando veo a Alicia acercarse la guardo de nuevo y me abstengo de fumar.

Alicia rodea el árbol, pero se queja del agua que sigue cayendo, y se aleja a la intemperie, arroja su mochila al prado y se queda de pie, mirando al agua.

Me quito mi abrigo y lo coloco en el pasto húmedo. Alicia se sienta sobre él, mientras que yo regreso al árbol.

–El día está horrible – dice ella mirando hacia arriba.

No me atrevo a contradecirla, ya que el ambiente está gris y la brisa está helada.

–Oí que el funeral de Contreras fue hace un par de días. ¿Cómo estuvo? – pregunta mirándose las uñas.

–Como un funeral. Un protocolo innecesario y largo, y gente que no se conoce entre sí, pero que aparentan que lo hacen. Conversaciones incómodas y un cadáver.

–Suenan encantador.

–Lo fue.

–Mi padre nos invitó – dice Alicia levantando la vista, hacia mí – a mi hermano y a mí. Pero mi madre no lo ha permitido.

–No te perdiste de nada.

–Quería verte.

–Lo sé. Pero hubiéramos tenido que permanecer en extremos opuestos de la habitación, apartados. Ya sabes.

–Sí, sí. Apartados. Pero, quería verte.

Alicia vuelve a inclinarse sobre ella misma a mirarse las uñas.

–Yo también quería verte – le digo –. Le pregunté a tu padre por su familia, por ustedes. No quería que se diera cuenta de mi desesperación por verte, por

supuesto. Él sólo dijo que prefería mantenerlos al margen de este tipo de situaciones.

–Por supuesto. No te va a decir que mi mamá no le permite hacer muchas cosas.

–Quizá es por eso que está enloqueciendo.

–¿Quién? ¿Mi papá?

No le digo nada.

–¿Qué fue lo que hizo acaso? – pregunta.

–No ha hecho nada. Sólo digo que es un tipo difícil

–No me creas una niña tonta, Manuel.

–No creo que lo seas.

Alicia permanece inclinada. Me acerco despacio y me siento junto a ella, sobre mi abrigo.

–No creo que seas una niña – le digo –. No eres una niña.

–No importa. Todo el mundo cree que lo soy.

–Eres una mujer.

Paso mi brazo por sobre su hombro y la atraigo a mi pecho. Alicia recuesta su cabeza en mí, y me permito darle un beso en la cabeza.

–Una mujercita – le digo sonriendo.

–No me llames así, odio esa palabra.

–Pero si eres una mujercita.

–Ya no tengo quince años, Manuel, déjalo.

–Está bien. Perdón. Me apena llamarte “mujercita”

Alicia me golpea en las costillas con su codo un par de veces.

–No te veía desde el funeral de mi abuelo. Y tampoco podía hablarte ni tocarte, ni acercarme – dice con voz más tranquila.

–Lo siento, he estado ocupado con todo lo que está pasando.

–¿Encontraron al que mató a mi abuelo?

–Lo encontró la policía – digo titubeando, porque no quiero tener que contarle a Alicia en qué estamos metidos – lo encontraron muerto cerca de una fábrica abandonada.

Alicia se aleja y me mira a la cara.

–¿Tú lo mataste?

–No, claro que no. ¿Por qué pensaste eso?

–Siempre estás cargando esa arma, no sé a quién hayas o no matado. Sólo puedo asumir.

–Pues no asumas nada, porque no he sido yo.

–¿Y quién era el tipo? ¿Quién mató a mi abuelo?

–Olvídate de eso. Ya no importa.

–Es mi abuelo, Manuel

–No era nadie, un chico. Nada más.

–¿Cómo se llamaba?

–Lucas.

–¿Lucas? ¿Lucas qué?

–Déjalo así.

Suspira y recoge sus piernas, manteniendo su falda sobre sus rodillas. Esconde su rostro al recostar su frente en sus piernas. Su cabello castaño claro cae a lo largo y la oculta.

Alicia amaba a su abuelo, a pesar de todo. A pesar de que fuese reconocido como uno de los mafiosos de los malos años del país, aprovechándose del narcotráfico que surgió con las fuerzas rebeldes de la época, la corrupción, todo eso. Ella lo amaba, y ahora el viejo está muerto. Puedo entender si se siente sola, abandonada. Y, a decir verdad, no soy capaz de tomarla en mis brazos y decirle que me tiene a mí, que me tiene para siempre.

Todos estamos algo agobiados.

Me gustaría decirle a Alicia que su padre, Santiago Casillas, es un jodido lunático sádico que asesinó a seis hombres ayer. Que asesinará más mañana. Y ahora que perdió a cuatro de sus hombres en ese casino va a estar rugiendo fuego, sino es que ruge balas. Todo esto se está saliendo de proporción.

Teniéndola allí, junto a mí, me arremete el temor de perderla quizá a manos de la demencia de su propio padre, o de la ira de Marcos García.

–Nunca dije que lo sentía – le digo a Alicia. – La muerte de tu abuelo... nunca dije que lo sentía.

Alicia sale de su escondite y me mira tras su cabello.

Todos andamos exhaustos.

Ese mismo día estuve buscando a Saúl, el tipo que nos debe dinero. Estuve con Rodrigo intento dar con esta sabandija. Pero ha desaparecido. Desde que Marcos García asesinó a Tarso y a todos sus hombres, la gente vende con más precaución y a precios fuera del alcance de Saúl. Y puede que haya perdido la cabeza debido a su adicción. El punto es que no ha regresado a su propia casa.

Rodrigo dice que está muerto. Me dice que puede imaginarse a Saúl en una alcantarilla con el rostro desfigurado. Me dice que ya es tiempo de olvidarse

de ese dinero y de Saúl.

–Lo siento – le digo a Alicia – en verdad. Lamento la muerte de tu abuelo.

Ella asiente despacio y frunce los labios. Acaricio con dos dedos su rostro, su mejilla, y bajo hasta su cuello. La tomo de la barbilla y la atraigo hasta mí para darle un beso y ella posa sus labios sobre los míos.



El sujeto tenía un cabello plateado intenso y llevaba un corbatín negro ajustado en su cuello. Le disparo dos veces en el pecho, y él parece flotar por un instante en el aire, antes de estrellarse con las escaleras y rodar por un tiempo extendido, estrellando su cuerpo contra los escalones, y detenerse al chocar con el cuerpo del otro tipo.

Mantengo la boquilla del arma apuntando hacia arriba unos segundos más. Hasta que me encuentro con la mirada de Marta Gonzales, aferrada al pequeño cuerpo de su hijo. Ella no puede dejar de llorar, ni luce capaz de levantarse de esas escaleras y salir aquí, de este espacio comprimido.

Creo que intenta decirme algo, pero antes de que pueda vocalizar palabra, guardo el arma en mi abrigo y abro la puerta que da al casino.

Algunas de las máquinas tragamonedas resuenan, y entre las luces detallo un grupo de tipos mirándome desde sus asientos, mientras que el resto de la gente está afuera, rodeando el cuerpo del sujeto a quién Braulio mató golpeándolo contra el volvo.

Hay trozos de vidrio en el asfalto, y cerebro, y pensamientos.

Toda la gente en la calle está concentrada en el cuerpo y en los disparos que sonaron dentro del edificio residencial. Se escuchan las sirenas de las patrullas acercándose, y las expresiones de los extraños hacen pensar que están alerta, pero no lo están.

La noche pasa de largo y amanezco pensando en Braulio, en su esposa y en el pequeño chico cuyo rostro no vi. El arma está en la mesa junto a mi cama. No hay cortinas ni nada que cubra mi vista de las nubes oscuras que

sobrevuelan la ciudad ocultando el sol por completo.

Al mirarme al espejo veo que los moretones han desaparecido. El torso ha dejado de dolerme. Mi barba desproporcionada crece en ciertas partes de mi rostro y me hace envejecer varios años.

Un periódico local informa con cierta brevedad sobre el entierro de Armando Contreras, dando por sentado que ese capítulo en la historia de nuestra nación ha cerrado, y asegurando, de una forma implícita, que mejores días se acercan.

Me quedo en mi habitación casi todo el día sin escuchar voces humanas reales, pero rodeado del grito eterno y caótico que emite la ciudad. Desde mi ventana no alcanzo a ver los rostros de los transeúntes, y nadie levanta la visa para verme aquí.

Después de la lluvia, salgo a encontrarme con las enlagnadas calles y con la gente que camina mirando al suelo.

Un indigente habla solo en la terminal, exigiendo por derechos generales en esta comunidad y hablando sobre su locura personal. Se me acerca en un momento, escrutando mi rostro y preguntándome si tengo algo de cambio.

Con cada día que pasa se vuelve más difícil lidiar con todo esto. Llega un momento en que sólo quiero encerrarme en una habitación de hotel de mala muerte, donde sea, lejos de todo lo que conozco y de aquellos que me conocen, y beber todo lo que pueda, botella tras botella hasta que me hastíe. Ignorando a mi hermano Raúl llamando y hablándome sobre el extraño comportamiento de Raquel, a quien a veces encuentra sola en una habitación sobándose el vientre como si estuviera embarazada y susurrando cosas. Y no sé si espera que los dos nos sentemos a hablar de los hijos que nunca tuvimos, de nuestros bebés perdidos.

Pero lo cierto es que no puedo huir, ni tampoco Raúl. No puedo largarme y dejar de preguntar por Marcos García, o dejar atrás aquella mujer, Marta Gonzáles, quien ahora llora en la comisaría después de haber visto el cuerpo acribillado de su esposo Braulio en la morgue.

–Me dijo que lo esperara dentro del casino – dice Marta con una mano extendida cerca de su boca, llena de lágrimas, con el cabello despeinado y una expresión afligida – me dijo que tomara al niño y que corriera... Dios Santo... yo... yo no sabía...

Díaz le coloca una manta sobre los hombros, pero ella ni se da cuenta del gesto y agacha la cabeza y sigue llorando. No ha hecho más que llorar, mientras que el niño con el que llegó duerme en una de las oficinas. El chico no ha llorado hasta donde tengo entendido. Se llama Noel y nadie le ha preguntado nada.

–Lamento mucho su pérdida – digo como por décima vez esta mañana, aunque, en realidad, creo que a ella no le importa lo que yo sienta al respecto.  
– Ahora, señora Gonzáles, debo proceder a hacerle algunas preguntas...

–Ya se los dije – dice con ira, desprecio, hacia nosotros, hacia todo el mundo – se los dije a los otros policías. Fueron esas familias, los aliados de Contreras. Los Casillas, los Santamaría, ellos fueron. Ellos mataron a Braulio.

–¿Su esposo le dijo algo del asunto, hubo alguna amenaza?

–El no tenía que decirme nada. Yo lo sabía. Braulio intentaba ser precavido, pero no había mucho que pudiéramos hacer. Sabía que la muerte de ese tal Contreras traería problemas... él sabía que podía significar tener que enfrentarse a esas familias. Pero, no creo que hubiese esperado esto, en absoluto. No lo creo.

Díaz aparece de nuevo, esta vez con un vaso de agua y se lo entrega a Marta, pero ella lo abandona sobre la mesa sin beber una gota. En el rostro del chico sólo se puede ver lástima y frustración, Díaz no sabe qué hacer para devolverle el mundo a Marta.

–¿Qué me dice del tipo que asesinó al sujeto que iba a atentar contra usted y su hijo? – le pregunto esperando la respuesta que ya todos saben.

–Marcos... mató a esos sujetos en las escaleras.

–¿Marcos García? ¿Otro de los trabajadores de Contreras?

–Sí, él fue.

–¿Estaba quedándose con ustedes?

–¿Qué?

–Marcos García ¿se estaba quedando en su casa o se estaba encontrando con Braulio?

–Claro que no. Braulio se alejó de todos ellos para protegernos. No volvió a hablar con nadie ni se contactó con nadie. Ese chico sólo apareció de la nada.

–¿Por qué cree que Marcos apareció esa noche?

Marta se seca la cara con sus manos temblorosas y sujeta la manta que Díaz dejó sobre sus hombros.

–Marcos era amigo de Braulio. Mi esposo decía que era un buen chico con una vida difícil, como la de todos ellos. Quizá el chico quería ayudarlo... ayudarnos.

Marta asiente despacio, sin dirigirme la mirada.

–Nos salvó la vida – dice – salvó a mi hijo, y me salvó a mí.

De pronto se pone a llorar desconsolada, pero intentando hacer el menor escándalo posible, como si su llanto pudiese pasar desapercibido.

Y de inmediato me percató de como todo esto le está afectando a Díaz. Se acerca a ella y le coloca su mano en el hombro, mientras le susurra que todo

va a estar bien.

–Usted no entiende – le dice Marta – alguien vino a mi casa a matarme. A mí, a mi hijo... Dios. Mataron a mi esposo. Mataron a Braulio – lo que dice después de eso se pierde entre el gimoteo.

Díaz se inclina hacia ella sin saber del todo qué puede hacer. Saca con torpeza una de sus tarjetas de presentación e intenta formar una nube de seguridad alrededor de Marta González diciéndole:

–Si algo extraño llega a pasar, si se siente observada, vigilada, lo que sea – dice él colocando su tarjeta entre los dedos húmedo de Marta – llámeme de inmediato. No importa la hora. Hágalo. ¿Entiende?

Salgo de la oficina y dejamos a un par de oficiales ocuparse de Marta y el chico, Noel, y nos situamos con Díaz junto a la cafetera. Él se prepara un café, yo bebo un poco de aguardiente.

–Esto está fuera de control – dice Díaz observando al otro lado de la ventana a Marta Gonzáles con los ojos apagados inmóvil en un asiento en medio de la nada.

–Esas familias matarán a media ciudad sólo para encontrar a Marcos García – aseguro tras un trago.

–Anoche asesinó a otros dos tipos. Este chico es un problema.

–Mató a dos tipos de Santiago Casillas, y eso tendrá consecuencias. Es justo el detonante que necesitamos para que Santiago haga algo estúpido y tengamos algo sólido para ir tras él.

–¿Y qué pasa con el tipo en el hospital?

–Está inconsciente. No podremos obtener una declaración de su parte hasta que despierte. Pero si ese sujeto llega a despertar y está dispuesto a declarar contra Santiago Casillas, tendremos un caso.

Anoche, los oficiales que atendieron a la llamada de emergencia desde el casino encontraron a uno de los asesinos con un disparo en el pecho, tirado dentro del apartamento de Braulio Gonzales. Estaba gravemente herido, pero vivo. Fue identificado como Ernesto Posada, uno de los trabajadores de la familia Casillas. Braulio debió haberle disparado antes de ser asesinado a quemarropa por el otro asesino enviado por Casillas.

La información pública dada indicó que todos habían muerto. No podíamos arriesgarnos a que Santiago Casillas se enterara de que uno de sus hombres había sobrevivido y que estaba bajo custodia de la policía, no todavía.

–Al menos le salvó la vida a esa mujer y a su hijo – comenta Díaz sujetando su taza de café – al menos Marcos García no asesinó a la gente equivocada.

–Es un asesino – le digo – no te hagas ideas, Díaz.

Por la tarde tomamos el auto y nos vamos con Díaz a las afueras de la ciudad, sentido norte. El chico va al volante ya que prefiero evadir conducir después de los tragos que me he tomado esta mañana. El tráfico es poco y el clima es bueno. Díaz permanece callado por largo trecho hasta que empiezo a mencionar a Sara, la chica con la que hice que se contactara.

–¿La llamaste? – pregunto.

–Eso no le importa.

–Vamos, chico. Es amiga de mi cuñada, me enteraré eventualmente. Así que sólo dime.

Díaz aprieta la mandíbula y me mira de reojo por un segundo.

–Sí – responde.

–Bien. ¿Y en qué han quedado?

–En cosas.

–¿Se van a ver?

–Sí.

–¿Cuándo?

–Uno de estos días.

–¿Cómo sonó por el teléfono? ¿Agradable?

–Sonó a que la estaban presionando para que me contestara.

–Esa debió ser mi cuñada.

–Me preguntó si había alguien obligándome a llamarla.

–¿Qué le dijiste?

–Le dije que tenía al idiota de mi compañero contra mi espalda.

Suelto una suave carcajada y le doy dos golpes a Díaz en el hombro.

–Ya me agradecerás, chico – le digo sonriendo.

Salimos de la ciudad y nos guiamos por el río. Nos dirigimos a la Fundación de Ayuda y Cuidado de las hermanas dominicas terciarias, en donde Fabio Suárez, el tipo al que entrevistamos hace unos días, nos dijo que podíamos encontrar al joven Franco Montés. Nos toma algo de tiempo ubicar el sitio, ya que se encuentra perdido entre árboles y caminos de tierra.

–¿Crees en lo que nos dijo Fabio Suárez? – pregunta Díaz mirando al frente.

–¿Respecto a qué?

–La masacre en Aprima. Nos dijo que la AIL asesinó a varios centenares de personas. El registro oficial dice que fueron sólo 80 las víctimas. El tipo está hablando de un encubrimiento por parte del gobierno.

–Suárez ni siquiera estuvo presente durante el ataque. Perdió a su familia. Está ahogado en resentimientos y Dios sabrá en qué más. Fue hace 20 años, Díaz, en los sesentas, la época de la violencia, mucha gente murió, millares. La guerra estaba terminando, necesitábamos paz.

–Mucha gente está muriendo ahora.

–Eso es cierto, chico.

Díaz estaciona el auto cerca de la enorme reja oxidada a la entrada de la fundación, haciendo que un montón de tierra y polvo se levante e inunde el aire a nuestro alrededor. Nos acercamos a un pequeño portón en donde está la campana que hacemos sonar. A lo lejos se asoma una de las monjas que luce como una alucinación borrosa en medio del calor en aquel edificio antiguo.

Ella se presenta como la hermana Herminia. Se trata de una mujer pequeña, vieja pero vigorosa, de una sutil sonrisa y ojos entristecidos. Reconoce mi voz por la conversación que tuvimos por teléfono y nos abre paso para que entremos al lugar.

La edificación es arcaica, recuerda a la arquitectura colonial, con grandes jardines de flores y caminos en piedra, varios patios, fuentes de agua y estatuas religiosas. No reconozco ningún rostro de piedra.

La hermana Herminia nos comenta un poco sobre la fundación y su labor social. Cuidan desde ancianos abandonados y niños con necesidades especiales, hasta personas trastornadas y completos desquiciados. Debido a la ayuda nula por parte del estado, se las arreglan con el apoyo por parte de la iglesia y la comunidad para hacer lo que pueden.

–¿Cuentan con enfermeros o especialistas que cuiden a los pacientes? – le pregunto mientras recorremos un camino que se acerca al edificio.

–Contamos con las hermanas y la gente que quiere ayudar. Contamos con Dios. – Nos dice mientras guía el camino – Ni siquiera tenemos el equipo necesario para lidiar con algunos de los residentes, ni con instalaciones adecuadas. Puede llegar a ser bastante complicado, a veces... con ciertos pacientes.

–¿Qué tipo de pacientes? – pregunta Díaz.

–Del tipo que están muy lejos... interiormente. Idos. Y para las hermanas llega a ser muy difícil lidiar con ellos.

–¿Qué me dice de Franco Montés?

–Él es un tipo de paciente especial. Tuvo una vida dura que le ha llevado a destruirse a sí mismo, a su espíritu y su mente.

Vamos por un pasillo de techo alto, camino estrecho y de paredes envejecidas de color blanco y verde, que se extiende abarcando puertas de madera y otras de metal de donde provienen ecos de voces ininteligibles y algo macabras.

Díaz me dirige una mirada temerosa, como si no estuviera seguro de lo que estamos haciendo aquí.

Al cruzar por una puerta vemos a uno de los pacientes sentado en un colchón en el suelo. El chico tiene puesto un envejecido casco de ciclista y no deja de mover la cabeza de lado a lado, con los ojos dirigidos al cielo, pero sin enfocar nada. Vemos a varias monjas pasar de largo, un par de ellas sonrío y nos saluda.

Cruzamos por un enorme patio en donde entra el sol, con prado recién cortado y varios chicos jugando con algunas de las monjas. Una de ellas se nos acerca sosteniendo registros y carpetas en sus brazos. Es bastante joven, de un rostro atractivo y natural.

–Ella es la hermana Margarita – nos presenta la hermana Herminia – es la más cercana al joven Franco, ha estado cuidándolo desde que llegó, así que ella puede responderles cualquier pregunta que tengan al respecto.

–Mucho gusto – dice ella extendiendo su mano –. Ustedes son policías, ¿verdad?

–Así es – digo sujetando su mano – soy el oficial Eduardo Rivera y él es mi compañero, el oficial Agustín Díaz.

–Te dejo para que cooperes en lo que puedas, Margarita – dice la hermana Herminia inclinando su cabeza y apartándose de regreso al interior del edificio.

–¿En qué puedo ayudarles, entonces? – pregunta la joven monja con un tono severo.

–Necesitamos hablar con el joven Franco.

–¿Puedo preguntar sobre qué?

–Es algo relacionado con un caso en el que estamos trabajando – respondo junto a ella, quien nos conduce por otro pasillo.

–¿Un caso? No entiendo cómo Franco pueda ayudarles con eso. Ha estado



aquí por lo últimos seis años. No lee las noticias ni se informa de lo que pasa afuera.

–Tiene relación con algo que ocurrió hace varios años.

–¿Varios años?

–Veinte años.

La joven monja se detiene y nos mira a los dos de frente.

–¿Van a hablarle de lo que pasó en su pueblo, en Aprima?

–No, no tiene que ver con eso.

–¿Entonces con qué? Deben entender que se trata de un chico que ha sufrido mucho, ha hecho cosas terribles, vivido cosas terribles, y no quiero alterarlo hablándole sobre aquella tragedia.

–Eso lo entendemos, hermana – le aseguro – sólo queremos preguntarle sobre alguien que él pudo conocer en su niñez, en Aprima, antes del suceso con la AIL.

–¿Alguien que conoció? Era tan sólo un niño en esa época y después de la tragedia su mente quedó perturbada y tiende a confundir los hechos y a las personas... no creo que les dé respuestas fiables.

–Aun así debemos preguntar.

La hermana Margarita se queda callada, seria, intercambiando miradas con ambos. Cierra los ojos y coloca una mano sobre su sien, sobándola con dos dedos.

Varios pasos resuenan contra las baldosas por todas partes junto con una leve bulla. Ésa es la atmosfera.

–Muy bien. – Dice Margarita soltando un suspiro – Pero si van a hablar con el chico deben saber algunas cosas sobre él. Síganme.

La monja nos da la espalda y camina hacia unas escaleras mientras abre una de las carpetas a las que tanto se aferra y pasa varias hojas.

–Ya saben sobre su niñez – continúa Margarita sin voltearse a vernos – imagino que saben que perdió a toda su familia tras el ataque. Que sufrió un gran trauma debido a lo que ocurrió en su pueblo y todas las cosas que presencié.

Llegamos a un segundo piso, en donde hay una baranda de madera pintada de verde con vista al patio, adornado con arreglos florales colgando del techo en materas artesanales.

–Después de eso terminó en la ciudad, aquí, y se refugió en la Caldera. Y ustedes saben qué tipo de gente vive allí.

–Adictos, ladrones – dice Díaz – los desechables.

–Franco se convirtió en uno de ellos.

Se detiene y nos habla de frente.

–Se volvió adicto a las drogas, robaba, y pues... no lo sé... hizo muchas otras cosas – dice ella – le ocurrieron muchas otras. Por mucho tiempo estuvo allí metido, siendo tan sólo un niño, desde los diez años. Hasta que a los veinte fue encontrado casi muerto en una de esas casa viejas y habitadas por indigentes dentro de la Caldera. Al parecer alguien lo había encerrado en una habitación. Vivía a oscuras, lo torturaron, lo estaban matando de hambre, y Dios sabe qué otras cosas más le hacían. No sabemos bien cuantos días estuvo allí... pero el asunto fue notificado a la policía y así fue como lo rescataron y le salvaron la vida. Bueno, lo que le quedaba.

–Por Dios.

Intento no lucir tan impresionado y dejo que Díaz se exprese y deje salir todas esas emociones que le nacen.

–Por eso les pido que sean discretos y comprensivos al momento de hablar con Franco – insiste la joven hermana.

–Haremos lo posible – le digo.

La hermana Margarita nos conduce hasta una habitación que está abierta. Adentro suena lo que parece Frank Sinatra, *My way*, mezclado con un ruido de fricción que alguien más produce. Cuando entramos, vemos a un joven lijando una pieza de madera acuclillando entre aserrín y pequeños troncos esparcidos en el piso. Lleva puesta una camisa sucia por la labor y unas zapatillas desgastadas. Nos da la espalda.

–Hola, Franco ¿cómo estás? – pregunta la hermana Margarita con un ánimo elevado. Pero el chico no responde, sólo sigue en lo que lo ocupa, absorto en sus manos y la madera. – Hoy vinieron a visitarte dos señores, quieren hablar contigo ¿qué tal eso?

El muchacho sigue en su oficio, inclinado sobre sus manos. En su cabeza rapada se ven algunas cicatrices. Su nuca es delgada y tiene pequeñas manchas. Sus brazos son burdos y están llenos de polvo. Me acerco despacio, rodeando al chico para poder verle el rostro. Me acerco lo suficiente y me siento en una pequeña silla de madera de escuela donde reposaban unos pinceles. Miro la cara del muchacho y me encuentro con rasgos finos, cejas pobladas y piel curtida. No levanta la vista y noto que está tarareando la música que suena.

–Por favor, Franco, no seas grosero. Date la vuelta y saluda a los señores. Ellos se tomaron su tiempo para venir hasta aquí.

El chico se detiene y lo veo apretando los labios. Gira su cabeza y mira por sobre su hombro a la hermana y a Díaz que sigue tras ella.

–Te los presento. Él es Agustín Díaz – señala la hermana – y el caballero junto a ti es Eduardo Rivera.

El chico me mira finalmente, sin parpadear y sin soltar la pieza.

–¿No vas a saludar, Franco? ¿Qué es lo que hemos dicho sobre ser educados? – insiste la hermana.

El chico baja la cabeza, y sin mirarnos nos dice “buenas tardes”, para luego colocar su rostro sobre sus manos y la madera.

–Muy bien, así se hace – dice la hermana – ahora, ¿podrías voltearte para que ellos puedan hablar contigo? Sólo quieren decirte unas cuantas cosas, ¿sí?

El chico obedece, y despacio se da la vuelta. Por su voz aguda y los rasgos de su cara pareciera que habláramos con un muchacho que apenas cumple la mayoría de edad, pero el chico está cerca de cumplir los veintinueve años.

Noto que tiene otra cicatriz en su mentón, sus labios están secos y partidos y no deja de limpiarse la nariz con el respaldo de su mano.

–Hola, Franco, soy Eduardo y quería hablar un poco contigo, si no es mucha molestia.

La hermana se levanta y le pregunta al chico si puede bajarle el volumen a la música. No hay respuesta, y ella lo hace.

Franco no nos mira, pero la hermana me dice con sus ojos que prosiga.

–He venido hasta aquí, Franco, a preguntarte por alguien que pudiste haber conocido en tu infancia. A otro chico, unos dos años menor que tú.

Sin levantar la cara, Franco se rasca la cabeza.

–Este chico del que te hablo nació en tu mismo pueblo, Aprima. Su nombre es Marcos García Dávila. ¿Recuerdas ese nombre? ¿Te da alguna idea?

No se mueve, no reacciona.

Díaz camina a nuestro alrededor, observando las figurillas de madera que ha hecho Franco. Mira los estantes y por las pequeñas ventanas que dan a un solar extenso tras la fundación.

Yo vuelvo a observar a la hermana Margarita, esperando que ella tenga alguna idea de qué hacer, pero ella sólo me devuelve una expresión desesperanzadora.

–Me sería bastante útil si me pudieras responder, Franco. Si me pudieras decir si recuerdas a alguien llamado Marcos García. Quizá fue un niño con el que jugaste alguna vez, o el hijo de un vecino.

La música sigue sonando pero desgastada y perezosa. Vieja.

–Vamos, Franco. Es sólo un nombre. Marcos García.

Díaz toma una de las figurillas de madera. Luce como uno de esos atrapa sueños.

–Marcos García – susurra la voz de Franco casi escondida.

Díaz y la hermana le dirigen la mirada.

–Así es. Marcos García. Ese era el nombre del chico – le digo con la voz más tranquila que me sale.

Franco levanta la cabeza y se voltea de tal forma que se me queda mirando de frente.

–¿Lo conocías? ¿A Marcos? – pregunto a susurros.

–Sí. – Responde finalmente – Lo conocí. Era un niño. Está muerto. Los de la AIL lo asesinaron. A él y a toda su familia.

Estuve toda la mañana en ropa interior y en bata hablando con algunos contactos que mi tío Alberto tiene en la policía para saber qué diablos fue lo que pasó la noche anterior en el apartamento de Braulio Gonzales. Por lo que he oído, el tipo está muerto, junto con cuatro de mis hombres que envié por algo de información.

Me he tomado una botella de ron y luego tomé un tranquilizante y algo para el dolor la cabeza. Incluso bajo techo me dejo puestas las gafas de sol porque cada rastro de luz me ataca.

Braulio mató a dos de mis hombres. Marcos mató a los otros dos. Esto es una jodida pesadilla.

–Es una jodida pesadilla – le digo mi tío quien no ha dejado de llamar y de informarme.

–Nadie sabe el paradero de Marcos. Al parecer el chico aparece y desaparece a su antojo – afirma mi tío con el auricular en el oído.

–Voy a poner una recompensa por su mierda de cabeza, al maldito desgraciado.

–Ni siquiera tenemos una fotografía, no sabemos cómo luce ahora. Pudo haber hecho cualquier cosa para ser irreconocible.

–Que traigan a cualquier sospechoso, que los traigan vivos, y yo me encargo del resto. Que me los traigan uno por uno.

–No es una buena idea, Santiago, en absoluto.

–Entonces déjame oír a tu sabiduría trabajando, tío. Maldita sea. ¿Cómo encuentro a este tipo? ¿Cómo diablos?

–Estoy haciendo lo que puedo. He llamado a todos los que conozco. Incluso los oficiales que conocen a todo el mundo no tienen ni idea quién

diablos es Marcos García.

–Ahí lo tienes.

Me levanto y enciendo el televisor. He visto en el noticiero el volvo azul que conducían mis hombres abandonado en la calle, he oído sobre el tiroteo. Todos muertos. Un cuerpo en la acera del frente del casino.

Una jodida pesadilla.

A medio día le ordeno a Lucio que prenda un poco de fuego en la zona de barbacoa y que saque carne.

El día está despejado y un sol de los siete infiernos se posiciona sobre nosotros. No me quito las gafas de sol y tomo asiento en una silla de piscina con un vaso de whiskey con hielo.

Lucio se pone a asar la carne bajo el sol y el humo se extiende sobre su cabeza. A su lado hay dos botellas de cervezas abiertas, y él va bebiendo pequeños sorbos.

Mando a otro de mis hombres a que traiga a Teo Rueda para que no se pierda este pequeño encuentro. Y extendiendo una pequeña carpa sobre mí para que me dé algo de sombra. Me sirvo más whiskey y le digo a Lucio que traiga más hielo, mucho más hielo.

Teo Rueda aparece lento y temeroso. Se queda de pie creyendo que no lo veo, oteando el paisaje y el humo que produce la parrilla y el olor que se acumula.

–Estamos asando carne – le digo a Teo desde la silla. – Acércate, muchacho, muchacho Teo.

Él da pequeños pasos hacia mí y se sujeta las manos una sobre otra, como si fuese algún tipo de sirviente esperando por una orden.

–Pareces un vampiro, muchacho, un muerto andante. – Le digo mirándole el rostro pálido – Te quedas mucho tiempo en la sombra. Tienes que aprovechar más el sol, muchacho. Hoy hace un sol asesino.

Lucio se hace a mi lado cargando con una hielera repleta y la abandona a mi diestra. Tomo dos cubos y los coloco en mi vaso de whiskey.

–Vamos, quítate la chaqueta. – Le ordeno a Teo – Quítate la camisa y dale un poco de color a esa piel, muchacho.

Teo levanta la vista y me mira a los ojos, y luego recorre la mirada hacia los rostros de mis otros hombres. Mira a Lucio, pero nadie le mira.

–¿Qué no me oíste? Te dije que te quitaras la chaqueta y la camisa.

No parece muy convencido o seguro de lo que le digo, pero lo hace y se quita la chaqueta y la arroja al piso donde hay tierra y piedras y hace lo mismo con la camisa. Su torso pálido y lánguido queda alumbrando ante los rayos de sol y vuelve a tomarse las manos como un sirviente.

–Te lo digo, muchacho, pareces un pescado, carne de pescado.

El chillido de la carne asándose se hace más fuerte y Lucio se bebe media botella de cerveza en unos segundos, y noto algunas gotas de sudor en su frente. Voltea la carne y me pregunta si quiero el primer pedazo. Le digo que sí.

Mi whiskey tiene más hielo que whiskey en sí, pero está bien.

–Oye, Teo ¿te sientes mejor, muchacho? ¿En el sol?

Teo no me dice nada, mueve la cabeza pero no afirmativamente.

–Quítate el pantalón – le digo.

–¿Disculpe? – pregunta mirándome.

–Que te quites el pantalón, y los zapatos. Quítatelos. Hace bastante sol, muchacho, y tienes piel de pescado.

Teo lo hace vacilando, y arroja su pantalón y zapatos sobre el resto de su ropa. Y nos mira a todos esperando alguna reacción de nuestra parte, pero mis hombres lo ignoran.

Lucio sirve el primer trozo de carne y me lo coloca en el regazo con un tenedor y un enorme cuchillo.

–Anoche envié a cuatro de mis hombres a la casa de Braulio Gonzales, esperando que me diera algo de información sobre Marcos García, así como me lo dijiste, Teo.

Teo se rasca un brazo, evadiendo mi mirada.

–Los cuatros están muertos, mis cuatro hombres. Entre Braulio y Marcos los mataron. – Le cuento mientras mastico algo de carne –Braulio murió también, si te interesa saber, muchacho. En cambio Marcos desapareció. De nuevo. Como un fantasma.

Me quito las gafas de sol, pero la luz me penetra en los ojos y me los hace arder. A pesar de estar bajo sombra me duelen. Me coloco de nuevo las gafas y me bebo el whiskey.

–Excelente – le digo a Lucio sujetando la carne con el tenedor.

Lucio coloca más carne sobre una bandeja y les pide a los otros dos hombres que se acerquen a comer, excepto a Teo, quien sigue de pie en calzones bajo el sol.

–Tras haber matado a los viejos hombres de Contreras, y luego de perder a

cuatro de mis hombres ayer, no me puedo dar el lujo de perder más gente. – Le aseguro a Teo – Y mientras Marcos García siga por ahí suelto, perderé a muchos más.

–¿Más carne, don Santiago? – pregunta Lucio desde la parrilla.

–Hasta ahora estamos empezando, sírveme.

Saco más hielo de la hielera que cae en mi vaso donde me sirvo lo que queda del whiskey.

–El único que se mantenía en contacto con Marcos, o sea ese tal Braulio, está muerto. Así que la única persona viva que trabajó con Marcos eres tú, Teo, muchacho.

Parece encogerse en sí mismo, y se abraza el torso con sus brazos.

–Eres el privilegiado – le digo – el último sobreviviente.

Mis hombres se ríen. Lucio me dirige una mirada y levanta su cerveza al aire.

–Salud por eso, don Santiago – dice Lucio – salud por el último que queda.

Levanto mi copa de whiskey.

Después de unas cuantas copas más y de acabar con la carne, los muchachos colocan un poco de música. Beben y se les escucha reír.

Teo sigue de pie bajo el sol, en calzones. Lo dejamos así por varias horas hasta que se decide sentarse sobre la tierra y mis hombres lo obligan a ponerse pie de nuevo. La piel se le pone rojiza, los hombros y la nariz. Creo que dice que tiene sed, que está cansado, pero no me mira a mí, así que no sé a quién se lo dice.

Lucio va hacia una de las casuchas cerca de los autos, y saca uno de esos fierros para herrar ganado. El suelo está lleno de botellas de cerveza. Lucio calienta el fierro en las brasas ardientes. Otros dos hombres sujetan a Teo y Lucio lo marca en la espalda con el fierro varias veces. Se vuelve todo un espectáculo. Teo empieza a gritar hasta el punto que parece ahogarse en su propia voz; se arroja al suelo como un mártir y se retuerce bajo las manos de mis hombres. Está llorando y me mira desde el piso. Balbucea, pero no logro entenderle nada. Le pido a Lucio que me consiga otra pastilla para el dolor de cabeza y más cerveza.

Me siento un poco aturdido al ocaso. Así que decido beber agua y tomar una ducha caliente. Teo sigue tirado en el piso con la piel encendida, pero ya no chilla y le digo a Lucio que lo deje de nuevo en la cabaña junto a los perros y que le deje algo de tomar.

Por la noche voy al Galeón, la casa pública que mi padre abrió en uno de



esos recónditos barrios en el centro. El jodido prostíbulo. Llevo un poco de mercancía para entregársela a mis nuevos distribuidores. Todo está bien. La ciudad colapsa sin cocaína debido al miedo general que se produjo luego de los asesinatos de un vendedor y su gente. Marcos García los mató. Y la verdad yo no tengo nada que perder. Después de todo, ya tengo a Marcos jodiéndome.

Hablo con uno de los distribuidores y le cuento sobre Marcos, le digo que estoy cazándolo, le pido que corra la voz.

–Sigue en la ciudad, de eso estoy seguro – le digo – el chico cree que tiene algún poder aquí, cree que nos tiene controlados y que puede matar a nuestra gente de a poco. A quien sea. Él fue quien mató a ese cretino, a ese vendedor y a sus jíbaros.

–Tarso.

–Así es. ¿Entiende lo que le digo? El bastardo ha hecho mucho daño, y ya es tiempo de detenerlo.

–Lo entiendo, señor Casillas.

Tiene un cigarrillo entre los dientes y no le quita la vista a una de las chicas que se mueve de regazo en regazo.

–¿Cómo ha ido con la gente de la costa, señor?

–Ha ido bien. Es gente de negocios, mientras compremos su producto, todo irá bien.

–He oído que compraron una de las viejas fincas de Contreras. Esas propiedades se esfuman en segundos.

–¿Y eso qué importa?

–Se acercan mucho a la ciudad, señor Casillas. Sólo digo.

–No van a vender ellos mismos, si eso es lo que cree.

–Tal vez no confían en usted.

–Pues no deberían, y sólo por eso deberían mantenerse alejados.

Varios clientes se me acercan y me dan el sentido pésame por la muerte de mi padre. Murió hace semanas y la gente sigue lamentándose, aunque tengan en el regazo a una de sus putas, una de las putas que mi padre trajo aquí, y yo sólo asiento y aprieto manos. Después de las diez de la noche regreso a la hacienda porque no soporto la música en el centro y la cabeza no me ha dejado de doler en todo el día. Me sigue doliendo toda la noche.

Esto es más sobre negación que otra cosa. La gente se opone a creer que dentro de ellos hay algo más que humanidad, y cuando digo humanidad me refiero a ese término que embarca la misericordia y la piedad. Ese término que nos quiere rescatar, y brindarle un poco de fe a nuestra naturaleza humana.

La verdad no queremos aceptar otra cosa.

—No quiero juzgarlo, créame que no. Cada quien carga con sus errores en la vida, y de algún modo u otro, creo que todos merecemos algo de indulgencia. Debemos comprender que estamos diseñados para errar.

Pero aquella idea noble de humanidad se cae a pedazos cuando vemos el mundo que hemos construido. Somos más demonios con ansias de ser dioses, destripando a nuestros hermanos y mascando su carne. Cada hombre lucha por sí mismo.

—¿Lo ve? No pretendo cuestionar y odiarlo por lo que ha hecho. Sus faltas definen quién es y le dan un lugar en nuestro mundo. Dios necesita al Diablo como la contrafuerza que alimente el alma del hombre con oscuridad y le haga valorar la luz que la divinidad produce. La maldad es necesaria para que anhelemos la bondad y apreciemos el perdón.

Esto no es una disertación.

—Yo creo que todos merecemos una segunda oportunidad.

Hay poca luz en la habitación de tal forma que nuestra presencia se nota lo menos posible. El ruido es constante, llenándose con el crujido del edificio y la tubería y quizá alimañas que pasean por entre las paredes.

El senador Durán está tirado en el suelo recostado contra una pared gris, con las manos amarradas sobre su cabeza, tensionadas. Tiene amordazada la boca y la camisa abierta. De su cuello cuelga un relicario con la imagen de sus

dos hijos de dientes perfectos en su sonrisa. También tiene las piernas amarradas, dirigiéndose en direcciones diferentes.

Un indigente en la calle arroja un contenedor de basura con fuerza y escarba en ella algo de comer o quizá su alma, o lo que sea y espanta a varios gatos. Por este lugar es siempre lo mismo y la noche se mantiene despierta. Pendiente de quién cruza y habla, por lo general maldiciendo, porque eso trae mayor respeto hoy en día y es mejor no tener miedo a la palabra.

—La negación es un gran problema, por eso no voy a negar que hay un lado personal en esta situación en la que usted y yo nos encontramos, senador. Usted no me agrada. Pero los sentimientos no tienen nada que ver aquí. Lo que yo siento por usted no es tan fuerte como para obligarme a hacer lo que hago. Es algo más grande, y es eso lo que quiero que comprenda.

Me acerco al senador, quien entrecierra los ojos y suelta lágrimas delgadas, pero parece que me escucha, que me pone atención. Si de algo sabe es sobre cómo comportarse en momentos como éste.

—Me gustaría que usted no me juzgara cuando le digo que ya no se le puede brindar otra oportunidad, senador.

Me acuclillo frente a él, situado entre sus piernas, de tal forma que apenas unos centímetros me separan de su rostro, y puedo oír como gimotea.

—Voy a quitarle la mordaza. Usted no está acostumbrado a este tipo de trato y nadie puede oírlo. No puedo desatarle las manos ni los pies porque lo necesito inmóvil, senador.

Me está mirando a los ojos y veo que las lágrimas se detienen mientras le desato la mordaza.

La quijada le tiembla. Y lo primero que dice al tener la boca libre es pedir perdón y suplicar, y vuelve a llorar. Y sé que es sincero. Lo puedo entender. Está aterrado y puede que esté arrepentido. Cierra los ojos y niega con la cabeza. Se le es imposible articular palabras por el llanto.

—Está bien — le aseguro — puede llorar. Puede estar asustado. No es problema. Morir causa ese efecto.

Es noche de luna azul, con nubarrones grises gigantes paseándose por sobre una ciudad que duerme tranquila, la mayoría. El rostro del senador se deforma del terror. No parece reflejar esa seguridad y confianza que proyecta cuando lo ves en los panfletos y en el periódico. El rostro del senador Durán. Con sus declaraciones firmes sobre ayudar a la clase obrera y hacer todas esas cosas buenas que los políticos se proponen a hacer. Ésa es la vida.

—Creo que lo vi en el noticiero hace un par de semanas, senador. Hablaba

como todo un caballero – le aseguro – como todo un caballero al que respeté.

–¿Qué...? ¿Qué es lo que quiere? – pregunta entrecerrando sus ojos, como si no quisiera mirarme, pero sabiendo que debe hacerlo.

El senador trata de congeniar con su captor e intentar lucir lo más vulnerable y cercano posible. Quiere que me sienta en su mismo nivel y logremos construir un vínculo fraterno que nos libere a los dos de este triste momento. Quiere que lo vea como un hermano, como mi propio reflejo. Y que alguno de los dos, o los dos, desarrollemos uno de esos síndromes donde nos volvemos inseparables.

Le limpio las lágrimas.

–Se lo pido – dice entrecerrando los ojos, con voz chillona llena de saliva – por favor, no me mate. Por favor, por favor. Se lo pido. Tengo familia... dos hijos.

Ojalá lo pudiera salvar.

–Ojalá pudiera salvarlo, senador.

Tomo el martillo macizo con dientes de sierra. Pesa lo suficiente como para romper suelo y concreto. Y el senador me mira a los ojos y me dice que lo deje vivir. Dice que tiene miedo.

Es poco probable que yo logre dormir esta noche.

Quedan sólo unas cuantas horas más de oscuridad y no puedo dejar al senador allí tirado. Y me sentiré exhausto por la mañana y vagaré por las calles de la ciudad hasta llegar a casa y caeré dormido en mi cama ya cerca de las nueve, quizás. No busco más.

Levanto el mazo con mi mano derecha y sujeto el mentón del senador, quien sigue murmurando cosas, y se pone a recitar palabras trágicas y largas.

–Dios, por favor. Dios. No me mate. No... yo.... Por favor... quiero ir a casa... le daré... no quiero...

–Son casi las cuatro de la mañana. Piense en ello. Tiene un segundo para pensar en ello. Sólo un segundo.

El senador parece perdido.

Embisto el mazo contra su rostro y siento la gravedad halándome hacia el centro de la tierra. Suena un crujido y un grito entrecortado y los primeros autos cruzando cerca de la avenida pasando pesados sobre los agujeros en la carretera. El martillo se entierra en el ojo del senador y salen bailando gotas de sangre por el aire, pero no se ven claras por la falta de luz. Y quizá el senador no está pensando en su niñez, ni en sus hijos cuyas fotos se manchan en su pecho mientras el cuchillo le cae encima, en el rostro, varias veces.

Escucho su hueso perforarse bajo mi mano, partiéndose bajo su piel abierta. Los sonidos que produce el senador ya no parecen humanos, suenan distorsionados y bestiales. Y su rostro va perdiéndose tras los segundos mientras el martillo cae. Pedazos de piel le cuelgan y siento su carne viva y caliente bajo el enorme mazo, y su garganta se llena de sangre y se le es difícil respirar. Sus manos se agitan y las cuerdas que las aferran se tensionan y crujen. Lo sigo golpeando tan fuerte como puedo. Tras cada arremetida su cabeza se tuerce con brusquedad y parece consumirse en su interior. Convulsiona intermitentemente por cortos periodos de tiempo, y creo que todavía le escucho gimotear, pero podría ser cualquier cosa. Se pasea un viento frío por el lugar y los plásticos en los marcos abiertos de las ventanas se sacuden y el senador no se mueve.

La gente en la ciudad se limita a trastornarse el día de hoy. En las calles, y en la televisión, y en la radio se habla de lo mismo y el ambiente en general se llena de amarillismo y preocupación.

No desayuno y me dirijo de inmediato al centro de la ciudad, cerca de la Caldera, en donde el tráfico está obstaculizado y el escándalo se escapa por entre los edificios. Todavía está oscuro a pesar de ser más de las 6 de la mañana. Me detengo en la zona de demolición en donde varias patrullas y policías rondan sin detenerse. Siento que la consternación en todos se hace implacable. Incluso autos particulares se detienen cerca de la demolición para echar un vistazo ocasionando un peor tráfico, y un grupo de transeúntes se aglomera en los límites permitidos.

–Es muy temprano para este tipo de mierda. Esto es enfermizo – dice Tobar observando al gentío que intenta ver la puesta en escena.

Cierro mi abrigo temblando, mis manos están heladas y el ambiente se siente húmedo. Camino junto a Tobar quien no sonríe. Se ve pálido y niega con la cabeza varias veces mientras dice que este país está acabado.

–Tenemos a los de investigación especial cercando toda la cuadra y a una mujer en estado de shock. – dice señalándome con la mirada al grupo de tipos en corbata hablando entre ellos y previniendo que alguien más de la prensa tome otra fotografía.

El lugar está cubierto por escombros y paredes prehistóricas. Los de investigación especial han cubierto la planta alta con plásticos negros, evitando que la comunidad vea el cuerpo. Entre la multitud de policías percibo a Estrada y a otras cuantas decenas de forenses. Todo esto es sólo por un asesinato.

Díaz está en la escena. Sostiene una taza de café humeante y mira hacia arriba.

–No creo que volvamos a ver algo como esto. – Dice Tobar mirando hacia arriba también, posicionándose junto a Díaz.

La mitad del edificio no existe, se ven trozos de concreto colgando desde lo alto y pedazos de metal sobresaliendo por los abismos.

Tobar me cuenta que a las cinco de la mañana Sonia Cubides, enviada de la oficina de reconstrucción distrital, ingresó a la zona de demolición de este edificio sin colores ni varias paredes, ahogado en escombros. Era la primera persona del personal en entrar, y fue ella quien vio el charco de sangre en el suelo cerca de la entrada, y las gotas que caían desde lo alto.

Un cadáver colgaba de cabeza desde el quinto piso. Estaba desnudo, tenía las piernas amarradas con una soga atada a los conductos y fierros que sobresalían de los escombros. El cuerpo no tenía rostro. Sólo un agujero oscuro del que goteaba la sangre y pedazos de piel.

Ahí seguía colgando cuando llegué.

El plástico oscuro lo rodea para que la comunidad no lo pueda ver desde las afueras de la demolición, por lo que el viento ya no lo balancea. Desde aquí abajo parece un muñeco de trapo destrozado, escalofriante. No puedo quitarle los ojos de encima.

–La mujer gritó por diez minutos, quizá más, un ataque de pánico o algo por el estilo y no pudo reportar el incidente. Por lo que varios sujetos entraron a ver lo que ocurría y se encontraron con esto. Llamaron a la policía, y por alguna razón unos periodistas estaban aquí primero, tomando fotografías.

Tobar le echa un vistazo al cuerpo y retira la mirada de inmediato.

–¿Quién es? – pregunto.

–Esa es la peor parte. ¿Por qué cree que tenemos a los de Servicio de Investigación Especial aquí?

–¿Un político?

–El senador Pedro Durán.

Los brazos del cadáver se extienden hacia nuestra dirección.

Desde aquí no puedo detallar lo que le ha ocurrido al rostro del senador. Y aunque no hay forma de encontrar un par de ojos entre aquel agujero pardo, pareciera que el muñeco colgante nos estuviera observando.

El senador Durán había sido raptado de su auto la noche anterior. En la comisaría teníamos al único testigo del hecho, el guardaespaldas, quien no se enteraría que el cadáver colgante era el senador hasta más tarde ese día.

En el quinto piso, en una de esas viejas habitaciones destruidas, encontraron la ropa y billetera del senador tirada entre basura y escombros. Había más manchas de sangre en el suelo y en la pared.

Todo esto sería más fácil si el cuerpo allí colgando fuera el de un indigente y no el de un maldito senador.

–Lo peor que podría pasarnos ahora es que se filtrara la identidad del cuerpo a la prensa.

–¿Se han comunicado con la familia?

–Lo han hecho, pero no creo que les hayan confirmado nada en concreto. Sólo saben que lo asesinaron. Aunque, con esto en todos los noticieros, creo es una tortura peor la incertidumbre

Se ven varios oficiales moviéndose arriba. Van a rescatar al cadáver, aunque no podrán borrar la escena en su totalidad, con las decenas fotografías capturadas rondando por los periódicos y noticieros.

Uno de los agentes de investigación especial se desliza entre los uniformados hasta que aparece a nuestro lado, observándonos con ese rostro parco, ausente de toda emoción o noción de que estamos en una escena del crimen.

–Llevaremos a cabo el levantamiento del cadáver ahora. Mantengan a los peatones apartados. No queremos más fotografías. Ni historias.

Tobar resopla y se aleja mientras el agente del SIE le sigue con la mirada.

El sujeto no es muy alto, pero tiene la mandíbula más regia que una piedra. Su actitud da a entender que tiene todo bajo control. El cadáver pudriéndose desde el quinto piso. La gente enloqueciendo en los límites de la escena. El frío del amanecer.

–El guardaespaldas sigue en la comisaría – dice él – enviaremos a un delegado para que su declaración sea supervisada.

–¿Por qué diablos lo colgaron? – pregunta Díaz mirando con los ojos entrecerrados al muñeco de trapo suspendido.

–Lo asesinaron golpeando su rostro con un martillo, un mazo de gran tamaño. Le desfiguraron el rostro. Lo dejaron desnudo. Esto es un espectáculo, oficial. Quieren exponer su idea a la vista de la ciudad.

–¿“Quieren”?

–El vehículo de una figura política fue atacado a la media noche, su guardaespaldas fue inmovilizado. El senador fue llevado hasta un lugar por lo menos a treinta cuerdas de donde fue raptado, sin que nadie lo viera. Lo asesinaron y lo colgaron de cabeza desde una estructura a punto de caer. Esto



fue realizado por un grupo de terroristas, señores. Un grupo.

–¿De cuántos estamos hablando? – pregunto.

–Por lo menos unas ocho personas estuvieron presentes durante la extracción y asesinato, pero muchas más podrían estar involucradas.

Varios oficiales y forenses se encuentran en la planta baja, preparados a tomar acción si el cuerpo llega a caer. Pero no ocurre.

–Me he comunicado con su capitán; el señor Guillermo Mayarí solicita que regresen a la estación.

Vemos varias manos sujetar el cadáver desde el quinto piso y lo halan dentro del edificio.

Su rostro enrojecido, negro, se traga el frío y el viento, la polución. Su piel morada y pálida parece irreal. Su carne se mueve despacio.

De la radio suena la voz ronca de un locutor que grita la noticia como si estuviera pronosticando un cataclismo; y pueda que tenga razón, pero, maldita sea, el tipo logra generar un ambiente de desesperación asfixiante los pocos segundos que le permito hablar, hasta que sintonizo algo más.

–¿Qué tan grave es esto? – pregunta Díaz a mi lado.

–Grave – le digo desde el volante.

–Nunca había visto algo así ¿De dónde salió ese grupo?

–Es difícil saberlo, Díaz. No muchos harían esto. Nadie lo haría.

–Eso fue... perturbador.

El cuerpo colgando al amanecer.

–Parecía... – dice Díaz – una exposición. Un tipo de ritual.

–Es un llamado de atención.

–Es algo más.

El resto de la ciudad continúa su rutina normal.

–Su rostro... Le arrancaron la cara y dejaron un vacío.

El guardaespaldas del senador es un tipo grande, de anchas espaldas y barba alineada. Su nombre es Darío Prada.

Está sentado en la enfermería de la comisaría, con una venda alrededor de su mano derecha y una gaza aferrada a su frente. Tiene un poco de sangre en su camisa blanca, y mantiene la mirada en el piso, aprieta los dientes. Y expresa miedo. Nos pregunta qué pasó con el senador exactamente.

Le decimos que se calme. Ya no bebe más agua.

La enfermera nos comenta que el sujeto no sufrió gran daño físico, el problema más que nada yace en el estado emocional en el que se encuentra.

–Señor Prada, este hombre de aquí es de investigación especial, va a supervisar la toma de su declaración. – Le digo al pobre tipo que ni se atreve a mirarnos detalladamente.

Él asiente y se soba la cabeza.

–¿Qué fue lo que pasó anoche, señor Prada?

Mira hacia los lados como si tuviese miedo de estar siendo observado y se soba la nuca con la mano derecha.

–Nos atacaron por sorpresa – afirma –. Un vehículo se estrelló con el nuestro de improviso. Ni siquiera lo vi. Sólo sentí el impacto. El auto giró y nos volcamos, creo.

–¿Vio a alguien?

–Oí pisadas. Intenté ubicar al senador. Pero todo me daba vueltas, era borroso. Alguien me pateó en el rostro. Me dejó inconsciente. Nadie habló... no escuché voces... nadie se contactaba con nadie. Se movió rápido. Me atacó y desapareció con el senador.

–¿Era sólo una persona? – pregunto.

–Sólo vi a una, sólo lo sentí a él. Cuando abrí los ojos me estaban sacando del auto... los paramédicos, y el senador ya no estaba.

–¿Era un hombre?

–Eso creo. Salió del auto que nos estrelló.

El agente de investigación especial sostiene una pequeña grabadora. Toma notas a la vez. Pregunta:

–Algún rasgo en particular que pueda ayudarnos a identificarlo.

Prada niega con la cabeza y su cabeza mengua entre sus hombros.

–¿A qué hora ocurrió?

–Eran... eran... Dios... eran como las once, once y media de la noche.

–¿Por qué tan tarde?

–El senador tenía una agenda agitada ayer.

El agente del SIE nos informa que la investigación correrá por cuenta de ellos. Nuestra labor se resumirá en recibir llamadas de civiles y notificar a la agencia con cualquier información relevante que nos llegue. Nos dice todo esto mientras contempla sus notas y mira de reojo al guardaespaldas, Darío Prada, quien permanece inerte, abandonado, en aquella oficina.

–El capitán Mayarí anunciará a la prensa el asunto junto con delegados de la agencia. Toda la fuerza policial y de la agencia se concentrará en localizar a esta gente.

Amanda no se ha levantado esta mañana. Se quedó acostada con las sábanas cubriéndole hasta los hombros y los ojos cerrados. Ha dejado un montón de revistas de turismo de lugares remotos sobre la mesa de noche, como insinuaciones constantes. No ha hablado más que de salir y escaparse conmigo y tener unos cuantos minutos solo para los dos, sin sentirnos tan perseguidos y observados.

Antes me llamaba “forajido”.

Me sobaba el brazo, me tomaba de la mano, la mano con la que disparo, y me llamaba “forajido”, y sonreía. Eso fue antes de casarnos, cuando no nos dejábamos perturbar tan fácil por esta vida.

Me dejó de llamar así después de tantos años. Después del ataque en el Houston por parte de Contreras, que costó tantas vidas. Y las fotografías de todos esos cadáveres posicionados con cuidado en el suelo. Y el llanto de tantos civiles en la prensa.

No me miró por mucho tiempo.

Ése era mi negocio.

Y hoy se ha quedado callada y ha aparentado no sentir que me alejaba.

Una hora después me encuentro en la azotea de un restaurante compartiendo mesa con Alberto Casillas, y un par de bebidas frías, bajo un sol calmado y fuerte viento.

–Cortesía de unos conocidos en la prensa – dice Alberto colocando tres fotografías sobre la mesa.

Las tomo y me encuentro con la imagen del senador Durán desnudo y sin

rostro, colgando de cabeza de aquel edificio en ruinas.

Por un momento me siento enfermo.

–Maldición. – Es todo lo que digo.

–Quien haya hecho esto quiere dejar algo claro.

Abandono las fotografías y sujeto el vaso helado y bebo un poco de agua.

–Desde aquella noche en la que encontré el cuerpo de mi hermano tirado en la hacienda, apuñalado, muerto, supe que era tan sólo el comienzo. – Asegura el viejo Alberto Casillas. – Seguimos todos nosotros.

–¿De qué habla?

–Mi hermano, Armando Contreras, el senador Durán. Gente con rostros, rostros importantes. Todos muertos.

–¿Sabe quién pudo haber hecho esto?

–¿Quién cree, Ismael?

Miro de reojo las fotografías. La cara perdida del senador, como un hoyo negro en medio del cielo.

–No puede ser él – digo.

–Marcos García demostró ser capaz de hacer este tipo de cosas.

–No le dé tanto mérito, Alberto. Pudo haber matado a Contreras, pero Marcos no mató a Ramón.

–No, lo mató Lucas Sandoval, y Marcos mató a Lucas.

–¿Cree que trabajaron juntos? ¿Sabe algo, Alberto?

El viejo rostro de Alberto Casillas es parco, pero si algo he aprendido en todo este tiempo es que él está maquinando siempre. Su cara de viejo tranquilo no me convence.

–El chico nos engañó a todos – dice – lo llevamos a la hacienda donde asesinaron a mi hermano, le sonreímos, le ofrecimos nuestra mano, y él va tras nosotros, Ismael. Créame. No puedo probarlo, pero Marcos García asesinó al senador, y seguirá con los que quedamos.

Me quedo callado, y frío. Casi aterrado.

No quiero decirlo en voz alta, pero tengo presente una idea: estoy fuera de esto, para mí ya había acabado. Era el momento de vivir una vida diferente, y ahora hay una guerra en el camino, con un chico asesino que va por nosotros.

He conocido a Alberto por muchos años, y cuando dice algo con tanta seguridad tiende a ser cierto.

Bebe agua también. Hacía mucho tiempo que no bebíamos agua juntos en este tipo de reuniones.

A Ramón Casillas no le gustaba tomar agua, siempre un buen whisky, como

su hijo Santiago. Por eso me pareció extraño cuando me dijeron que habían encontrado el cuerpo cerca de un vaso de agua medio lleno en la mesa de centro. Sus labios seguían húmedos, los labios del cadáver.

–¿Sabe que fue lo último que Ramón me dijo? – le pregunto a Alberto.

La azotea es tranquila. Es un buen lugar.

–Me dijo que tenía miedo de morir sin expiar sus culpas, pero que no había forma alguna de purgar cada una de ellas sin pasar una eternidad por el infierno.

Alberto suspira y deja el vaso a un lado. Sonríe.

–Me dijo que había hecho muchas cosas malas. Terribles. Esa fue la palabra que usó. – Le aseguro – Pero que no se arrepentía de ninguna.

No pude ver su cuerpo cuando lo asesinaron.

Alberto no me dejó ver el cadáver apuñalado de Ramón en la hacienda. No dio explicaciones, pero sabía que quería ahorrarme la horrenda imagen que seguramente se me hubiera prendido a la cabeza para siempre.

–Dijo que no se podía expiar ninguna culpa sin arrepentimiento. Y que rezaba todos los días para que no existiera el infierno, si es que eso tiene algún sentido.

Alberto soltó una pequeña carcajada ronca, tal como lo hacía cuando Ramón decía algo de ese estilo. Y por ese instante sentí que él estaba allí. Bebiendo whisky, quizá.

–Eso suena a mi hermano – dice Alberto.

–Creo que morir apuñalado no fue suficiente para él.

–¿A qué se refiere?

–El siempre esperó morir de alguna forma más oscura. Agonizante y lenta. Pero no. Murió en su propia casa, incluso le dieron a beber agua. No sufrió mucho. Fue rápido y silencioso. O eso es lo que me imagino.

–Debió haber sido así. No había signos de batalla, ni desorden.

–A pesar de todo fue una muerte tranquila.

Las muertes tranquilas se acabaron.

Ahí tienen al senador Durán colgando como una piñata.

–¿Cuándo fue que te encontró mi hermano? – Me pregunta Alberto – ¿Qué edad tenías cuando se conocieron?

–Quince.

–Eras sólo un niño.

–Había hecho muchas cosas para ser sólo un niño.

–Y aun así lo eras.

–Eso no era lo que creía Ramón.

–Mi hermano te vio como un niño, Ismael, eso te lo aseguro. No podía demostrarte afecto, no quería que te convirtieras en su debilidad.

Me quedo callado un momento, al igual que Alberto.

Ahora que está muerto parece más fácil hablar de Ramón, y decir lo que todos sentíamos por él y lo que él sentía por nosotros.

–Te veía como a un hijo – dice.

–Como nunca vio a Santiago.

Alberto niega con la cabeza.

–Es mejor que no hablemos de mi sobrino.

–¿Le contó su teoría a Santiago? ¿Qué Marcos le hizo esto al senador Durán?

–No he hablado con Santiago desde hace días. Cada vez está más distante. Enloqueciendo. Desquitándose con ese pobre tipo.

–¿Cuál tipo? – Pregunto algo prevenido.

–El único trabajador de Contreras que no asesinó.

–¿Teófilo Rueda?

–Eso creo.

–¿Qué demonios le está haciendo Santiago?

Alberto voltea a verme, y se lame los labios.

–¿Qué, Alberto? ¿Qué ha hecho Santiago? – Insisto.

–¿Qué importa?

–¿Lo mató?

–Conoces a Santiago, Ismael.

–El bastardo lo está torturando.

–No te involucres en esto. Santiago ya está frustrado...

–¿Y consiguió un juguete con el que desquitarse?

–Sino es él será alguien más. – dice soltando un suspiro.

Me levanto del asiento algo agitado. El sol me golpea en los ojos y me siento destrozado, a punto de explotar.

–Teófilo Rueda fue quien me informó de la muerte de Armando Contreras – le digo a Alberto – fue capaz de ir hasta mi casa y contarme que Marcos García era un traidor. Y me pidió que lo protegiera. Estaba asustado.

–Y tú le dijiste que lo protegerías entonces ¿verdad?

–Eso pretendía.

–No debiste hacerlo. Cada quien debe aprender a cuidar sus pasos. Nadie

está protegido hoy en día, Ismael.

–No con Santiago Casillas haciendo lo que se le venga en gana.

–¿Y qué vas a hacer al respecto?

Camino hasta la baranda que nos aparta de caer al abismo. A la mente se me viene el rostro de Santiago. Su maniático rostro. Esa cara de demente asesino que ha tenido toda su maldita vida. El perfil de alguien poco coherente, incapaz de sentir temor o prevención sobre la posible retaliación que sus acciones puedan ocasionar.

–¿Sabe, Alberto? Poco antes de que lo mataran, el senador Durán me pidió que diera la orden de matar a Santiago.

No volteo a ver su reacción.

–¿Y tú qué le dijiste? – pregunta Alberto calmado.

–Que era una locura, que no mataría al hijo de Ramón Casillas.

–Es muy sabio de tu parte.

–Justo ahora me pregunto si lo es.

Me lavo las manos dentro del auto para quitarme el olor a disparos. Siempre tengo botellas de agua debajo del asiento. Hay que tener agua siempre, es lo más importante.

–Ese maldito lunático – musito secándome las manos.

–¿Está bien, don Casillas? – pregunta Lucio desde el volante, sin dejar de conducir.

–¿Quién demonios se cree que es ese imbécil?

Aurelio Rondón había llamado temprano esta mañana diciendo que quería hablar. Ese idiota costeño. Ahora parece que vive en la puta ciudad y que puede joderme cuando le plazca. Eran las ocho de la mañana.

–¿Le dijo algo importante, señor? – pregunta Lucio.

Es un completo imbécil. Nada importante podría decir una de esas bestias de la costa. Debieron quedarse allá, al lado de su mar, acompañado de sus malditos perros gigantes, viendo cómo se matan entre ellos, apostando con gallos y bebiendo su alcohol hirviente.

Tuve que ir hasta un deshuesadero de autos al sur, entre las colinas, sólo porque ese idiota me dijo que quería decirme algo. Tierra y basura por montones y música de la costa sonando a lo lejos. Como para pegarse un tiro.

Rondón salió de una caseta de lata, con su camisa de colores abierta, mostrando cadenas de oro reposándole en el pecho. Su ridícula barba de candado todavía decorando su cara.

–Señor Casillas, que bueno verlo de nuevo.

El tipo extiende sus brazos desde lejos, como si se aproximara a darme un abrazo. Pero no va a pasar. Le tiendo una mano y él la toma sonriente, mostrando una hilera de dientes blancos, demasiado blancos, aunque tiene ese



algo dorado brillando en su boca.

–¿Se mudó a la ciudad, Rondón? ¿No extraña su tierra? ¿Su costa y sus mujeres? – le pregunto algo serio.

–La costa se volvió un mierdero, señor Casillas, y mujeres hay en todo lado.

–Pero aquí en la ciudad estoy yo ¿para qué necesita venir? ¿Se va a poner a vender usted mismo o qué?

–Por amor a Dios, Casillas, cálmese que nadie ha dicho nada de vender ¿no le di hace como una semana mi mercancía? Y no abra tanto esos ojos que se le caen.

–Sólo dígame que es lo que quiere.

–Me enteré de su labor en el desierto. Lo que les hizo a los viejos trabajadores de Contreras después de nuestro encuentro. Los chamuscó a todos como basura en el campo. No los dejó ni para el entierro.

–Mucho muerto y poco hueco, Rondón.

–Esta ciudad se está cayendo a pedazos, va a quedar habitada de sólo cadáveres al paso que van. Y ahora se creen todos unos artistas para matar – saca un cigarrillo de la cajetilla que carga en su bolsillo y se lo coloca en la boca. No lo enciende – En la televisión ahora sólo hablan del cuerpo colgante en el centro de su ciudad, Casillas. Colgaron a ese tal senador Durán de patas para que el mundo lo viera.

–¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

–¿Qué tiene que ver? Mataron a Armando Contreras hace nada, y ahora exhiben como ropa mojada el cuerpo sin cara del senador.

Me quedo callado un momento.

–Y usted no sabía que ellos estaban involucrados – dice Rondón al sentir mi silencio. – Su padre no le contaba muchas cosas ¿verdad, Casillas?

–¿Mataron a ese senador por estar involucrado con Contreras y con mi padre?

–Pues mataron a su padre, mataron a Contreras, y mataron al senador. Haga usted las cuentas.

–Marcos García.

–Oí sobre el chico. El tipejo que le metió una bala a Contreras.

–Maldita sea. Ese hijo de puta.

–Ya lo oí. Mandó a cazarlo. Y hasta dará plata por la cabeza de ese niño asesino. Sí, lo oí.

Enciende el cigarrillo.

–¡Hugo! – grita Rondón a uno de sus hombres – Venga a ver.

De la caseta sale el tipo gigante de la cabeza rapada. Está arrastrando a un chico pálido con moretones en el rostro y ojeras de muerto.

–Para que no diga que no le traigo regalos, Casillas. Perdónese no dárselo envuelto.

–¿Quién es éste?

–Es un callejero, ratero, que se mete lo que sea. Hace parte de una pandilla que vende en los alrededores de la Caldera y el sur. Marcos García estuvo con ellos antes de trabajar para Contreras. Los Cayetanos, trabajan para los húsares.

Me tiran al tipo a los pies, y éste cae como un costal. De cara.

–Este chico conocía a Marcos. – Dice Rondón dándose la vuelta y caminando hacia la salida, junto con el tipo alto, el tal Hugo.

El pandillero medio mueve la cabeza. Su rostro es huesudo y amarillento. Tiene una chaqueta de cuero rota y unos tatuajes en las muñecas.

–Dime tu nombre, chico.

–Checo – dice entre dientes, sin mirarme a la cara.

–¿Conoces a Marcos García?

–¿Qué?

Me acuclillo y lo agarro de la nuca. Le muevo el rostro para que la luz del sol le caiga encima y acerco mi boca a su oído.

–Marcos García ¿lo conoces?

–No, no, yo no...

Lo tiro hacia mí con fuerza y suelta un chillido leve de perro herido. No intenta defenderse y cierra los ojos.

–Vamos, chico. Sé que lo conoces.

–¿Lo conocía! Lo conocía. Marcos, sí. Lo conocía. Hace mucho tiempo.

–¿Dónde lo encuentro?

El chico se pone a llorar. Balbucea algo.

–¿Dónde está?!

–No lo sé... Dios. No lo sé.

–¿Quieres que te mate, chico? ¿Quieres una bala en la cabeza? ¿Qué tu madre te encuentre en un caño, mordisqueado por perros?

El chico sólo chilla. Niega con la cabeza y chilla.

–Háblame sobre Marcos.

El chico sólo chilla y me desespera. Saco mi arma y la coloco frente a él,

pero tiene los ojos cerrados.

–¡Habla!

–No sé nada. Lo conocí hace como un año, eso es todo, eso es todo. No sé nada.

–¿Dónde vivía?

–No lo sé. Se juntó con nosotros unas semanas... Dios... un mes... no lo sé... quería trabajar para Contreras y se lo presenté a alguien... uno de lo de Contreras, y no lo volví a ver... Dios... no lo volví ver.

–¿Me crees idiota, chico?

–No... no, por favor. Yo no sé dónde está. No lo volví a ver... no sé nada...

Lo suelto y se deja caer de nuevo al piso, sin dejar de llorar. Me levanto sobándome la sien.

Nadie en este mundo sabe nada acerca de Marcos García, el puto fantasma de la ciudad, moviéndose entre barrios y basura, matando lo que sea.

–¿Quién más conocía a Marcos?

El chico no levanta el rostro. Niega con la cabeza y retuerce las piernas como un gusano.

–Pregunté quién más conocía a Marcos. En la pandilla ¿Quién?

–No lo sé... nadie... nadie...

Miro hacia la salida. Rondón y Hugo fuman mientras me miran de reojo, calmados, se rascan la cabeza.

–¿Estás seguro, chico? ¿Nadie?

No dice nada. Se cubre con las manos el rostro y sigue retorciéndose.

Le apunto con el arma. Le quito el seguro.

–¿Estás seguro?

Sólo lo escucho llorar, pero no veo ni una sola lagrima mojando la tierra ni su rostro amarillento.

Disparo y su cuerpo se sobresalta un instante.

Queda inmóvil sobre la arena.

Disparo dos veces más a su cara. Guardo el arma y camino hacia Rondón quien se coloca unas gafas de sol mientras me mira serio.

–No me vuelva a hacer perder el tiempo, Rondón.

–Pensé que podía sacarle algo útil – dice.

–Piense mejor la próxima vez.

Regreso al auto y Lucio lo arranca de inmediato.

Tomo la botella de agua y me lavo las manos.

–Ese maldito demente.

Lucio avanza lejos de allí, hacia el norte en donde me espera mi hija en un restaurante. Me tiemblan los dedos un poco, y siento un mal sabor en la boca, como a barro.

–Cree que puede hacerme perder el tiempo.

–Así que no se sabe nada de García. – Comenta Lucio.

–El tipo juega a ser el Diablo.

El agua está tibia, pero no importa, me relaja.

–Va a llegar un día en que nadie va a creer que existe.

–Es un niño – dice Lucio con tono despreocupado – cometerá un error. En cualquier momento aparecerá y no podrá salvarse. O él se pega un tiro o nosotros lo hacemos.

Saco de mi bolsillo unas tabletas para el dolor de cabeza y me las tomo con un trago de agua. Me sobo la frente con la yema de mis dedos de forma circular.

Miro la hora.

El restaurante está medio vacío porque es demasiado temprano para almorzar y muy tarde para desayunar. Alicia está sentada en una mesa para dos, inclinada sobre un periódico arrugado. Lleva puesta una falda. No tiene el uniforme del colegio y me pone a pensar.

–Hola, cariño. – Le digo tomándola del hombro.

–Hola, pa' – dice soltándome una sonrisa, de esas que no cuestan y me hace sentir mucho mejor.

–¿Ya pediste algo?

–Sí. Te ordené un café.

–¿Cómo estás? ¿Todo bien?

–Nunca nada está bien por completo con nosotros ¿verdad?

Suelto un suspiro y me acomodo en la silla de al frente.

–Mi mamá nos mataría a los dos si sabe que nos encontramos sin decirle nada – asegura Alicia torciendo la boca, mirando hacia otro lado.

–¿Pasó algo con tu madre?

–No, nada... sólo quería hablarte.

–Pues me alegra. Sabes que puedes llamar cuando quieras y decirme cuando y donde, no importa lo que piense Rita, mientras no se entere.

Le sonrío con malicia, y ella me regresa la sonrisa, pero tierna y sencilla.

–Te ves triste. ¿Qué ocurre? ¿Extrañas a tu abuelo?

Mira hacia la mesa y tuerce la boca.

–No estaba tan viejo. – Me dice ella.

–Estaba lo suficiente para tener un paro cardiaco.

–Por Dios, papá.

–Lo siento.

Una mesera rubia aparece con un jugo y unas tostadas para Alicia, y café para mí.

–No soy una tonta. – Dice cuando estamos solos.

–Es bueno que lo sepas. No lo eres.

Arrastra el periódico sobre la mesa. El primer artículo habla de la muerte del senador Durán. Se ve una imagen borrosa del cuerpo colgando de cabeza con las manos extendidas. Todo un espectáculo. Un maldito circo.

Mi abuelo tenía una colección de pistolas viejas que a veces me mostraba cuando pasaba una temporada en su hacienda. Las colocaba en mi mano con precaución, como si se fueran a quebrar por cualquier cosa. Trataba a esas pistolas como alguna vieja sin hijos trata la porcelana y las reliquias. Mi abuelo me enseñó a disparar cuando tenía catorce años, y me educó sobre tipo de munición y como conquistar mi método personal de dar en el blanco. Mi mamá lo odió por eso, aunque, al fin de cuentas, mi mamá odia a todo el mundo.

Tenía una agradable sonrisa, mi abuelo, Ramón Casillas, aquel hombre al que le forjaron una reputación de demonio y así el país podía tener presente un rostro en la mente cuando pensara en el enemigo. Y todos me asociaban con él. Todos lo tenían presente. A él le incomodaba, a mí no me importaba.

Sé que mi abuelo no murió de un ataque al corazón, nunca tuvo ningún problema con su corazón. Él mismo me dijo que no se moriría de viejo, él sabía que alguien más tendría la culpa de su muerte. Quería advertirme. Quería que yo viera la verdad sobre nuestras vidas y el mundo en el que vivimos.

Manuel no dudó en contarme lo que había ocurrido.

“A tu abuelo lo apuñalaron”.

Nada de preámbulos.

Me dijo incluso el nombre del asesino. Lucas. Me dijo que era sólo un pobre y joven idiota que ya estaba muerto. Pero que esto no había terminado.

—No soy una tonta—le digo a mi padre en el restaurante.

Lo había citado después de haber visto la noticia de la muerte de ese tal senador. El tal Durán. Lo había visto una vez hablando con mi abuelo hace unos cuantos años en la hacienda. Reconocí su foto en la prensa de inmediato.

Me estaba volviendo loca en la casa por todo esto y por mucho más. Mi madre parece enojada todo el maldito tiempo. Con ella misma, con toda su vida, con todos nosotros. Y mi hermano pequeño, Gabriel, no entiende nada de lo que ocurre y vive para estorbar y hacerlo todo peor.

Tenía que largarme por un momento.

–Te ves triste. ¿Qué ocurre? ¿Extrañas a tu abuelo?

Me pregunta mi papá en el restaurante. Cree que ignoro cómo se murió.

–No estaba tan viejo – le digo.

–Estaba lo suficiente para tener un paro cardíaco.

–Por Dios, papá.

–Lo siento.

No quiero que sospeche que lo sé todo con detalles, sabría que alguien me contó. Y no puede enterarse lo que hay entre Manuel y yo.

–No soy una tonta.

–Es bueno que lo sepas. No lo eres.

Empujo el periódico para que él vea de lo que hablo. De la muerte de ese senador, de todo esto. Y sobre la muerte del otro tipo, Contreras.

Mi papá se queda viendo el periódico unos cuantos segundos, luego levanta su mirada. Esta algo confundido, pero lo entiende.

–¿Qué ocurre con esto?

–Este tipo, este senador – le digo – lo mataron poco después de la muerte de mi abuelo, y de tu otro amigo.

–Armando Contreras no era mi amigo, Alicia. Y este senador no tiene nada que ver con nosotros.

–Lo vi una vez hablando con el abuelo.

–¿Qué? – el rostro de mi padre lo dice todo. Queda suspendido en el tiempo.

–Estuvo en la hacienda una vez. Lo recuerdo bien. Así como recuerdo a Contreras cenando con mi abuelo. Y ahora... ahora todos ellos están...

–Por Dios, Alicia – la piel de mi padre se vuelve roja. No quiero que piense que lo estoy acusando, así que lo tomo de la mano.

–Sólo estoy preocupada por ti. No quiero que nada te pase. No quiero ver en el periódico tu nombre y tu foto.

–Nada va a pasarme, cariño. Todo va a estar bien.

–¿Qué es lo que pasa? ¿Quién está haciendo todo esto, papá?

–Nada está pasando, cariño. Estos son eventos fuera de lo normal, pero no tienes de qué preocuparte.

Me siento cansada de que evada mi mirada y que crea que puede decirme cualquier cosa.

–¿En serio? ¿Quién diablos le hace esto a alguien? – le digo ofuscada, señalándole la foto del cadáver colgante.

–Alicia, cálmate. Es suficiente.

–Tengo miedo.

–Está bien – dice.

Me sujeta la mano con fuerza.

Le miro a los ojos.

–Quiero irme a vivir contigo – le confieso.

–Alicia, hija – dice entre suspiros – sabes que...

–Cumpliré dieciocho años y ella no tendrá más autoridad sobre donde yo pueda vivir.

–No se trata sólo de tu mamá.

–¿Entonces de qué?

–La hacienda no es el mejor lugar para que vivas. No ahora.

–Nunca lo será, para ti.

Alejo mi mano de la mano de mi padre.

No quiero sentirlo más, aunque crea que lo vayan a matar, pronto, y no pueda resistir la idea de que ocurra. No puedo verlo a los ojos ni sentir su mano sobre la mía.

–Por favor, Alicia.

–No importa.

Así terminan nuestras conversaciones.

Me sentiré frustrada y saldré rápido del restaurante sin dejar que mi padre me bese la frente. No iré a la casa en todo el día, no hablaré con mi madre. Sólo caminaré hasta llegar al apartamento de Manuel a sentarme en la acera frente al edificio a ver pasar la gente y soportar el infernal ruido de la autopista. Tirada ahí, exhausta pensando en ese cuerpo colgante, y en Lina Aguirre, sus ojos desaparecidos, sus lágrimas de sangre.

Entonces Manuel llega y me mira con lástima, como todo el mundo me ve en los últimos días, las últimas semanas, como si eso fuera todo lo que despierto en los demás.

–¿Qué estás haciendo aquí? – pregunta Manuel.



–Ésta es tu casa, ¿no?

Me extiende su mano y me levanta. Me besa en la boca sin preocuparse de quien está viendo, lo que es nuevo, y me gusta. Hace sentir esto más real y libre.

Adentro se quita su abrigo y se dirige a la cocina a prepararme algo sin siquiera preguntarme si tengo hambre.

–¿No tienes colegio hoy?

–Ni siquiera mi padre me preguntó eso.

–¿Te viste con Santiago?

–Hace una hora.

Manuel me mira directo a los ojos.

–¿Y qué pasó?

–Le pregunté por el asesinato de ese senador.

Sus ojos se ven inquisitivos.

–Sé que estaba relacionado con ustedes, Manuel. Sé que ese senador tenía alguna conexión con mi abuelo.

–Ramón era una persona importante, Alicia, tenía conexiones con muchas personas.

–Se reunían en la hacienda. No vi a mucha gente con mi abuelo en la hacienda.

Me da la espalda y se pone a cocinar algo.

–Y nadie me quiere hablar – le digo – nadie quiere contarme sobre ese tipo.

Manuel suspira, pero no voltea.

–Sólo quiero saber quién más está en peligro – insisto después de unos segundos – tú, o mi padre.

Se voltea, finalmente, y se acerca despacio.

–Todos. – Dice – Por eso creo que deberías alejarte de nosotros por un tiempo. Incluyendo a tu padre.

–¿Esa es tu respuesta? ¿Qué me quede lejos esperando a ver si matan a todas las personas que me importan?

–No. Sólo quiero que te mantengas al margen para que nadie te lastime.

–Al parecer todos quieren lo mismo. Mi propio padre no quiere que viva con él. Soy un maldito estorbo para todo el mundo.

Su rostro está muy cerca del mío. Sus dedos pasan despacio por mis mejillas y me acaricia la piel. Me siento vulnerable de inmediato.

–Escúchame, Alicia – dice en voz baja, golpeándome con su respiración

tibia – si quieres irte de tu casa, si quieres esconderte en algún otro lado, puedes venir aquí. No vayas a la hacienda de tu padre. – Saca de su bolsillo la llave de su apartamento y la coloca en mi mano – Quédate aquí y espérame. Cuando quieras.

No puedo decir nada.

–¿Lo entiendes? Aquí nada te pasará – dice.

Sonríe y me hace sonreír.

Me abraza y me levanta con sus brazos.

–Espero que tengas una copia en algún lado – le digo.

Me sirvo mi quinta taza de café antes de las ocho de la mañana.

Todavía se escucha el estruendo de la prensa revoloteando como moscas en la calle y en la televisión, hablando de un país donde hasta los asesinatos sobrepasan los límites de maldad y demencia. De oscuridad.

Estamos en la tierra sin alma.

He reunido varios papeles sobre el ataque de la AIL en Aprima. El reporte oficial habla con brevedad y en términos generales de la toma de la guerrilla hace veintiún años en ese pueblo del que pocos sabían. Hablan sobre un enfrentamiento contra el ejército nacional, y unas decenas de civiles muertos debido al fuego cruzado.

Algunos artículos periodísticos narran algo más cercano a lo que Fabio Suárez nos comentó.

Mencionan una redada militar que evitaba la entrada a civiles luego del ataque, y cientos de cuerpos de pueblerinos desaparecieron, quizá sobrevivientes. Dicen que la tierra parecía hostil y muerta. Aún había sangre en las piedras y ropa mugrienta rasgada en la plaza principal. Botellas destrozadas de cerveza y aguardiente frente a la iglesia municipal. Agujeros de bala en las fachadas de las humildes casas que quedaron deshabitadas para siempre.

“¿Quién vivía en esos cientos de hogares si no había gente antes del ataque?” preguntaba la gente. “Si mataron menos de un centenar ¿por qué hay tanta propiedad abandonada?”

Me dolía la cabeza de sólo leerlo.

Del ataque nació la impopular maldición de Aprima. El demonio caminó sobre esa tierra y maldijo a los rebeldes que regaron tanta sangre. En la

primera década después de la amnistía y el fin de la guerra, todos los cabecillas de la AIL habían fallecido por causas naturales o asesinados. Ramiro “El Bravo” Tesar, la ex cabecilla de la guerrilla, había sido abaleado durante su candidatura a la presidencia seis años después del proceso de paz, dándole fuerza a la leyenda de la maldición.

Hoy en día ninguna figura importante de la AIL está con vida. Nos dejaron un montón de fosas comunes y maldiciones.

El capitán Mayarí luce agotado, mirando hacia el techo de la sala de conferencias. Ha estado proclamándose a la prensa desde que ocurrió el atentado al senador Durán, y ha sucumbido a mostrar un rostro extraviado ante las cámaras, lo que sólo expuso a la comunidad una fuerza policial desconcertada y débil al momento de prevenir y detener el crimen en la ciudad. El rostro del capitán es el rostro de la justicia; cansado y asustado. Y todo el mundo lo vio.

Sobre la mesa hay un montón de documentación que obtuvimos en el archivo de oficina distrital.

Díaz se ve tranquilo, fresco, aunque tuvo su cita con Sara la noche anterior. No hemos hablado al respecto ya que la conmoción del trabajo resulta abrumadora, y no deja espacio para nada más.

Nos citaron aquí para entregarle al agente del SIE un resumen sobre la información que reunimos en relación al caso del senador. Mientras esperamos permanecemos callados, respirando despacio.

–Espero que entiendan lo que hacen – dice el capitán Mayarí sin mirarnos.  
– Tienen mucho que explicar, si es que quieren convencer a los de investigación especial.

Díaz suelta un suspiro y me mira sin parpadear.

La puerta se abre de improviso.

Una mujer de cabello negro ondulado entra a la sala sujetando un portafolio oscuro. Camina a hacia la cabeza de la mesa mientras dice:

–Buenos días, caballeros. Mi nombre es Emilia León, agente del SIE, división de inteligencia. Estaré encabezando el caso Durán en todos los grupos de investigación. Ustedes se reportarán a mí semanalmente, cuando sea pertinente, o cuando obtengan información relevante y urgente que deba ser comunidad de inmediato.

El capitán se levanta y le tiende la mano.

–Gusto en conocerla, agente León. Soy el capitán Guillermo Mayarí y ellos son los detectives Eduardo Rivera y Agustín Díaz.

Saludamos con la mirada.

–Se me informó sobre un avance de su parte, detectives.

–Una teoría – digo desde mi asiento.

León me mira inquisitiva por un segundo.

–¿Una teoría?

–Ya que otros grupos de investigación están mirando en los hechos del crimen y las pistas que los perpetradores dejaron, nosotros nos enfocamos en el senador Durán y sobre las posibles razones que hubiese sobre este asesinato tan particular.

La agente toma una silla y se sienta mientras abre su portafolio y saca su libreta.

–Según familiares y allegados no se sabía de ningún tipo de amenaza o extorsión, llamadas extrañas o eventos fuera de lo normal en la rutina del senador. Tampoco se presentaron cambios de humor o actitud previa a su muerte, o ninguna otra señal que mostrara que el senador estuviera preocupado por su seguridad. – Informo mientras recojo los papeles y los organizo sobre la mesa – Miramos en los antecedentes del senador y su vida laboral. En su periodo como subdirector de la secretaría de seguridad nacional fue uno de los mediadores en los diálogos de paz, y en el comité de desarrollo territorial posguerra. Dio empleo político a diferentes ex cabecillas guerrilleras de la AIL, y fue activista de las amnistías.

–¿Creen que esto tiene que ver con el proceso de paz hace veinte años? – pregunta el agente León poco convencida.

–Creemos que está relacionado. – Dice Díaz tímido en su asiento.

–Estuvimos investigando sobre gente relacionada con la AIL previamente a este caso debido a otros asesinatos. – Le digo entregándole nuestros informes – La muerte Ramón Casillas, y el asesinato de Armando Contreras.

–Pensé que eso se trataba de guerra entre mafias. – Afirma ella observándonos a ambos.

–Puede ser. Es sólo una teoría, agente. – Le entrego un informe y ella lo recibe sin mirarme – Tenemos un sospechoso. Marcos García. El asesino de Armando Contreras.

–¿El mismo hombre que mató a ese vendedor de droga y a su pandilla?

–El mismo.

–¿Por qué habría este tipo de matar al senador según ustedes?

–Por la misma razón que mató a Contreras, por la misma razón que creemos está involucrado con la muerte de Ramón Casillas. Todos están relacionados con el grupo guerrillero AIL; Contreras y Casillas vendía armas a los rebeldes durante el conflicto, y el senador Durán fue parte del grupo de políticos que les concedió el perdón nacional.

–¿Y quién es éste tal Marcos? ¿Por qué lo hace?

–Creímos que era una víctima del ataque en Aprima, previo al proceso de paz. Encontramos en los registros a un Marcos García que nació en dicho pueblo y estuvo presente durante el ataque de la AIL.

–Pensé que habían descartado esa idea – comenta el capitán Mayarí – que ese otro sujeto, en la fundación, había dicho que el Marcos García de Aprima había sido asesinado durante el ataque.

–Franco Montés – le digo – sí, en efecto fue lo que nos dijo. Pero Franco está algo perturbado por lo que le pasó en Aprima, no podemos confiarnos del todo de su palabra. Y aunque esté diciendo la verdad, aunque este Marcos García nacido en Aprima esté muerto, que lo hayan matado de niño, puede que ésa sea la razón por la que nuestro asesino haya optado por dicho nombre, por ese alias, todo tendría sentido en su venganza. – Miro al agente León y al capitán, y ellos me miran sin parpadear, con una expresión confusa – El asesino sabía que encontraríamos a este Marcos García, a esta víctima del ataque de la AIL, y que lo vincularíamos de inmediato con él. Nos está enviando un mensaje, nos está diciendo el motivo de sus acciones.

La agente León suspira con sutileza, mira al capitán y luego me observa por varios segundos.

–El informe que me entregaron mis colegas del SIE dice que el atentado contra el senador fue cometido por lo menos por ocho personas. – Dice ella abandonando mis papeles en la mesa – Usted sólo me habla de un hombre.

–Marcos García asesinó a siete personas en menos de una hora, a Tarso y a sus hombres. Ha asesinado por lo menos a trece personas que sepamos. Este sujeto está capacitado para llevar a cabo el homicidio del senador. No digo que esté solo, pero es el más peligroso.

–Espere un momento, oficial – ordena mostrándome la palma de su mano – Usted me dice que ésta es sólo una teoría. No puedo basar mi investigación en una especulación sin bases. Primero; su hombre, Marcos García, utiliza armas de fuego, y mi escena del crimen es mucho más compleja que un tiro en la cabeza. De hecho, no hubo un solo disparo. Segundo; García sólo ha eliminado criminales, y el senador Durán no era uno, oficial.

–No podríamos asegurarlo...

–Mucho cuidado con lo que dice, Rivera. No va a acusar a nadie sólo para que su “teoría” cobre sentido. Lo que veo es que intenta, desesperadamente, vincular su caso previo y frustrado con mi caso. Se basa en su propio juicio, pero no tiene en realidad evidencia clara al respecto. Su motivo es pobre, por no llamarlo absurdo. No hay testigos, testimonios, vínculos relevantes. Usted se basa en un proceso de paz que se llevó a cabo hace más de veinte años. No sólo el senador Durán tenía una agenda en esos diálogos. El ex presidente también. Varios funcionarios. Y mucha más gente. Prácticamente todo el mundo con un rol importante, político o criminal, tenía que ver con la AIL. ¿Puede ver a dónde voy con esto?

Nadie dice nada cuando León termina su discurso. Mantiene su vista en mi dirección, así que hago lo mismo. No vacila en absoluto.

–No sabe quién es en realidad este tipo García, no sabe dónde encontrarlo ni quien lo conoce, oficial – me dice –. Podría vincularlo con cualquiera si quisiera, con el senador Durán, o conmigo. Ahora, si encuentra evidencia real de lo que me está diciendo, o simplemente evidencia, me lo hace saber. No me interesan teorías, sino hechos. ¿Ha entendido?

Asiento en silencio.

–Esto no se trata de un homicidio corriente, señores. – Nos asegura – Asesinaron a un senador. Vamos a tener a políticos, a la prensa, a todo el mundo sobre nosotros para que esclarezcamos y solucionemos esto lo antes posible. Sus carreras están en juego, y la imagen de la fuerza policial. Así que les aconsejo que vean este caso como lo que es: el más importante de sus vidas.

Saca de su portafolio dos informes que deja sobre la mesa. Información recopilada por el SIE. Y antes de marcharse nos dice que lo leamos y que hagamos nuestro trabajo.

Me quedo sentado en mi escritorio por el resto del día, escuchando los teléfonos timbrar enloquecidos desde todas las direcciones.

Díaz lee con cuidado el informe que nos entregó León, inclinado sobre los papeles tan cerca como puede. La televisión que está a unos metros de nosotros está a todo volumen.

–Te ves relajado, muchacho – le digo a Díaz quien levanta la cabeza de inmediato – ¿Tuviste una buena noche?

–¿De verdad quiere hablar de esto justo ahora, Rivera?

–Los dos necesitamos despejarnos un minuto, Díaz. No voy a alterarme por el discurso de la señorita León.

–A mí me pareció más una amenaza.

–Los del SIE lo llaman motivación. – Tomo mi taza de café y bebo un pequeño sorbo, esta frío y desabrido – Vamos, Díaz. Mi cuñada va querer saber cómo se sintió con su amiga... ¿Cómo se llama?

–Sara.

Díaz cierra el informe y niega con la cabeza intentando ocultar su sonrisa.

–¿A sí de bien le fue? ¿Ah? ¿Es linda? – pregunto.

–Es interesante.

–Interesante es mejor.

–Sólo fue una cena.

–¿Volverán a verse?

–No hicimos planes.

–¿No hicieron...? Eres un idiota, chico. Eso es algo que debiste haber preguntado.

–¿No cree que ya tengo bastantes cosas que hacer?

–Por eso necesita esto, Díaz. Un encuentro humano. No se quede enterrado en este maldito infierno.

En la televisión empiezan hablar de nuevo del asesinato del senador. Muestran una serie de fotografías de un sujeto sonriente, con arrugas alrededor de sus ojos, quizá algo de sabiduría.

–¿Cree que ella esté dispuesta a salir con usted otra vez? – le pregunto, pero él no dice nada. – ¿Ah? ¿Qué cree? ¿Sus encantos funcionaron con Sara?

–Creo que puedo arriesgarme con confianza.

–Vaya, que imponente, chico.

Los locutores hablan un poco sobre la vida del senador y de su labor humanitaria. Aseguran que varias organizaciones, como la policía y el SIE, están trabajando en el caso para que pronto los culpables de este crimen tan salvaje rindan cuentas a la justicia.

Díaz se queda mirando la pantalla en donde comienzan a aparecer imágenes borrosas de una silueta colgando de cabeza desde una edificación a punto de colapsar.

–¿De verdad cree que García hizo esto? – Me pregunta – León tiene razón, es una teoría algo absurda, Rivera. Y García es sólo un muchacho.

–Lo sé. A lo mejor estoy equivocado, y por ahí anda suelto un grupo de



dementes colgando gente por motivos que ignoramos. Pero hasta que no lo probemos, hasta que no encontremos dicho grupo, seguiré creyendo que Marcos García lo hizo.

No recuerdo la última vez que tuve una conversación real con alguien. Sólo frases útiles para moverme por la ciudad, pero nada suficiente, o algo consistente que revele una verdad, que pueda generar un pensamiento, un segundo para procesar.

Me siento un poco agitado en la ciudad, con la mugre que se mueve entre el aire y respiramos. Camino por una acera estrecha, golpeando suavemente hombros ajenos de gente en corbatas que caminan afeitados mirando hacia al frente, y adolescentes luciendo extravagantes y vacíos.

Me detengo en un estante callejero de periódicos al ver la primera plana. Dice “La muerte negra de nuestra nación”. La noticia está en la página cinco. Escucho la voz del vendedor diciéndome el precio del periódico. Volteo y lo veo sentado en una vieja silla de ruedas, lleva puesto en la cabeza un roído gorro de lana verde. No le digo nada y me doy la vuelta, lejos de sus periódicos.

–Es una noticia horrible – dice el vejstorio vendedor a mis espaldas, sentado en su silla de ruedas oxidada. – Aunque usted ya debió haberla oído en las noticias.

–No. No la he visto – digo mirándolo de reojo.

El vendedor se me queda viendo algo incrédulo, frotando sus manos sobre su regazo. No deja de mirarme. Quisiera saber qué piensa al ver mi rostro.

–¿En qué mundo vive, joven?

–En uno horrible, eso es seguro. – Digo volviéndome hacia él.

El vendedor esboza una sonrisa, dejándome ver sus dientes partidos y amarillos.

–Entonces somos paisanos – responde.

Saca uno de los periódicos del estante y lo extiende en mi dirección. No sé si tomarlo.

–No tengo dinero – le aseguro.

–Devuélvame como nuevo, entonces.

Tomo el periódico y observo la fotografía de la primera plana. Ha sido trabajada para que no se vea la cruda realidad tan cruda. Las palabras están en un rojo alarmante y chirriante. La muerte negra en nuestra nación. Abro la página cinco y miro rápidamente la noticia.

El desconcierto de las autoridades es abismal. Asumen que hay varios hombres detrás del atentado contra el senador. Hablan de terroristas y de crimen organizado. Soy un grupo peligroso que atenta contra inocentes y las bases de justicia y libertad en las que esta patria fue fundada. Casi me siento con el poder necesario para abrir el suelo en dos y dejar que el leviatán resurja.

Regreso el periódico tal como me lo entregó el vendedor.

–Gracias.

El viejo en silla de ruedas saca un termo debajo de su estante y un pequeño vaso plástico. Le limpia un poco el polvo con sus dedos.

–Tiene cara de que le vendría bien un café – dice sujetando un objeto en cada mano, el termo y el vaso, esperando por mi respuesta.

–Creo que usted lo necesita más que yo. Estará trabajando aquí fuera todo el día.

–El café sabe mejor cuando bebes con alguien.

Sirve un poco en el vaso de plástico y me lo ofrece.

Lo tomo con cuidado. Está caliente, sabe bien.

–¿Cómo se llama, joven? – pregunta sirviéndose un poco de café para sí mismo en una taza marrón.

–Marcos.

–¿Ha comido algo hoy, joven Marcos?

Asiento con la cabeza.

–O sea que tiene a dónde ir, una familia que lo espera.

No digo nada.

–La familia es lo más importante – dice escarbando entre una mochila de lana, hasta que encuentra una fotografía y me la muestra. – Mi hija y mi nieto.

Asiento, sin tomar la fotografía.

–Hacen que valga la pena vivir en este mundo horrible – exclama soltando una risotada ronca. – Le recomiendo que tenga hijos. A no ser que ya los tenga.

Son pura alegría, si sabe apreciarlos, son pura alegría. Toda esa mierda que dicen por ahí... ah, puras estupideces, un hijo nunca son malas noticias. Pero, bueno, vivimos en un mundo donde los humanos ya somos un estorbo, ¿no? – se queda mirando la fotografía, entrecerrando los ojos – ¿Cómo esto podría ser un estorbo? Hace que todo valga la pena.

Le tiemblan un poco las manos.

–Pero ¿qué se le va a hacer? Nos han declarado desechables ¿no?

A las seis de la tarde dan un reporte completo sobre el incidente Durán. Me quedo de pie en la sala de la hacienda viendo la noticia en la televisión, sujetando una copa de ron, mientras la botella abierta reposa en la mesa.

Lucio permanece con los brazos cruzados atrás mío.

–¿Ese senador tenía negocios con su padre? – pregunta Lucio una vez más.

–Con mi familia, con todos nosotros, sólo que nadie tuvo la molestia de informarme al respecto.

–No creo que deba confiar en lo que le diga Aurelio Rondón.

–No, no. Es cierto. Rondón pensó que yo lo sabía, se supone que es obvio. Sé que es cierto.

Por la ventana veo a mi tío Alberto llegando a la hacienda.

Le digo a Lucio que se marche, y él se da la vuelta y desaparece sin decir nada. Dejando rastros de su sombra manchando mi alfombra.

Cuando mi tío entra me encuentra de pie y con la noticia del asesinato del senador en el televisor a mis espaldas.

–¿Por qué nunca me dijeron nada? – pregunto.

–¿Qué, Santiago? – farfulla caminando hacia su habitación.

–Maldita sea, tío. Ya sé lo del senador. Sé que trabajó con mi padre, quizá con usted. Puede que hasta con Ismael ¿o me equivoco?

–Por favor, Santiago. Había asuntos que tu padre no podía compartir contigo en el momento. – Se detiene y me da la cara.

Camino hacia él despacio.

–Mi padre nunca planeó en involucrarme, y usted lo sabe, tío. Usted lo sabe. Me dejaron a un lado todo este tiempo. Incluso ahora que me aseguran que estoy a cargo. Esto es pura basura. Mierda.

–Nadie te dejó a un lado.

–Fui internado en la escuela más lejos que encontré, por seis años. Seis maldito años.

–Era el mejor instituto en ese entonces, Santiago. No confundas los negocios con eventos de tu infancia. Eras un niño, con un demonio ¿qué esperabas? ¿Ser informado de los asuntos privados de nuestros negocios después de terminar tu tarea?

–¿Cuáles eran los negocios que tenía mi padre con el senador?

–¿Qué importa? El senador está muerto, tu padre está muerto.

–Los asesinaron. Y es por ese negocio. Esto no es una coincidencia. No soy tan estúpido como mi padre y usted creían, tío.

–Nunca nadie te trató de tal manera. Pero tu comportamiento airado y rebelde es lo que nos llevó a mantenerte al margen de ciertos asuntos, Santiago. Es este tipo de actitud la que obligó a tu padre a ser discreto...

–¿Discreto? Mi padre me odiaba, tío. Ya no tenemos que pretender que no era así. El viejo está muerto ¿no? Yo fui una maldita decepción para él. Tuve que lidiar con eso toda mi vida y ya he hecho mis paces con ese hecho. – Terminó mi ron y dejó la copa a un lado. – Ahora, dígame, tío ¿qué negocios tenía mi padre con el senador?

–Nada importante, nada reciente. Esta historia pertenece a otro milenio, Santiago – asegura con cansancio, como si quisiera colapsar en algún sueño profundo.

–¿Asesinaron a mi padre y a este tipo por eso! Marcos García nos está cazando y usted, tío, prefiere seguir tratándome como un imbécil.

–¿Y qué vas a hacer? ¿Qué podrías hacer?

–¡Lo que nadie más ha sido capaz!

–Estás dejando que tus emociones te controlen, sobrino. Nunca dejes que tus emociones te controlen cuando estés lidiando con un problema de esta índole.

–¿A quién diablos tengo que preguntarle sobre el jodido senador y mi padre muerto?! ¿Tengo que desenterrar su puto cadáver? ¿O será que debo ir a ver a su ahijado favorito? Tal vez Ismael Santamaría me diga algo.

–Santamaría no sabe nada.

–Ismael sabe todo lo referente a mi padre. Siempre estuvo ahí, a su lado, como su puta sombra. Llenándose de poder y de plata en nombre de mi padre.

–¿De qué estás hablando, Santiago? Santamaría trabajaba para tu padre. Eran negocios.

–No. No. Sé diferenciar entre un lacayo y un hijo.

–Santamaría no es el hijo de Ramón, eres tú. Para tu padre la familia siempre fue lo más importante.

–La vida nunca es tan simple, tío.

Camino fuera de la casa, sintiendo los ojos de mi tío en mi espalda. Avanzo hacia la cabaña detrás de los contenedores y un par de autos viejos sin llantas. Saco la llave de mi bolsillo, abro el candado, y empujo la puerta de la cabaña. La luz se filtra y revela el polvo moviéndose por todas partes, enloquecido como un enjambre de abejas. La oscuridad va desapareciendo y veo a Teo tirado en una esquina, lleno de tierra, barro, quizá su propia mierda. Las quemaduras en su cuerpo se ven moradas. Sólo lleva su ropa interior, ya sucia. Se cubre la cara un poco e inclina la mirada.

Entro rápido y lo sujeto del cabello.

–El senador Durán ¿Lo conocía? ¿Trabajaba para Contreras?

Teo suelta un chillido, y puede que palabras, pero no entiendo nada. Me inclino y vuelvo a preguntarle.

–¿Qué sabe del senador Durán?

–Nada.

Sujeto su cabeza y lo golpeo contra la pared detrás de él.

–¡Qué sabe!

Berrea y se queda sin aire.

Tiene los ojos cerrados. Veo lagrimones cayendo por la mugre en su cara y mezclarse con las babas que le cuelgan de la boca. Levanta sus manos, con los dedos recogidos hacia sus palmas, sin dirigirlas hacia ningún lado.

Me detengo y respiro despacio. Tomo a Teo del rostro y limpio las lágrimas de sus mejillas, me ensucio las manos.

Él deja de llorar, pero mantiene los ojos cerrados.

–Cálmese, Teo. Sólo dígame si vio alguna vez a un sujeto mayor, de canas, siempre de traje. Un senador. El senador Pedro Durán. Quizá hablando con Armando, o con mi padre, con alguien.

Teo no se toca su propia cara. Veo sus ojos moviéndose debajo de sus párpados, como si fuera incapaz de abrirlos.

–Durán – dicen sus labios secos.

–Sí.

–Escuché su nombre. Lo mencionó el señor Contreras alguna vez, antes de

que lo mataran, antes de que Marcos García lo matara. Durán. Creo que dijo su nombre.

–¿Qué dijo Contreras de Durán?

–No sé – dice volviendo a chillar.

–Lo que sea, Teo ¿Qué dijo?

–Algo con tráfico, no sé. Mencionó al señor Casillas.

–A mi padre.

–Sí, Ramón Casillas. Y mencionó a alguien más.

–¿A quién?

–No sé.

Teo mueve la cabeza de lado a lado. Aún con sus manos levantadas y sus dedos cerrados.

–¿A quién, Teo?

–No sé. No sé. Creo... creo que Santos. Santos.

–¿Santos? ¿Quién es Santos?

–Santos.

Se cubre la cara y se encoge lo más que puede en este rincón de la cabaña. Agacha la cabeza entre sus piernas y éstas se aferran a ella con fuerza. El olor se hace fuerte y nauseabundo.



Saco un cigarro y lo dejo entre mis labios.

–Hace frío. – Dice Raúl con las manos en su abrigo, encogiéndose su cabeza entre sus hombros.

Le ofrezco la cajetilla de cigarrillos y él niega con la cabeza.

–¿En serio? – Pregunto mientras enciendo el mío – ¿Otra vez?

–No he fumado en quince días.

–Haz una línea en la pared.

–Me he sentido mejor.

–Hasta que lo que venga te haga caer, de nuevo.

–Papá dejó de fumar, por completo.

–Sí, tenía cincuenta y cinco años y empezó a toser sangre. Mamá se puso a llorar toda la tarde, y se fue al jardín a plantar las flores que le llevaría a la tumba. – Suelto el humo por mi boca – ¿Raquel hizo algún drama parecido?

–Esto es por mi salud. Ya es suficiente drama vivir, no necesito envenenarme para hacerlo peor.

–No digo que fumes, sólo digo que en cualquier momento encontrarás la razón perfecta, o la excusa necesaria, para hacerlo.

Raúl se me queda viendo por unos segundos. Sigue temblando de frío, pero su mirada es contundente.

–¿Qué? – pregunto.

–¿Viste ese cadáver en persona?

Mantengo el humo en los pulmones y doy dos pasos lejos de Raúl para soltarlo al aire.

–¿El senador colgante? Todo el mundo estaba ahí, Raúl.

–Me dijeron que le habían arrancado la cara al tipo. Que el asesino puede

ser un caníbal que se lo comió, o un demente de ese tipo.

–¿Quién diablos te dijo eso, hermano?

–La gente habla.

–No. A la gente le gusta el morbo y el amarillismo. – Arrojo la colilla al suelo y la aplasto con mi zapato – Un caníbal, imbéciles. ¿Por qué tienen que elaborar lo peor entorno a una maldita historia?

–¿Entonces no le quitaron la cara?

Lo agarro del brazo y lo halo hacia la entrada de su casa.

–Entra o te matará el frío.

Raquel nos sirve algo de té y me dice que es bueno para los nervios. Lo repite para que lo recuerde.

–Ya sabes – me dice ella – después de ver tantas cosas horribles en tu trabajo, no quieres irte a la cama con eso.

–No hay un té lo suficientemente fuerte, Raquel.

–La soledad no ayuda tampoco – asegura mi hermano.

–No estoy solo, los tengo a ustedes.

–Hablé con Sara esta tarde – dice Raquel – me dijo que tu compañero, Agustín, fue todo un caballero, algo callado.

–Díaz es un tipo reservado, y puede que ésta haya sido la primera cita de su vida.

–¿Qué dijo él? De Sara.

–No mucho. Pero lo vi satisfecho.

–No sugirió una segunda cita. Ella cree que no está interesado.

–Lo está, sólo que no sabe lo que hace. No sabe mucho acerca de la vida.

–Tienes que hablar con él.

–No te preocupes, Raquel. Tu amiga puede dormir tranquila.

Llegada las diez de la noche subo a mi auto y sintonizo la radio. Mientras me dirijo a casa escucho a los locutores hablar sobre las declaraciones que han dado otros senadores respecto al caso Durán. Aseguran que el gobierno no los apoya suficiente y que su seguridad está a la deriva. Exigen mayor protección y creo que empezarán a pedir por un aumento para continuar salvando el país a pesar de que sus vidas están en riesgo.

Voy subiendo las escaleras y escucho todas esas voces que vienen desde el otro lado de las paredes. Mis vecinos siguen viendo televisión. Miro la hora. Casi las once de la noche. Es miércoles, creo. Un maldito miércoles y los vecinos están viendo algún concurso televisivo barato, con mala señal, pero a todo volumen, como si al resto de nosotros nos importara una mierda.

Entro a casa y voy a la cocina por una cerveza helada. Solo una. Me lavo el rostro, las manos, y la boca antes de deshacerme de toda mi ropa y cambiar de prendas por completo para irme a dormir.

La luz de mi habitación titila. Va a morirse en cualquier momento y quizá haga algo al respecto cuando en realidad me afecte la oscuridad. El color es opaco y deprime las paredes de mi cuarto y a las sábanas sin tender. Guardo mi arma en el último cajón de mi mesa de noche, junto a mi cama, en el mismo lugar de siempre.

Me sobo la nunca. Debí haber dormido mal la noche anterior. No se lo mencioné a nadie. Tuve un dolor horrible de cuello esta mañana y no había nadie a quién decírselo. Todavía me duele.

Apago la luz y me acuesto boca arriba. Escucho un murmullo que viene del bar al final de la calle. Es el lejano sonido de música y borrachos. Pero intento mantenerme ajeno a ello y cierro mis ojos sin mucho esfuerzo, sin ganas de abrirlos de nuevo.

Sueño con Raúl y con mi padre. Somos unos niños, mi hermano y yo. Tenemos botas pantaneras y llevamos puesto sacos de lana viejos y con algún que otro agujero o hebra sobresaliendo por la silueta. Nos movemos por entre lodo y algo de neblina, poco después de la madrugada, por lo que todo aún está grisáceo y adormilado. Mi padre va a caballo frente a nosotros, tiene una ruana blanca y un rifle colgando de su hombro que se balancea despacio como el mar pesado al movimiento del animal. Mi padre levanta la mano, y nos señala con el dedo un animal que hay en la colina. Es una bestia enorme a cuatro patas que se confunde con la niebla. “Un lobo” dice mi papá. Mató a una de las terneras el día anterior, se comió casi la mitad y dejó un desastre de barro mezclado con sangre y tripas al borde de nuestra reja de madera.

Mi padre se baja del caballo y nos dice a mi hermano y a mí que nos quedemos donde estamos sin hacer ningún ruido, pero observando bien lo que va a hacer. Toma el rifle con ambas manos y se va despacio por entre el lodo y el descontrolado prado.

Un montón de moscas vuelan frente a mi cara y las espanto con mis manos sin tener mucho éxito. Veo a mi padre quieto entre matorrales, apuntando con

el rifle hacia la colina. No se mueve, y lo confundo con las piedras que cubren el panorama matutino de las montañas. Está estático con el arma en sus manos, el dedo en el gatillo, observando al animal a los lejos.

Me despierto.

No hay luz entrando por las ventanas. Ningún sonido. Deben ser las tres de la mañana. Respiro despacio y me acomodo en la cama para acercarme a mi mesa de noche. Levanto un poco el rostro y miro en la negrura que se traga mi cuarto. Todo es siluetas. Las mismas siluetas que veo cada noche cuando abro los ojos a mitad de algún sueño sin terminar. Pero no. No es lo mismo que veo cada noche. Hay más. Quizá mucho más, pero no podría estar del todo seguro. Muevo mi mano despacio en dirección al último cajón de mi mesa de noche.

Sigo mirando la oscuridad. No se ve nada. No se ve.

Mis dedos tocan la madera del cajón, y lo halo. Se abre lo suficiente para que mi mano entre. Toco el interior. No encuentro mi arma. Mierda. Busco en toda la superficie del cajón. ¿Es el último? Es el último cajón.

Miro a la oscuridad. Las siluetas se mueven enloquecidas en mi cuarto. Pero son solo sombras de la noche. Solo hay vacío. Y algo más.

Pienso por un momento.

Sí, dejé el arma en el último cajón.

Maldita sea.

Me levanto rápido y antes de que me dé cuenta siento un golpe en el pecho y en mi cabeza a la vez. Vuelvo a la cama y el aire se me sale de los pulmones. Hay algo sobre mi pecho. Siento que me aplasta la garganta. Muevo mis manos y palpo a alguien sobre mí. Un cuerpo. Maldita sea.

No puedo.

No puedo respirar.

Toco su rostro.

La luz de un auto entra por la ventana y veo sus ojos frente a los míos. Unos mechones los cubren.

—Tiene que entender...

Dice.

Lo agarro con mis manos y comienzo a levantarlo. Soy más grande, más fuerte. Un muchacho no puede conmigo. Pero siento más presión en mi cuello. Me presiona el pecho con fuerza y me captura las manos bajo su peso.

—Para muchos las pesadillas no importan. Pero para gente como yo, significan todo. Le dan sentido a cada acción.

Mis ojos se humedecen y siento que mi cuerpo va a explotar.

–Lo siento, de verdad. No quiero hacer su vida un infierno, oficial. Créame que no – dice muy cerca –. Pero tiene que entender.

Me muevo con desespero debajo de su cuerpo, y él libera un poco mi garganta y siento algo de aire llenándome.

–Así es como tiene que ser.

Libero una de mis manos e intento empujarlo fuera de mí. Pero presiona mi garganta y mi pecho una vez más, y me siento aplastado.

–Lo siento.

Toma mi mentón con su mano y me sostiene para que mi cabeza deje de moverse. Su rostro se acerca demasiado al mío, y me cubre por completo. Siento sus labios posándose en mi frente, aferrándose a mi piel por unos segundos que se sienten infinitos. Están helados. Sus labios. Puedo olerlo, por un momento.

Se aparta de mí con cuidado, consciente de cada movimiento que yo hago, y previniéndome de hacer cualquier cosa que él no desee.

Siento un golpe en mi rostro. Creo que me hundo en mi propia cama hasta que me pierdo cayendo tan profundo como se puede caer hasta desvanecerme en el centro del mundo y todo se nubla. Vuelvo a estar en la oscuridad total.

Creo ver a mi padre sosteniendo un rifle, estático entre el lodo. El ruido del bosque es suave pero abrumador. Tiene el dedo en el gatillo. Y el caballo da un par de pasos hacia atrás. Soy sólo un niño en un mundo gris, un pantano lejos en el tiempo.

Abro los ojos y siento un dolor intenso en mi mandíbula. Estoy respirando demasiado rápido, desesperado por aire. Hay una punzada en mi pecho, pero ya no hay nada allí.

Estoy en mi cama. Todo sigue opaco. Intento moverme rápido, pero es casi imposible. Enciendo la lámpara y revela la soledad en mi habitación. Abro el último cajón en mi mesa de noche y veo mi arma donde la dejé.

Me levanto de la cama y caigo al suelo de inmediato. Las piernas no me responden por ese instante. Pero obligo a mi cuerpo a funcionar, y me coloco de pie. Tengo el arma en mi mano, apuntando hacia el umbral de mi habitación.

Afuera, en el corredor, no hay nadie. No hay señas de que alguien más hubiese estado aquí. Cada detalle está inmóvil.

Reviso el baño y la cocina. El estudio. Todo el apartamento, pero no hay nadie.

Debí estar inconsciente una media hora, puede que más. Son las cuatro y veinte de la mañana. Tomo el teléfono y marco el número de Díaz. Timbra

varias veces antes de oír su apagada voz.

–Diga.

–Díaz ¿Está su casa asegurada?

–¿Rivera? ¿Qué le pasa? Son las cuatro de la mañana.

–¿Hay alguien más en su casa?

–No ¿Quién más estaría aquí? ¿Está borracho?

–Irrumpió en mi casa, Díaz.

–¿Qué? ¿Quién?

–Escuche con cuidado. No repita en voz alta lo que le voy a decir. – Toso con fuerza, la garganta se me desgarró un poco, y me hace sonar osco – Marcos García estuvo aquí. Me atacó.

No escucho su voz por un momento.

–Revise su apartamento, Díaz. Asegúrese que no haya nadie.

Escucho cómo deja el auricular sobre la mesa y se levanta a recorrer todo su apartamento.

–No hay nadie, estoy solo – dice.

–Entonces no irá. Sólo quería venir aquí.

–¿Está seguro que era él, Rivera?

–Era él, Díaz. Me habló.

–Por Dios, Rivera ¿Está herido?

–Estoy bien. Sólo me golpeó para noquearme, pero estoy bien. No quería matarme, eso es seguro.

–¿Qué quería, entonces?

–No lo sé, chico. No tengo idea.

A estas alturas de mi vida ya debería estar acostumbrado a ver a la gente que conozco irse para siempre, escondidos en sus tumbas. Pero uno no se acostumbra. No se puede. Aunque la muerte sea un hábito siempre es sorpresiva. Y diablos, sí que se nos olvida que la vida no es perpetua.

A mi padre lo mataron hace ya muchos años, cuando yo era todavía chico. Vivíamos en un pueblo cerca a Ciénaga, en una extensa finca con un lago enorme encerrado por pinos y naranjos, había trabajadores hablando y moviéndose por todo lado, siempre activos y risueños, atentos al folclor popular musical y el alcohol. Por ese entonces estaba ardiendo el conflicto bipartidista. Los pardillos y los camachuelos (así se decían entre ellos) se mataron los unos a los otros por varios años. Mi padre era pardillo, conservador, serio y estricto. Teníamos una bandera nacional y otra del partido a la entrada de la finca ondeando a cada momento. Él leía poesía por la tarde, sonetos a la patria, al honor, y se quejaba abiertamente con gritos demenciales de los descarriados pájaros promiscuos de otra bandera.

En una temporada de lluvia mataron a uno de los líderes de los camachuelos. El doctor Ignacio Miranda, y se armó una hecatombe en el país que causó fuego y cuerpos tirados por carreteras de tierra.

Los camachuelos culpaban a los pardillos por la muerte del doctor Miranda. Y comenzaron a perseguir a los miembros del partido. Toda una caza de brujas.

Unos pueblerinos camachuelos enloquecidos se metieron a nuestra hacienda, mataron a tres trabajadores y rebanaron varios caballos. Sacaron a mi padre a media noche, lo arrastraron hasta la entrada de la finca y lo despedazaron a machetazos. Dejaron sus pedazos tirados en montículos de

carne y tripas, entre charcos de sangre, su ruana destrozada a un lado, y uno de sus zapatos, y se fueron gritando y cantando, blandiendo las hachas sangrientas al aire. Después de eso aparecieron los “chulos”, unos rebeldes en uniformes de camuflaje, que se metieron en las selvas y en las montañas, amenazando con tirar el imperio pardillo. Y el gobierno se la pasó bombardeando los bosques y caseríos por meses dispuestos a acabar con cada rebelde. Varios años después, luego del exterminio de los chulos, aparecería la Armada Independiente de Liberación, AIL, que continuarían la guerra civil por varias décadas.

Poco tiempo después de la muerte de mi padre, a mi hermano menor, Mateo Casillas, le entró una fiebre fuerte e inquebrantable que lo encerró en su habitación por meses, fue aislado de nosotros y se convirtió en una leyenda de la que mamá no paraba de hablar. Sufría de alucinaciones y ataques de los que pocas veces fuimos testigos. Finalmente, tras las visitas de médicos y curas, fue internado en algún hospital y murió allí aun siendo niño; imagino que con mi madre sujetándole una mano mientras con la otra se aferraba a su rosario.

Ramón y yo nunca volvimos a hablar de él.

Mi mamá se murió vieja, en silla de ruedas, tan sorda como se puede estar, y con una paranoia venenosa que la llenó de rencores con todos nosotros, por todas las cosas vulgares y necias que nunca dijimos pero que ella escuchaba.

Y a Ramón, mi último hermano, lo apuñaló un muchacho llamado Lucas Sandoval en la sala de nuestra hacienda. Nadie sabe por qué. Se metió una noche y se quedó el tiempo suficiente para ver a mi hermano morir desangrado. Uno de nuestros trabajadores vio a Lucas por la ventana, parado en medio de la sala, sosteniendo un cuchillo. Y después desapareció.

Ya nadie de los que habitábamos en esa finca de banderas y lagos encerrados está vivo, sólo yo. Y aquí estoy esperando a que el resto se muera, que se maten entre sí, con balas o a machetazos, ya nada me sorprendería. Ni ese senador colgando de patas.

Me quedo viendo a mi sobrino Santiago en el auto, mientras Lucio nos cuenta que la noche pasada asesinaron a tres de sus vendedores de coca en el sur. Algunos testigos dicen que los atacó una pandilla por sorpresa y los apuñalaron. Pienso en mi hermano Ramón por un momento.

–Escuché que a cada uno fue acuchillado más de veinte veces. – Dice Lucio mirándonos por el espejo. – Suena personal.



Nos cuenta que también les robaron cuatro kilogramos de cocaína y que escribieron en las paredes de ladrillo alrededor de los cuerpos una palabra. La misma. Una y otra vez.

–¿Qué palabra? – pregunto.

–“Checo” – dice Lucio.

Miro a Santiago y le pregunto si eso significa algo para él. Pero me evade y mira la calle deshabitada al otro lado del vidrio.

Entro a una cafetería y camino de largo por el pasillo, hasta llegar detrás del mostrador. Sentado en una mesa pequeña está el patrullero Estévez, tomándose un tinto pequeño.

–Los atacaron a la media noche – dice Estévez sujetando su pocillo agrietado.

–¿Quiénes?

–Los llaman los “Cayetanos”. La pandilla más jodida del sur. Creo que fueron diez tipos en total. Llenaron de huecos a sus vendedores. Diferentes puñales, más de cinco.

–¿Ya levantaron los cuerpos?

–Bien temprano. Después de que los mocosos del barrio robaron lo que pudieron de los cadáveres, lo que no se llevaron los pandilleros.

–¿Qué significa lo que escribieron en las paredes?

–“Checo”. Era un Cayetano. Su nombre de pila era Sergio López. Un chico de veinticuatro. Lo encontramos en un botadero de escombros al occidente hace unos días. Le dispararon tres veces en la cabeza. Poco probable que haya sido otro pandillero. Se matan a puñaladas entre ellos.

–¿Y este muchacho qué tiene que ver con nuestros vendedores?

–Escuché que los costeros agarraron a Checo de la calle. La gente dice que fue Santiago Casillas el que le metió las tres balas.

–¿Santiago mató a ese chico?

–Los Cayetanos lo debieron haber escuchado en algún lado. Por eso atacaron a sus tres vendedores. Es retribución.

–¿La policía lo sabe? Lo de Santiago.

–Si alguien más lo sabe no le importa. Checo era un pandillero, un ratero drogadicto. Tenemos cosas más importantes en las que ocuparnos.

Regreso al auto y tomo asiento junto a mi sobrino. Lucio no arranca el motor.

–¿Mataste a ese chico, Santiago?

No me dice nada, sigue mirando por la ventana.

–Por eso mataron a tus trabajadores, sólo para que lo sepas. Esos Cayetanos, pandilleros, o como sea. El tal Checo era uno de ellos.

–Marcos García también – dice mi sobrino.

–¿Qué?

–García era parte de esa pandilla, antes de trabajar con Contreras. Checo lo conocía.

–¿Y creías que ese ratero sabía algo más de Marcos García? ¿Ah? ¿Creías que te iba a dar la dirección de su casa?

–Tenía que preguntar.

–Marcos García no es tan estúpido como para dejar un rastro tan fácil de perseguir. Ninguno de esos pandilleros tiene idea alguna de quién o dónde está García.

Santiago oculta su boca con su mano y le pide a Lucio que encienda el auto.

–¿Quiere que lo deje en algún lado, tío? – pregunta sin mirarme.

–¿A dónde vas tú?

–Tengo cosas que hacer.

–¿Vas a hablar con los costeros?

–Dígame donde lo dejo, tío, o tendrá que quedarse aquí.

–No te fíes de esa gente, Santiago. No vayas a hacer una estupidez. Por culpa de ellos mataron a tus vendedores.

Santiago sigue ignorándome, necio como un niño.

Hago silencio y me bajo del carro antes de que el aire se llene de más tensión.

Lucio arranca y el auto se aleja por entre las calles.

Tal vez Santiago es tan imbécil como todos dicen. Nunca he tenido problema con su ira destructiva. Siempre la ha tenido y solo Dios sabe si tendrá algún fundamento, pero no puedo soportar que actúe como una bestia analfabeta.

–Ahora empieza guerras con cualquier pandilla sureña. – digo aun enojado.

–¿Cuál es el nombre de la pandilla? – pregunta Santamaría.

–Los Cayetanos. Aficionados de los cuchillos.

–¿Y Marcos García hacía parte de ellos?

–Poco tiempo. Como por un parpadeo, nada más. Esos inútiles están por debajo de García.

Estoy en la casa de Ismael Santamaría, sentado en su sala mientras su

esposa nos prepara algo ligero.

–¿Cuánto les robaron? – pregunta.

–Unos cuantos kilos. Eso no es lo importante. El sur es irrelevante comparado con lo que vendemos en los clubes, en el Torreyana. – Tomo un respiro – Me preocupa la relación que tiene Santiago con esos bárbaros de la costa.

–Eso ya no es asunto mío.

–Es asunto nuestro, Ismael. Si Santiago se sale de nuestras manos puede involucrarlo.

–Estoy fuera, Alberto. No hago parte de eso.

–¿Cree que por tener un par de restaurantes legítimos va a borrar todo lo que hemos hecho?

–Santiago se le salió de las manos a todo el mundo. Se le saldrá de las manos a los costeños, a la policía. Alguien lo verá y le cortará la cabeza. Puede que lo haga Marcos García. Ya no me importa.

Amanda llega en ese momento, con dos platos pequeños con un postre casero que deja sobre la mesa de centro junto al café. No se me ocurre nada qué decir. No me sonrío, ni me mira, y se marcha de inmediato.

Ismael toma su plato y comienza a comer despreocupado.

–Santiago sabe lo del senador Durán – le digo – Estuvo preguntándome sobre qué tipo de negocios él y su padre tenían.

–El senador está muerto y Ramón también.

–Pero Alfonso Santos está vivo.

–Y en Mendoza, lejos de aquí.

–Oí que va a venir al homenaje que le van a hacer al senador Durán. Y cuando se entere de las estupideces que el hijo de Ramón Casillas está haciendo, va a buscarlo a usted, Ismael.

No responde.

–Hace pocos días era usted el que se preocupaba por Santiago y su comportamiento – le digo – Y ahora no le importa.

–Voy a comprar el Delicatezza, tengo una familia, otros negocios, Alberto. Santiago ya no es mi problema.

–Lo conozco, Ismael. Y sé que usted no es tan tonto como para creer eso.

–Entonces, dígame, Alberto ¿Qué quiere que haga? ¿Ah? ¿Quiere que dé la orden de matar a su sobrino?

–Por supuesto que no.

–Entonces ¿cómo se supone que controle a Santiago? Mientras siga

respirando, será incontrolable.

Suelto un suspiro y agacho la mirada.

–La verdad es que no sé qué hacer – confieso – Estoy pensando en hablar con él y contarle todo. Contarle sobre los negocios de Ramón y el senador. Contarle la verdad de Aprima antes que se entere por alguien más... No sé.

Santamaría deja de comer y levanta la mirada, pero es incapaz de decir algo.

–Cuando sepa la verdad dejará de ir matando gente intentando averiguarla – le aseguro.

–¿Va a contarle a Santiago lo que pasó en Aprima? – Pregunta Santamaría en voz baja – ¿Va a decirle qué clase de hombre era su padre? Quién era Ramón.

–Mi hermano era sólo un hombre. Tenía sus demonios como el resto de nosotros.

–No, no tenía simples demonios. Y eso hasta el mismo Ramón lo sabía. Él nunca quiso, nunca, que su hijo se enterara.

–Ramón está muerto, no tiene que rendirles cuentas a los vivos.

–Las tiene, y no creo que la respuesta esté en contarle a Santiago. No sabemos cómo va a responder.

–¿Así que de nuevo le interesa lo que haga Santiago?

Santamaría se levanta y deja el plato sobre la mesa. Se aleja por el pasillo hacia una de las habitaciones mientras dice:

–Entonces, adelante, Alberto, cuénteles a Santiago todo. Hábleles de Tierra Babilonia también. Hábleles de Aprima. Tal vez enloquezca y se pegue un tiro.

Era momento de dejarlo todo. Son otros tiempos y tengo que cambiar de rumbo.

Ramón lo sabía, no dijo nada al respecto cuando le conté mis planes de abandonar este negocio, pero él lo sabía. No estoy dispuesto a perder todo lo que Santiago había perdido por ser parte de todo esto; a mi familia, a mi esposa, mi cordura.

Asesinaron a Ramón, a Contreras. Sé que tengo que irme, pero dejar a Santiago Casillas a cargo de lo que yo dejo atrás, de todo lo que hice, lo que hicimos, es darle poder. Y hombres como él crean caos con el poder.

Alguien tiene que mostrarle a Santiago que no puede estar actuando como un jodido carnicero.

Me coloco mi abrigo y tomo mi arma.

Amanda, mi esposa, me mira desde la entrada de la sala. Tiene los brazos cruzados y la mirada tranquila.

–Tengo que hacer esto, Amanda – le digo guardando mi arma.

–Lo sé.

Tomo mi reloj de la mesa y me lo coloco.

–Sólo regresa. – Dice ella con tono austero – Así sea con sangre en la camisa, pero regresa.

La puerta se abre y entra mi hijo Manuel y tras él Don.

–Dime que no vas a ir donde Santiago Casillas – dice Manuel caminando hasta donde me encuentro.

–Sólo voy a hablar con él.

–¿Sobre qué? El tipo está demente. No hay nada de qué hablar.

Miro a mi esposa y le digo adiós pero sin hacerlo audible. Y salgo en

camino hacia el auto.

Manuel entra conmigo y se sienta a mi lado.

Don enciende el motor.

–A la hacienda de los Casillas – le digo y Don arranca el auto.

–Oí que mataron a unos de sus vendedores en el sur. – Comenta Manuel mirando si su arma está cargada.

–Santiago es susceptible a los problemas, se desespera si algo se sale de control, y luego él termina fuera de control. No podrá con este negocio.

–¿Y qué se supone que hagamos al respecto? ¿Qué vas a decirle a ese enfermo?

–Yo veré qué le digo, Manuel. Si vas a venir mantente callado.

El auto avanza por la avenida casi desocupada.

–¿Qué sabes de tu hermano? – le pregunto a Manuel.

–¿Por qué?

–Tu madre está preocupada por él.

–¿En serio? ¿Eso es lo que le preocupa a mi madre? Tenemos que lidiar con lunático como Santiago y mi...

–Solo responde, Manuel ¿Cómo está Antonio?

–No lo sé. Ocupado, trabajando en su club.

–¿Hay razones para estar preocupados?

–No sé. Puede. – Manuel me mira de reojo y se encoge de hombros – Creo que está atrapado en el trabajo, con niños adinerados, cocaína.

Aparto mi rostro y miro por la ventana.

Una hora después llegamos a la hacienda. La puerta del parqueadero está abierta y le digo a Don que deje el auto en la entrada.

Los tres nos bajamos del carro y caminamos dentro de la hacienda a paso ligero. Hay un perro encadenado al fondo, sentado en el prado bajo el sol. Se nos queda viendo mientras avanzamos hacia el interior.

No damos muchos pasos cuando Santiago aparece en bata, con pantalones oscuros y un par de gafas de sol enormes cubriéndole gran porción de la cara, como si llevase una máscara. Se detiene a varios metros de nosotros. Lucio Arévalo, su hombre de confianza, está tras él.

Me detengo cuando los veo. Manuel y Don hacen lo mismo.

–Ismael Santamaría – dice Santiago mirándome tras sus gafas oscuras – ¿A qué debo el placer?

–Santiago ¿Cómo va todo aquí?

–Como debe estar, Santamaría.

–Escuché que ha tenido algunos problemas.

–Igual que el resto de mortales.

–Mataron a tres de sus vendedores en el sur, al parecer por venganza.

Dicen que usted le disparó a uno de los pandilleros.

–Las noticias vuelan por estos días al parecer – responde Santiago volteando a ver a Lucio, sonriendo.

–¿Ha habido algún avance sobre García? ¿Sabe dónde podría estar?

–Sé lo mismo que ustedes. Oh no, espere, no. No sé lo mismo – dice levantando las manos hacia mi dirección –Olvidaba que usted siempre ha sabido más.

Metó mis manos en los bolsillos y suelto un suspiro.

–Tiene que moverse con sutileza, Santiago. O todo el mundo volteará a ver en su dirección.

–¿Y qué es lo que van a ver?

–Van a verlo desesperado por atrapar a este chico García. Lo van a ver matando al que sea que le moleste. Van a verlo torturando a un pobre diablo, aquí, en su propia casa.

–Se mantiene informado, Ismael. ¿Debo agradecerle a mi tío por eso? ¿O debo preocuparme que todo el mundo esté hablando por ahí?

–Sólo queremos prevenir atención no deseada.

–¿Cómo la de quién?

–La policía, por ejemplo.

–¿La policía? Mataron a un senador, por el amor de dios, Ismael. La policía no vendrá hasta aquí por un pandillero.

–No me interesa el pandillero.

–¿Entonces quién?

–Teófilo Rueda.

Santiago se queda mirándome unos segundos y luego sonrío de nuevo, extendiendo sus brazos hacia los lados.

–Teófilo Rueda ¿por qué diablos quiere a Teófilo Rueda?

–Es cuestión de cumplir mi palabra – le digo – El chico está bajo mi protección.

–Pues su protegido ha estado aquí las últimas semanas ¿por qué le importa ahora?

–Para evitar que siga llamando la atención, Santiago. Deje ir al chico. Deje que venga conmigo.

Santiago borra la sonrisa de su rostro. Se queda mirándome sin moverse,

oculto tras sus lentes.

Se da media vuelta y le arroja una mirada a Lucio, quien piensa por un momento para luego alejarse hacia la parte de atrás de la hacienda.

Durante todo ese tiempo nadie dice nada. Manuel y Don permaneces tras de mí en silencio. Todos vigilados por Santiago Casillas a unos cuatro metros de nosotros.

A lo lejos aparece Lucio sujetando con ambas manos una figura lánguida. El sol nos cae con fuerza. Después de unos segundos veo que la figura es Teo. Lleva puesto únicamente su ropa interior. Su pellejo envuelve sus huesos, tiene los ojos perdidos entre unas cuencas amoratadas, y hay marcas ennegrecidas esparcidas por su piel. Camina con dificultad hacia nosotros. Parece confundido y asustado.

–Por Dios – susurra Manuel.

La imagen me causa algo de ira. Pero no dejo que me controle.

Veo una costra de sangre seca aferrada al mentón de Teo. No logro reconocerlo, pero es él. Entrecierra los ojos ante el sol, y mantiene las manos apagadas, como si estuvieran muertas.

Camina descalzo sobre las piedras y la tierra, como un muerto viviente. Santiago se acerca a él a cortos pasos mientras me dice:

–Tómelo como un gesto de cortesía.

Se posiciona frente a Teo y le limpia el rostro con sus dedos. Teo parece perdido entre las manos de Santiago. Nosotros sólo podemos quedarnos allí a presenciarlo.

Santiago se quita las gafas de sol y le acaricia la mejilla a Teo, quien no reacciona en absoluto. Es sólo un muñeco sin vida en posesión de Casillas. Luego lo toma del brazo y le dice que siga caminando.

Teo nos mira con la cabeza inclinada, y sigue dando pasos torpes.

Santiago se coloca de nuevo sus lentes y nos da la espalda mientras camina al interior de la hacienda.

Pareciera que Teo va a desplomarse en cualquier momento, por lo que avanzo hacia él para sujetarlo. Y en ese momento Santiago se da media vuelta, extiende un arma hacia nosotros y dispara una vez.

Del pecho de Teo sale una bala hacia la nada, y éste cae de inmediato de cara hacia el suelo. Colapsando justo en frente de mí.

El resto de nosotros nos apartamos un centímetro, aterrados ante el tronar del disparo. Mientras que el perro encadenado empieza a ladrar enloquecido por el eco del tronar que permanece atrapado en el aire por unos momentos.



–Así es como soluciono mis problemas – dice Santiago mientras va bajando la boquilla del arma hacia el suelo – No necesito de su ayuda, Ismael.

Y sigue caminando junto a Lucio, lejos de nosotros.

Tomo a Teo y reviso la herida. El chico sigue vivo. Balbucea a susurros mientras la sangre sale desesperada de su cuerpo.

–¡Ayúdame, Manuel! – grito.

–¿Qué piensas hacer?

–Lo llevaremos a un hospital – digo mientras levanto a Teo del suelo y camino hacia el auto.

–¡Está muerto, papá! – exclama Manuel a mis espaldas.

Don abre la puerta trasera del auto y arrojo a Teo dentro. Me siento y coloco a Teo sobre mí. Intento presionar ambas heridas para evitar que se desangre. Manuel se sienta junto a Don en la parte posterior del auto, y arrancamos de inmediato de regreso a la ciudad.

Levanto el rostro de Teo y veo que abre los ojos.

–¡Teo! ¿Qué sabe Santiago? ¿Qué le dijo? Dígame qué le dijo – le pregunto a gritos, pero no gesticula palabras claras.

Sus ojos se mueven sin sentido, ahogándose en la profundidad de su cabeza, se van cerrando.

Manuel se queda mirándome, aterrado de ver como mis manos y mi ropa se llenan de sangre, mientras sigo gritando.

–¡Maldición! ¡Teo! ¿Qué diablos le dijo? ¿Qué más sabe? ¿Sabe sobre Alfonso Santos? ¿Sobre Aprima? ¡Teo!

Los ojos de Teo dejan de moverse, y su cuerpo deja de agitarse entre mis brazos. Sigo presionando las heridas, y la sangre sigue fluyendo por entre mis dedos. Sigo gritándole. Su cabeza flaquea y queda colgándole, balanceándose con el movimiento del auto.

Manuel deja de mirarme, retomando su posición en su asiento. No digo nada por unos minutos, y luego le pido a Don que detenga el auto en algún sendero.

Tenemos que deshacernos de Teo.

Don me mira por el espejo retrovisor.

–¿Cree que Teófilo le dijo algo a Santiago, señor? – pregunta.

Es viernes. Intento permanecer sentado en mi escritorio sin hablar con nadie. Tomo algo para el dolor de cabeza, junto con un café frío. El ruido de la comisaría debería ayudarme a mantenerme despierto, pero siento que permanezco sedado en la penumbra, inconsciente de lo que ocurre a mi alrededor.

En la televisión están presentado un debate sobre los últimos acontecimientos del país, específicamente la muerte del senador.

La cabeza no deja de dolerme y busco en los cajones mi escritorio algo más que pueda tomar. Pero sólo hay basura en mi puesto.

Díaz se acerca despacio y me mira sin decir nada, contemplando mi actuación desesperada. Y me pregunta si estoy bien. Pregunta si he hablado con alguien. Reportado lo que ha ocurrido la noche anterior con Marcos García.

–Fue un atentado contra su vida, Rivera – comenta el chico aún de pie, junto a mi escritorio.

–Nadie cree aquí que García es un peligro. Buscan grupos terroristas, enemigos de otra índole. – Miro a Díaz a la cara y le digo – además estoy bien, chico. García no me ha lastimado.

Díaz se acerca mucho más y exclama con fuerza:

–¿Qué es lo que dice? ¡Ese tipo es un asesino! Si estuvo en su casa debemos...

Me levanto y tomo a Díaz por el brazo.

–No vamos a decirle nada a nadie, Díaz. Si esta gente se entera sobre lo que ocurrió puede que me remuevan del caso o coloquen protección en mi casa. Y no quiero que me vigilen. Mi vida no corre peligro. García no me

quiere muerto, pero quiere algo de mí. Voy a averiguar qué es, y no podré hacerlo con la comisaría vigilándome la espalda todo el tiempo.

–No está hablando en serio, Rivera.

Vuelvo a tomar asiento.

–No puede mantener esto en secreto. Marcos García es demasiado peligroso para correr el riesgo.

–Siéntese y haga su trabajo.

Díaz no aparta la mirada. Permanece de pie por un tiempo hasta que toma un asiento junto a mi escritorio.

Un oficial con mala pinta se acerca al televisor y le sube el volumen todo lo que puede. En la pantalla se ve el rostro del senador Andrés Parra gesticulando palabras con euforia.

–...la situación es crítica para la nación en estos momentos. ¿Qué se puede esperar de un país donde ni el cuerpo legislativo está a salvo? Las acciones tan atroces realizadas por los perpetradores reflejan una cultura violenta en donde los representantes del pueblo corren peligro al hacer su trabajo. – Dice el senador haciendo ademanes fuertes hacia la cámara – No se puede hablar de seguridad nacional mientras este crimen permanezca impune, mientras no se garantice la seguridad de mis colegas.

–Es cierto que la seguridad de este país es deplorable – interviene un periodista de edad, con gafas de lente grueso y cabello gris –. Y como hemos atestiguado, no se trata de crímenes menores, sino de transgresiones infames, brutales, por no decir menos. Estamos retrocediendo a la época de la violencia sanguinaria. Pero esto ha sido así ya por bastante tiempo, el hecho de que se requiera el asesinato de un senador para enunciarlo en voz alta me parece terrible. La nación se hace ciega ante los crímenes que vive el pueblo, la gente del común, día a día.

–No hay que negar que el asesinato del senador Durán fue un crimen lejos de ser cotidiano. – Dice la presentadora del programa – El atentado fue un ejemplo claro de las acciones que toman aquellos que van en contra o desaprueban las visiones de políticos y trabajadores gubernamentales; sólo violencia. Lo que le ocurrió al senador Durán fue imperdonable, y amerita la cobertura mediática que ha tenido. La hostilidad es un problema con el que los dirigentes del país han tenido que lidiar desde siempre.

–Precisamente. – Dice el senador Parra – Nuestra labor en el país es muy importante, pero peligrosa de llevar a cabo. No tenemos la seguridad necesaria, ni la remuneración que merecemos por nuestro trabajo. Estamos

expuestos a un campo de batalla, nosotros y nuestras familias. Debemos empezar un plan de acción en donde se brinde una protección eficaz al senado, quizá seguridad privada. Junto con un aumento salarial que ayude a reforzar y mantener tranquilos a los familiares y allegados de los senadores.

–Aunque concuerdo con usted en lo que ha dicho – dice el periodista – no puedo apoyar dicha decisión. Es cierto que su labor es importante y peligrosa, pero igual lo es la labor del resto de compatriotas a quienes ustedes mismos no han mostrado compasión o iniciativa de ayudarles. Hace apenas unos meses una mujer estudiante fue asesinada en la ciudad. Igual de aterrador. Apuñalada, en los ojos. Y fue la noticia clave durante semanas. Pero nadie, ningún senador u otro político, habló de un plan de seguridad para las estudiantes de nuestro país, quienes también tienen familias que también son víctimas de dichos crímenes. Y éste no es el único delito que ocurre en las universidades e institutos educativos del país. Sabemos de cientos de casos de abuso sexual presentes en el campus universitario. Muchos de esos casos nunca llegan a concluir, muchos otros nunca se reportan debido a las falencias de la ley en este aspecto. Los delitos contra las mujeres es un crimen que se vive constantemente y del que nadie parece querer proponer un cambio radical en la ley, como sí se espera que se haga para el caso de los senadores. ¿Y quieren un aumento salarial? De por sí su sueldo ya es una exageración comparado con otras naciones. Ustedes ganan más de cuarenta salarios básicos, es decir que el mismo valor de sólo su salario, senador Parra, es lo que reciben actualmente cuarenta familias en nuestro país. Eso sin mencionar los planes de salud, viajes, vacaciones que ustedes, en el senado, tienen de más. ¿Entonces por qué no hablamos de subsidiar el estudio a quienes no pueden ingresar a la universidad sin tener que matarse trabajando a la vez? – Pregunta el periodista mirando al senador y a la presentadora – Lina Aguirre, la víctima de asesinato que todos conocemos, debía trabajar como mesera en el centro comercial donde fue asesinada. Trabajaba allí para pagar sus estudios. Y fue víctima de asesinato, y ese caso sigue impune. ¿Dónde están, entonces, los derechos del resto de ciudadanos? ¿Quién apoya al pueblo? ¿Quién va asegurar la integridad de las estudiantes en el campus, en las calles, en el trabajo? ¿Quién va a pagar la seguridad privada para todas las mujeres en la nación?

El oficial frente al televiso aplaude lentamente.

–Ya se estaban demorando – dice él –. No hay político que no aproveche una tragedia para su propio beneficio.

Díaz deja de ver al televisor y se me acerca para susurrarme.

–Según su teoría, Rivera, García asesinó a ese senador. Lo desfiguró, le arrancó la cara, y lo colgó en un edificio. No puede enfrentarse solo a ese tipo.  
– Me dice golpeando mi escritorio con la punta de sus dedos.

–No me estoy enfrentando a él, chico. – Lo miro de frente y le digo en voz clara – Déjame lidiar con esto, Díaz. Y quédate callado.

El chico se queda sentado, expresando algo de furia con su rostro. Finalmente se levanta y se aleja airado por la comisaria.

–Quieren usar la muerte de senador para subirse el sueldo – comenta para sí el oficial frente al televisor –. Estos malditos buitres. Su cuerpo sigue fresco, y ya están pidiendo plata.

El pecho me empieza a doler, pero conservo la compostura y me quedo en mi escritorio viendo hacia la nada. Con el ruido consumiendo a todo el mundo en este puerco lugar. Todos enloquecidos.

El capitán Mayarí me toca el hombro, me pregunta si hay algún avance en la investigación. La agente León ha estado merodeando en su oficina y él no tiene nada que darle, y yo tampoco.

–¿Se encuentra bien, Eduardo? – pregunta en voz baja.

–Estoy bien, señor.

–No deje que esto lo agobie, hombre.

–Es algo duro de pedir con todo lo que conlleva – respondo señalando al televisor – Si no atrapamos al que mató a Durán cada político del país va a querer un aumento.

–Eso lo van a conseguir independientemente, Eduardo. No se lo tome personal.

–Que no lo escuche decir eso la agente León, capitán, o le golpeará la cabeza.

El capitán sonrío y niega con la cabeza.

–No se deje asustar tanto por ella, los de la SIE sueltan amenazas mecánicamente, hace parte del guion que les dan al entrar al servicio.

–¿Usted que me recomienda, capitán? ¿No cree que de este caso dependa mi jodida carrera?

–Le recomiendo que sólo haga su trabajo y ya. Lo que estamos viviendo se nos sale de nuestra labor. – Suspira y se recuesta contra mi escritorio – Son más que carreras policiacas lo que está en juego aquí. Si me despiden por este caso me puedo dar por bien servido.

–¿Y luego qué?

–Vivir lejos.

–¿En el Salvadio?

El capitán voltea a mirarme levantando las cejas.

–Hace años nadie me menciona esa hacienda – dice – ya no es lo mismo ir por allá después del divorcio.

–Entiendo.

–Pero sí, es un buen lugar. Usted también necesita donde refugiarse, Eduardo. Al final de este caso va a necesitar un respiro de tanto enfermo mental.

–De eso no cabe duda, capitán. Me iré tan lejos como pueda. Si es que podemos con este caso.

Mi comentario deja al capitán Mayarí en silencio y pensativo. Y sé que ya no me va a decir más.

No voy al bar esta noche. Quisiera emborracharme y beber hasta que el sol me golpee en la cara, pero no siento fuerzas siquiera para levantar el vaso.

Me tiendo en mi cama, mientras el atardecer se va volviendo noche, y me quedo viendo el cielo raso de mi habitación. Sabiendo que no estoy seguro ni en mi propia casa. Marcos García sabía dónde guardaba mi arma. Entró a mi apartamento, se escabulló en mi cuarto y sacó el arma del cajón. Por alguna razón lo sabía. Me noqueó y regresó el arma a su lugar.

Me quedo pensando en la oscuridad hasta que el teléfono timbra. Lo dejo sonar varias veces hasta que me desespera y respondo. Es mi hermano, Raúl, pregunta si todo está bien. Al parecer le había dicho que iría esta noche a su casa a verlo. Pero le digo que será otro día.

–¿Estás enfermo? – pregunta.

–Agotado.

–Hoy en día, todo el mundo, hermano.

Me sobo la cara y me recuesto en la pared.

–¿Cómo está Raquel? – pregunto cambiando el tema.

–Salió con Sara. La chica con la que se ve tu amigo.

–¿Está bien? ¿Raquel?

–Está mejor. La veo feliz.

–Me alegra oírlo.

El pecho me sigue doliendo y me despido de mi hermano. No le escucho decir adiós y cuelgo.

Voy de regreso a mi habitación y mi pie flaquea. Mi cuerpo se va al suelo,

como si no fuera mío, como si no tuviera control. Me sujeto el pecho y me apoyo en la pared para no caer por completo.

—Mierda.

Respiro despacio, tragando todo el aire posible.

¿Qué diablos me hizo Marcos García?

Debió envenenarme y ahora el corazón dejará de latirme y me moriré casi desnudo y patético, tirado en el pasillo de mi casa, luciendo como un viejo de piel flácida y moteada de varios colores, sin poder llegar a mi cuarto. Y mis compañeros van a encontrarme pálido y tieso, cagado en mis calzones, apestando a muerto de varios días.

La frente se me enciende como fuego, quemándome la piel, produciendo un horrible dolor de cabeza. Siento que tengo una grieta allí en la frente, donde me besó Marcos. Una grieta de la que brota lava hirviente.

Logro llegar al baño y me echo agua en la cara, toda la que puedo. Debo estar muriendo. Mi corazón apunto de detenerse, mi cabeza cerca de quebrarse. Y sólo puedo pensar en el rostro de Marcos García justo frente al mío, tragándose mi mirada como si la gravedad en sus ojos fuera más fuerte que la del mundo entero.

Me quedo inclinado, apoyando mis manos en el lavamanos, respirando, respirando. Respiro. Y veo sangre. Pero no es mía, está lejos de mí. Una línea de sangre se asoma por la puerta, viene desde el pasillo y se adentra al baño como si estuviera viva y pudiese decidir a dónde ir.

Me estoy volviendo loco.

La línea de sangre se acerca a mis pies y me aparto aterrado. Un pequeño río de sangre atraviesa mi casa, reptando como serpiente por la baldosa. Me quedo viendo el umbral del baño, viendo la sangre entrar.

Permanezco recostado en el mosaico frío de la pared, perdido en el rojo intenso de la sangre.

No tengo el revólver conmigo. Temo que haya algún cadáver tirado en la mitad de mi sala. Quizá Marcos está allí.

Primero debo recobrar mis fuerzas. Cierro los ojos. Debo mantener la compostura. No puedo permitir que García me enloquezca, no puedo perderme.

Pienso en mi padre, con su ruana y su rifle a la luz de sol de madrugada cazando lobos. Pienso en el policía en la comisaría, viendo la televisión y diciendo “Malditos bastardos. Bañándose en la sangre de ese senador para conseguir cheques más gruesos. Esta tierra está ya condenada”.

Abro los ojos. Miro hacia el suelo, a la entrada del baño. La sangre no está. Me incorporo y camino despacio hacia el pasillo, sin encontrarme con nada. No hay nadie aquí pero las sensaciones en mi ser me dicen lo contrario.

El dolor se ha apaciguado, aunque mi frente sigue ardiente, calcinándome el cráneo.

No voy a permitirme perder la cabeza.

Me echo en mi cama de nuevo. Ya es de noche.

Mañana intentaré recobrar las fuerzas y volver a la investigación. Intentar lograr algo en el trabajo. Por ahora me dedicaré a matar esta enfermedad que se me aferra al cuerpo. El infernal calor en mi cara.

Sin saber la hora me dedico a dormir pero no puedo. Es imposible. Aunque no veo, creo que aquella línea de sangre sigue moviéndose por mi apartamento, sigue adentrándose al baño, y se esparce hacia mi habitación.

Luego la veo. Es una figura femenina suspendida en la oscuridad de mis párpados cerrados. Está atada de manos a un madero. Son pesadillas causadas por la fiebre, pero no hay nada que pueda hacer al respecto. La mujer tiene un camisón claro, rasgado en la parte inferior, con tierra y lodo ensuciándolo. Sus piernas están laceradas. Y sus ojos están a medio abrir, enlagunados en lágrimas y tierra.

El teléfono vuelve a sonar. Tronando como loco en la sala. Debe ser Raúl de nuevo, quizá dispuesto a venir hasta aquí para cuidar a su hermano. No quiero contestarle, pero si no lo hago puede que aparezca de repente en la entrada de mi casa. Maldita sea, Raúl.

Me levanto despacio, cargando con mis huesos y mi pesada carne. Deambulo hasta la sala y tomo el auricular.

–Diga – enuncia mi voz apagada.

–Buenas noches oficial.

–¿Quién habla?

–Espero no haberlo despertado.

–¿Quién es?

–Aunque no creo que las pesadillas lo dejen dormir.



El oficial Rivera hacer silencio tras mi comentario.

Escucho por el auricular el ruido en su edificio. Quizás los vecinos con insomnio mirando la televisión. Pero no su voz.

–Dígame, oficial ¿Qué es lo que ve cuando cierra los ojos?

Siento la fuerza de su respiración golpeando el teléfono. Pensando despacio qué decir.

–Espero que no sea tan horrible lo que ve – le digo – que todavía pueda dormir tranquilo, aunque sea por unas horas. Créame, lo va a necesitar. En unos días, no volverá a dormir en paz.

–¿Está amenazándome, García? ¿Por eso vino a mi casa? ¿Cree que le tengo miedo a un niño?

Su voz sale con furia.

–Debe prepararse, oficial. Lo que viene no será fácil. Va a creer que está loco, y ojalá lo estuviera. Ojalá fuera solo locura.

–¿Qué diablos quiere?

–¿Por qué cree que yo asesiné al senador Durán, oficial?

Su voz queda aniquilada cuando lo pregunto.

–Los periódicos dicen que fue un grupo el que llevó a cabo el asesinato, sin embargo usted insiste que yo lo hice.

–¿Cómo sabe eso? – Pregunta el oficial sin aliento.

–Sólo usted lo vio. Sólo usted supo lo que le había ocurrido al senador. Nadie puede creerle, pero usted lo sabe.

–Lo asesinó, sólo usted. No hubo nadie más esa noche.

–Y usted lo supo, oficial. Hablamos el mismo idioma.

–¿Por qué el senador?

–Usted es quien me acusa, dígame entonces la razón.

Puedo sentir al oficial Rivera ocultando su rostro con su mano al otro lado de la línea, confundido con tan sólo escuchar el sonido de mi voz.

–Aprima. Lo hace por el ataque de la AIL en Aprima – asegura el oficial – Asesinó a Contreras por venderle armas a los rebeldes, y asesinó al senador Durán por concederles la amnistía.

–¿Por qué, oficial? ¿Por qué haría todo esto por algo que pasó hace más de veinte años en un pueblo que a nadie le importa?

–No lo sé. – Musita entre dientes – Pensé que era su tierra natal. Pensé que estuvo allí cuando ocurrió. Que usted era otra víctima del ataque.

–El senador Durán no murió por concederle la amnistía a los rebeldes. Murió por mucho más, oficial.

–¿Por qué?

–No tendré que contestar eso, usted lo sabrá.

La voz del oficial se hace más hosca, más fuerte.

–¿Qué diablos quiere, Marcos? ¿Por qué irrumpió en mi...? ¿Qué es lo que quiere de mí?

–No quiero nada de usted, oficial Rivera. Usted no puede hacer nada por mí.

Lo escucho gruñir o desesperarse. Intenta no perder el control, pero lo está perdiendo.

Gimotea varias veces, incapaz de decir algo.

Entonces le digo:

–Usted es el que va a necesitarme.

Escucho los pasos del oficial rudos en su piso. Camina a lo largo de su apartamento, merodeando en él como un león encerrado. Escucho que abre un cajón y saca su arma.

–¿Por qué lo necesitaría, Marcos?

–Porque sólo yo podré entenderlo. Porque el mundo es un lugar más oscuro de lo que el resto del mundo cree, oficial Rivera, y usted podrá ver en sus rincones más ocultos.

–Ya los he visto, Marcos. He visto la oscuridad del mundo. Vi un cuerpo colgando de un edificio. Un cadáver desnudo, destruido, sin rostro. He visto su tortura. – Dice Rivera, gesticulando su rabia con precisión, como si quisiera dañarme con cada palabra que dice – Usted hace parte de ese mundo, Marcos. Usted es uno de los culpables, aunque no quiera verlo. Aunque quiera negarlo. No importa si está matando mafiosos, o un senador que cometió algún error,

usted es un asesino.

–Sé lo que he hecho. Yo sé lo que soy, oficial. No busco perdón, ni redención. Pero gente como Armando Contreras, Ramón Casillas, el senador Durán, merecen más que la muerte. Merecen ser condenados.

–¿Condenados? Y usted es el verdugo ¿verdad? Usted es la bestia que va tras ellos ¿Justicia? ¿Es eso, García?

–Me entenderá, oficial, algún día.

–No, García. Se equivoca. No entiendo a ningún asesino. No entiendo a bastardos que se adjudican la libertad de matar a cualquiera. A mujeres. ¿O va a negar que usted mató a esa prostituta?

–Maté a mucha gente, oficial. ¿Me hace peor persona que haya asesinado a una mujer también? Pensé que su pensamiento se limitaba a lo políticamente correcto ¿Siquiera sabe qué clase de mujer era, oficial?

–Sé qué clase de enfermo es usted. – Exclama– Escúcheme bien, García. Voy a ir tras usted. Voy a encontrarlo. Dormiré con mi dedo en el gatillo, y le pegaré un tiro cuando vuelva a verlo, sin vacilar. Y rece porque así sea; que sea yo quien lo encuentre primero, porque si los Casillas o los Santamaría lo encuentran antes, no van a dejar rastro suyo.

Entro en el terreno de Rondón, donde yacen un montón de buses viejos sin llantas tirados sobresaliendo de la tierra. Es un cementerio de latas oxidadas. El frío de la noche se convierte en calor por las fogatas de basura que arman los costeros y los otros trabajadores.

Son las once de la noche, y aquí suena música y la algarabía de borrachos entusiastas ante un par de perros enormes matándose entre sí. Los borrachos rodean a los animales mordisqueándose, y algunos lanzan botellas de cervezas al aire, mientras maldicen como dementes al ver la sangre de los perros cayendo sobre la tierra.

Rondón está sentado entre los hombres que ven la pelea de perros. Camino entre la basura y las botellas de alcohol tiradas en el suelo. Lucio sigue mi paso, vigilando mi espalda. Me acerco a Rondón y lo llamo por su nombre.

–Necesitamos hablar – le digo.

Rondón no voltea a verme, sino que mantiene su vista fija en el par de perros ensangrentados, lanzándose el uno contra el otro, llenos de furia.

Ese imbécil, cree que puede ignorarme. Ese idiota, con su ridícula barba, cree que puede no hablarme.

–Mataron a tres de mis hombres – insisto, fuera del círculo de mirones sádicos – les robaron mi producto y los apuñalaron.

Rondón levanta una copa de ron y se la bebe de un trago, manteniendo su mirada en los animales.

Los otros tipos siguen gritando, animando a los perros a que se despedacen frente a ellos.

No lo soporto más. Saco mi arma y le apunto a Rondón.

–Fue esa pandilla – le digo, señalándolo con mi pistola – los Cayetanos.

De pronto todos esos costeños se callan y se levantan iracundos sacando revólveres y fierros enormes de la nada y todos me están apuntando.

Detrás de mí, Lucio hace lo respectivo y empuña su arma, dedo en gatillo, hacia el resto de hombres.

–El tal Checo, el niñato que me hizo matar, hacía parte de esa mierda de pandilla – aseguro – por eso mataron a mis hombres.

Rondón me mira finalmente. Tengo toda su atención.

–¿Entiende el lío en que me metió, Rondón? Ahora tengo que soportar a unos pandilleros persiguiendo a mis hombres.

Nadie dice nada. Los perros siguen matándose a unos metros de nosotros. Y Rondón mira directo a mi pistola. Sabe que sólo necesito halar del gatillo para matarlo. Sabe que el resto de hombres me matarían a quemarropa de inmediato. Así que esto no le conviene a nadie.

–Maldita sea, bajen eso – les dice Rondón a sus hombres – Nada está pasando aquí, señores. Calmados, a ver.

Ellos bajan sus fierros despacio sin quitarme la vista.

–No hay necesidad de todo esto – me dice Rondón mostrándome las palmas de sus manos, moviéndose despacio.

–Tengo tres hombres muertos ¿qué imagen queda de mí en las calles cuando cualquier pandilla puede atacarme?

Rondón se levanta y camina hacia mí.

–La policía sabe que fui yo quien mató a ese pandillero – le digo – saben que le metí tres balazos. No puedo ir tras toda una pandilla sin que me jodan.

Rondón luce tranquilo.

Bajo el arma y Lucio hace lo mismo.

–¿Cuánto le robaron? – pregunta.

–¿Importa? Me robaron, eso es lo que hay.

–Iré tras esos tipejos. Cada uno en esa pandilla, si lo hace sentir mejor, señor Casillas. Aparecerán muertos todos en un par de días, y usted tendrá de vuelta lo que le robaron.

Miro en otra dirección.

–Es una pandilla – dice Rondón – que se mueran no será una tragedia. Lo haré con gusto.

Camino hacia la salida y Rondón me sigue mientras continúa hablando de apuñalar a todos los Cayetanos.

Cuando estamos lo suficientemente lejos del resto de sus hombres le pregunto a Rondón lo que en verdad me importa.

–¿Qué negocios tenía mi padre con el senador Durán?

Rondón hace silencio y suelta un resoplido. Se detiene a mitad de camino y me hace girar para enfrentarlo.

–¿El senador Durán? – Parece que esboza una sonrisa – Nunca hice parte de ese grupo. Había rumores, Casillas, pero ¿Quién sabe con claridad?

–¿Qué rumores?

–Que su padre y los políticos estaban tomando ventaja sobre lo que pasaba con la AIL hace décadas, con el proceso de paz. Tomaron ventaja del atentado en Aprima. Todo eso.

–¿De qué habla? ¿Cómo tomaron ventaja?

–Como pudieron. Qué se yo, Casillas. Esa gente era de otro material. Podían estar forrados de piel y carne, pero eran otro tipo de hombres.

No veo bien los ojos de Rondón, el fuego a lo lejos le alumbra desde atrás, y veo es su silueta frente a mí.

–Oí que recogieron varios muertos. Llevaron camiones y los cargaron de cuerpos, y se los llevaron. – Dice tranquilo, aunque suena macabro.

–¿Cuerpos?

–Cadáveres.

–¿Por qué harían eso?

–No lo sé. Sólo son rumores, toda esa era es un mito, así como los hombres que la vivieron.

–Pero ellos no lo eran, mi padre y el senador. Y tenían negocios, negocios reales.

–Déjelo atrás, ¿ya que importa? Fue en una época de guerra, y todos ellos ya están muertos.

–¿Quién es Santos? Tenía negocios con mi padre también ¿quién es él?

–Julio Alfonso Santos, el alcalde de Mendoza. Otro más del mar de gente escarbando en la mina. Le aseguro que hubo más gente involucrada en eso, sacando su tajada de la guerra y de la paz, de los muertos, incluso. Porque así es como se vive en esta tierra, Casillas. ¿Por qué le importa?

–Estoy a cargo de estos negocios ahora, debería saberlo. – Me quedo callado un instante, y le digo la verdad – quiero saberlo.

–Le aseguro que no. No querrá saber nada.

A lo lejos se escucha el llanto ahogado de uno de los perros. No se escucha la algarabía de los hombres porque todos siguen pendientes de mi presencia.

Me alejo de Rondón.

–Usted encárguese de esos pandilleros, Rondón, yo me encargaré de los

negocios de mi familia, inclusive de los de los muertos.

Ha caído una suave llovizna en el norte de la ciudad, lo que ha evitado que las ancianas adineradas salieran con sus enfermeras a pasear por el parque. Luego el sol ha aparecido a alumbrar el día en el que el senador Durán sería homenajeado.

Amanda salió al centro comercial sin decir adiós, con un paraguas y sin compañía.

Desayuné tarde, junto a Antonio, mi hijo menor. Se quedó en mi casa porque le queda más cerca de su club nocturno y tuvo que quedarse allí hasta casi la madrugada.

Le miro el rostro y veo ojeras horribles y un color huesudo en su piel, como si estuviera muriendo de una enfermedad terrible.

–No te estás cuidando – le digo – debes ser precavido con eso.

–Me enseñaste a trabajar duro, papá. Éste es el rostro de un trabajador duro.

–No estoy seguro que sea sólo trabajo, ¿o sí?

Antonio no responde, sólo niega con la cabeza como si no pudiese creer lo que acabo de decir. Sigue comiendo acercando su rostro demasiado al plato, lo que siempre Amanda intentó rectificar desde que era un niño, pero no pudo; se volvió un hábito.

–¿Y cómo va la transición? – pregunta él, sin mirarme.

–Compraré el Delicatezza, es un hecho. Puedes ir a la cena.

–¿Cuál cena?

–La primera cena del restaurante bajo mi nombre.

–Una noche importante.

–La noche no se resume en lo que pasa en tu club, Antonio.



–Iré, papá, cálmate.

Dejo a Antonio solo en la mesa, y quizá ni lo habrá notado teniendo en cuenta su aspecto de perplejidad. Unas horas después lo encuentro en el sofá dormido con la cabeza oculta en los cojines.

Por la tarde salgo con Don hacia el centro, en donde me espera el alcalde Alfonso Santos en un viejo bar cerrado, con un aroma espeso y oscuro.

Está sentado en la barra tomándose un coctel, creo que algo con brandy. Ha dejado un bastón junto a su butaca y permanece con los dedos rodeando la copa de la que toma sorbos pequeños.

Se escucha el ruido de la televisión, en el que transmiten el evento del año en el senado; el homenaje al señor Durán.

–Había una fotografía enorme del senador. Sin sonrisa porque ese viejo nunca sonreía. – comenta el alcalde mientras yo tomo asiento junto a él en la barra.

–Oí que fue bastante emotivo.

–Y largo. La gente se tomó su tiempo en soltar sus comentarios, sus opiniones. Historias sagaces inventadas sobre el senador.

El alcalde Alfonso es robusto y de baja estatura. Tiene grandes entradas que revelan una frente extendida, su grisáceo cabello cae algo largo por su nuca. Tiene un bigote grande, bien cuidado. Justo ahora está ruborizado, quizá por los dos sorbos de trago que ha bebido.

–Van a nombrar al edificio que van a construir en ese terreno en su honor. Edificio Durán – le digo, recordando las noticias del medio día.

El alcalde se ríe después de mi comentario.

–Creo que pensaron demasiado en ese detalle ¿qué tan apropiado es nombrar al edificio como el senador? Es decir, lo encontraron colgando en los escombros de la construcción actual, desnudo, hecho pedazos. Sería más apropiado dejar el lote vacío. O poner algún parque que tenga en el centro un busto con la cara del senador.

–Pero no es bueno para la economía del nuevo dueño del lote– aseguro.

–No lo es.

El alcalde pide otro coctel y lo coloca frente a mí sin vacilar.

–Me dijo que fue un chico el que hizo esto ¿verdad?

–Es lo que se cree, alcalde.

–¿El mismo que asesinó a Armando?

–Marcos García, sí.

Se termina su bebida y respira despacio, pensando.

–Es decir que nos está cazando uno a uno – dice –. Se podría pensar que me metí en la boca del lobo.

–Espero que usted esté teniendo más cuidado que eso.

–Ah – suelta un graznido, ventilando la frase con sus manos – por supuesto. Nada va a pasarme. No es ese niño lo que me preocupa.

Tomo la copa y bebo un sorbo. Sé a dónde se dirige esto, hacia donde siempre se dirige.

–El hijo del Ramón Casillas, que en paz descansa. – Dice él mirándome a la cara.

–Parece que a todo el mundo le preocupa Santiago Casillas hoy en día.

–Lo he tenido bajo la mira. Escuché que quemó a todos los trabajadores de Armando. Y mató a un pandillero con los costños. Y tres de sus hombres fueron asesinados hace un par de días como consecuencia de su bestialidad.

–Eso no nos afecta de ninguna forma.

–Escuché que anda preguntando por los negocios que su padre tenía con el senador Durán.

–¿Quién le ha dicho eso?

–Será cuestión de tiempo para que llegue a mi casa a enfrentarme. Sabrá que estuve involucrado. No quiero a ese idiota husmeando en mis asuntos.

–Olvídese de Santiago, alcalde. Regrese a Mendoza. Vuelva a su vida. Santiago no irá hasta allá solo por un capricho idiota de borracho.

–No he llegado hasta aquí olvidándome de mis problemas, Ismael. Ramón Casillas no llegó tan lejos olvidándose de los propios.

Su copa permanece vacía entre sus dedos, pero no parece que el alcalde tenga intención de pedir otro trago.

–No todos estamos huyendo de nuestras vidas, Ismael.

–No estoy huyendo.

–Está comprando restaurantes, ¿no es así? Todos negocios legítimos. ¿Cree que eso lo hace legítimo a usted? ¿Ah? Usted estuvo metido en lo de Tierra Babilonia ¿no? ¿Todavía está en eso?

Me volteo ofuscado, ignorando su último comentario.

–Con tastas muertas hay que aprender a tomar decisiones, alcalde. No quiero ser otra noticia mañana. Otro viejo mafioso caído en primera plana.

–Ha – se ríe con su tosca voz – “otro viejo mafioso”. ¿Así es como se ve, Ismael? Yo lo recuerdo como un chico valiente, listo. Capaz de acabar con cualquier grupo de imbéciles que estorbaran. – Golpea su copa contra la mía – Usted lidió con guerrilleros, Ismael. Usted era la mano derecha de Ramón

Casillas. Salió de la nada, de la basura, y se volvió en un hombre. En leyenda.

–No lo diría así, alcalde.

–Ya sé, maldita sea. Eran otros tiempos. Los tiempos de guerra, los muertos del Houston. El ataque en Aprima. O la masacre, como quiera llamarlo. Y la paz.

Dejo mi copa vacía sobre la barra y hago silencio, mientras el alcalde termina su pensamiento.

–Ésa fue mi historia del senador – dice él – en su homenaje. Hablé de la paz. De cómo Durán soñaba con un país que se podía declarar libre del conflicto. Dije que admiraba como perseguía el fin de la guerra a toda costa. Cómo ayudó a que los guerrilleros de la AIL dejaran de matar compatriotas. Lo nombré héroe nacional.

El alcalde vuelve a reírse y pide una segunda ronda.

Me quito el saco del uniforme y lo arrojo sobre el sofá de Manuel, quien se pasea de lado a lado leyendo una pequeña libreta que sujeta en una mano mientras en la otra sostiene un revólver.

–Andrea no ha ido los últimos días al colegio – le digo intentando llamar su atención.

–¿Quién es Andrea?

–Una de mis amigas.

–¿Y qué le pasó? – pregunta sin quitarle su mirada a la libreta en la que parece haber nombres escritos.

–Creo que está despechada. Terminó con su novio y solo ha hablado de ir a la Caldera a comprar cocaína y esas cosas. Quiere demostrar que puede perder la cabeza.

–¿A la Caldera? ¿Por qué diablos? La pueden matar en ese agujero. Puede perder la cabeza de otras formas.

–Eso es lo que le dije.

Manuel me mira a los ojos y de un momento a otro se da cuenta que tiene un arma en su mano y la esconde.

–Espero que esté bien, que no se haya metido en problemas – digo, aunque no sé si a él le importe.

–¿Quieres que la vaya a buscar? ¿Qué vaya hasta la Caldera por tu amiga?

–No. – Le digo – Déjalo así.

–¿Por eso viniste tan temprano? ¿Porque tus amigas quieren demostrar que pueden perder la cabeza y han desaparecido?

–Vine porque quería estar aquí.

Él sonrío y se me acerca despacio. Abandona la libreta en un escritorio y

me rodea con sus brazos. Y ya no importa lo de Andrea ni nada en absoluto.

Pasamos la tarde sentados en el sofá, con el televisor encendido, pero no vemos nada en particular. Manuel me cuenta que ha sido una temporada difícil. Se refiere a los préstamos que hace su familia y que él cobra. La gente desaparece o muere. Ya no quieren pagar, ya nada los intimida y les da lo mismo. Manuel está perdiendo plata, pero no parece que le afecta demasiado.

A las cinco de la tarde le digo que tengo que irme.

–¿Tienes que ir a casa a hacer tus deberes? – pregunta con aquel tono burlesco que odio.

–Sabes que me voy a graduar este año y tendrás que dejar de fastidiarme con ese tipo de comentarios. ¿O te gusta la idea de salir con una colegiala?

–Me gusta la idea de salir contigo.

Manuel me lleva hasta la casa, concentrado en el camino. Siempre permanece callado mientras conduce. Noto que se está dejando un poco la barba, lo que lo hace ver mayor.

Hay hombres que intentan verse como tiranos, o intenta verse especiales. Me gusta Manuel porque no es ese tipo de hombres. No es otro de esos idiotas que su sentido de rebelión no va más allá de ponerse un arete.

Manuel se detiene un par de cuadras antes de llegar y me besa. Me quedo allí sentada en su auto unos segundos.

–Todo va a estar bien ¿verdad? – le pregunto cuando su rostro se aleja del mío.

–¿Por qué lo preguntas?

–Tengo miedo por mi papá. Por todo lo que está pasando. No quiero que...

–Todo va a estar bien. No te preocupes por eso.

Bajo de su auto y camino lo que queda de recorrido, mochila en hombro, escuchando el auto de Manuel alejándose en otra dirección.

Por el resto de la tarde me quedo sola en mi habitación, escuchando la voz de mi madre al otro lado de la puerta, pero sin entender nada de lo que dice. Escucho algo de música desde mi cama pensando en que quizá no vuelva a ver a Andrea, quizá sí está en algún lugar pequeño y triste en la Caldera, y nadie va a ir por ella.

Al anochecer salgo al comedor para cenar con mi madre y mi hermano. Ella ni si quiera pregunta en donde estuve después de clases, pero sé que se lo está preguntando. Y ella sabe que no se lo diría.

–Hay un chico en el colegio que anda tras Alicia – comenta de repente Gabriel con su vocecilla molesta.

–¿En serio? – pregunta mi madre con una sonrisa.

–¿Quién te dijo eso? – le pregunto a Gabriel algo trastornada.

–Lo escuché. Estaba un grupo de chicos grandes hablando de ti y me señalaron porque saben que soy tu hermano. Y saben que tú no sales con nadie.

–¿Por qué no sales con nadie, Alicia?

–¿De verdad quieres verme con cualquier imbécil de ese lugar, mamá?

–No hables así.

–Me preguntaron si tú tenías novio – dice Gabriel riéndose con comida en su boca.

–Por el amor de Dios.

–¿Y qué les dijiste? – le pregunta mi mamá.

–Les dije que Alicia no quiere a nadie.

Tal vez Andrea ya está muerta.

–Alicia odia a todo el mundo.

Me levanto de la mesa, dejando mi plato con algo de comida abandonado. Escucho a mi mamá llamándome, una y otra vez, pero no le respondo y regreso a mi habitación a estar sola por lo que queda del día. Hasta que el resto del mundo hace silencio y no hay nadie a quien oír, sólo autos pasando a lo lejos.

El tiempo está contado, saldré del colegio y dejaré atrás esa comunidad de idiotas. Quizá estaré con Manuel. Hacer lo que todo el mundo piensa hacer estos últimos días, escapar.

Me quedo dormida sobre las cobijas, con la radio encendida en el escritorio, cuando lo escucho.

Me levanto y apago la radio. Abro mi puerta un poco y observo el pasillo afuera, pero no hay nadie.

Camino descalza hacia la sala, detallando las sombras de todos los objetos que conozco, que sé que están ahí. Y me da miedo.

Si yo estoy aterrada en mi propia casa no puedo imaginarme cómo debe estar Andrea, en medio de la nada. En la existencia después de la muerte. O en la Caldera. Allá donde a nadie le importa. Donde seguro se la consumirán, y dejará todo atrás. Y querrá ser olvidada para no atormentar a nadie con el horror de su recuerdo.

Todo está apacible como siempre aparenta estar. Mi madre durmiendo en

su cuarto, el reloj avanzando en la oscuridad de la sala donde nadie puede verlo. Y escucho la voz de Gabriel. Es más un ruido que palabras. Gimotea como un niño perdido. Ése es el sonido que me despertó.

Su puerta está abierta y sus cortinas cerradas. No puedo verlo allí dentro, pero puedo escuchar sus susurros.

–¿Qué pasa? – pregunto.

No responde y camino dentro de su cuarto, intentando llegar hasta él y quizá consolarlo.

–¿Tuviste una pesadilla? ¿Ah? ¿Gabriel?

Palpo su cama y finalmente siento su cabello y la piel de su rostro, con unas cuentas lágrimas esparcidas.

–¿Qué pasa?

Él está sentado en su cama, con sus manos sobre sus ojos y su voz estancada intentando dejar soltar el llanto.

–Todo está bien, tienes que dormirte.

Me agarra de la mano y dice:

–Hay alguien aquí.

Lo que me dice me paraliza. Ni siquiera puedo mirar a mi alrededor, aunque nada se deja ver.

–¿Qué? – le pregunto en voz baja.

–Ése señor me estaba mirando, y no se ha ido.

Sujeto a Gabriel de la cabeza y coloco su rostro en mi pecho. Intento que haga silencio y escuchar.

–No hay nadie en tu cuarto Gabriel.

–Ése señor, está ahí, Alicia.

La habitación empieza a aclararse, y las cosas toman formas claras. No puede haber nadie aquí.

Agarro a Gabriel lo más fuerte que puedo y siento su corazón retumbar desesperado en su pecho.

Lo veo. Ahí está. Su silueta está situada frente a nosotros, pasé junto a él hace unos segundos.

Veo sus ojos.

Gabriel dice:

–Me estaba mirando dormir, Alicia, me estaba mirando.

Grito tan fuerte como puedo, abrazada a Gabriel, como si él pudiese salvarnos. Pierdo el control, sin dejar de gritar.

La figura se mueve con sutileza, dando pasos cortos hacia la puerta.

Observándonos en todo momento.

Gabriel llora abrazado a mí, temblando ante mis gritos y lo que sea que se está moviendo en su habitación.

Cierro los ojos, sin dejar de gritar, sin soltar a Gabriel.

La luz se prende, y veo a mi madre entrando al cuarto con una expresión abrumadora en su rostro. Se arroja hacia nosotros y nos toma con sus manos, preguntándonos que ha ocurrido. Pero no puedo hablar, no puedo decirle, sólo puedo llorar junto a Gabriel. Ella nos abraza a ambos y creo que llora también.

Me toma del rostro y me obliga a decirle lo que ha pasado.

—Había alguien aquí. Un hombre entró a la casa.

Debe ser la una de la mañana.

Mi madre cierra la puerta con candado, y se torna en una estatua custodiando lo que sea que nos ha atrapado en la habitación de mi hermano pequeño.



No he podido dejar de pensar en la voz de Marcos García saliendo de mi teléfono y perforándoseme dentro de la cabeza. Sus malditas palabras no me dejan dormir, y las pastillas me hacen alucinar y babear como un viejo enfermo tirado en una silla. Pero son las palabras de García las que me intrigan, la razón que hay detrás de sus brutales acciones, sus llamados de atención.

Lo que más me enerva es que sólo yo lo sé. Solo yo sé con certeza que García mató al senador.

Díaz no me habla porque cree que está enojado conmigo y prefiere evadirme, pero su actitud de mocoso no va a detener esta investigación. Así que lo tomo por el brazo y le digo que necesitamos información.

–¿Cuál era el nombre del primo de Tarso? ¿El chico gordo que sobrevivió al ataque de Marcos? – le pregunto.

–Ángel Aranda.

–Quiero que averigües quién es. Sus antecedentes, su historial, todo. Qué tan involucrado estaba con su primo Tarso. Y también la información de toda la pandilla que mató García. Cada antecedente.

–¿Por qué?

–Quiero saber por qué Marcos García *no* mató esa noche al tal Ángel junto con el resto de drogadictos que había en esa casa. Quiero empezar a encontrar un orden en todo esto. Algo con qué empezar.

–¿Qué cree que voy a encontrar?

–Eso ya lo veremos, Díaz – le digo tomando mi abrigo y abriéndome paso entre la gente de la comisaría.

–¿Qué va a hacer usted?

–Voy a ir de nuevo donde Franco Montés.

–¿El chico en el hospital de monjas? ¿Para qué?

–Aún tenemos que encontrar a Marcos García. Y tengo más preguntas que hacerle a ese chico.

Tomo el auto y me dirijo hacia la Fundación de Ayuda y Cuidado donde las hermanas dominicanas cuidan a Franco, mientras pienso en lo que aquel chico desequilibrado me dijo la última vez que estuve allí. Había dicho que Marcos García, el niño de Aprima, había sido asesinado junto a su familia por la Armada Independiente de Liberación, AIL. Me dijo que él mismo vio el cadáver de Marcos tirado a la entrada del pueblo, sin pantalones, usando el mismo saco blanco a rayas marrones que siempre usaba los días de frío, cubierto por sangre seca, las heridas en su rostro llenas de tierra. Ésa es la última imagen que tuvo Franco del pequeño Marcos.

Parqueo frente a la reja de la fundación, y salgo del carro hacia el aire cargado de tierra y polvo, como siempre ocurre aquí. Y toco la campana sin detenerme hasta que una de las monjas se acerca a la reja. Se trata de la hermana Herminia, igual de vieja y pequeña usando un hábito diferente al de las demás. Me mira con algo de frustración, como si odiara que yo esté aquí, sin ganas de aparentar lo contrario, por lo que sé que nada de esto será placentero.

–Oficial...

–Rivera – le digo – Eduardo Rivera, hermana. Buenos días.

–Por supuesto – dice ella al otro lado de la reja, deteniéndose sin intención de abrirme – Buenos días ¿En qué puedo ayudarlo?

–Necesito hablar de nuevo con Franco Montés.

La expresión de la monja me da a entender que no le gusta para nada la idea.

–No entiendo cómo ese muchacho podría ayudarle, oficial. Ya habló con usted una vez y no sirvió de nada.

–Puede tener información que necesito en una investigación en proceso. Sólo necesito hacer las preguntas correctas. Quizá logre algo más profundo esta vez.

–¿Sobre qué?

–Es un asunto confidencial, hermana.

–La última vez que vino alteró al pobre Franco demasiado, se puso a llorar esa noche, y dejó de trabajar en su artesanía.

–Lamento oír eso. Pero de verdad necesito hablarle.

–Puede que sea así, oficial, pero mi deber es proteger a Franco. – Dice cruzándose de brazos – Inclusive de usted.

–¿Entiende que es ilegal obstaculizar una investigación en curso, hermana? Por favor, hermana, esto es bastante importante. Si es necesario traeré una orden del juez.

–Eso no será necesario. Conozco los derechos de Franco. La oficina de protección a las víctimas de guerra se comunicó conmigo después de su última visita. No tengo porqué dejarle ver a mi paciente, oficial. Eso ya lo sé.

–¿Oficina de protección...? ¿De qué está hablando? ¿Quién la llamó, hermana?

–Ya vienen para acá, oficial Rivera. Podrá entenderse con ellos personalmente.

–¿Vienen para acá?

–Los llamé cuando vi su auto acercarse. Ellos me dijeron que me comunicara con ellos cuando la policía intentara hablar de nuevo con el joven Franco.

–Hermana ¿Cómo supo la oficina de protección a las víctimas de guerra que vine a ver a Franco la última vez?

–Usted puede hablar con ellos.

–Estamos intentando encontrar un asesino, hermana ¿entiende? Franco puede ser una pieza clave en la investigación.

–Es sólo un muchacho que ha vivido muchas cosas horribles ¿no pueden dejarlo en paz?

La monja se aleja despacio de a pasos cortos, de regreso al interior de la fundación. Y yo me quedo inmóvil como una estatua al otro lado de la reja. La llamo, pero ella no voltea a verme.

A los pocos minutos veo un automóvil vino tinto acercándose desde la carretera principal, levantando otra nube de tierra que opaca el frente de la fundación. Observo a dos sujetos, estatura media y de trajes baratos, bajando del auto y caminando hacia mí mientras observan el terreno.

Ambos me dan la mano esbozando una sonrisa amigable, como si esto se tratara de alguna reunión fraterna.

–Un placer en conocerlo, oficial Rivera. – Dice uno de ellos quitándose sus gafas de sol y dándome la mano – Soy Julio Cáceres, funcionario de la oficina de protección a las víctimas de guerra. Y él es mi compañero, Luis Alberto

Torres. Oímos que quiere contactarse de nuevo con un paciente de este instituto.

–Estoy trabajando en una investigación justo ahora, caballeros, y el joven Franco puede tener información relevante sobre el caso.

–¿Podemos preguntar qué caso es?

–Es una investigación en progreso, no estoy en libertad de contarle los detalles a todo el que pregunta.

–Eso lo entiendo, oficial. Pero somos funcionarios del gobierno, y nuestro deber es proteger a gente como Franco Montés. Por lo que debemos corroborar que en efecto Franco es una persona de interés para su caso.

–El caso tiene que ver con el asesinato del senador Durán. No querrán obstaculizar una investigación policial en el caso de otro funcionario gubernamental.

–¿Cómo podría el joven Franco ayudarles en dicha investigación?

–Eso es confidencial.

–Sabemos que la agencia de Investigación Especial está liderando el caso, puede solicitar que un agente de la SIE se comunique con nuestra oficina y así podremos hablar sobre este asunto directamente con los que lideran el caso para que no haya más inconvenientes.

Este funcionario, Julio Cáceres, no ha dejado de sonreír. Su condescendencia me hace sentir peor, como si dejara claro de antemano que el imbécil aquí soy yo. Aunque es un tipo delgado y endeble, sabe que tiene más poder que yo en este asunto, y eso es todo lo que necesita.

Suspiro mientras guardo mis manos en mis bolsillos.

A lo lejos se escucha la voz de la hermana Herminia exclamando frases sin sentido que arroja al aire. Gritando tan fuerte como puede, quizá para hacer escuchar a Dios. Detrás de ella, corriendo, aparece la hermana Margarita, la monja que cuida de Franco.

–¡No está! – grita la hermana Herminia, con su voz de vieja, mientras abre la reja que nos divide.

Los funcionarios Cáceres y Torres caminan hacia ella, cambiando su expresión relajada a una de pánico.

–¡Desapareció! – dice la hermana Herminia con voz chillona.

–¿De qué habla? – pregunta Julio Cáceres haciéndome a un lado.

–El joven Franco – responde Margarita ya que la monja más anciana no puede responder – mientras ustedes estaban aquí. Se fue. Se ha ido... no sabemos... se ha ido.

–¿Cómo? ¿Cómo es eso posible?

–No sabemos... él nunca...

–¿A dónde se ha ido?

–No lo sé. ¡Nunca había hecho algo así! Dios mío.

Los funcionarios se dan la vuelta y se alejan hacia su vehículo sin decir otra palabra. Su sonrisa se ha borrado, su elegancia y condescendencia. En cuestión de segundos el auto ha acelerado hacia la autopista, de regreso a la ciudad.

Las dos monjas se quedan en la reja, observando la tierra que levanta el auto, mientras siguen enunciando frases sobre la desaparición de su paciente.

–¿Cómo pudo haberse ido Franco? – les pregunto con fuerza, exigiéndoles que recuperen la compostura y que hablen.

–Simplemente se fue.

–¿No hay seguridad en esta fundación? ¿Vigilancia?

–El nunca había hecho algo parecido. No tenía razón para irse. Quería estar aquí... esto no es... no es una prisión, oficial. Estamos ayudando gente. – responde entre lágrimas la joven monja, Margarita.

–¿Nunca había hecho esto?

Franco Montés puede estar perturbado, pero el chico no está loco.

–Hermana ¿le dijo a Franco que estos funcionarios venían? – le pregunto sujetándola del brazo – ¿el chico sabía sobre esa tal oficina de protección a las víctimas...?

–Le dije que todo estaría bien, que había gente cuidándolo. Esa oficina del gobierno...

Suelto a la vieja monja y camino hacia mi auto.

–¿Qué está pasando, oficial? ¿A dónde se fue Franco?

Abro la puerta del carro y miro a las dos hermanas que me miran consternadas, abandonadas en esa reja, en ese lugar tan lejos.

–Usted me dijo, hermana, que el gobierno no las ayudaba nunca. No tenían ningún apoyo gubernamental en su labor, y de repente aparecen unos funcionarios que aseguran cuidar de su paciente, pero su única labor es evitar que Franco hable conmigo.

Los ojos de la monja me dicen que en realidad no entiende nada, que sólo se preocupa por el chico por quien ha cuidado durante todos estos años.

–Si Franco se fue, tenía una razón – les digo.

Sólo cuando las cosas se tornan turbias de esta manera, significa que te estás acercando.

–Encuentre a Franco, por favor – dicen ellas mientras me subo a mi auto –  
Por favor, oficial.

No les digo nada. No quiero darles falsas esperanzas.

Tal vez deban gritar más fuerte, a ver si Dios las logra escuchar. A ver si les dice que Franco no está demente, que no ha estado murmurando locuras.

Rita está perdiendo el control. Se levanta furibunda de su asiento y empieza a blandir sus manos en todas las direcciones, abofeteando el aire. Suelta blasfemias y maldiciones sin detenerse, sin importarle que nuestro hijo de ocho años esté allí también.

Ella sujeta una copa en su mano y por un instante creo que me la va a arrojar al rostro.

Intento recordar cómo era Rita cuando nos casamos. Cómo diablos éramos. Sólo sé que no era una demente gritándole a la nada, diciendo frases sin sentido.

—¿Ves lo que nos has hecho? — Me dice Rita sin mirarme — ¡Vas a hacer que nos maten a todos!

Estoy a mitad de su sala, mientras nuestros hijos permanecen sentados en el sofá, con la cabeza inclinada. Ni Alicia ni Gabriel me han dicho nada desde que llegué.

—Espera, Rita... — le digo, pero ella no se calla.

Intento entender lo que está exclamando.

—¡En la habitación de tu propio hijo! — Grita ella — tu hijo pequeño. ¡Maldita sea, Santiago! Sólo tiene ocho años.

—¿Quién demonios estaba en la habitación de Gabriel?

—Un tipo — dice Alicia, levantando despacio su cabeza, mirándome a los ojos — No lo sé. Estaba allí de pie, en la oscuridad, mirándonos sin hacer ningún ruido.

Todos se callan. Rita se muerde la punta de los dedos gimoteando, caminando de lado a lado en la sala.

—¿Un tipo? — Miro a todo el mundo, esperando una explicación de parte de

quien sea – ¿Cual tipo? ¿Quién...?

–Era un extraño, papá. No sabemos. Sólo sé que entró a la casa y estaba en la habitación de Gabriel. Cuando lo vi grité... y sujeté a Gabriel. No sabía que hacer – dice Alicia tragando saliva – Y luego el tipo salió del cuarto sin decir nada. Desapareció.

–¿Cómo se veía, Alicia?

–No lo sé. Estaba todo muy oscuro, sólo vi su silueta, su sombra... ahí de pie.

–Era un poco alto – dice Gabriel, silenciando a todos – era joven, tenía el cabello algo largo, ondulado.

Escuchar la voz de mi hijo menor describiéndome a Marcos García observándolo desde la oscuridad de su propia habitación me congela. Volteo a ver a Lucio, quien está detrás de mí escuchando lo que Gabriel dice.

Lucio me regresa a la mirada, y lo sabe.

–Por dios – dice Rita con voz chillona, soltando un llanto intenso que estorba en los oídos.

–¿Cómo sabes que era joven? – le pregunta Alicia a Gabriel, asustada.

–Su voz, su voz era joven.

–¿Te habló?

No puedo decir siquiera una palabra.

–¿Quién es este hombre? – Pregunta Rita al aire – ¿ah? Santiago ¿Quién diablos es?

–No lo sé.

–Por el amor de dios. Deja de ser un cobarde ¡estamos en peligro! Di la maldita verdad por una vez.

–Nadie está en peligro, no bajo mi vigilancia. Nadie lastimará a mi familia.

–Por favor, Santiago. Ser tu familia es nuestra maldición. Tu maldito nombre nos tiene jodidos a todos.

Alicia toma a Gabriel del hombro y le susurra algo al oído.

Así estamos por estos días. Y me sirvo un poco de agua, mientras Rita habla del averno en el que los metí. Mientras dice que los niños ya están muertos, que ella ya está muerta. Dice que los he matado a todos. Y Alicia sigue susurrándole a Gabriel al oído, intentando ocultar lo que Rita no deja de decir.

Les pregunto por dónde se metió este tipo, cómo logró entrar a la casa. Pero nadie sabe. No había puertas forzadas, no había nada destruido, o perturbado de ninguna forma. Es como si Marcos nunca hubiera estado allí.



Salgo de la casa sin poder darles un beso a mis hijos. Rita no deja que los toque, siquiera que me acerque. Soy sólo contaminación en este lugar. Pero por ahora no es lo que me molesta.

–¿Qué es lo que quiere? – Pregunto en voz alta mientras camino hacia mi auto junto a Lucio – ¿qué es lo que hace Marcos?

Rita ha cerrado la puerta pero todavía escucho sus chillidos desde la calle.

–¿Me está amenazando? ¿Me está amenazando con mi familia? Ese maldito infeliz ¿Qué cree que hace?

–Es un tipo de mensaje, señor. – responde Lucio.

Nos detenemos junto al auto y Lucio me explica que Rondón empezó a cazar a esos pandilleros, y varios de esos Cayetanos han sido borrados del mapa.

–García debe saber que usted va tras él. – Me dice Lucio observando que no haya nadie en la calle, quizá el propio Marcos mirándonos desde alguna sombra – Debe ser algún mensaje para intimidarlo, señor.

–Quiero tres hombres vigilando esta casa, Lucio, todo el tiempo, día y noche. Que sean sutiles. No quiero que Rita llame a la policía o algo por el estilo.

Más de una docena de muchachos entre los trece y veinticuatro años han sido encontrados apuñalados en lotes abandonados, o en basureros industriales en el sur. Sus cuerpos están en las ruinas de viejas casas inhabitadas de barrios extintos en las lomas. Algunos tenían más de treinta apuñaladas. Les han quitado los zapatos y lo poco que tenían, y han dejado entre despojos y escombros los cuerpos de los chicos, destrozados, magullados, deformes. Han escrito en las paredes, cerca de los cadáveres, una y otra vez “Checo”. En algún muro de ladrillos o concreto, se ve en grafiti rojo, torcido “Checo”. Imagino que ése es el sentido de humor que tiene Aurelio Rondón.

–No quiero que nadie se entere de este incidente. – Le digo a Lucio, de pie junto al auto – En especial Ismael Santamaría. No quiero que sepa que Marcos estuvo aquí.

Veo a mis hijos al otro lado de la ventana, casi imperceptibles.

–¿Algo nuevo sobre Ismael? – pregunto.

–No, señor. Sólo esa reunión que tuvo con Alfonso Santos. Aunque el alcalde de Mendoza permanece en la ciudad, no se ha reunido de nuevo con Santamaría.

–Mantenlos vigilados, a ambos. También a mi tío. No quiero más

sorpresas. Quiero saber quién más estaba en tales negocios con mi padre y el senador Durán.

–¿Y qué haremos respecto a García, Señor?

–Ese es otro tema, Lucio, que no podemos tratar sutilmente. Debemos hacerle entender a Marcos García que su mensaje ha sido recibido.

Entro al auto y miro el vacío de la calle mientras Lucio toma su puesto tras el manubrio.

–¿Cómo nos comunicaremos con él? – pregunta Lucio encendiendo el motor.

–El chico juega con fuego. Entrometerse en los asuntos susceptibles privados es un ataque directo. ¿Qué nos ha mostrado García por lo que revele algo de debilidad?

Lucio me mira de reojo mientras avanza por la carretera.

–La última vez que Marcos enfrentó a mis hombres fue en ese casino, cuando le hicimos esa visita a Braulio González. Y tras la lamentable pérdida de todo el maldito mundo esa noche sólo sobrevivieron Marcos y la familia de Braulio ¿cómo eran sus nombres?

–La esposa se llama Marta, Marta González. El chico es Noel.

–Marcos se preocupó lo suficiente por ellos como para salvarles la vida y matar a todos mis hombres. Se expuso esa noche.

Debo evadir pensar demasiado en estos asuntos y analizarlo todo con cabeza fría. No puedo darme el lujo de tener migrañas cada día que comprendo que todo esto no es más que mierda.

–¿Qué quiere que haga con ellos, señor?

–Enviar un mensaje, Lucio. Algo estridente que llame la atención de García y le diga que vemos lo que hace, lo que le preocupa, lo que quiere proteger.

Mi padre me ocultaba todo lo que importaba, todo lo que hacía. Su historia es un asunto difuso para mí. Y ahora tengo a Santamaría escabulléndose a mis espaldas, contactando a los viejos colegas de mi padre y maquinando otra cosa en secreto, tal como mi padre lo hacía, a pesar de que ahora soy yo la cabeza de esta casa. Estoy a cargo de todo.

Tengo que lidiar con Marcos García observando a mi hijo dormir, y susurrándole cosas desde la oscuridad.

–Haz ruido, Lucio. Quiero que encuentres a esta mujer y a su hijo, y que hagas bastante ruido. Quiero ver el mensaje en primera plana de cada maldito periódico. Y que Marcos lo comprenda de inmediato. Lo comprenda cuando vea el rostro de Marta González – Lucio asiente despacio. –Quiero que cruces

la línea ¿entiendes? Quiero escuchar los gritos de la gente preguntando qué diablos está pasando en este país de desgracia.

–¿Qué hago con el chico?

–Haz lo que quieras con él.

Apenas escuché el reporte Díaz y yo tomamos el auto hacia el centro de la ciudad, de donde proviene todo el caos que se extiende por las calles.

Estuve indagando con Díaz dónde diablos pudo haberse metido Franco Montés. Qué otro lugar puede tener para refugiarse que no sea la fundación en donde ha vivido la mayoría de su vida después de abandonar Aprima.

Le digo a Díaz que debemos encontrar a ese chico antes que los funcionarios de esa maldita oficina.

–Si ellos lo encuentran primero – le digo – no lo volveremos a ver. Tenlo por seguro.

Entonces escuchamos el reporte de la Caldera, el sector condenado en el centro. Hubo dos disparos y parece que un muerto.

La Caldera fue el lugar al que llegó Franco cuando escapó de Aprima después de la masacre. Fue su hogar por varios años, hasta que alguien lo encerró en alguna habitación dentro de ese averno a que muriera de hambre y olvido.

Franco Montés regresó a la Caldera.

–¿Quién murió? – pregunta Díaz a mi lado.

El reporte sólo especificaba que era un habitante del sector. Quizá Franco ya está muerto.

El auto se adentra por los callejones angostos del centro y me detengo a media cuadra de la Caldera.

–¿Has venido alguna vez? – le pregunto a Díaz bajándome del vehículo y colocándome mi abrigo.

–Nunca he entrado, si es a lo que se refiere.

–En ese caso, chico, bienvenido a la Caldera del Diablo.

Al final de la calle está la reja que nos separa de ese pequeño mundo de consumo y drogas, de basura viviente caminando y ultrajando, botando humo por cada poro que los cubre.

–Échale un vistazo al infierno.

Díaz mira alrededor, observando a toda esa gente corriente viviendo su rutina tan cerca del agujero negro que está a tan solo unos pasos de ellos.

Hay dos patrullas de policía con las luces de la sirena encendidas parqueados a la entrada de la Caldera. En la esquina está inmóvil una ambulancia y varios patrulleros caminan sin rumbo alrededor.

Nos abrimos paso dentro, traspasando la reja que limita a la Caldera con el resto de la ciudad y justo ahí vemos las montañas deformes de basura y mierda esparcidas a lo largo del callejón por el que caminamos. Las casas allí dentro están en ruinas; no tienen vidrios en las ventanas, sólo rejas por las que se ven varias manos sobresalir desde la oscuridad, y rostros de adictos asomarse con expresiones espectrales, con ojos vacíos de demonios vigilantes.

Varios indigentes y desechables caminan contorsionando su cuerpo hacia las taquillas en donde pueden comprar todo tipo de drogas, cocaína sucia que los mantiene enloquecidos y atrapados. Un niño pequeño sale de una de las casas usando unas botas rotas y un viejo saco escolar manchado. Trae una bolsa en su mano oscura y la arroja a un montón de basura que se atraviesa en su camino, no se detiene en absoluto. Sin mirarnos regresa por donde vino, con tal propiedad que me da a entender que ésta es la realidad de la que siempre ha hecho parte.

Le digo a Díaz que no haga contacto visual prolongado con nadie. Sigue siendo peligroso, a pesar de que hay policía por doquier.

Hay varios susurros que se acercan desde los callejones más angostos y menos inesperados de esta cuadra. Un mar de rostros decrepitos y huesudos aparece por los agujeros sin vidrio de las ventanas de las viejas casas, mirando el movimiento en su sector.

Avanzamos hasta que vemos el grupo de forenses y policía rodeando un cadáver ya cubierto. Me acerco a uno de los oficiales y le pregunto por lo que ha ocurrido. Me dice que es sólo el pan de cada día del averno. Dice que muertos salen de ahí como mercancía robada, armas y droga.

–Un disparo a uno de los desechables – dice posando sus ojos sobre la manta que cubre el cuerpo –. Alguna riña de adictos, o locura.

El oficial me dice que no hay nada más que hacer. Nos pide que nos retiremos para no abrumar a la población de la Caldera demasiado.

–¿Identificaron a la víctima? – le pregunto.

–Esta gente no tiene nombre, oficial – me dice.

–¿Podemos verle el rostro? Puede que se trate de una persona de interés en una investigación.

El oficial me mira entrecerrando los ojos.

–Sólo un vistazo – le aseguro – y nos iremos.

Sin confirmar nada, el oficial camina hacia el cuerpo, se inclina hacia él y despacio levanta con sutileza la manta. Se retira lo suficiente para que sólo yo pueda ver una porción del rostro. Miro por un par de segundos y me doy cuenta que no se trata de Franco Montés. El oficial cubre de nuevo al cuerpo, se reincorpora y se aleja para dialogar con un forense sobre a qué horas pueden levantar el cadáver.

Camino hacia la dirección opuesta del cuerpo y Díaz se posiciona junto a mí con la mirada hacia la salida. Le susurro que no se trata de Franco

–¿Entonces? – pregunta.

–Entonces puede estar vivo.

–¿Dónde?

–Algo me dice que este altercado tiene que ver con él.

Me detengo a mitad del callejón y miro alrededor; a los indigentes tirados en el suelo como más cadáveres abandonados. Los chicos jóvenes; niños de pieles percutidas encogiéndose en las esquinas, ocultando sus pipas y sus cigarrillos, con rostros apelmazados en mugre y ropa envejecida.

–¿Cómo pasó esto? – pregunta Díaz, ignorando a esta humanidad reducida a sombras de basura y escombros de hombres.

En el pórtico de una casona veo a un viejo recostado en una de las paredes mirándonos sin parpadear. Tiene un cabello blanco alborotado que rodea su cabeza, y una barba espesa que cae enredada de su cara, cubriendo con sus hoscos mechones una pañoleta verde atada a su cuello que apenas es perceptible.

Echo un vistazo, revisando si algún otro par de ojos está mirando nuestros movimientos y camino en dirección al viejo. Díaz sigue mi paso sin preguntar nada, pendiente también de si alguien está vigilándonos.

El viejo cambia la dirección de sus ojos y finge ver algún evento cotidiano de locura a lo lejos.

–Disculpe, señor – pregunto desde una distancia prudente, con voz baja, por lo que no sé si el viejo me oye – ¿Vio lo que ocurrió? ¿Sabe lo que le pasó a ese sujeto?

El viejo me ignora de una forma tan evidente que me hace sentir invisible.  
Tiene un palillo entre sus labios que no deja de mover.

Díaz sugiere salir de allí para siempre, no cree que ningún habitante del sector vaya a hablar con la policía.

–No confío en lo que ese agente me dijo – comento en voz alta para que el viejo me escuche – Quiero saber la verdad de lo que pasó.

Sin mirarme, el viejo pregunta:

–¿Qué le dijeron sus amigos uniformados?

–Divagaron. Dijeron que debió haber sido un pleito entre adictos.

–De esos tenemos todos los días, y no veo tanto policía aquí esas otras veces.

–Entonces no debió ser nada común lo que pasó hoy.

El viejo se rasca la cabeza y niega despacio.

–Lo que sea que pase aquí no es sorpresa – dice.

Díaz me agarra del brazo y me obliga a voltear levemente. A lo lejos hay un callejero encorvado, de cabello ralo y sucio, observándonos con atención. Puedo ver en su cuero cabelludo cicatrices y manchas negras.

Intento ignorarlo.

–Sólo quiero saber la verdad de lo que pasó.

El viejo gira su cabeza despacio y me atrapa entre su ajustada mirada opresiva. Quedo allí tendido a su disposición y siento que no me quiere dejar ir.

–No, mi amigo – dice él – usted no quiere saber la verdad.

Sus ojos son tan claros que el verde en ellos se confunde entre la transparencia que los cubre.

–No lo soportaría.

Quiero creer que el viejo está loco, pero siento que me está enloqueciendo a mí. Su voz es tan fuerte y clara que todo esto tiende a ser una predicación.

–Dígame lo que pasó – exijo sin alejar mi mirada.

El viejo se separa de la pared y da dos pasos hacia mi terreno personal, respirando sobre mi viento y postrando su mirada con más intensidad en la mía.

–¿También viene por el chico? – pregunta.

–¿Cuál chico?

–Usted sabe cuál chico, amigo. No aparentemos estupidez ahora, por favor. Puedo estar demente, pero no soy un idiota.

Miro a Díaz en un instante fugaz, dándola a entender que el viejo sabe

sobre Franco Montés, por lo que sí estuvo aquí. Franco vino a la Caldera.

–¿Dónde está el chico, entonces? – le pregunto.

–¿Quiere ayudarlo?

–Intento salvarle la vida.

–Veo – dice el viejo sobándose la nariz y retirando su mirada al fin sin remordimientos – Llegó aquí esta mañana. Tenía buena pinta, buena ropa. No era un callejero, pero tampoco se veía cotidiano. Cabeza rasurada y cicatrices en el rostro.

Es Franco.

–¿Qué le pasó?

–Se metió en una casona. Creo que compró algo y buscó un lugar adentro. Todos lo vieron. Se sentían por ahí las intenciones de robarle al chico sus zapatos y todo lo que tuviera en sus bolsillos. No lo volví a ver en unas horas, hasta que llegaron esos otros dos tipos. – Dice el viejo señalándome a lo lejos la casa en donde vio entrar a Franco.

–¿Qué tipos? ¿Del gobierno?

–Quizá. Parecían de una maldita mafia. Uno tenía gafas de sol.

–¿Qué hicieron? – pregunta Díaz dando dos pasos al frente.

–Empezaron a preguntar por el mismo joven que ustedes buscan. Dieron su descripción y sacaron billetes para hacer hablar a la gente. Entonces, el imbécil del “Topo” Ruíz les dijo que diría donde estaba el chico si le daban más plata. Y los encorbatados le arrojaron dinero a la cara, creo que prometiéndole más cuando apareciera el chico. El “Topo” los llevó a la casona y al rato salieron arrastrando al pobre muchacho de los brazos, el mismo que ustedes buscan. – El viejo se me acerca señalando con su mano donde sucedió el incidente. – El chico no dejaba de gritar y chillar, como una rabieta de niño. Pero los encorbatados lo tenían bajo control, hasta que el “Topo” se les echó encima exigiendo el resto de la plata, y luego intentó ayudar al chico a que lo dejaran tranquilo. El tipo de lentes oscuros sacó un fierro pequeño, un arma, y fulminó de un tiro al Topo, que cayó sin decir nada al piso y se retorció un poco. El resto de la gente salió corriendo, pensando que las balas iban a empezar a salir disparadas para todos lados. Pero no pasó. Los tipos lograron sacar al chico de aquí y dejaron al Topo a que se muriera. Y ahí sigue tirado, escondido bajo esa mierda blanca.

Volteo a ver donde yace el cuerpo, percatándome que los patrulleros están observando nuestra interacción con el viejo.

–¿Así que se llevaron al chico? – pregunto.



–Ya está en alguna fosa común, mi amigo – asegura.

–¿Y ningún otro oficial preguntó por lo que pasó? ¿No tomaron la declaración de nadie?

–Esto es la Caldera, aquí vale mierda si el gobierno mata a alguien. Nadie quiere saber quién lo hizo. Los húsares matan a alguien seguro todos los jodidos días ¿No se lo dijeron sus amigos uniformados? Nosotros no tenemos nombre.

Los húsares son el grupo criminal organizado que se encarga de la venta de droga en la Caldera.

Siento que la situación está calentándose. Estamos haciendo preguntas que no deberíamos en el lugar menos indicado.

–¿Y cómo es su nombre? – le pregunto al viejo.

–Mejor váyase, amigo. Ya nos están tirando ojos aquí, y no quiere meterse en esto.

–Sólo quería agradecerle.

–El chico que usted intenta salvar ya está muerto. – Dice el viejo algo tosco – No hay nada qué agradecer.

Me alejo de él aún cautivado por sus ojos, observando los remolinos que se le forman en la barba blancuzca y seca, mientras mis pies se mueven hacia la salida sin saber exactamente qué están pisando.

–No se vaya a perder en el mundo, amigo – dice la voz queda del viejo desde la distancia – no se vaya a ahogar en sus propias pesadillas o va a terminar como yo; buscando un calmante a tanta mierda que pasa en el mundo.

El resto de habitantes de la Caldera parecen ignorar el cadáver tirado en su propio suelo. Algunos hablan solos, expresándose con ademanes irritantes hacia alguna entidad que puede que vean ellos pero nadie más.

El viejo queda imperceptible después de unos segundos de avanzar entre la basura y los charcos que se acumulan en el piso desnivelado y agrietado de la Caldera.

–¿Qué es lo que está pasando? – Me pregunta Díaz sobándose la cabeza – ¿Quién rayos se llevó a Franco Montés? ¿Por qué? ¿Y qué diablos hacemos nosotros tras él? ¿Nos va a conducir a Marcos Díaz? ¿Estamos seguros que Marcos Díaz mató al senador Durán?

Giro hacia al chico y le digo con voz rotunda.

–Escúchame, Díaz. Esto no es cualquier cosa, aunque no lo puedas creer, todo esto tiene que ver con lo que le ocurrió a ese senador. Tiene que ver con la muerte de Armando Contreras. Marcos García está detrás de este

espectáculo. Y ellos lo saben, por eso se llevaron a Franco Montés; el único que en realidad sabía algo de García.

–¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

Dejo a un lado al chico y hago más rápidos mis pasos debido al dolor de cabeza que me produce estar en este hueco habitado de enfermos y dementes. Sólo quiero estar tan lejos de este lugar como sea posible en este momento, justo ahora, antes de que vuelva a escuchar a ese viejo diciendo algo respecto a mis pesadillas o a lo que sea.

–Suena a que está perdiendo la cabeza, Rivera – dice Díaz intentando alcanzarme.

*Daniel Prendergast*

En esta última semana todo ha estado tan callado e inmóvil que llegué a pensar que me encontraba solo en casa. Tal vez mis padres se habían ido de viaje a algún lugar remoto al que no llega noticia alguna. Y quizá la señora Soria no estaba revisando las alcobas, ni limpiando el polvo, no estaba preparando comida. Puede que estuviese solo todo este tiempo. Pero no es así. Todos ellos estaban al otro lado de la puerta. Antes solían pedirme que saliera de mi habitación. Que saliera a la sala a hablar sobre lo que ocurre en mi cabeza, escuchar los pronósticos del abogado. “No te hagas esto a ti mismo” me decía mi madre desde la puerta “si nos apartas y te recluyes, ellos ganan. Eso es lo que ellos quieren”. Quería preguntarle quién demonios eran ellos. ¿Quién es el que está ganando con todo esto? A la mierda.

Me quedé en cama como un moribundo. Dejé de comer, dejé de encender la luz, abrir las cortinas. La señora Soria ya ni entraba a mi cuarto. Solo estoy yo.

A veces los escucho. A la gente. Están frente a mi casa, gritan en coro alguna que otra cosa. Están enfadados. Quieren matarme. Siguen gritando. Gritan el nombre de Lina. Es todo lo que entiendo. Así que no puedo dejar de pensar en ella, en sus bonitos ojos que empequeñecía debido al humo de las avenidas principales que se paseaba a lo largo de los parques, y al polvo húmedo que flota con las primeras gotas pesadas que caen desde alguna tormenta intensa que se va formando.

Cada detalle es importante: es todo lo que tengo. Me mata pensar en sus dedos limpiándome la mejilla o arreglándome la camisa.

–¿Cómo estás hoy? – pregunta mi madre sin utilizar ningún apelativo afectuoso.

Está abriendo la puerta y asomando solo un poco su rostro para no tragarse todo el olor que emerge de aquí.

Pienso en los ojos de Lina. Sus ojos, sus dedos tocando mi mejilla y arreglando mi camisa.

–¿Quieres levantarte hoy? – Dice mi madre no muy convencida de sus propias palabras – El abogado va a venir hoy. Y tu padre cree...

Ni siquiera puedo escuchar qué más dice.

Ella sabe que no le voy a responder.

Mi padre no ha intentado acercarse a mi habitación ni a verificar con sus propios ojos que todavía existo. Pero puedo escucharle hablando por teléfono, quizá con mi tío Donald, o algún socio del Torreyana. Hablan fuerte como todo hombre de negocios debe hablar. Hasta lo he oído carcajear, tal vez con una copa de whiskey sin hielo en la mano, o lo que sea. No ha perdido su sentido del humor machista y hosco que lo caracteriza. Es como si mi padre fuera parte de otro plano existencial que no tiene nada que ver con el ambiente angustiante que se está apoderando de la casa.

Afuera, tras el muro de la entrada y la reja que limita nuestro terreno, han abandonado fotografías de Lina y coronas de flores como algún tipo de símbolo con el que esperan atormentarme. Creo que han sido civiles, o quizá viejos compañeros míos, amigos de Lina, o sólo gente, sólo apariciones antiguas. Imagino que mi madre ha ordenado que levantaran todo del frente de la casa, ya que al medio día no hay rastro de nada.

Me quedo callado tras el volante intentando evadir la mirada de Rodrigo. Sé lo que hay en su cabeza pero no pretendo enfrentarlo, sólo finjo que estoy pendiente de la carretera.

–¿Qué tan lejos queda este lugar? – pregunta Rodrigo quien prefiere no mirarme a la cara.

–Ya estamos cerca, llegaremos en unos minutos.

El aire se hace más pesado y comienzo a cansarme de su estúpida actitud. He conocido a Rodrigo por varios años. La primera vez que nos vimos él era sólo un niño con ansias de ser un maleante sin miedo a las consecuencias de sus oscas acciones. Quería soltar disparos al aire y cobrar dinero. Ha sido nuestro trabajo y mi compañía lo que le hicieron ver el mundo de alguna forma menos idiota. Pero ahora es él quien me juzga en silencio.

–¿Quieres decir algo, Rodrigo? ¿Ah? – pregunto echándole un ojo. – Porque estoy cansado de tu maldita actitud.

Alicia ha llegado de improviso a mi apartamento esta tarde, algo que debí tener en cuenta cuando le di las llaves hace unos días. Rodrigo la ha visto adueñándose de cada rincón de mi hogar, mandándome miradas intensas, intentando actuar normal frente a Rodrigo. Pero cualquier idiota podría haberse dado cuenta que Alicia y yo no somos sólo amigos.

¿Qué demonios se suponía que debía hacer? Desde que irrumpieron en su casa Alicia está aterrada, y yo le juré que la protegería.

–¿De verdad importa lo que diga? – pregunta él junto a mí, volteándose para verme a los ojos – ¿Acaso te importa una mierda?

–Dilo y te diré cuánto me importa.

–¿Sabes que estás haciendo? ¿Tienes alguna puta idea?

–Sé que estoy soportando a mi compañero siendo un maldito problema justo cuando tenemos algo serio qué hacer.

–¿Hace cuánto estás con esa niña? ¿Pensabas mantenerlo en secreto toda tu vida? ¿O qué mierdas estabas planeando con todo esto?

–¿Por qué eso habría de afectarte en algún sentido? Es mi vida.

–Es la hija de Santiago Casillas, por el amor de dios. Ese tipo está como una puta cabra, y cuando se entere que te estás tirando a su hija te va a pegar un tiro en tu mierda de cabeza.

Miro a Rodrigo con tal ira que siento mis manos aferrarse al volante tan fuerte que me duelen.

–No hables de Alicia como si tratara de una puta. – Digo tan serio como puedo – Nadie se la está tirando.

–¿Entonces qué diablos se supone que hacen? ¿Ah?

–Sólo nos estamos viendo, eso es todo. Cálmate, con un demonio.

–¿Se están viendo? ¿Eso qué quiere decir? Es una niña.

–Será mayor de edad dentro de unos días si eso es lo que te angustia.

–Eres más de diez años mayor que ella, Manuel. ¿Es que no puedes conseguirte una mujer de verdad?

–Te lo advierto, Rodrigo, es suficiente.

–¿Tú me lo adviertes? La maldita hija de Santiago Casillas, el mismo tipo que ha estado matando pandilleros por decenas, el mismo que quemó a todos los trabajadores de Contreras... torturó a ese tal Teo por unas semanas. Y tú te estás “viendo” con su hija.

–Nadie se tiene que enterar.

–Se está quedando en tu casa. Se comporta como si fuera tu esposa. ¿Cómo diablos no se va a enterar el resto del mundo?

–Estamos trabajando ahora, Rodrigo, hablaremos de esto...

–Esto no va a acabar bien, Manuel.

Llegan las siete de la noche y detengo al auto a una distancia prudente del lugar en donde parece residir Aurelio Rondón, el viejo contacto de la costa que tenía Armando Contreras. Al parecer Rondón ahora negocia con Santiago Casillas y entre los dos han estado borrando nombres de pandilleros sureños, algo que tiene particularmente estresado a mi padre, sobre todo ahora que intenta salir limpio de estos negocios, y ya no tenemos a Ramón Casillas para que controle a su hijo.

Rodrigo piensa unos segundos antes de bajarse del auto al ver tres morenazos enormes paseándose frente al deshuesadero, fumando bajo un poste que provee una luz pobre. Ninguno de los tres se ve amigable.

–¿Todo estará bien? – pregunta mirando la arcaica construcción frente a nosotros, escuchando la música y las estridentes risas de los costeños dentro.

No le respondo y avanzo sin esperarle. No quiero que se haga media noche y seguir en este lugar.

Adentro nos recibe Aurelio Rondón mostrando su desafortunada risa brillante. Creo ver un diente de oro en el montón. Lleva una camisa azul con los primeros botones abiertos, mostrando su pecho y una cadena de oro reposando en él. Parece que no le molesta el frío de la ciudad, aunque ésta es la principal queja de los costeños al vivir en el centro del país.

–Manuel Santamaría – dice él estrechando mi mano, colocando la izquierda en mi hombro, acercándoseme bastante a la cara – chico, sí que has crecido. La última vez que te vi eras un mocoso que no se afeitaba ni le permitían cargar armas.

–¿Cómo va todo, Rondón?

–¿Quién es éste? – pregunta sin darle la mano a Rodrigo, quien prefiere permanecer unos centímetros detrás de mí.

–Él es mi compañero, Rodrigo Córdoba, me ayuda cobrando el dinero.

Rondón asiente ignorando la mano que Rodrigo le extiende, por lo que él finge no sentirse ofendido y dirige su mirada a los viejos camiones desarmados, mientras se peina con sus dedos su cabello ondulado.

–¿Qué tal está su padre, el viejo Santamaría? – pregunta Rondón mientras me conduce dentro de una casona de lata, aluminio, quizá madera, al fondo de su terreno.

–Intentando tomarse con calma lo que andan haciendo por ahí usted y Santiago Casillas.

–¿Qué cree el viejo Ismael que Casillas y yo estamos haciendo, a ver?

–Hemos oído de las muertes de los pandilleros, los Cayetanos. Al parecer atribuyen los asesinatos a una guerra entre pandillas del sector, pero usted y yo sabemos quién está detrás de todo esto.

–Así que de esto se trata toda esta parafernalia.

Entramos a la casona en donde han montado una mesa de billar junto con una vieja rockola que suena terrible. Hay varios tipos jugando y un par de

mujeres tomando cerveza.

–Explíqueme, joven Manuel ¿Por qué le interesa a su padre lo que nosotros hagamos? En fin, mi relación de negocios terminó con él hace tiempo.

Sobre la música se imponen los ladridos de un par de perros enjaulados en la parte trasera de la casona. Nos ven amenazantes mientras se mueven intranquilos tras las rejas. Son de esos perros que los costeños usan en sus famosas peleas caninas.

–La cuestión en sobrevivir a este mundo es ser precavidos. Ir matando pandilleros y dejar escrito en las paredes “Checo” no es ser precavidos en absoluto. Parece que Santiago sólo le interesa llamar la atención y darle a entender al resto que él es peligroso. Y bueno, no queremos que usted lo incentive a continuar con su comportamiento. – Le digo a Rondón mientras lo sigo.

–Déjeme ver si le entiendo, chico Manuel. Usted me está diciendo que su padre, quien ya no tiene vínculo con nosotros y pretende retirarse de este negocio comprando restaurantes por todo lado, puede mandar a su hijo (porque al parecer ni siquiera es capaz de venir a dar su propia cara debido al temor que tiene de exponerse a la opinión pública, y manchar la reputación de reivindicado que intenta ganarse) a “sugerirme” qué hacer con mi socio, Santiago Casillas, ya que de alguna forma él se siente afectado de cómo yo manejo mi propia empresa.

–No queremos ofenderlo, señor Rondón. Usted y mi padre se conocen de hace mucho tiempo, y sólo quiere darle a entender lo peligroso que puede ser asociarse tan íntimamente con alguien como Santiago Casillas, quien fácilmente pude salirse de control a cualquiera.

–Conozco la imagen que tiene Santiago Casillas según todos ustedes. Ya me han advertido mil y un veces lo que el tipo es capaz de hacer. El hecho de que yo haga negocios con él es mi maldito problema, y no necesito que un viejo y asustado socio mande a su niñato a decirme qué hacer.

Me detengo ante el tono que Rondón le coloca a su discurso. Entiendo que no pretende manejar esta conversación de una forma diplomática, sino que quiere armar algún tipo de pelea de la que me imagino espera ver algo de sangre.

–Entiendo lo que dice, señor Rondón. Nadie quiere decirle cómo hacer sus negocios, sólo queríamos dar nuestra opinión sobre Santiago Casillas. Ya que quizá pueda afectarlo.

Rondón se me acerca en un instante, y coloca su dedo índice sobre mi



pecho con fuerza, mientras dice enfurecido a mi cara:

–A nadie le importa su opinión, chico. Ni la suya ni la de su padre. El maldito cobarde. ¿Cree que no me doy cuenta de lo que él anda haciendo? ¿Cree que es alguna sombra y nadie lo ve reuniéndose con Alberto Casillas, o el alcalde de Mendoza, Alfonso Santos? ¿No se reunió él con el senador Durán antes de que lo colgaran en ese edificio? Su padre pretende controlar a todo el mundo, actuando como todo un caballero. Pero él es peor que Santiago Casillas. Casillas muestra lo que es. Su padre se esconde tras sus trajes y su buena postura. ¿Cuántos secretos de mierda podríamos encontrarle? Sé que esto se debe al miedo que tiene su padre a que todo se revele.

Su mano está golpeándome en el pecho, empujándome hacia atrás con algo de vehemencia. Entonces Rodrigo da dos pasos al frente y le dice a Rondón que se calme, mientras le aparta su mano de mi pecho.

Y en ese momento sé que esto está jodido. Justo cuando Rodrigo se acerca y toca a Rondón y le dice “Tranquilo, hombre, ya cálmese”. Ahí sé que Rodrigo la ha cagado. Estamos en el terreno de Aurelio Rondón, no podemos andarle diciendo que se calme. No se le pude decir nada.

En silencio, Rondón le dirige una mirada penetrante a mi compañero, quien se ha dado cuenta que en vez de ayudarme está empeorando la situación.

–¿Quién diablos es éste? – Pregunta Rondón sin parpadear – Creo no ni siquiera usted sabe quién es. ¿Quiere que se lo informe?

Rodón sujeta a Rodrigo del rostro y lo hala hacia sí mismo, para luego aferrar su enorme mano alrededor de la nuca de Rodrigo, quien apenas intenta evitarlo, dejando que lo agarren como a un muñeco. Rondón hace que Rodrigo se doble hacia el frente, hundiendo su cabeza hacia el suelo. En el instante en que me muevo para enfrentarme a Rondón, un tipo a mis espaldas saca un arma y la apunta hacia mi cabeza sin decir nada, porque éste es el lenguaje universal para “no te muevas”.

–Usted es sólo un perro acompañante – le dice Rondón a Rodrigo mientras éste suelta gemidos de incomodidad – los perros deben aprender a permanecer callados, a no ladrar a la persona equivocada, porque pegarle un tiro a un perro en realidad no es la gran cosa. Tenga eso en cuenta la próxima vez que se dirija a alguien.

Rondón empieza a caminar por la casona, obligando a Rodrigo a que se desplace en esa posición sin siquiera ver hacia donde se dirige. Rondón está llevándolo hacia las jaulas en donde están los perros ladrando eufóricos al ver que alguien se acerca.

Doy varios pasos pero el tipo de cabeza rasurada a mi espalda me empuja contra una pared sin dejarme de apuntar con el arma, y tiene el dedo en el gatillo.

–¿Cree que mi perro me ladra a mí? – pregunta Rondón forzando a Rodrigo a que acerque su cara a las rejas donde el perro intenta asomarse para arrancar un pedazo. La mano de Rondón está tras la cabeza de Rodrigo, y lo empuja cada vez más hacia la jaula, pero no hay forma que el perro pueda morderlo, las rejas se lo impiden. Aun así, Rodrigo parece desesperado por liberarse de ese momento.

Permanezco callado observando todo lo que ocurre, sabiendo que si una sola palabra sale de mi boca Rodrigo estará muerto, o por lo menos sin cara.

El perro lucha con las rejas de su jaula para poder salir de allí y lanzarse sobre Rodrigo. Y así los segundos se van pasando en ladridos, la música de pésima calidad que sale de la rockola, y en las amenazas que Rondón sigue articulando en voz alta.

–No quiero volver a escuchar su voz en mi territorio – insiste él – Su suerte no será la misma la próxima vez.

Rondón arroja a Rodrigo contra la esquina de la jaula, haciendo que su cara se estrelle contra la esquina de metal, y que la saliva del perro le caiga encima. Tras el estruendo, Rodrigo suelta un grito leve de dolor y cae al suelo con los ojos cerrados, cubriéndose su cara, en específico su pómulo izquierdo, el cual se ha abierto levemente por el impacto. Veo algo de sangre sobresaliendo por entre sus dedos.

El tipo que me apunta con el arma se aleja finalmente, mientras que Rondón voltea a verme para exclamar desde la distancia:

–Su padre ya no es nadie en este negocio, su apellido no es nada. Hágale entender eso al digno Ismael. Ya no tiene lo que necesita para seguir escondiendo lo que sea que esconde. – Camina hacia la salida de la casona y dice antes de salir – No vuelvan por acá.

En estos últimos días he sentido que estoy perdiendo la cabeza. Desde que Marcos García irrumpió en mi casa presiento que hay alguien allí, escondido en algún armario, o hasta en un cajón. ¿Qué voy a saber? Quisiera decir que no tengo miedo de estar en mi propia casa, pero no puedo. No puedo dormir bien. He llenado la nevera de cerveza y tengo que beberme varias botellas antes de irme a la cama. No duermo con la pistola bajo la almohada, sin embargo. No estoy tan loco, por Dios. Aunque aún escucho las voces. O gemidos, lo que sea. Es como si alguien estuviera llorando siempre, rondando en los pasillos o en el baño. Sé que es una estupidez, pero juro por dios que lo escucho. Dormido o despierto. Es una maldita pesadilla.

En el trabajo intento permanecer lúcido y sobrio. Me encuentro en la sala de conferencias. Veo a la agente del SIE Emilia León, moviendo sus manos en ademanes fuertes y su rostro algo exasperado pero sin perder del todo su formalidad.

–¿Entiende, usted oficial, el problema en el que nos encontramos? No puedo tener nadie del cuerpo policiaco obstaculizar aún más el trabajo de todos – me dice ella, mientras el resto de la gente en esta sala (mi compañero Agustín Díaz, el capitán Mayarí, el director de la policía Ignacio Almería, y otros dos agentes del Servicio de Investigación Especial) permanecen o bien de brazos cruzados, o sentados incómodos evitando verme al rostro, quizá porque parezco un miembro nuevo de Alcohólicos Anónimos a punto de contar su propia historia personal de tragedia y vicio. Y la señorita León sigue diciendo – El protocolo para este caso no era arbitrario, oficial Rivera, y usted tenía instrucciones claras. Dígame entonces ¿Por qué está acosando pacientes mentales?

Díaz está junto a mí negando con la cabeza. Parece que está tragándose todas las palabras que quiere decir, pero la señorita León le intimida de tal manera que prefiere ahogarse en su rabia y seguir negando con la cabeza.

–Recibí una queja del distrito debido a su constante asedio a esa fundación de monjas. Ni siquiera quiero indagar de qué se trata todo esto. Sólo quiero que empiece a hacer su trabajo.

Miro al agente León a los ojos y me percató que son de un café suave y cálido, bastantes atractivos, por lo que hace toda esta experiencia mucho más difícil de soportar.

Los siguientes minutos se pasan hablando sobre el verdadero asunto que les importa, el cual es el acto de terrorismo sobre el senador Durán y la total ausencia de pruebas para encontrar a los perpetradores. Los noticieros se regocijan de la misteriosa identidad de los asesinos, y no han sobrado las especulaciones y observaciones por parte de los civiles respecto al famoso crimen. Ahora la pregunta que todos se están haciendo es: ¿qué es lo que harán ahora? ¿A quién asesinarán? ¿Cómo lo harán? ¿Superarán el horror de ver a un viejo gordo desnudo y sin cara colgando de una edificación en construcción? ¿Lograrán superar más de tres semanas de impacto mediático con los dichosos análisis desde diferentes ángulos hasta hacer cotidiano la barbarie, incluso para llegar al punto en que los espectadores puedan almorzar mientras reevalúan el color grisáceo en la piel del cadáver que se balancea boca abajo desde el quinto piso o el piso que sea?

Sé que García mató al senador Durán, pero no se lo puedo explicar a la agente León. Esa es la verdad que me está asfixiando en este momento. Nadie aquí tiene idea de lo que estamos persiguiendo.

Después de la conferencia sobre el avance del caso con los del SIE, el capitán Mayarí nos llama a Díaz y a mí a su oficina para tener nuestra propia reunión interna, pues él sabe que si Díaz y yo hemos estado detrás de Marcos García, y por lo tanto en busca de Franco Montés, es por una razón. He trabajado aquí por muchos años para que todo esto se trate de una conjetura pobre de nuestra parte.

–Hemos intentado averiguar el paradero de Franco Montés, pero desde que los de la “oficina de protección a las víctimas de guerra” se lo llevaron no hemos dado con él. Según el reporte oficial ellos no lo han encontrado y el incidente en la Caldera no tiene nada que ver con Montés. Culpan a los húsares – le comento al capitán. – No sé quiénes son estos tipos, ni siquiera tenemos información suficiente sobre la dicha oficina distrital de la que hacen

parte, pero no me gusta nada. Parecen que están protegidos por alguna agencia gubernamental, y están encubriendo sus propias acciones, por lo que no puedo asimilar que lo que están haciendo sea legal. Siento que estamos en medio de una maldita conspiración política.

El capitán Mayarí me mira sorprendido.

–¿Política? ¿Cree que el senador Durán estaba involucrado en algún tipo de conspiración política?

–No creo que él solo estuviera involucrado, pienso que esta situación abarca más que políticos; estoy pensando en varios otros sectores influyentes por figuras (quizá públicas) con poder nacional – Le aseguro.

–Debe haber una relación en todo lo que está sucediendo, señor – dice Díaz – puede sonar absurdo, pero la única razón que vemos para que gente del estado quieran esconder a Franco y prevenir que hable con nosotros es por algo que él sabe ¿y qué puede saber Franco Montés? Un chico que ha estado la mayor parte de su vida internado en una fundación. El ataque en Aprima.

–Lo que pasó en Aprima no es ningún secreto. – Exclama el capitán

–Pero no se sabe toda la verdad. El hombre que nos guio a Franco Montés, el señor Fabio Suárez, nos habló sobre una masacre de mayor proporción de la que el informe histórico menciona.

–La paranoia civil es normal en relación con estos temas, sobretodo en una catástrofe que pasó hace ya años.

–Fabio Suárez vivía en Aprima con su familia cuando ocurrió el ataque. – Digo intentando sonar convincente – Perdió a su mujer y a sus dos hijas. Él nos habló de una matanza histórica, muchos más muertos de los que se cree. Y viendo cómo se ha tratado a esta historia, podemos ver que nada de esto es novedad. Hace quince años el periodista Octavio Granada presento un artículo sobre “los hechos” reales en referente a la guerrilla AIL y el atentado en Aprima. Fabio Suárez fue uno de sus testigos claves, pero la noticia fue tachada de amarillismo mediático, e incluso (según lo que he averiguado) el señor Granada recibió varias amenazas debido a su trabajo. Unos años después se mudó a España asegurando que su vida corría peligro en este país.

Coloco sobre la mesa fotografías del artículo de Octavio Granada que encontré en el Archivo Distrital.

–Intentamos contactarnos con él – aseguro – pero es un tipo difícil de rastrear. Y ahora Fabio Suárez también ha desaparecido.

–¿Voluntariamente?

–Eso creemos. Regresamos a su casa para hablar con él sobre Aprima y

todo lo demás – dice Díaz – pero había abandonado la residencia, argumentándole a la dueña de la propiedad que iba a instalarse en un pueblo lejos de la ciudad. No aclaró cual, ni dejó forma de contactarlo. Parece que no quiere ser encontrado.

–¿Y dónde entra Marcos García en todo esto?

Marcos García está en todas partes. De esa manera lo percibe mi piel, mis huesos de viejo. Siento que García aún permanece escondido en algún rincón de mi habitación, viendo como duermo, sabiendo que no puedo atraparlo a pesar de que está justo allí.

–Este chico, García, sabe más de lo que todo el mundo cree – le digo al capitán Mayarí – Cada movimiento que hace, cada acción que realiza ha expuesto de forma gradual lo que le estamos presentando, señor. García sabe lo que hace.

–Sabe más – exclama Díaz mostrando los informes que le había solicitado hace un par de días – Estuvimos indagando en los antecedentes penales y judiciales de Tarso (nombre de pila, Javier Zuluaga), el vendedor de drogas que se había apoderado del sector de Armando Conteras después de su muerte, y de todos aquellos que estuvieron involucrados en la matanza que llevó a cabo Marcos García en una sola noche. García mató a siete personas. Todos tenían antecedentes penales. Encontramos varias denuncias en contra de ellos, incluso cargos por homicidios inconcluyentes. Estos tipos no eran delincuentes ocasionales, era gente realmente peligrosa. – Díaz ojea las hojas de los informes con rapidez mientras habla – La única mujer, Martina Burgos (la prostituta que fue encontrada en la cama con Tarso y otro sujeto) había sido asociada con una banda de mujeres que emborrachaban, hurtaban y en ocasiones asesinaban a hombres de mediana edad en el sur de la ciudad, pero no hubo pruebas para mantener los cargos en su contra.

–Todos eran delincuentes, lo entiendo, Díaz – dice el capitán algo cansado agitando su mano impaciente.

–A excepción de Ángel Aranda, el sobreviviente. A pesar de que tiene antecedentes por crímenes menores (hurto) de hace varios años, no es un criminal *per se*. Es primo de Tarso, y ésa era la razón por la que se encontraba en su casa la noche que García los asesinó a todos. Excepto a él. García simplemente lo dejó vivir, sin ninguna explicación aparente.

–¿Cuál es el punto?

–El punto es que García lo sabía – digo mirándolos a los dos – él sabía que Ángel no era un criminal, y no lo hirió en absoluto. Mató a siete personas a

sangre fría, menos a este chico.

–¿Y se supone que infirmos algún tipo de patrón en los crímenes de García por ese detalle? – Pregunta el capitán – Podemos encontrar decenas de otras razones por las cuales García no asesinó a este tal Ángel. No necesariamente se trata de un asesino con algún tipo de matiz justiciera que se dedica a matar cierto tipo de criminales específicamente, dejando ilesos a lo que su moral retorcida considera inocentes.

La corbata está desajustada y arrugada sobre la camisa del capitán Mayarí. Sus ojos demuestran que en realidad no ha dormido mucho, como ninguno de nosotros, y que no está dispuesto a etiquetar a Marcos García como un delincuente complejo. Sencillamente lo quiere ver esposado, detenido, o a quien sea que haya asesinado al senador, para que esto termine de una vez.

Me mira sin recelo, señalándome con su dedo:

–Sólo encuéntrelo, Rivera ¿entiende? No me importa cómo lo haga, sólo hágalo. Para la ley es irrelevante la razón que tenga para asesinar a sangre fría. – Se acomoda en su silla lo mejor que puede – Pero, por favor, sea sutil, no quiero más dificultades con los de la SIE, menos con la agente León. Por lo que espero no se le ocurra mencionarles todo esto de “la conspiración política” y menos del perfil que dedujo sobre Marcos García.

Díaz deja sobre mi escritorio las fotografías de Tarso, sus hombres, y su primo Ángel. Me quedo viendo sus rostros impresos en el papel, esbozando ese tipo de expresión que se ve siempre en esta gente. Para mí todos ellos son lo mismo. Su piel curtida y mal cuidada es la imagen general de cada reo nacional. Esos pobres diablos tienen la misma imagen vaga y cutre que percibo en todos los criminales que he visto. Pero Marcos García ve algo diferente en ellos.

Cuando García los mira a los ojos sabe quiénes son.

–Tiene que saberlo. – digo en voz alta sujetando las fotos. Siendo consciente que debo sonar como un lunático.

–Es lo que parece – comenta Díaz pensativo – pero ¿cómo? ¿Cómo diablos lo sabe?

Estoy allí sentado viendo el rostro disoluto de Ángel Aranda en papel, pero sé que esa no es su cara real. Lo vi llorando en los brazos de la policía la madrugada de los hechos, cuando los forenses estaban levantando los cadáveres de aquellos que había conocido. Estaba en shock, estaba perdido. Y García lo dejó vivir.

Parece que vuelvo a escuchar su llanto agudo e incontrolable. “Todos están

muertos” es lo que dice en los brazos de un oficial. “Los mató a todos”.

La cara del Tarso en la fotografía lo muestra vacío o ausente. Como si ya no hubiera hombre detrás de esa carne. Veo sus ojos. Pequeños. Oscuros.

Tarso está jadeando como animal, desnudo, sobre la prostituta que parece inconsciente bajo los dos tipos que lucen como si quisieran asfixiarla con su peso de toros flácidos tatuados, mientras la empapan de saliva y sudor. Por un momento, siento que ese sudor y esa saliva están lloviendo en mí.

Está vivo y desnudo.

Puedo ver los ojos de Tarso, perdidos por el placer tosco que se lo traga. No sé por qué estoy pensando en esto. No sé qué me pasa.

–Quizá García lo ignoró, no mató a Ángel porque tenía que huir. Quizás todo esto es sólo una coincidencia y sólo queremos ver algo que en realidad no está ahí – asegura Díaz con una mano sobre su rostro.

No puedo hablar. Creo que he escuchado a la prostituta decirse a sí misma que las piernas la están matando del dolor, y que estos dos tipos sobre ella en realidad no saben que están haciendo porque están muy volados. Todavía siente el hormigueo de la cocaína en sus dedos.

–No tiene sentido – dice Díaz – García no podría poseer información de ese tipo.

Es como si tuviera fiebre. Me toco la frente pero mis manos no pueden sentir nada. Sólo siento a la prostituta sujetando el hombro de Tarso mientras éste le agarra la garganta y se la aprieta con tal fuerza que ella llega a creer que va a morir, pero en ese momento no le importa. Y ahí veo a Marcos García rompiendo la puerta de la habitación a los pies de la cama. Lo veo con un arma firme en su mano apuntándonos en el momento exacto que empieza a disparar. Y en unos segundos estoy tostado y muerto. No yo, la prostituta. Ella está muerta. Y Tarso y el otro tipo.

–Marcos García lo sabe – le digo a Díaz quien no es capaz de contradecirme – simplemente lo sabe. Y va a seguir matando por eso mismo.



Una mujer pasa de largo junto a mi auto después de que todo está cayéndose de tedio. Tiene piernas largas y fuertes, y camina con tanta confianza que me obliga a verla alejarse por la acera.

Siento que llevo mil años sentado en mi carro.

Ismael Santamaría ha entrado a un negocio que no tiene aviso o alguna señalización que explique qué clase de lugar es (aunque solo viendo la fachada es obvio que se trata de otro antro del occidente). Adentro con él se encuentra el tío de Santiago Casillas, Alberto, y no parece que vayan a dejar de hablar pronto. Así que intento acomodarme lo mejor posible, esperando que su reunión termine.

Como veo la situación nada de esto va bien. Que Ismael Santamaría y Alberto Casillas se estén reuniendo a espaldas de Santiago sólo lo hará más paranoico. Ya puedo imaginarme en unos días al joven Casillas enviándome a acabar con Santamaría, luego con sus hijos –Manuel y Antonio – para evitar una retaliación. Y quizá, sólo quizá, me deje matar a la esposa, Amanda Santamaría.

Enciendo la radio y dejo que la música suene sin perturbar a nadie. Aunque en este barrio gris a nadie le importa en realidad nada. Esto estaría mejor con una cerveza.

Al rato veo la figura de Ismael Santamaría saliendo del bar, subirse a su auto e irse. Le sigue Alberto Casillas, caminando despacio como el viejo que es, postrándose en la acera para luego tomar un taxi.

Espero un par de minutos para salir del auto y acercarme al bar del que sale un muchacho moreno y de baja estatura que me espera junto a los contenedores de basura.

Desde varios pasos de distancia puedo escuchar su respiración agitada. El chico no puede ocultar para nada su miedo. Me detengo a su lado y me cruzo de brazos.

–Estuvieron hablando por mucho rato – dice el chico incapaz de girar para mirarme a la cara – solo escuché unas cuantas cosas.

–¿Cómo qué?

–Del alcalde al algún pueblo, Alfonso Santos.

–¿Nombraron a Santiago Casillas en algún momento?

El chico asiente varias veces.

–Estaban preocupados por lo que está haciendo, y la gente que está matando. También hablaron de Aurelio Rondón. Dijeron que ese costeño estaba igual de demente que Santiago, y que ninguno de los dos eran buenas noticias.

–¿Y qué? ¿Van a hacer algo al respecto?

–Santamaría dijo que el tal alcalde, Santos, había hablado de matar a Santiago. Dijo que mucha gente ya estaba cansada de él.

Tomo un respiro y saco unos cuantos billetes y se los extiendo al chico.

–¿Dijo Santamaría que mataría a Santiago? – le pregunto al chico, quien toma el dinero con precaución.

–Sólo dijo que alguien lo haría en algún momento. Alguien iba a matar a Santiago. Creo que no quiere hacerlo él mismo. O por lo menos no quería decirlo en frente del tío del propio Santiago.

Saco otro billete de mi bolsillo y se lo coloco en la mano al chico. Él lo toma con más calma esta vez.

–Entiendo – le digo –. Bueno, tráeme una cerveza y un paquete de cigarrillos.

Tomo el auto hasta el sur, a los límites de la ciudad, en donde se ha mudado Marta Gonzáles, la viuda de Braulio, con su hijo, Noel.

Parqueo el auto cerca al edificio de apartamentos donde residen, y permanezco sentado con media botella de cerveza calentándose conmigo.

Santiago dijo que hiciera ruido. Dijo que quería ver este momento, esa mujer y ese niño, en primera plana. Esto tiene que ser más que enviarle un mensaje a Marcos García para que se cague encima de miedo, para que sepa de lo que somos capaces. Esto tiene que ser un mensaje para todo el jodido mundo.

Enciendo un cigarrillo y espero fumando a que la noche se haga más densa.

La gente no ha dejado de quejarse de cuan vil es Santiago Casillas y toda la

mierda que se le ocurre hacer. Pues es momento de mostrarles que las cosas pueden ser mucho peores. Es tiempo de darles una razón a todos esos hijos de puta a que se halen de los cabellos y se abrumen.

No recuerdo época en que la gente no hablara de Santiago como si no se tratara de un enfermo mental. Pero nadie conoce al tipo, nadie sabe quién es ese pobre enfermo mental del que tanto hablan.

La primera vez que lo vi fue una noche hace ya mil años, cuando lo acompañé a tomarnos unas copas. Éramos solos él y yo: desconocidos en un bar a las doce tomando ron del bueno y cerveza. Su padre, Ramón Casillas, me había ordenado que le sirviera de chofer para que él se embriagara y regresara a casa al amanecer (yo solo me tomé dos cervezas). La razón; Santiago iba a ser padre por primera vez. No tenía a nadie más con quien brindar, pero eso no le iba impedir tomarse algo, y quizá pasar la noche con una mujer, pero no una de su padre. Santiago odiaba el burdel de Ramón Casillas; lo decía cada vez que tenía la oportunidad.

No llevaba mucho tiempo tomando cuando empezó a discutir con dos camioneros mucho más grandes que él. Intenté persuadirlo a que abandonara el bar y seguir en algún otro lugar, pero mierda que el tipo era testarudo, y tenía un orgullo tan grande y duro como los torsos de esos camioneros. Los sacaron a los tres del bar, y Santiago soltó un primer golpe a uno de los burros gigantes que cayó al suelo como una montaña desplomándose.

Unos segundos después ambos camioneros le estaban dando una paliza de muerte, y cuando me metí en la pelea, Santiago me juró que me mataría si no me mantenía al margen. Así que me hice a un lado y vi como esas bestias le asestaban puños de hierro a la cara del hijo de mi jefe.

Vi como Santiago soportó golpes que matan, puños que asesinan, todo por diez minutos, hasta que los camioneros lo dejaron tirado en la acera y se fueron uno tras del otro tomando aire y recuperando las fuerzas.

Cuando lo levanté del piso, se aferró a mí mientras me decía con sangre escurriéndole de la boca a la camisa; “ya estoy listo para ser padre”.

Había trabajado para muchas personas, y este era el primer tipejo de familia rica que peleaba sus propias batallas, aunque estuviera perdiendo, aunque lo fueran a matar. No sacaba sus billetes para humillar, ni se ponía hablar de sus apellidos y sus propiedades. Este tipo lanzaba puños.

Yo mismo lo vi golpeándose con otra mole que lo sobrepasaba en peso y músculo. Era uno de los trabajadores de Contreras que se había robado parte de la mercancía. Santiago había arrojado su pistola a unos arbustos mientras le

decía al tipo que él podía matarlo sin balas. Santiago le juró a la mole que lo dejaría ir si lo podía matar con sus manos. Y el gigante lo agarró a golpes, intentando romperle la cara con sus nudillos. Santiago resistió hasta que pudo asestarle a la mole en toda la garganta. Lo agarró del cabello y lo golpeó contra el suelo de bruces una y otra vez, hasta que la sangre que le caía a la mole de la cara se apelmazaba en el concreto en abundancia. Nunca había visto tal expresión en otra persona como la que vi en Santiago Casillas mientras levantaba la cabeza de la mole y la volvía a golpear contra el suelo. Santiago no dejaba de jadear, pero eso no lo detuvo. Hasta que cada golpe sonaba más tosco.

Santiago no paró hasta que la cara del pobre tipo quedó con el ensamble de un muñeco pálido desinflado, y lo único que se escuchaba era el chirrido de los grillos.

Esos eran solo episodios para Santiago Casillas, así que si lo que él quería era un evento inolvidable, una puesta en escena como las que elaboraba Marcos García, tendría que ir más lejos que simplemente dominar a una mole y matarla embistiéndola contra el pavimento.

Oscureció. Dejé el cigarrillo encendido en mi boca, salí del auto sosteniendo una caja de cartón pequeña y crucé la calle hacia el edificio. Esperé cerca a la puerta hasta que lo único que quedaba era una pequeña colilla de cigarrillo colgando entre mis labios y la arrojé al suelo. Un anciano abrió la puerta principal para salir, e ingresé al edificio sosteniendo la caja con ambas manos, dándole las gracias al viejo que sujetó la puerta por mí.

Subí por las escaleras hasta el segundo piso, tomé de la caja el arma aferrada al silenciador y me postre frente a la puerta número 203 golpeando dos veces con suavidad.

—¿Quién es? — preguntó al otro lado de la puerta una voz femenina perteneciente a la vecina que cuidaba a Noel por el tiempo que Marta Gonzáles trabajaba.

—Ah, disculpe, buenas noches, vecina — le digo con voz tranquila —. Vivo abajo y me entregaron un paquete para el señor Braulio Gonzáles y me dijeron que vive aquí.

Escuché a la mujer decir “oh, Dios” con cierta tristeza.

Unos segundos después la mujer abrió la puerta, quizá dispuesta a darme las gracias e informarme que el señor Braulio había fallecido hacia unas

semanas.

Cuando ella recibió la caja empuñé el arma la levanté hacia su pecho y la empujé dentro de la casa. Soltó un gemido ahogado y su rostro perdió el color al instante.

–¡Dios Santo! – dijo con palabras quebradas, llevándose las manos a la cara.

Cerré la puerta después de entrar. Miré a mi alrededor y escuché a la televisión sonar en la otra habitación.

–¿Allá está el chico? ¿El niño? – pregunté en voz baja para que Noel no me escuchara.

La mujer se alejó lo más que pudo hasta que el mesón de la cocina la detuvo. Se cubrió el rostro aunque las manos no le eran suficientes para desaparecer y comenzó a llorar pidiendo que no le hiciera nada.

–No vivo aquí – dice incapaz de mirarme a mí o al arma, llorando aterrorizada – No vivo aquí, por dios.

Me acerco a ella y la agarro del camisón. La mujer suelta un grito agudo mientras dice “no” repetidas veces y me sigue pidiendo que no le haga nada.

–¿Dónde está Noel?

–Por favor, no me haga nada. Dios. Por favor, por...

La halo hacia el pasillo con una mano y la obligo a que entre al baño. Enciendo la luz y la llevo hasta la ducha.

–Llévese lo que quiera, pero no nos... – se pone a llorar antes de terminar la frase.

La volteo para que quede frente a mí, y le disparo dos veces en el pecho. Se escucha el aire que rompen las balas al salir del arma y penetrar en la mujer. Una de las balas sale por su espalda y deja gotas finas en la baldosa de la pared. La mujer cae hacia atrás y queda contra la esquina de la ducha, mientras la sangre sale de su pecho en exceso.

Apunto de nuevo hacia ella para dispararle en la cabeza, pero veo que se le es imposible gritar. Se palpa el pecho, llenándose las manos de sangre, sin dejar de gemir. Empieza a toser, y más sangre comienza a salir de su boca.

Bajo el arma y la veo temblar en el suelo de la ducha, mirándome con sus ojos apagados por la edad, la muerte, las arrugas. Su gemido se hace tenue mientras que la baldosa se mancha. Ella no deja de retorcerse, pero sus movimientos son apagados.

Salgo del baño y camino por el pasillo hacia donde suena la televisión. La luz del cuarto está apagada, y adentro está de pie un niño dándole la espalda a

la pantalla, mirándome con serenidad.

–Hola, Noel.

El chico no me responde.

Me aproximo a su pequeño cuerpo y me acucillo para estar más cerca de su cara.

–¿Vas a portarte bien, pequeño?

Le muestro mi arma, aunque encubierta por la negrura no se puede detallar qué es perfectamente.

–Yo maté a tu padre. Acabo de matar a tu vecina. Está en el baño, muerta. – le digo con voz pasiva – No mataré a tu madre si me obedeces ¿entiendes, Noel?

Le agarro su escuálido brazo y siento como se estremece ante mi presencia.

–Sé un buen chico.

Coloco mi mano sobre su cabeza y siento su cabello con mis dedos.

–Todo va a estar bien, Noel.

Casi una hora más tarde veo por la ventana a Marta Gonzáles caminar por la deshabitada acera. Entro al cuarto del chico y espero allí a que Marta entre al apartamento.

Escucho su llave en la perilla de la puerta. La escucho dando varios pasos dentro y cerrando la puerta, mientras dice “doña Rudy, ya llegué”.

Cuando percibo que hace silencio, salgo al pasillo sosteniendo el arma pero sin apuntarle.

Queda congelada en plena cocina sin ser capaz de hacer nada. Bien podría ser el mismo diablo postrado en su pasillo, engullendo el ruido que debería estar produciendo su pequeño hijo en la habitación tras de mí.

–Siéntese – le digo.

–¿Dónde está mi hijo? – pregunta con firmeza.

–Noel está bien. Siéntese.

–¡Noel!

Me acerco con violencia levantando el arma hacia ella, lo que la obliga a alejarse y quedar rodeada en la cocina. Se sujeta el vientre, mientras sus ojos se llenan de lágrimas y su expresión va perdiendo la cordura.

–Siéntese, Marta. Ahora.

Ella vacila, pero decide obedecer al darse cuenta que la conozco, a ella y a su hijo. No soy cualquier persona apuntándole con arma. Así que corre una

silla del comedor y toma asiento donde queda petrificada mientras murmulla el nombre de su hijo.

–Por favor, no lastime a mi hijo. Por favor. Dios. No permitas...Noel, Noel.

Camino hacia la mesa y tomo asiento frente a ella.

–¿Qué quiere? – pregunta.

–A usted.

Se me queda mirando con sus ojos negros enormes, fuertes, que me tragan entero. Por lo que quedo indeciso.

No sé si ella me teme.

Debería.

–¿Dónde está Noel? ¿Cómo sabe nuestros nombres?

–Conocí a su esposo.

Finalmente cierra los ojos y se soba las mejillas.

–Por Dios – dice negando con la cabeza – Braulio está muerto. ¿Qué no pueden dejarnos tranquilos? Mi hijo no ha hecho nada.

–Lo sé.

No lleva maquillaje, pero no lo necesita. Esta mujer no es una cara bonita intentando conquistar el mundo. No es voluble.

–¿Qué quiere que haga? – pregunta cambiando la postura en la que se encuentra sentada. Brindándose un poco más de confianza – ¿Que tengo que hacer para que se largue de mi casa sin lastimarnos?

Coloco el arma sobre la mesa despacio. Viendo como sus ojos siguen el silenciador que se desliza por la madera de su comedor. Agacha la cabeza y empieza a temblar casi al extremo de desprenderse de sí misma.

–Mi auto está parqueado al frente – le digo – va a bajar sin hacer ningún ruido, nada de escándalos, de gritos. Y va a venir conmigo.

Solloza, como todas lo hacen en este punto.

–¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está Noel?

–Si quiere verlo va a tener que venir conmigo.

–¿Está vivo? – Empieza a llorar con más fuerza, temerosa de las propias palabras que salen de su boca – ¿Sigue vivo mi hijo? Por favor... mi pequeño...

–Debe calmarse, Marta. Por el bien de Noel.

Permanece inclinada sobre sí misma, con ambas manos cubriéndole la cara, la vista.

Empiezo a sentir que no va a poder con esta situación.

Me pongo de pie, y antes de que me estabilice en mi nueva posición. Marta Gonzáles empuja la mesa que hay entre los dos con una fuerza bestial que no sé de donde viene. La mesa me golpea el abdomen y me manda de espaldas sobre mi asiento, y finalmente al suelo, embistiendo la baldosa de este viejo apartamento.

He dejado el arma sobre la mesa.

Marta Gonzáles se ha colocado de pie y sale corriendo hacia su habitación. Me incorporo lo antes posible, tomo el arma y voy hasta la puerta del cuarto que Marta cierra de inmediato bajo llave.

Llora desesperada llamando a su hijo.

–¡Marta! ¡Maldita sea, Marta! Abra la puerta, o le juro que llenaré la cabeza de su hijo de balas.

Golpeo la puerta lo más fuerte que puedo. Sé que los vecinos pueden oírme, pero la prioridad ahora es sacar a Marta Gonzáles de este edificio.

–¡Con un demonio, Marta!

En ese momento lo escucho, está hablando con alguien por el teléfono.

–Por favor – dice ella sin dejar de llorar – hay un hombre aquí ¡tiene a mi hijo! Va a matarnos... por favor... ayúdeme. Ayúdeme...

Embisto la puerta y el marco se suelta de su posición original. Vuelvo a embestirla, provocando gritos por parte de Marta Gonzáles, quien sigue implorándole al teléfono.

Las bisagras se destrozan y la puerta cede, e ingreso en el cuarto sin vacilar, con un dedo en el gatillo. Camino hacia ella y la agarro del cabello, la arremeto contra la pared y le coloco el arma en la cabeza.

–Si la policía nos agarra, usted nunca volverá a ver a su hijo. ¿Me entiende?

Coloco un paño en su boca en forma de mordaza, y la saco de la habitación halándola del brazo. Ella sigue llorando, pero el ruido en su voz se ha desvanecido tras cada advertencia, y se deja controlar sin problema.

Bajamos las escaleras, mientras procuro que ningún testigo se asome por alguna puerta para echar un vistazo a lo que ocurre.

La calle nos aguarda.

Cruzamos la carretera hacia donde se encuentra mi auto. Guardo el arma en mi abrigo. Abro la puerta trasera, y antes de empujar a Marta hacia el interior, sujeto su cabeza y la arremeto contra el techo. Escucho un gemido endeble que se pierde, mientras su cuerpo se hace débil y cae dentro del auto, como un cuerpo sin vida. Su respiración se hace silenciosa, pero sé que no está muerta.



Tomo mi posición al volante y enciendo el motor.

Puedo escuchar la conmoción de la ciudad; el tráfico por doquier moviéndose a gran velocidad, pero ninguna sirena acercándose hacia nosotros.

Conduzco por entre callejones y me pierdo lejos de aquel barrio, de aquel edificio. Marta parece agitarse en la parte trasera, dejando escapar un murmullo ahogado. Noel, dice ella. La media noche se extiende por todas partes.

Cada objeto en la casa de mi madre parece estar cargado con una presencia de vejez molesta que me enerva cada vez que la visito. Es como si las estatuillas y figuras de porcelana fueran a morir en cualquier momento, podrirse y empezar a apestar con tal asquerosidad que los vecinos llamarían a la policía, y sería yo mismo quien entraría a la fuerza a la casa de mi infancia, para encontrarme con las pertenencias de mi madre descomponiéndose bajo el polvo que nadie ha limpiado.

Mientras deambulo por las habitaciones, mi mamá lee en voz alta el crucigrama del periódico de hoy desde la sala. La señora Rosario se me acerca y me susurra cómo va el asunto.

—La veo mucho más lucida — me cuenta mientras observa vigilante el pasillo que nos separa de mamá — Se sienta juiciosa a resolver los crucigramas y a escribir en sus diarios.

Saco un pañuelo de mi bolsillo y comienzo a limpiar los pequeños depósitos de polvo que veo en los estantes y en los mil artilugios inactivos que mi madre insiste en guardar.

—Lee en voz alta y habla de usted cuando era pequeño todo el tiempo — dice soltando una sutil carcajada.

Encuentro una figura de un niño Jesús con sus manos hacia el cielo. Me doy cuenta que el brazo se ha vuelto a partir y que de nuevo lo han pegado al cuerpecito. La grieta se hace cada vez más visible.

—¿Está tomando las pastillas cómo debe? — pregunto revisando de cerca la grieta alrededor del brazo de Jesús.

—A la hora exacta — responde Rosario — como debe.

—No quiero volver a encontrar pastillas escondidas debajo de cojines o

tirados en el suelo entre pelusa.

–Me estoy asegurando que se las tome.

Pongo la imagen religiosa de nuevo en la pequeña carpeta de tela que mi madre ha tejido, y es ahí cuando percibo la fotografía que hay en aquel estante, sin marco ni nada que la sostenga en pie. La tomo de inmediato mirando la familia que hay en ella.

–Y su sentido del humor volvió – dice Rosario –, de vez en cuando me cuenta alguna gracia, algún chiste.

Me siento con mi madre en la sala mientras ella sigue resolviendo su crucigrama. Mueve los labios al leer sin pronunciar palabra como un niño cuando está aprendiendo.

–¿Cómo te va en el trabajo? – me pregunta mamá sin dejar de escribir en el periódico.

–Ahí va.

–¿Te han dado algún caso importante?

–Demasiado. Es algo asfixiante después de un tiempo.

–Siempre te tomas las cosas muy personales. No puedes llevarte el trabajo a casa, Gus.

–Es más complicado que eso, mamá, se trata de vidas humanas, no de papeleo.

–Eres sólo un hombre, no puedes salvar a todo el mundo trabajando horas extras.

Me quedo un rato callado, viendo a mamá rascándose la cabeza ante alguna respuesta difícil de su crucigrama.

–Encontré esto en tu cuarto – coloco la fotografía sobre la mesa entre nosotros. Ella baja el periódico y la mira unos segundos. – ¿De dónde sacaste esa fotografía, mamá?

–La encontré en una de las cajas de mi armario. Estaba leyendo uno de mis diarios y quise ver las fotos de esa época para ponerle cara a los nombres. Saqué los viejos álbumes y ahí estaba, ¿qué quieres que te diga, Gus?

–¿Por qué no la botaste o la regresaste a la caja? ¿Por qué la dejaste en tu armario? ¿Para verla todos los días?

–Es sólo una foto, no es para tanto.

–¿Por qué te haces esto, mamá? Sabes cómo te pone hablar de eso.

–¿Crees que tirando todas las fotos y cosas de tu padre me va a hacer olvidarlo? No seas ingenuo, Agustín.

–No quiero que conserves esto.

–Como quieras.

–¿Tienes más fotos de él? ¿Alguna otra cosa que me estés escondiendo?

–Ese trabajo tuyo te ha vuelto paranoico.

Suelto un suspiro.

–Sólo estoy cuidándote, mujer.

–Lo sé, Gus, lo sé. Y yo te lo agradezco.

–Rosario me dice que andas de mejor humor.

–Aham.

–Me alegra saberlo.

Mamá toma un largo respiro. Al parecer ha terminado su crucigrama, y se dispone a busca otra actividad en el mismo periódico.

–Tengo que irme – le digo levantándome del asiento. Tomo la foto y me la meto en el bolsillo – Cuídate.

–Eso te digo a ti, yo no estoy lidiando con asesinos.

Ya en la comisaría no puedo evitar pensar en Sara y aquella cita forzada que tuvimos. La verdad no quería ir, no necesitaba nada de esto en mi vida justo ahora, pero tampoco quería que ella lo notara. Sólo que no hay forma de escapar de esta vaina.

En mi cara debieron verse todos esos muertos, el senador colgante, el mafioso con su almuerzo frío sobre el escritorio. No podía comer en paz, y ella lo sabía.

Quizá es mejor no meditarlo tanto.

Intento ignorar a Rivera en la comisaría, eludir sus comentarios sobre Sara llenándolo de incógnitas sobre Marcos García, la desaparición de Franco Montés, la muerte de Armando Contreras. Pero él sabe lo que pretendo y no parece dejarlo ir.

–No sea idiota, Díaz – me dice sentado en su escritorio – llame a la chica. Según mi cuñada, Sara vio algo en usted, algo bueno, y no creo que muchas mujeres puedan verlo.

–Usted ya se ha involucrado demasiado – le digo – de hecho, usted hace parte de esta... lo que sea... más que Sara y yo. Usted y su cuñada.

Rivera niega con la cabeza.

–No tenga tanto miedo – dice con media sonrisa esbozada en su cara sin afeitarse.

Abro una carpeta con registros de la noche anterior solo para evitar ver el

rostro de Rivera, y pretendo leer por varios minutos sin dejar de pensar en Sara.

Recuerdo que no se había maquillado tanto como suele esperarse en un primer encuentro, y me di cuenta que en realidad ella no buscaba impresionarme. Ambos estábamos en aquel restaurante por petición ajena.

Tenía el cabello castaño libre a su espalda, no tan largo. Creo que desde el comienzo tuve miedo de traerla a este lado del mundo que he visto, en donde cualquier cosa pueda pasarle a cualquier persona, no importa qué tan inocente o culpable sea.

–¿Hace cuánto eres policía? – me preguntó Sara intentando relajar el aire denso que había entre nosotros.

–No hace mucho, pero siento que llevo toda una vida haciendo esto, y aun así no creo poder acostumbrarme.

–Raquel dice que estás trabajando en los casos más importantes del momento.

–¿Raquel?

–Mi amiga que me contactó contigo.

–La cuñada de mi compañero Rivera, claro.

–¿Qué tan importantes? Si puedo preguntar.

–Lo suficiente para atormentarme en todo momento.

Sara sonrió un poco.

–Así me siento en mi trabajo – dijo ella – lidiar con dinero puede ser tan horrible como lidiar con muertos.

–Y por lo general están relacionados.

Ella notó que hago poco contacto visual, pero no dijo. Ojeó el menú mientras decía que estaba muerta del hambre.

–No quería decirlo, pero conocerte me tenía algo nerviosa – comentó seguida de una risa.

–Ya somos dos.

–Espero que verme comer no te espante.

–Ví un cadáver sentado frente a su último almuerzo que no terminó de comer, creo que sobreviviré viéndote a ti.

Sara levantó su mirada hacia mí y quedó paralizada por un instante. Escucho en mi mente lo que acabo de decir, sin saber cómo borrarlo. Hasta que ella soltó una carcajada ocultando su boca con una mano, negado con la cabeza.

–Vaya – dijo i– será difícil competir con tal imagen.

–Lo siento.

–¿Por qué? ¿Por compararme con un cadáver a la hora de su almuerzo? Tranquilo, no es lo peor que me hayan dicho, pero sí lo más original.

–No era mi intención...

–Relájate, Agustín, haz conseguido hacer de esta velada una experiencia inolvidable.

–Creo que era eso lo que me temía.

–¿Ser inolvidable? – preguntó ella mirándome con una sonrisa amigable, cálida, que me calmó al instante – No deberías temerle a eso.

No quería pensar en ello, pero Sara había logrado calmarme en medio de este mar tan agitado en el que me encuentro. Me hace olvidar todo el asunto de mafiosos y asesinos dementes.

Rivera se dirige a la oficina del capitán Mayarí y permanece allí varios minutos hasta que ambos salen como una estampida a paso duro, cruzan la comisaría y encienden el televisor. La escena calla a todo el mundo y vemos en la pantalla el acontecimiento del día.

Rivera voltea hacia mí y me dice “esto está jodido”.

La noticia es sobre el senador Durán, pero esta vez nadie lo está representando como la víctima del peor atentado nacional del siglo.

La presentadora habla de una columna periodística del periódico Hermes que ha estremecido al país con las denuncias más perturbadoras que se puedan imaginar hacia el reciente fallecido senador.

–A pocas semanas del asesinato del senador Pedro Durán, la periodista Isabel Prado levanta graves acusaciones en su columna del día contra el senador. Prado afirma que Durán tenía lazos con varias organizaciones criminales desde hacía más de dos décadas, incluyendo a los recientes fallecidos Ramón Casillas y el temido Armando Contreras (quien también fue asesinado poco antes que el senador). Según las acusaciones, estas muertes podrían estar relacionadas en una guerra contra las mafias, criminales nacionales, y políticos corruptos asociados con acciones delictivas. También la periodista habló sobre un vínculo entre el senador y la vieja guerrilla AIL más allá de la negociación por la paz en la que Durán estaba involucrado como mediador. Prado afirma que el senador logró una moderada fortuna trabajando con la AIL, con la que financiaba varias campañas políticas, encubriendo delitos de lesa humanidad cometidos por la guerrilla.

El capitán Mayarí permanece estático frente al televisor con los brazos cruzados. Mientras que el resto de la comisaría hace silencio.

Volteo a ver a Rivera quien luce tranquilo ante la noticia. De alguna forma esto no es nuevo para él, no es nuevo para nosotros.

–Los de la SIE vendrán en cualquier momento – susurra el capitán – y querrán hablar con usted, Rivera.

Ahora ellos saben que él tenía razón.

La presentadora en la pantalla dice:

–Todavía está por confirmarse la respuesta a dichas acusaciones por parte de la policía y el senado.

Rivera toma asiento, dándole la espalda al televisor.

Este es el vínculo que necesitábamos para demostrar que Durán es otra víctima de García.

–Los de la SIE tienen que verlo ahora.

–Es sólo un artículo periodístico, Díaz – dice Rivera.

–Si León sabe lo que hace, y lo hace, irá tras García.

Cuando la agente León llega al edificio con su gente se reúnen en la oficina del capitán de inmediato. Permanezco sentado junto a mi compañero escuchando a la agente León intentando averiguar si Rivera se contactó en algún momento con la famosa periodista, Isabel Prado, que escribió la famosa columna.

El ambiente se carga de la tensión que trae la voz de la señorita León que no parece creer que Rivera tenía razón todo este tiempo y que ha llegado la hora de ir tras Marcos García.

–Ahora tengo a dos personas, sin ningún vínculo aparente, diciéndome que estas muertes están relacionadas – dice León – Y usted me dice que sabe quién es el asesino.

–No con certeza – dice Rivera – pero es lo único que tenemos. García puede ser nuestro hombre.

–Sus presunciones son lo más sólido que tenemos hasta ahora, oficial Rivera.

León asiente despacio sin mirarnos.

–Así que, oficial, va a tener que informarme de todo lo que se sepa de este sujeto, Marcos García, de porqué se cree que asesinó a Armando Contreras y a los demás. Motivos que él pueda tener, aliados, lugares en los que ha estado...

El teléfono en mi escritorio comienza a sonar. La verdad no quiero escuchar toda esta historia de nuevo. La historia que no tenemos de Marcos

García, de ese fantasma.

Salgo de la oficina sin que a nadie le importe y contesto el teléfono.

–Departamento de policía.

–Por favor – dice una voz desesperada al otro lado de la línea – hay un hombre aquí ¡tiene a mi hijo! Va a matarnos... por favor... ayúdeme. Ayúdeme...

Me quedo allí congelado.

Es Marta Gonzáles.

Escucho un estruendo en el teléfono y los gritos de Marta, escucho cada segundo mientras todo se va difuminando entre mi cabeza. Sus gritos.

Suelto el teléfono.

–¡Envíen una patrulla a la vivienda de Marta Gonzáles! – le grito a Martínez quien no parece reaccionar – ¡ahora!

–¿Qué ocurre? – pregunta Rivera saliendo de la oficina.

Salgo corriendo hacia la salida de la estación.

–¡Es Marta!

Los segundos empiezan a pasar rápido.

Entro en mi auto y lo enciendo de inmediato.

Estoy demasiado lejos, no voy a poder llegar a tiempo. Todavía puedo escuchar su voz. Acelero todo lo que puedo, atravesando la calle entre un mar de vehículos y personas que se desvanecen ante el anochecer.

“Por favor, hay un hombre aquí ¡tiene a mi hijo! Va a matarnos... por favor... ayúdeme. Ayúdeme...”

El auto avanza por la ciudad y siento de inmediato esa presión en mi pecho. Esa maldita presión.

Varios carros se cruzan en mi camino de repente. Freno de improvisado y vuelvo a acelerar.

–Por Dios, no permitas... Dios...

Intento no perder el control ante el volante.

Todavía escucho su voz.

Me pierdo por un segundo en aquella mierda de ciudad. Esta maldita ciudad. Este maldito agujero.

–¡Maldita sea! ¡Muévanse!

“Por favor, hay un hombre aquí ¡tiene a mi hijo! Va a matarnos... por favor... ayúdeme. Ayúdeme...”

Un auto se detiene frente a mí y su conductor se asoma por la ventana para gritarme. Avanzo junto a su auto cortando con el tránsito que va en la dirección



contraria.

En mi mente está presente la nueva dirección en donde habita Marta y su hijo Noel. Yo les dije que todo estaría bien. Yo les dije que nada les pasaría.

Detengo el auto. Veo la patrulla de policía frente al edificio, y a los dos patrulleros avanzando despacio por la acera. Avanzo corriendo hacia ellos gritando con el arma en mi mano.

–¡Es una llamada de emergencia! ¡Ingresen al jodido edificio!

Subo las escaleras y me aproximo paso a paso, pero sin detenerme, hacia el apartamento de Marta. La puerta está abierta. La luz encendida.

–¡Marta! ¡Marta!

Silencio.

–¡Policía! – grito levantando el arma.

Los agentes entran armados detrás de mí. Les doy señas para que revisen el apartamento.

Voy a la habitación. Puerta forzada. Pedazos de madera en el suelo. No hay rastro de nadie. El teléfono está en el suelo descolgado. Todavía está atrapado el calor del ataque.

–¡Señor! – me llama uno de los patrulleros.

Regreso al vestíbulo. El patrullero está en frente del baño respirando despacio.

–¿Es ella? – pregunta señalando dentro.

En la ducha está el cuerpo de una mujer mayor. Dos disparos. Sangre en la baldosa.

Niego con la cabeza.

La presión en mi pecho se hace más fuerte,

–Revisen afuera, a los alrededores. Pidan refuerzos. – ordeno y me dirijo de regreso a la calle. – Desaparecieron los dos. La madre y el niño ¡Un niño! ¿Entienden?

Corro por la calle vacía mirando hacia todas las direcciones. No hay nadie aquí. La ciudad se escucha fuerte y bulliciosa a lo lejos, tragándonos vivos. No está Marta. No está Noel.

–¡Marta!

La calle se hace eterna y vacía. No hay rastros de nadie. No queda ya nada. Sólo puedo pensar en una palabra “No”, y queda incrustada en mí.

“Por favor, hay un hombre aquí ¡tiene a mi hijo! Va a matarnos... por favor... ayúdeme. Ayúdeme...”

Me detengo a mitad de la nada. En medio de nada.

No hay neblina esta mañana, pero el cielo se ha escondido por completo dejándonos en la oscuridad, como si esta ciudad y su gente ya no fueran lo suficiente escalofriantes y turbios. Ahora necesitamos que el día nos abandone para recordar que estamos solos y que somos nosotros mismos lo peor que nos ha pasado.

Ella sigue allí entre el cielo y la tierra, como otro trofeo que los sicarios y asesinos exponen al mundo para dejar en claro que el sol se ha ido y ha sido reemplazado por bestias.

Sus pies descalzos y sucios se tambalean ante el aire del amanecer, hipnotizando nuestros ojos y cautivándonos en su calamidad.

La policía aparta las cámaras de los reporteros que se han atrevido a grabar los hechos, mientras que los civiles que rodean el puente ocultan porciones de sus rostros aterrorizados de lo que están presenciando. Todos estamos aquí para ver la muerte. Todos estos vivos. Todos estos testigos.

Me volteo y me encuentro con la cara pálida de Díaz, quien no se ha movido ni ha dicho nada desde que llegamos aquí. Sus ojos están algo húmedos, pero no creo que sucumba al llanto, más bien a la nada. Él no puede dejar de verla. Sus pupilas lo reflejan todo.

El cuerpo de Marta Gonzáles cuelga de un puente. Tiene una soga atada al cuello y su cabello cubre en retazos su rostro, el cual se ve demolido. Tiene un camión largo manchado con suciedad y sangre seca.

La fuerza policiaca, la defensa civil y los bomberos están en el puente recuperando el cuerpo. El murmullo de la multitud es débil. Sólo se puede ver a Marta. Sólo está ella aquí.

En cuestión de segundos el cadáver se eleva y es tomado por las

autoridades, y lo cubren para siempre de la vista ciudadina de la que ya no se podrá borrar.

Así que a esto nos dedicamos estos días, a recuperar cadáveres que cuelgan al amanecer.

Díaz no me ve, no creo que pueda. Estoy a punto de decirle que esto no es su culpa, pero creo que es culpa de todos nosotros.

Camino hacia el puente dejando atrás a mi compañero, al grupo de espectadores atónitos y cámaras que siguen grabando. Nada bueno se me viene a la cabeza, nada útil qué hacer o qué pensar.

Con movimientos certeros, con su misma emoción distante inquebrantable, los agentes de criminalística terminan de tomar fotografías de la escena y de ubicar el cadáver de Marta en el necromóvil.

La agente del SIE Emilia León conversa con el forense Carlos Estrada sobre las condiciones en las que se encontró el cuerpo. Me aproximo lo suficiente para escucharle decir que Marta fue torturada.

–Le cercenaron los dedos índice y medio, fue golpeada a mano limpia en el rostro y torso, imagino que tiene varias fracturas, y contusiones. Costillas rotas, quizá un pulmón colapsado. Rastros en sus muñecas y talones muestran que estuvo atada. – dice Estrada mirándonos a los dos con serenidad. – Una vez inspeccione más a fondo el cuerpo puedo dar un reporte completo.

León voltea a verme y suelta un suave resoplido.

–Me dicen que usted conocía a la víctima, oficial –afirma ella sin hacer contacto visual conmigo del todo.

–Marta Gonzáles – le digo – viuda de Braulio Gonzáles. Lo asesinaron hace unas semanas los hombres de Santiago Casillas. – me detengo un segundo, creo que suspiro, y digo: – Marcos García estuvo esa noche allí, asesinó a dos hombres de Casillas.

–Toda esta exposición... la forma en la que dejaron el cadáver... se asemeja al caso del senador Durán – piensa ella para luego preguntarme – ¿cree que se trata del mismo perpetrador? ¿El mismo asesino?

Miro alrededor, a la gente aun rodeando el puente, mirándonos crear un mito. El tráfico estático. La prensa alborotada intentando obtener una declaración, aunque sea extraoficial, por parte de algún agente de policía.

Díaz aparece entre la conmoción, con sus puños firmes y su voz llena de ira.

–García hizo esto – exclama él – García la mató. La colgó de este maldito puente.

Aunque no lo parezca, Díaz está conteniendo la rabia que se lo está cargando. Los ojos se le humedecen más y el rostro se nubla de un color rojizo.

–Esto ha llegado muy lejos – continúa Díaz – Tenemos que detener a ese sádico.

Intento calmar a Díaz con la mirada, pero él me evade por completo y se dedica a observar a la agente León, quizá esperando que ella empiece una búsqueda exhaustiva por Marcos García.

Su rabia no hace más fácil decir lo que voy a decir.

–García no hizo esto.

León no parece estar sorprendida, pero Díaz me mira como si acabara de clavarle un puñal en la espalda.

–¿Cómo diablos puede decir eso? Mire la maldita escena, Rivera, es claro quién fue el enfermo que hizo esto.

–¡Es suficiente, Díaz! – Digo de forma certera – No se involucre de esa forma ¡no es personal! Sólo porque conoció a Marta no significa que esto es un delito en su contra. Usted es un policía. Piense con cabeza fría.

El chico da un leve golpe al aire intentando calmar la ira, pero no parece ser capaz de hacerlo.

–¿Cómo sabe que no fue él, Rivera? Esta escena dice Marcos García por todos lados.

–Cuando Marta lo llamó a la estación ¿qué le dijo?

–Gritó que había un hombre en su casa, y que tenía a su hijo, a Noel. Dijo que los iba a matar.

–Marta dijo “hay un hombre aquí” – le digo a la cara – No conocía al asesino. Ella conocía a Marcos García. Él le salvó la vida. Si García fuera el asesino ella lo habría nombrado, gritado su nombre.

Díaz niega con la cabeza varias veces. Necesita colocarle un rostro a su enemigo. Necesita saber quién mató a aquella mujer para poder odiarlo.

–Estaba aterrada – insiste Díaz – Quizá no pudo decírmelo, quizás...

–Marta pudo enfocarse lo suficiente para llamarlo a usted personalmente, Díaz, y decirle el peligro en el que se encontraba. Se lo aseguro, Marcos García no es el asesino.

–¿Quién hizo esto, entonces? – pregunta la agente León mirando el área donde se encontraba el cuerpo – ¿Y por qué se parece tanto al asesinato del senador Durán?

–Quien hizo esto quería que pensáramos en García, por eso elaboró la

escena de una forma similar. Puede ser un mensaje a nosotros, a los medios, o al propio Marcos García.

–¿Qué tipo de mensaje?

–Como lo dije antes, García salvó a Marta González junto a su hijo Noel. Son las únicas personas que sabemos él ha protegido. Son su punto débil...tal vez. – El frío quiere hacerme estremecer – García ha matado gente importante. Nosotros no somos los únicos tras él.

–Quieren amedrentar a García mostrándole que pueden asesinar a sus protegidos de la misma forma que él asesinó a Contreras o al senador – dice León entendiendo lo que quiero decir.

–Maldita sea – dice Díaz sobándose la sien – sigue siendo su culpa, García hizo que la mataran.

–Él sólo quería protegerla, Díaz, al igual que usted.

–¡No! – Exclama Díaz – él hizo esto.

–Ya basta, detective – dice León.

–Noel – suspira Díaz – ¿alguna señal de él?

Niego con la cabeza.

–Organizaremos un equipo de búsqueda – afirma León.

–Volveré al apartamento, quizá el tipo dejó alguna señal – dice Díaz desesperado – alguna pista que podemos seguir.

–No. No lo hará – le asegura León – Los necesito buscando a Marcos García.

–Quien quiera que haya hecho esto es igual de peligroso a García – dice Díaz mirando a León con ojos rojizos – Hay que encontrarlo antes que lastime a Noel.

–La orden es clara, oficial Díaz. Dejaremos el caso de rapto al equipo de búsqueda. Usted haga lo que se le ordena.

Díaz comienza a dar vueltas agarrándose la cabeza, mientras el resto de la ciudad gira con desesperación frente a sus ojos, y el ruido vuelve poco a poco.

Un periodista se acerca a la escena del crimen junto con un camarógrafo. Intentan grabar el sector del que colgaron a Marta y mostrar los rastros de sangre visibles sobre el pavimento. Al ver esto Díaz pierde la cabeza y se acerca gritando “esto es una escena del crimen, maldita sea”.

–Somos de la prensa – dice el periodista como si Díaz fuese algún idiota.

–¿Me veo como a alguien que le importa una mierda? ¡Largo de aquí!

–Es nuestro derecho como...

–¡¿Su derecho?! – Exclama Díaz empujando la cámara lejos de la escena –

Maldita sea ¡Mataron una mujer esta mañana! ¿Y usted está pensando en su maldito derecho?

–La ciudadanía tiene derecho a saber...

–La ciudadanía no tiene derecho a nada. La ciudadanía hizo esto.

Díaz sujeta al periodista del traje y lo empuja fuera del área, junto con el de la cámara.

–¡No puede hacer esto! – Asegura el periodista aterrado ante el rostro de Díaz – Esto es agresión policial.

–¡Agresión! No ha visto qué es agresión, imbécil.

Díaz avienta su brazo hacia el periodista, lo agarra con una inesperada e impresionante fuerza, lo hala hacia la orilla del puente y le muestra la caída.

–Tomaron a esa mujer de su casa anoche, la torturaron, la mataron y le colgaron de este maldito puente. Su hijo está desaparecido en este momento; un niño pequeño. – Le exclama Díaz al periodista, mientras lo agarra de la nuca con fuerza para que él vea la caída libre en donde se balanceaba el cuerpo de Marta – Ella estaba intentando recuperar su vida después de la muerte de su esposo. No tenía nada ¡Nada! Sólo su hijo. Sólo se tenían el uno al otro. Y ahora ella está aquí. Le quitaron los dedos, la golpearon, Dios sabe qué más le hicieron. Su hijo está con el asesino. Y usted sólo quiere una buena toma para el maldito noticiero. ¿Quiere grabar la sangre fresca del piso en la escena? ¿Qué más quiere de ella?

El periodista gime sin dejar de ver la calle debajo del puente. Todos esos rostros mirando hacia aquí arriba como si el espectro de Marta Gonzáles se hubiese quedado colgado.

–Ya basta, Díaz. – Le digo.

Lo tomo del brazo y lo alejo del periodista que se aparte dando pasos rápido llevándose al camarógrafo que ha estado grabando todo esto.

–¿Qué clase de loco tienen en la policía? – dice el periodista con voz quebrada mientras da pasos hacia atrás.

Le aprieto el brazo a Díaz y le digo que se calme de una maldita vez. “¿A quién cree que está ayudando con esa actitud? ¿Ah? Mierda, Díaz”.

Escucho su respiración agitada, su cuerpo tiembla un poco, pero ya se ha liberado de la mayoría de su ira.

Abro la puerta del carro y lo obligo a sentarse dentro, como si fuese algún niño.

–¿A dónde vamos? – pregunta ya más tranquilo.

–¿Recuerda el artículo sobre el senador Durán que hizo noticia ayer? Decía

que era corrupto, que tenía lazos con la AIL y la mafia. Pues vamos a ver a su redactora, la periodista – le digo tomando la carretera que permanece vacía – Isabel Prado.

–¿La periodista? ¿En serio? ¿Justo ahora, Rivera?

–Necesitamos saber de dónde sacó toda esa información sobre Durán. Ella asegura que la muerte del senador está relacionada con la muerte de Contreras. ¿Cómo puede saber eso?

–Hay un niño desaparecido.

–¿Y si Marcos García se contactó con ella?

Díaz voltea a verme despacio.

–García busca atención – continuó al ver que Díaz no pretendía decir nada – él me llamó para confirmar que él mismo había asesinado al senador. Él quería explicarme las razones detrás de sus acciones. No quiere ser visto como un simple sicario o asesino serial. Quiere que veamos un motivo justo en sus asesinatos. Él quería que yo investigara más al senador Durán, pero no lo hice. No me importa si el senador era un corrupto, sólo quiero atrapar a García. Y por eso... creo que García contactó a esa periodista para que ella revelara la verdad que él quiere mostrar; que el senador no murió siendo un héroe, sino que lo mataron por ser un bastardo.

Díaz niega con la cabeza y voltea la vista hacia la ventana. A él no le importa nada de esto.

–Prado puede llevarnos hasta Marcos– insisto.

–No me importa el senador, ni García. – Dice él entre dientes – Noel es sólo un niño.

–El equipo de búsqueda hará el trabajo de encontrarlo, Díaz. Haga usted el suyo.

–A nadie le importa ese niño, Rivera.

–Déjelo ya.

La verdad no puedo siquiera recordar el rostro del chico. Eso me hace sentir algo culpable. Pero Díaz... Díaz nunca podrá quitarse la imagen de Noel de la cabeza, y eso va a torturarlo por lo que le queda de vida.

–Está bien – dice Díaz – Estos son los días en los que cuando un niño desaparece sólo decimos “déjelo ya”.

El periódico Hermes se ubica en un edificio viejo, gris, bullicioso, y lleno de periodistas. Es el infierno. Esperamos en el vestíbulo hasta que el portero

nos permite subir unos cuantos pisos para encontrarnos con la señorita Prado en un pasillo donde se encuentra una cafetera enorme y rústica.

Estoy esperando que alguien nos lleve a una oficina o algún cubículo, hasta que veo que se aproxima la dichosa Isabel Prado sosteniendo un portapapeles mientras habla con otro periodista. Aunque nos ve (casi directamente a los ojos) no nos envía ninguna señal para que entendamos que estará con nosotros en un minuto.

Quiere que esperemos por ella hasta el punto que nos sintamos incómodos de estar en esta mierda de pasillo.

Lleva gafas de marco grueso y el cabello le cae un poco despeinado pero con estilo, sin alcanzar a tocar sus hombros, las mangas de su camisa remangadas como buena periodista que es.

–Buenos días, caballeros – dice cuando por fin se acerca – aunque qué tiene hoy de bueno.

–Señorita prado, soy el detective Eduardo Rivera, este es mi compañero, detective Agustín Díaz. Estamos aquí para hablar con usted sobre...

–Sé de qué se trata esto, detective. Así como todo el mundo en el edificio. Sólo que no pensé que mandarían a dos detectives a hablarme sobre un artículo la misma mañana que el cuerpo de una mujer aparece colgando de un puente. Uno imaginaría que la fuerza policiaca estaría enfocada en dicho caso tan perturbador. Aunque, pensándolo bien, hablar sobre la reputación manchada de un político siempre ha sido prioridad para su organización.

–Al menos no es un secreto – comenta ofuscado Díaz entre dientes.

Yo me quedo ahí parado sin creermelo que tengo que aguantar toda esa jodida...

–Señorita Prado, por favor, no vine aquí a escuchar toda su constructiva crítica sobre la fuerza policial, sino a hacer mi trabajo.

–¿Y cuál se supone que es su trabajo?

–Quiero saber lo que está pasando – intento verla a los ojos y desarmarla, pero esta mujer no puede ser desarmada con una simple mirada – quiero lo mismo que usted quiere.

–¿En serio? ¿Qué es lo que quiere saber?

–Quiero saber de dónde saco esa información sobre el senador Durán.

–Soy una periodista, oficial Rivera, no voy rebelando mis fuentes por ahí y menos a las “autoridades”.

–Podría estar obstaculizando una investigación de asesinato, señorita Prado.



–¿Cómo?

–Puede que el asesino haya matado al senador debido a su involucración con la mafia nacional, o corrupción (que usted expuso en su artículo). Si ese es el motivo usted tiene información clave. Dios, hasta puedo imaginar que en algún momento usted pudo llegar a hablar con el asesino sin siquiera darse cuenta.

–No tiene ni idea con quién hablé, oficial. Mejor no se imagine cosas. – dice tomando una taza en la que se dispone a servirse café – Si sabe hacer su trabajo no tiene porqué amenazarme con su discurso de “está obstaculizando mi investigación” para encontrar las respuestas.

Me quedo callado y ella bebe su café.

Conozco a este tipo de mujer, mostrándose siempre desafiante ante este mundo prepotente y machista. Y yo estoy ahí, el viejo policía dando mi mejor actuación de imbécil con mis estúpidas preguntas y ella con sus respuestas evasivas.

Suspiro y asiento con la cabeza, observando que aunque hay bullicio y todos parecen ocupados estos periodistas nos están echando un ojo.

–Está bien, lo entiendo – le digo – entiendo muy bien.

–Lo dudo, oficial.

–Aunque no lo crea, señorita Prado, yo también quiero saber la verdad, no esconderla. Sé que me ve como algún funcionario público que intenta amedrentar a los que levantan la voz contra el gobierno o sus figuras (como el senador Durán). Pero no es así. Sé que tan jodido es encontrarse con ese tipo de funcionario porque yo me los he encontrado. Se han parado frente a mí y no me han dejado hacer mi trabajo. Y ahora usted está haciendo lo mismo. Y sé que está siguiendo su instinto en no confiar en nosotros. Pero no es de nosotros de quienes debería desconfiar.

No se inmuta en absoluto. Escudriña en mi rostro y en mi torpe discurso.

–Dígame ¿de quién debería desconfiar entonces?

Miro alrededor. Hay más silencio.

Saco mi tarjeta y se la extiendo.

–Por ahora – le digo – de todo el mundo. Yo desconfío. Pero necesito acercarme a personas para descubrir lo que ocurre. No es la única que quiere saber quién diablos está torturando y matando gente.

Isabel toma mi tarjeta.

–Piénselo bien, señorita Prado. Mucha gente debe estar enojada con su pequeño artículo. Va a necesitar ayuda.

Sonríe un poco como si le gustara el drama.

–Que tenga un buen día, oficial – dice ella – espero que su siguiente parada sea donde esté ese niño que desapareció. Ya sabe, el hijo de la mujer en el puente.

Saliendo del edificio Díaz me pregunta que fue todo eso. “Esa mujer no va a hablar con policías”.

–No, eso lo sé. – Le confirmo – Cree que puede seguir con lo que hace sin hablar con nadie. Pero ya verá que necesita apoyo. Le di mi tarjeta. Tiene mi nombre. Puede averiguar quién soy. Y créame, Díaz, lo va a hacer.

–¿Y va a descubrir un santo?

–Va a descubrir a alguien sensato. Nunca he estado manchado, y mierda, eso sí que es difícil de lograr con los años que llevo trabajando en la fuerza, chico. Tampoco soy ningún perro faldero. No tengo nexos con ningún político, y eso le dará algo qué pensar.

–¿Alguien sensato?

Miro a Díaz mientras rodeo el auto. Él no parece dispuesto a subir.

Sé que lo de Noel lo está carcomiendo.

–Lo van a encontrar, Díaz – le digo.

–Usted no cree eso, Rivera.

Es tarde y caminamos hacia el Maltés después de que Alicia insistiera que no había nada comestible en la despensa de mi apartamento. “No voy a sobrevivir con pura comida congelada” dice “no le dan esto ni a los presos”.

Hace un poco de frío, así que coloco mi brazo sobre su hombro. Los postes de luz por estas calles son de antaño y no alumbran un carajo, por lo que todo es oscuridad, ruidos de carros, ambulancias y uno que otro grito de gente escandalosa en los barrios de viviendas pobres en las lomas.

Alicia nota que me siento algo precavido ante la noche. He dejado mi arma en el apartamento y me siento expuesto caminando con ella. Así que empieza a decir que se siente muy segura a mi lado, que no le tiene miedo a nada.

Entramos al Maltés, la tienda de conveniencia a la que he venido los últimos años. Tras el mostrador sigue el mismo morenazo leyéndose algún libro de mil páginas con el que espera que el amanecer llegue más rápido. No hay ningún otro cliente aquí y Alicia se dispone a ver los productos en los estantes y a colocar lo que le place en una cesta.

Me abrume cuan segura se ve, la confianza absoluta que tiene para organizar todo en mi apartamento, teniendo en cuenta que cuando llegó hace unos días aseguró estar aterrada del intruso que estaba en la habitación de su hermano pequeño (razón por la cual buscó refugio en mi casa para empezar).

–Podía escuchar su respiración aunque no podía verle la cara – me dijo pálida como un cadáver cuando llegó – Ha sido lo más aterrador que me ha pasado en la vida.

Y véanla ahora, comportándose como si no hubiera ocurrido. Mirando

fechas de vencimiento al respaldo de las provisiones.

De fondo se escuchan las noticias de siempre. El mundo es una mierda y todos nos vamos a morir, etc. etc. Nada nuevo, si me preguntan.

Las damas del cielo, las llaman ahora en todos los medios, en las calles, de boca en boca. Lina Aguirre (la chica que llora sangre, asesinada hace ya semanas en ese centro comercial) y Marta González (a quien colgaron de un puente en la madrugada). Son el símbolo de la absurda violencia que viven las mujeres del país en pleno siglo veinte.

Alicia permanece estática mientras escucha a la radio contarle sobre Marta González y su abollado rostro oculto tras su pelo negro, aún húmedo por el rocío helado.

—¿Esto tiene que ver con nosotros? — pregunta sin voltear, como si no quisiera verme a la cara.

En la radio dicen que el asesino llevó el cuerpo débil, abusado, y qué se más, de Marta a ese puente, le puso una soga en el cuello y la dejó caer al abismo de la avenida. Y nadie vio nada, sólo hasta que el amanecer llegó todos se percataron de la mujer. Ahí sí salieron todos a aterrarse pero sin apartar los ojos.

—¿Perdón? — pregunto como si no supiera de lo que está hablando.

—Esa mujer que mataron y colgaron del puente. Lo que le pasó, ¿tiene que ver con nosotros?

Pues, teniendo en cuenta que es Marta González, viuda de Braulio González (quién fue asesinado por el propio padre de Alicia) un trabajador de Contreras (asesinado por Marcos García), yo diría que es lo más probable.

—Todo tiene que ver con nosotros. — Le digo.

La mano derecha comienza a temblarle. Se voltea con una caja de cereal en la otra mano, y me mira como si esta fuera la última vez que estaremos juntos en una situación tan rutinaria como ir de compras. Y pregunta:

—¿Lo hizo el tipo que se metió a mi casa?

—No lo sé.

Su pequeño momento de seguridad se ha derrumbado, y ahora está allí en esa pequeña tienda, temiendo que ella sea la próxima colgando de algún puto edificio o puente.

—Nada va a pasarte, Alicia. Yo mismo mataré al que se atreva siquiera pensar lastimarte.

De regreso a casa Alicia recupera la compostura y me abraza la cintura mientras tararea alguna canción extranjera. En mi calle, frente al edificio veo el auto de mi padre parqueado con las luces apagadas. “Mierda” pienso. Y me detengo al instante, por lo que Alicia se detiene conmigo.

–¿Qué pasa?

–Sube y espérame arriba.

–¿Quién es? – pregunta mirando al auto también.

–Mi papá.

–¿Sabe sobre nosotros?

–Pues, míralo ahí, ya lo sabe. – Le entrego las bolsas de la compra – Sube y organiza la comida. No me demoro.

Ella toma las bolsas y avanza mirando hacia el auto, aunque no se ve nadie adentro. Ella ingresa en el edificio y yo me acerco al carro despacio, enciendo un cigarrillo y me postro frente a la ventana derecha. Mi padre baja el vidrio y lo veo parco, serio.

No dice nada por lo que parecen mil años, y yo me dedico a fumar mi cigarrillo como si no tuviera la más mínima prisa. Por su actitud me doy cuenta que vino aquí con la intención de hablar sobre Alicia. Así que sé que alguien fue y le contó, dando quejas del niño Manuel saliendo con quien no debe. Y pienso de inmediato en Rodrigo. No debió dudarlo un segundo en decirle todo.

Y mi padre piensa que hay algo que él pueda decir. ¿Qué mierdas cree que puede decirme que no haya escuchado ya? Estoy saliendo con la hija del mafioso demente del país.

–¿Ahora sales de compras a media noche? – pregunta sereno aunque sé que está enfurecido.

–Prefiero ir cuando no hay nadie en la tienda. No me aguanto el ruido del gentío y la demora en las cajas.

–O sabes que estás haciendo algo estúpido y sientes vergüenza de salir con una niña a tu lado como si fuera tu mujer. ¿Es eso?

–Alicia es más mujer que cualquier otra con la que haya estado, papá.

–Pero no deja de ser una niña. Sin decir que es...

–La hija del jodido Santiago Casillas. El mismo Santiago Casillas con el que te peleas por las mañanas.

–¿Es eso de lo que esto se trata? ¿Romeo y la niña Julieta? Porque si es así hay formas más fáciles de matarse.

–¿Qué quieres que te diga, papá? No importa las razones que te dé, a ti te

va a dar igual. Si te dijera que amo a Alicia tú dirías...

–No tienes ni idea de lo que es eso, Manuel. No me vengas a hablar de amor como si yo fuera un imbécil.

–Exacto, eso. – pongo el cigarrillo en mi boca y echo una calada.

–Por favor, Manuel ¿qué estás pensando? Solo quiero saber eso... ¿cómo crees que va a terminar esto? ¿Ah? ¿Con una ceremonia y una recepción?

–No, no. Déjame adivinar. Va a terminar con mi muerte... y la tuya, y la de todo el mundo. – Digo levantando mi tono un poco – Balas por todo lado y sangre, y furia... ¿ah? ¿Así suena más real? ¿Sí?

Suelto el humo con fuerza hacia el cielo.

–Por favor – continúo – aunque deje a Alicia esto no va a terminar bien. ¿O crees que todo el país se va a olvidar de lo que hemos hecho... de lo que has hecho? ¿Que a nadie le va importar sólo porque ahora te escondes tras unos cuantos restaurantes y qué sé yo? ¿Todo va a estar de maravilla? ¿Nos vamos a morir viejos y tranquilos?

–¿Así que por eso tienes que empeorarlo todo sólo por una niña? Porque eres un maldito derrotista...

–¿Empeorarlo? Esto no es lo peor que he hecho... ¿Cómo mierdas puedes salirme con eso ahora? ¡Lo peor es lo que tú me has hecho hacer, maldita sea! ¡¿Qué pasará cuando se sepa lo de Tierra Babilonia?! ¡¿Cuántos políticos y empresarios están metidos en eso?! ¡Ah! Estamos más muertos de lo que creemos. Esos tipos nos van a matar sólo porque tú te crees libre de todo pecado y no querrán que te dé por liberarte de esa pequeña culpa.

Me padre sostiene su mirada y ésta se hace seria y fría. Espero a que explote en ira, pero cuando me aparta sus ojos y mira hacia la oscuridad dentro del auto entiendo que he dicho más de lo que debía.

Cierro la boca porque no hay nada más que pueda agregar. Cualquier otra cosa sería sólo más hiriente, más... difícil. Así que me pongo a deambular en mi posición, intentando comprimir todo lo que siento en el pecho y en todo el cuerpo, y... maldita sea. No sé qué hacer. Arrojo el cigarrillo a pesar de que no he fumado ni la mitad.

Él toma un respiro y se baja del auto despacio, cierra la puerta detrás de sí y guarda sus manos en sus bolsillos.

–¿Es eso lo que piensas? – pregunta mirándome, mientras yo sigo moviéndome y esquivándolo. – Esto te está torturando ¿verdad?

–No era lo que quería decir.

–Tienes miedo de mi retiro.

Dejo de caminar sobre mis propios pasos e intento mantener la postura, pero sigo algo agitado.

–¿Cuál retiro, papá? Esto... toda esta farsa que intentas... – suspiro y empiezo de nuevo – No te van a dejar. No te puedes ir.

–¿Quién no me dejaría?

–Todo el mundo. Santiago Casillas... todos los demás.

–De Tierra Babilonia me encargo yo, Manuel. Santiago ni siquiera sabe de ello. No va a ocurrir nada. Me apartaré sin hacer mucho ruido.

–Creo que es muy tarde para eso. Esto es muy grande. Estamos jodidos, papá. Estamos jodidos.

Mi padre asiente con la cabeza pero no porque esté de acuerdo conmigo. Quizá está aceptando que me estoy volviendo loco.

–Todo está cambiando, la ciudad se está cayendo a pedazos y todos los días matan a otro pobre imbécil. – Le digo en voz baja – Alicia es la única persona que me permite no perder la cabeza. Es todo lo que tengo.

Lo que queda es más silencio, y mi padre y yo parados uno frente al otro sin tener idea qué decirnos. Aunque hay algo que queda claro; acabo de aceptar lo que nunca en la vida pensé aceptarle a mi padre. Estoy asustado. Claro que lo estoy. En estos días en los que morir de un tiro en la cabeza es suerte, tener miedo es sólo sentido común. Por supuesto que hombres como nosotros no podemos permitirnos estar asustados. Nosotros debemos despertar el miedo en los demás, no sentirlo. Y aun así lo estoy. Él lo está, mierda, de eso estoy seguro. Es mi padre, ya está, el elegante y mordaz Ismael Santamaría, pero está abandonando el único mundo que conoce y adentrándose en otra vida, y si eso no lo aterriza, de por Dios que no sé qué lo hará. Por lo menos yo lo he confesado, ahora él tiene que jugar su carta.

–¿Hace mucho tiempo la ves? – me pregunta con voz templada.

–Más de lo que piensas.

¿Qué podía decirle? ¿Qué amaba a Alicia? ¿Qué me dejaría matar por ella y estar en paz con ese hecho? De hacerlo él mismo me pegaría el tiro sólo para no darme la oportunidad de repetir esa frase.

–Voy a seguir adelante con lo que quiero – dice mi padre abriendo de nuevo la puerta del auto. – La reinauguración del Delicatezza será la otra semana. Espero verte allí.

Asiento con la cabeza y él vuelve dentro del auto.

–Nadie dijo que esto sería fácil, Manuel. – dice antes de marcharse – Pero eso no quiere decir que no voy a intentarlo. Me he enfrentado a cosas peores.

El motor se enciende y mi padre cierra su ventana sin más. Asumo que Don está conduciendo, y el auto avanza tranquilo como si nada.



No voy a negarlo, no pude ver por más de tres segundos la imagen de Marta González en ese puente. Las expusieron el día anterior en los noticieros incluso antes de que la fuerza pública rescatara el cuerpo y las siguieron mostrando cada hora por el resto del día. Hoy no ha sido diferente. Fue todo un grito para la ciudad.

Se puede sentir el aire mucho más turbio desde que ocurrió. Lucio hizo lo que le pedí, y mucho más. El maldito Marcos García debe estar en su mierda de habitación, mirando una y otra vez lo que yo puedo ser capaz de causar. Ahí tiene a Marta González muerta para asombro de todo el país, y al niño como se llame, desaparecido.

Ya ni siquiera quiero pensar en eso, me da mareo y tanto whisky no ayuda mucho. Aun así voy al Torreyana a pasar el día tirado en una tumbona a tomar el sol y a beber cerveza fría. Pero incluso aquí no paran de hablar de la mujer en el puente (ni siquiera se acuerdan de su jodido nombre), y de cómo puede ser cualquiera de nosotros la siguiente víctima. No puedo tomarme nada de lo que dicen en serio.

Sólo quiero relajarme, pero entonces veo a mi tío Alberto hablando con otros compañeros del club, entre ellos está Robert Prendergast, el papá de Daniel Prendergast. Intercambian sonrisas y hasta risas escandalosas. Pero toda esa alegría se derrumba de la cara de mi tío cuando me ve allí acostado entre su mundo. Deja de hablar con sus compadres y se me acerca despacio, puede que esté pensando qué es lo que va a decir antes de abrir su bocota.

–¿Qué estás haciendo aquí, Santiago? – pregunta posicionándose de tal forma que su sombra me oculta del sol. Yo levanto mis gafas e intento verlo a su arrugada cara.

–Descansando, tío. Yo también soy miembro de este club – le digo – hasta yo merezco tomármelo con calma.

Él agarra una silla y se sienta para estar más cerca de mi rostro. Se percata que no haya nadie cerca y me dice:

–Dime que tú no tuviste nada que ver con lo que le pasó a esa mujer, Santiago. Dime que no fuiste tan estúpido.

–¿Cuál mujer?

–Tú sabes cuál. Marta González, la viuda de Braulio.

–No tengo tan buena memoria, tío.

–Maldita sea. Fuiste tú – dice ocultando su cara con ambas manos – Con un demonio, Santiago. ¿Qué es lo que te pasa? Dios santo. La golpearon... dios. Estaba hecha un desastre. ¿Lo hiciste tú mismo?

–Cálmese, tío. Nunca me encontré con esa mujer.

–¿A quién mandaste, entonces? ¿A Lucio? ¿Fue ese enfermo el que le hizo eso?

–Si tanto le estresa deje de hablar del tema.

–¿Y tú estás aquí tan tranquilo tomando el sol? ¿Ah? ¿Es que nada te importa nunca?

–Oh, por favor. No me venga a hablar de moral ni de esa vaina. ¿Qué no estaba hablando hace un rato con su amigo especial Robert Prendergast? Si no me olvido ése es el padre de Daniel Prendergast, el que mató a esa chica en el sur. Le sacó los ojos con una navaja o alguna mierda así. Este club está lleno de enfermos. Aquí venimos a tomar el sol. ¿No?

Mi tío se queda allí sentado mirándome con sus pequeños ojos. Niega con la cabeza despacio.

–¿Ya terminó de juzgarme con la mirada? – Pregunto colocándome de nuevo las gafas – intento aprovechar el buen clima.

–¿Qué hicieron con el niño? – Pregunta finalmente – ¿Qué hizo ese enfermo infeliz con ese pequeño?

–Yo no pregunto cosas que no quiero saber, tío.

Mira hacia la nada, inmóvil. No es capaz de decir otra palabra. Pero puedo escucharlo respirar.

–¿Y qué lograste con eso? – pregunta con voz más fuerte. Se lo está tomando personal – ¿Qué es lo que querías con ese espectáculo?

Bebo mi cerveza para no decirle nada.

–Nada. No lograste nada. Nunca logras nada.

Se levanta y permanece de pie mirándome por varios segundos. Luego

empieza a caminar mezclándose entre más miembros.

Decido que nada de lo que él diga me va a afectar. Si quiero pasarme todo el día en el jodido Torreyana pues me paso todo el día en el jodido Torreyana.

Después de unas horas es Lucio quien aparece de la nada y se sienta junto a mí. No volteo a mirarlo pero sé que es él. No lo veo desde que le di la orden de matar a Marta. Y por la pinta que tiene no me quiero ni imaginar que es lo que ha estado haciendo desde ayer.

–¿Eso fue suficiente para usted? – pregunta destapando una botella de cerveza que trajo consigo.

–Fue rápido y ruidoso. Fue suficiente. Espero que nadie me vaya a relacionar con lo que pasó.

–Fui precavido, maté a la única vecina que me vio. Nadie más sabe que estuve allí.

Por un momento quiero preguntar por el niño, pero me quedo callado al notar que Lucio no ha dormido en toda la noche. Y sigo bebiendo cerveza.

–Seguí a su tío Alberto antes de ir donde Marta, – dice acercando la botella a su boca – se reunió con Ismael Santamaría en un hueco. Intentaron ser sutiles.

–¿De que hablaron?

–Del tal alcalde Alfonso Santos, el que vino y habló en el homenaje al senador Durán.

–¿Y?

–Santamaría aseguró que Santos quiere matarlo a usted, señor. El alcalde le tiene miedo.

El maldito alcalde. Ni siquiera vive cerca de la ciudad, sino que se esconde en un pequeño pueblo del que nadie sabe nada. Mendoza. Cobarde.

–Y también hablaron del costeño, Rondón. Dijeron que está igual de loco a usted y que juntos sólo hacen más daño. – dice Lucio cerrando los ojos ante el sol. Está exhausto.

No me importa lo que digan de Rondón. Pero este tal alcalde Santos no me agrada nada. También tuvo negocios con mi padre. Es parte de ese viejo grupo que dedicó a sacar provecho de la guerra entre el gobierno y la AIL. El mismo grupo del que se dice ayudó a encubrir la masacre en Aprima. Mi padre, Armando Contreras, el senador Durán, Ismael Santamaría, el alcalde Alfonso Santos. Esos son todos los que conozco. Tres de ellos muertos, uno nunca hablaría conmigo (Santamaría), y el otro.

–Busque al alcalde ése y mantenga un ojo en él. – Le digo a Lucio – Quiero saber con quién se reúne y cuánto tiempo más va a durar en la ciudad.

No me muevo de la tumbona en toda la tarde. Siento un millar de gente pasar de un lado a otro. La música suave de fondo. Las damas hablando de los Prendergast que insisten en hacer todavía parte del Torreyana aunque su reputación esté por el piso después de lo de Lina Aguirre. Hasta que creo enfermar de tanta habladuría social y decido escapar al centro de la ciudad, al Galeón.

La noche llega y la vida se hace roja y fuerte en el prostíbulo de mi padre. Los viejos se emborrachan y piden música tradicional que suena rasgada en la rockola, y gritan como locos, tirando aguardiente al piso y pidiendo por más mujeres. “Esto está más lleno de machos que de costumbre” dicen sonando como idiotas.

Pido whisky, seco. Pero no soporto más de una copa. Cada vez que vengo aquí la cabeza me mata y me dan ganas de golpear a los clientes. De sacarlos por el callejón y darles una paliza hasta dejarlos cagando sangre.

“Venga le pago una muchacha” me dice uno de los tipos que ha estado viniendo al Galeón desde hace décadas.

Me levanto mostrándome cansado y asegurando que no podría cogerme ni a un colchón en el estado en el que me encuentro. Los viejos se ríen en coro y me siento lejos donde me dejen solo.

Una mujer toma asiento en mi mesa cerca de las nueve de la noche. No es tan joven, pero no está demacrada. Tiene un mechón de cabello verde que le cae junto al rostro. Me habla por largo rato como si me conociera, aunque actúo aburrido y viejo. No está vestida como puta, por lo que no salgo corriendo de inmediato.

–Sólo vi a su padre una vez – me dice ella – era todo un caballero, el señor Casillas.

–Siempre lo fue, hasta la noche en que se murió – le digo. Aunque lo que quiero decir es que fue todo un cabrón.

–Sabía hacer todo bien. – dice tomando cerveza de mi vaso – Siempre hablaba con inteligencia.

–¿Y cómo mierdas vas a saber tú cómo suena alguien inteligente? –me sale más vasto de lo que pretendía.

–Vaya – dice ella sonriendo – usted debió sacarle la decencia a su madre. Debí golpearlo mucho de niño para que fuera tan amargado.

Levanto la vista por primera vez y la veo tomar el cenicero que hay sobre

la mesa y vaciar las cenizas y viejas colillas de cigarrillo en mi cerveza.

–Así se trata a los tipos de su clase – dice sin dejar de sonreír y arrastra el vaso de cerveza, negro y sucio, hacia mí.

Después de eso nos vamos juntos hacia mi hacienda. Conduzco aunque la más mínima luz me molesta. Entramos en la casa y seguimos bebiendo vino que hay en la sala. Me empuja hasta a mi habitación e intenta desvestirme. Le digo que tengo mareo y que puedo terminar vomitando en cualquier momento sobre ella. Así de simple.

–Tómame otra copa y ya – dice abriendo los botones de mi camisa.

La tomo del brazo y la aparto hacia un lado.

–Ya, es suficiente.

Me levanto y saco algo de dinero.

–¿Cuánto quieres para largarte?

–¿Para qué me trajiste aquí si no eres capaz de hacer nada? ¿Crees que soy una puta o algo así?

–¿No lo eres? – Vuelvo a guardar el dinero – tú me seguiste, yo no te invité. Haz lo que quieras. Duerme en la sala si quieres. No me importa.

Me doy una ducha y al salir la encuentro dormida en mi cama, debajo de mis cobijas. Estoy muy cansado y me acuesto a su lado y me duermo de inmediato. No sueño nada, solo oscuridad, y voces y esas cosas. Sólo ruido.

Creo que no pasan más de dos horas cuando un grito resuena con fuerza en mi habitación. Me despierto despacio y veo a la chica fuera de la cama, contra la pared, gritando como loca. No entiendo lo que está pasando hasta que veo que las cobijas están manchadas de sangre.

No puedo decir nada. La mujer hace silencio al ver que yo no estoy herido, ni ella lo está. Esta sangre es de alguien más. Hay una delgada línea de sangre que viene del pasillo. Me levanto y la sigo pero termina allí, en medio de mi casa. Hay sangre en las paredes pero no veo ningún cadáver o nada por el estilo.

–¿Qué es lo que pasa? – pregunta mi tío Alberto al salir de su habitación.

–Alguien está en la hacienda – aseguro – quédese aquí, tío. Dígale a la chica que se calme.

–¿Qué vas a hacer, Santiago? Tenemos hombres...

No escucho lo que dice mi tío, tomo un arma de uno de los cajones y salgo de la casa, hacia el solar en donde se escucha al perro ladrar, pero nada más.

A lo lejos veo que la luz en la cabaña está encendida. Es la misma cabaña en donde estuvo encerrado Teófilo Rueda. Sujeto el arma con fuerza y me

acercó despacio. Por el camino veo un cadáver tirado en el piso escondido por la oscuridad. Es el guardia que resguarda mi cabaña de noche. Tiene un tiro limpio en la cabeza. Hay poca sangre. Sigo moviéndome hacia la cabaña precavido y me doy cuenta que la mano me está temblando y el corazón me late agitado en mi pecho. Lo sé de inmediato. Marcos García ha estado aquí. Puede que aún esté.

La luz que proviene de la cabaña es verde y opaca, sobresale por el espacio entre los tablones de madera. Hay algo ahí dentro.

La puerta está cerrada desde adentro. Pero sólo se requiere de una patada para abrirla. Coloco mi dedo en el gatillo y golpeo la puerta con todo lo que tengo. Ésta se abre por completo y la luz se me mete por los ojos y me deja ciego un par de segundos, luego lo veo todo: Lucio está allí. Está desnudo pero un color negro y rojo le cubre la piel. Tiene los brazos extendidos hacia los lados y de sus manos sobresalen garfios que le atraviesan las palmas y lo obligan a tener los brazos abiertos, como si estuviera crucificado a la pared. De la boca le sale un montón de sangre que se le derrama por el pecho. Se estremece de lado al lado al saber que hay alguien en la cabaña. Y yo me quedo allí petrificado.

Lucio intenta abrir los ojos y sus parpados rebelan unos ojos apagados y rojizos, y me ve allí de pie, sin ser capaz de acercarme. Intenta hablar pero la boca no le cede, solo abre los labios y emite un sonido grave. Hay sangre acumulada en el suelo y en los tablones de madera en la pared. El hedor es intenso, pero no puedo hacer nada.

No sé qué hora es, pero eso no es lo que importa. Me da frío de repente y es esa sensación la que me invade por completo. Sigo mirando a Lucio aferrado a esa pared, moviéndose como puede. Se está muriendo. Y parece que todo es tan silencioso que no me da tiempo de reaccionar. Hasta que el mordaz ruido de las sirenas suena acercándose hacia nosotros. Quiero voltear, quiero ver lo que ocurre, pero sólo puedo ver a Lucio.

Varios autos policiacos irrumpen en la hacienda con las sirenas resonando e iluminando un poco con sus colores estridentes. Salgo de la cabaña y veo a los carros detenerse en medio de mi terreno. Escucho voces de policías gritarme y decir cosas. Sólo cosas.

Todavía siento el sabor de cerveza en mi boca cuando llego a la hacienda de Santiago Casillas. Parqueo el auto detrás de las patrullas, y me apeo junto con Díaz quien no ha dicho nada durante todo el recorrido.

Son como las tres o cuatro de la madrugada y ya sé que el día será un asco. Este lugar está tan lejos de la ciudad la oscuridad sopesa con fuerza, escondiéndolo todo lo que no esté a unos metros de uno.

Alguien había llamado a la estación asegurando que Marcos García se encontraba en la hacienda de los Casillas. Debido a la naturaleza del caso tres patrullas arrancaron hacia el lugar lo más rápido que pudieron. Cuando llegaron no encontraron a García, sino a un consternado Santiago Casillas en ropa interior sujetando un revólver de bajo calibre. Y tras él, en la pequeña choza en la que mantienen objetos de jardinería, estaba un tipo medio muerto clavado a la pared.

No se pudo identificar quien hizo la llamada, sólo se sabe que era un hombre joven, no mayor de treinta años. No tuve que pensarlo mucho para entenderlo. Todo esto es como un maldito juego para ese loco.

Los oficiales me abren paso y me señalan el interior de la choza. “¿Cómo está el asunto?” pregunto. “Véalo usted mismo, señor” me dicen.

Entramos y vemos a los paramédicos junto con otros oficiales desclavando a Lucio Arévalo de la pared. Tiene sangre seca cubriéndole la parte inferior de la cara y todo el torso. Veo cortes largos en los muslos, y perforaciones en las palmas de las manos. El color de su piel varía entre el morado, blanco y negro. Tiene una herida abierta en la cabeza, y sus ojos se mueven bajo los párpados. Es toda una imagen.

–Oh, por Dios – es lo que se me ocurre decir luego de ver al tipo por unos

segundos.

Díaz se tapa la boca como si fuese a vomitar.

–Estuvo aquí – aseguro – esto lo hizo García.

Colocan a Lucio en una camilla y le revisan los signos vitales. Los médicos comentan que le han hecho cortes en la espalda y los muslos, y que le han cortado la lengua. En cuestión de segundos lo suben a la ambulancia y ésta arranca sin encender las sirenas.

–¿Por qué? – pregunta Díaz viendo cómo queda la escena sin la víctima; los garfios ensangrentados colgando de la pared, las manchas color pardo en el suelo y en los tablones, un cuchillo sucio en una mesa. – ¿Por qué atacó a este tipo?

–No lo sé. Pero García no hace nada al azar. Tenía sus motivos para hacer lo que hizo.

Salimos de la cabaña hacia la casa. Adentro las luces están encendidas, se puede ver a Santiago Casillas sentado hablando con el capitán Mayarí. Así de jodida está la situación que el mismo capitán tuvo que levantarse de la cama a la mitad de la noche y venir aquí.

–¿Qué va a pasar con Santiago Casillas? – pregunta Díaz, mirando en la misma dirección.

–Por ahora él es el primer sospechoso de lo que le ha pasado a Lucio.

–Aunque sabemos que él no lo hizo.

–Pero quizá podamos usar lo que ha pasado para joder a ese cabrón.

Entramos a la casa, pero nadie se inmuta. Santiago Casillas se ha colocado más ropa y está bebiendo vodka. Tiene unas ojeras terribles y los ojos apagados. Una mala pinta en general. Esta es la primera vez que estoy tan cerca de este tipo, y me dan más ganas de meterlo en una celda.

–Buenas noches, señor Casillas. – digo, pero él no me responde. Saludo con la mirada al capitán Mayarí y él me devuelve el saludo.

–El señor Casillas me estaba explicando que ha encontrado a Lucio Arévalo apenas unos minutos antes de que las patrullas llegaran – dice el capitán con voz ronca.

–Por supuesto – respondo solo por decir algo.

–¿Sabe usted quién lo hizo? – pregunta Santiago de repente, pero no sé con quién habla porque está mirando su copa.

–¿Quién? – pregunto.



–¿Ha oído el nombre Marcos García, detective?

Todos nos quedamos callados ante lo que dice. Es obvio que García no le gusta ser sutil.

–¿Quién es?

Santiago Casillas levanta la mirada y me observa disgustado. Debe saber que estamos al tanto de García. Ni se molesta en decirme algo. Por la expresión de su rostro bien podría estar borracho o aún trastornado por lo ocurrido. No creo que esté intimidado por nosotros.

–¿Quiere contarnos qué fue lo que pasó aquí? – le pregunto tras un largo silencio.

–¿No lo vio usted mismo? Irrumpieron en mi propiedad, torturaron a mi trabajador. Entraron en mi casa y tiraron sangre en mi suelo, mis paredes. Y ahora tengo un horrible dolor de cabeza que no va a pasar hasta que cada maldito policía se largue de mi jodida hacienda.

Asiento con la cabeza repetidas veces. Su respuesta no es sorprendente para nada. Si algo me ha quedado claro los últimos años en la fuerza es que se puede esperar cualquier cosa de estos tipos. Un hombre mayor (que resulta siendo Alberto Casillas) aparece para avisarle al capitán Mayarí que tiene una llamada en la otra habitación. El capitán nos echa un vistazo y se encamina despacio, como si no tuviese fuerza de voluntad.

–¿Por qué cree que Marcos García atacó a su hombre, señor Casillas? – pregunta Díaz mientras recorre la sala con sus ojos.

–No es ése su trabajo acaso, detective ¿Decirme a mi qué fue lo que le pasó a Lucio? ¿Por qué ese maniaco entró a mi casa y despedazó a mi hombre como un carnicero?

Santiago se termina su copa y suelta un gruñido tosco.

Sale el sol por entre las lomas, y Díaz y yo nos bebemos un café mirando las tierras de los Casillas. No nos queda nada por hacer. El capitán Mayarí nos ha dicho que no podemos arrestar a Santiago, o llevarlo a la comisaría. Aunque no fue una sorpresa, me enojó lo suficiente para maldecir un par de veces casi a gritos.

–¿Quién era al teléfono, Capitán?

–El comandante. No quiere que arrestemos prematuramente a un personaje del calibre de Santiago.

Crucé miradas con Díaz. Ambos sabíamos de lo que todo esto se trataba.

Todo el mundo lo sabía. La familia Casillas tiene buenas conexiones.

De camino a la ciudad, no pude dejar de farfullar todo el rato, maldiciendo sin poder terminar mis frases, como alguien patético incapaz de enojarse sin volverse estúpido. Díaz siguió con su comportamiento mudo, como si ya nada le importara. Nada le afectara.

Dejo a Díaz en la comisaría redactando el reporte para la SIE, y vuelvo a casa a dormir un par de horas. O a intentarlo, por lo menos. Antes de poner la cabeza en la almohada me tomo media botella de cerveza. Ni siquiera me quito el pantalón y me quedo dormido como un borracho con los miembros sobresaliéndole de la cama.

Los sueños van y vienen, pero el que más persiste es el de Franco Montés, el chico desaparecido que estuvo en ese manicomio de monjas. Intentaba no pensar en él por las mañanas pero por las noches se aparecía una y otra vez. Se me mete entre el cráneo murmurando entre dientes sobre la masacre en Aprima. Inclina la cabeza tanto que su rostro casi le llegaba al estómago. Está indefenso en medio de la nada, lleno de locos y callejeros. Después todo se hace oscuro y no puedo verlo con claridad, sólo lo escucho gimoteando como un niño pequeño que se le caen las babas de la boca al llorar. Creo que dice “mamá”, o “no más”. Es horrible, el pánico me traga y siento a mi cuerpo inconsciente estremecerse dormido. Algunos rastros de luz me muestran retazos de Franco sentado en una silla. Tiene las manos atadas a su espalda pero no deja de forcejear hasta que éstas están moradas y las muñecas desgarradas. Soy yo el que habla. He empezado a decir “no más”, digo “están muertos”, “mamá”. Escucho mi voz decirlo pero veo los labios de Franco moviéndose. Es él quien está atrapado en esa silla, pero siento que soy yo el que está perdido. Es tan real que cuando despierto me doy cuenta que he estado llorando, y no puedo dejar de hacerlo a pesar de saber que todo era un sueño. El miedo aumenta debido al silencio de la mañana, busco mi arma y paseo por mi casa apuntándole a la nada. Estoy seguro que me estoy enloqueciendo. Aún tengo miedo, aún me siento perdido. Llamo a mi hermano, pero ni él ni Raquel contestan, y me quedo pegado al teléfono terminando mi cerveza y temblando de miedo.

Ha sido una noche larga, sin sueño. Veo cómo amanece despacio, y a los transeúntes tomándose de un momento a otro la ciudad.

Adriel llega perezoso a su puesto para vender sus periódicos dándole vueltas a las ruedas de su silla, se me queda viendo un algo aterrado.

–Por Dios, muchacho, ¿qué le pasó? ¿Lo atracaron o algo? En esta ciudad le parten a uno la cara por una moneda.

Adriel se refiere a los moretones frescos que tengo en el rostro, mi labio partido que sigue un poco inflamado, y mi expresión apagada.

–Una pelea – le respondo.

–No lo puedo creer, usted es el joven más pacífico que conozco. ¿Quién lo golpeó?

–Ya no importa. Me lo merecía.

–¿Cómo quedó el otro tipo? En el hospital, me imagino – dice riéndose.

El otro tipo quedó clavado a una pared, apuñalado y sin lengua. Así que no puedo quejarme del dolor de espalda.

–Este año ha sido horrible. – Dice Adriel acercándose en su silla de ruedas al estante de periódicos – Solo calamidades pasan en este país ¿Qué más podemos esperar? Más muertos por ahí en vía pública, asustando a la gente, como espantapájaros del horror – en primera plana está Marta González todavía – eso sí. Tanto horror vende más periódicos.

Ver a Marta inerte en esa fotografía, triste y sola en el puente, me produce mareo. Furia. Furia es la palabra adecuada.

La había conocido un par de meses atrás. Braulio había comprado un horno

enorme, y Lucas y yo ofrecimos nuestra ayuda a subir semejante trasto a su apartamento. Por lo que nos pasamos media tarde de viernes, atascados en las escaleras, con un horno al hombro mientras Braulio bramaba indicaciones inútiles.

Marta nos sirvió bebidas y preparó algo de comer. El joven Noel se mantuvo tímido en la sala o en su habitación, pero una vez comenzó a hablar no se cayó nunca.

Era extraño ver a Braulio vivir una vida normal, con familia y responsabilidades domésticas, cuando por la mañana nos ocupábamos de la distribución y venta de drogas ilícitas y armas de contrabando.

Fue claro que el trabajo de Braulio no se comentaba en la casa. Él no contaba historias laborales, y su esposa no hacía preguntas. Estaban viviendo una tragedia inminente. Y ellos lo sabían.

–¿Cuántos años tiene, joven? – me preguntó Marta mientras servía más jugo en mi vaso.

–Más de lo que aparento.

–No puede tener más de treinta.

–No molestes a Marcos – dijo Braulio – sólo vino a ayudar, no a que lo interroguen.

Marta siguió observándome durante toda la cena. Quizá su interés se debía a que yo era el colega más reciente de Braulio; mientras que Lucas era ya un visitante frecuente.

–Es más viejo que yo – aseguró Lucas intentando ser amable con Marta – aunque tenga cara de niño, este tipo ha vivido más de lo que debería.

Marta sonrió y dijo que no se creía nuestras historias de malhechores. “No van a ganarse fama de forajidos en esta casa” afirmó “y quiero ver ese horno funcionando”.

Fue una buena tarde para sentirnos hombres de bien. Quizás la última vez que pasó. Después de eso, todos los que me acompañaban en esa mesa fueron asesinados.

Adriel saca el termo y me sirve un poco de café caliente. Me lo bebo despacio mientras veo una que otra persona acercándose al estante a mirar la primera plana. Unos lo compran otros no, pero Adriel nunca deja a un lado su amabilidad acogedora.

–No piense más en esa pelea, joven Marcos – me dice mientras él enciende una pequeña radio aferrada al estante – termine su café y disfrute de la mañana.

Asiento despacio y le sonrío al viejo.

Unos minutos después la emisora sintonizada informa que la policía ha hecho relevantes avances en la investigación de la muerte de Lina Aguirre. “Al parecer se hará el arresto oficial de Daniel Prendergast por el homicidio de Lina Aguirre ocurrido el pasado 13 de abril” dice el comentarista “El acusado será trasladado a la cárcel de la comisaría central de la capital mañana a medio día”.

—Por fin cogieron a esa sabandija — dice Adriel con firmeza, batiendo su mano derecha — ni tanta plata puede salvarlo de lo que le hizo a esa pobre mujer.

Después de cinco semanas del infame homicidio de Lina Aguirre, el fiscal general ha confirmado que el primer sospechoso, Daniel Prendergast, será arrestado el día de hoy gracias al avance en la investigación policial dirigida por el detective Hernán Martínez. Luego de que la fiscalía se contactara con el abogado familiar de los Prendergast para informarle sobre la orden de captura, la noticia se ha hecho pública y se ha divulgado como una plaga por toda la ciudad.

A las once de la mañana el oficial Hernán Martínez parte de la comisaría junto con dos vehículos policiales blindados para efectuar la captura.

Antes de irse, Martínez se toma una café mientras los demás oficiales le dan palmadas en la espalda. Ya era hora de que alguien en esa comisaría atrapara un asesino.

En la televisión se está transmitiendo de nuevo la declaración que dio Martínez el día anterior a la prensa, hablando de justicia y muerte, mientras que el Martínez de la vida real ignora la pantalla y se acerca a Rivera para confesarle que está algo nervioso.

–Este caso va a marcar mi carrera – dice Martínez en voz baja – para bien o para mal.

–Usted sabe que él lo hizo, ¿no? – pregunta Rivera.

–Lo hizo. Ese niño lo mató. De eso estoy seguro, Rivera. Por eso estoy arrestando a ese maldito.

–Entonces no importa lo que pase.

Los vehículos salen de la comisaría y en menos de una hora arriban al suntuoso barrio en los suburbios, donde ningún vecino se atreve a chismosear el bochornoso espectáculo que se toma su preciada tierra.

Frente a la reja de la casa Prendergast se ven todavía varias fotografías de una vivaz y sonriente Lina que civiles han dejado como protesta por el sádico crimen.

El ama de llaves sale de la casa y abre la reja para que ingresen los autos policiales, para luego dedicarse a recoger las fotografías, las velas medio derretidas y los mensajes de odio que están tirados sobre la acera.

Martínez baja del vehículo frente a la casa en donde lo esperan el padre – Robert Prendergast – y el abogado del sospechoso. El detective da los buenos días y saca de su chaqueta la orden de captura para mostrársela al abogado. Éste revisa el documento con agilidad y, sin abandonar su temperamento profesional y respetuoso, le pide a Daniel que salga de su guarida (no le permiten a la policía ingresar a la residencia). Y el muchacho sale de a pasos lentos y expresión austera.

Todo ocurre como una transacción comercial.

–Daniel Prendergast, queda bajo arresto por el asesinato de Lina Aguirre – dice Martínez con voz mecánica y fría, puesto que nadie objeta.

En las siguientes 36 horas, el sospechoso quedará a disposición de un juez competente que dictaminará el proceso a seguir. Lo único que le queda a Martínez por hacer es esperar a que la fiscalía haga su trabajo y que el sistema le dé algo de justicia a esa chica.

Mientras esposa a Daniel y lo mete dentro del vehículo, Martínez se da cuenta de lo dócil y triste que se ve el chico. Cómo si no fuera el mismo demente enfermo que estranguló y apuñaló a Lina en aquel baño. Quiere decirle algo, darle a entender que merece toda esta mierda en la que está metido y mucho más. Pero no puede hacerlo. Martínez pasó las últimas semanas matándose para poder capturar a este hijo de puta y ahora lo único que puede sentir por él es lástima.

Ya da igual.

Nadie le dice adiós al chico, ni le desean buena suerte, o le botan una lágrima. No se ve a su madre por ningún lado, y su padre se mantiene como maniquí en el pórtico con las manos en los bolsillos. Sólo el abogado le dice que estará pendiente de lo que ocurra. Es increíble.

Toman el camino hacia la comisaría en silencio. Esta victoria se siente algo vacía, pero Martínez no se desespera por ello. Sólo quiere dejar al chico tras las rejas y salir a tomarse algo fuerte. Pero es cuando se da cuenta que van a tener problemas.

Por el camino se ve un grupo de protestantes, no más de cincuenta

personas, alegando por dios sabe qué. Los autos policíacos se detienen cuando la gente se toma el camino y levanta sus pancartas y sus voces. Gritan por acabar la impunidad en el país. “¡No más sadismo! ¡No más violencia!”. Sostienen fotografías de Lina Aguirre, Marta González, y Noel González, el niño que desapareció hace varios días. Son decenas de los mismos rostros enormes tomándose el paisaje capitaleno.

La gente está asustada y enojada. Y no tienen nombres ni rostro de culpables contra los que puedan arremeter. Sólo tienen a Daniel Prendergast.

Martínez les pide a los conductores que encuentren una ruta alterna y pronto. “No queremos que esto se nos salga de las manos”. Voltea a ver al asiento de atrás donde el sospechoso mantiene su patética expresión de congoja, mirando hacia el suelo.

–Hay mucha gente ahí afuera – le dice Martínez– y no están muy felices que digamos.

El carro evade a la multitud y prosigue por entre un barrio pequeño siguiendo una calle angosta y mal pavimentada. Mientras que los protestantes se movilizan hacia la comisaría, donde se encuentran con más gente, incluyendo la familia de la víctima. La comitiva se va haciendo más grande.

En la comisaría ya están transmitiendo por la televisión el algarabío que ocasionó la captura de Prendergast. “Varios ciudadanos se han organizado para protestar en contra de la ola de violencia que se ha vivido este año, y exigiendo que el proceso jurídico contra el acusado Daniel Prendergast resulte en una condena de prisión considerable”.

Mientras todos los policías escuchan lo que los periodistas dicen, sale el orden de enviar refuerzos en la ruta de la caravana para evitar altercados con los protestantes.

–No queremos atacar a nadie, ni arrestarlos – dice el capitán Mayarí – sólo manténganlos al margen del sospechoso y tráiganlo a salvo.

Un par de docenas de patrulleros junto al equipo antimotines se posicionan en la vía principal frente a la comisaría. Rivera y Díaz salen con varios oficiales a cerciorarse que todo salga en orden.

Los gritos de la gente se van haciendo más fuertes. Varios aseguran que el proceso jurídico contra Daniel Prendergast ya está arreglado y que éste saldrá en libertad, o se le dará casa por cárcel. “Un crimen atroz. Vergüenza



nacional” dice una de las pancartas. “No más ratas de alto estrato burlando la justicia”.

El grupo antimotines hace una barrera para evitar que los civiles se acerquen a la comisaría, e intentan abrir espacio para que la caravana con el sospechoso pueda ingresar sin dificultad. Cuando los autos se acercan, un joven escondido entre la multitud arroja una piedra al carro blindado donde está Daniel, y es en ese momento cuando los de antimotines reaccionan duro, empujando a la gente hacia los andenes.

Basura empieza a llover sobre los tres autos, los gritos de los protestantes se hacen turbios, densos, y la policía aplica la fuerza para espantar a la multitud. La familia de Lina Aguirre se aleja del escándalo al ver que todo el mundo ha perdido el control.

Rivera se detiene en el pórtico de la comisaría, observando la ola de gente moverse de un lado a otro, forcejeando con la fuerza pública. No se puede entender nada de lo que gritan. El sentido de sus frases se pierde entre el ruido aplastante que surge entre la conmoción.

Los vehículos policiales retroceden y salen por otra intersección, abandonando la algarabía antes de que la multitud se les abalance en un intento por tomar a Daniel Prendergast y hacer justicia por cuenta propia. Los carteles y las fotografías de las víctimas caen al suelo para ser pisoteados por los protestantes y los de antimotines.

Rivera busca con la mirada a Díaz, pero no lo encuentra por ningún lado. Quizás ver el rostro de Noel González por todos lados lo ha perturbado demasiado.

Por unos minutos parece que se va a desatar un motín en pleno centro de la ciudad. Ciudadanos ardiendo en ira, gritando los nombres del niño perdido y las damas de cielo. Vehículos volcados en la avenida y humo extendiéndose por el panorama crepuscular. Pero el desastre logra evitarse.

La gente sigue arrojando basura y piedras a las autoridades. “Sólo sirven para proteger ratas” se escucha entre los gritos.

Los autos policiales, junto con el sospechoso, han abandonado el área y con el pasar de los minutos la gente se va alejando por entre callejuelas, desapareciendo junto a la algarabía.

Sólo queda basura por la carretera y tensión a lo largo de la avenida frente a la comisaría.

“La gente no nos va a perdonar nunca” dice Rivera en voz baja “si no encerramos a ese muchacho de por vida”.

He bebido demasiado, lo admito. Me siento como cerdo hambriento, o sediento. Un cerdo, al fin y al cabo. Las jodidas nauseas que me vienen todo el tiempo bien puede ser el alcohol o la imagen de Lucio clavado en mi pared. ¿Qué mierdas está pasando? Metido aquí, en el burdel de mi padre, el Galeón, me doy cuenta que en realidad no tengo a dónde ir.

La mujer que me había acompañado la noche anterior, la del mechón verde, la misma mujer que gritó y chilló al encontrar la sangre de Lucio en la cama, me está mirando a lo lejos. Me he enterado que se hace llamar Esmeralda, y también se ha emborrachado a solas esta tarde. Hemos cruzado miradas, pero no palabras. No tengo idea qué es lo que hace en este lugar sino es prostituirse como el resto.

Rondón, el jodido costeño, se ha aparecido luego del anochecer. Arribó con tres de sus hombres, incluido Hugo Fajardo, el enorme calvo que permanece siempre callado.

Pide por algo de ron, abraza a dos de las chicas y les golpea el culo mientras se ríe a todo trueno. Prefiero no ver nada de esto e ignoro por completo al costeño hasta que se sienta en mi mesa. Hugo toma asiento junto a él, sin abrir la boca ni un jodido centímetro. Rondón llama a una de las chicas y le pide que le traiga un cigarro, habano.

–Hasta las guarras ciudadinas son una mierda – asegura Rondón sin perder la sonrisa – lánquidas y sin gusto. El frío las tiene jodidas.

Me termino mi copa de un trago y bajo la mirada todo lo que puedo. Rondón parece entender que no quiero oír nada de lo que tenga que decir sobre mujeres, o sobre lo que sea.

–Oiga, Santiago – dice ya serio – lamento mucho lo de su trabajador, es una

pena... ¿Cómo se llamaba?

–Lucio. Y no es una pena, es un jodido ataque. Con un demonio, Rondón. Le quitaron la maldita lengua.

–Mierda.

–Lo dejaron medio muerto en mi pared, clavado con ganchos de carnicero.

–¿Medio muerto? Entonces sigue vivo.

Niego con la cabeza.

Había fallecido en el hospital al medio día.

–Marcos García lo ha arrastrado hasta mi hacienda, lo ha torturado en mi territorio, y luego ha llamado a la maldita policía. Se ha asegurado de dejarme expuesto... débil. Ahora cualquiera creerá que puede pegarme un tiro en mi propia cama si se les da la puta gana.

–¿Quién lo intentaría? – pregunta recibiendo el ron que la chica le deja sobre la mesa – ¿Ismael Santamaría?

–Lucio estuvo siguiendo a mi tío Alberto y a Santamaría. Quería saber todo lo que estaban planeando.

–¿Qué han dicho?

–Pues han hablado sobre este jodido alcalde, Alfonso Santos, que al parecer tiene ganas de pagarle a algún sicario y sacarme del camino. Y ahora no va a dudar que sea un buen momento.

–No dejaremos que ese viejo le haga nada, Casillas.

–¿Qué propone, Rondón? ¿Qué me largue? ¿Esconderme bajo mil piedras?

Rondón se ríe y esos dientes suyos brillan por la luz del prostíbulo.

–Usted no es hombre que se esconda – asegura el costeño – vamos a ir por ese viejo cretino.

–¿Quiere tomar a un alcalde? Secuestrarlo y matarlo ¿eso? ¿Y lo colgamos de algún edificio?

–El viejo Santos tenía negocios con su padre. Ramón y Alfonso Santos se conocían de años. Trabajaban con Contreras y con el propio Ismael. ¿Quiere saber qué hizo su padre con esa gente? Todas esas jodidas conexiones en política y la policía. Ese viejo lo sabe todo.

Eso ya lo había pensado. Rondón también lo sabía.

Me quedo callado con una copa vacía entre mis dedos. Pienso en Lucio intentando abrir los ojos, clavado en esa pared, con la boca desbordándose de sangre. Sacudiéndose.

Pienso en mi padre serio, mirando por la ventana de la hacienda, inquieto como si mirara los eternos secretos que se escondían a simple vista.

Carcomiéndolo poco a poco. Todas esas cosas que nunca me dijo.

Esos jodidos políticos creen que pueden hacer lo que les plazca. Ese viejo alcalde piensa que voy a esperar a que dé la orden de matarme.

Está equivocado.

–Iré por el viejo alcalde, entonces – afirmo –. Estoy cansado.

Rondón asiente aunque no tiene ni idea de lo que hablo.

–Estoy cansado de estos tipos, reuniéndose en secreto, hablando de mí. De mi muerte. – Prosigo – Voy a acabarlo.

Rondón me mira a la cara en silencio, con un cubano en la boca y frunciendo el ceño.

Le digo:

–Voy a matar a Ismael Santamaría.

En mi nueva habitación el espejo está roto; tiene una grieta que lo atraviesa por completo y se ramifica a lo ancho del vidrio. Por lo que sólo puedo ver pedazos de mi cara, que fracturan y deforman mi rostro. La inflamación ha disminuido, aunque sigo pálido y con unas ojeras horribles que me hacen ver moribundo.

Prefiero no dormir mucho, solo me recuesto unos minutos en la cama y descanso mis ojos y mis extremidades. Claro que dormir es inevitable. Soñar y pensar. Pensar en lo que ha pasado.

Hace un par de noches salí hacia los montes occidentales, lejos de la carretera principal, en propiedad privada. Era la pequeña tierra de Lucio Arévalo, unos cuantos árboles frondosos que escondían el terreno del horizonte, postes y cables eléctricos en la naturaleza. Allí tenía una casa pequeña en donde guardaba armas, algo de droga, munición. Desde ese punto apenas eran divisibles las luces abajo en la ciudad, y el ruido del viento te envolvía en la idea de que estabas tan lejos como era posible.

Recorrí la tierra y vi que Lucio crecía flores detrás de la casa. Estaban bien cuidadas, eran grandes y de colores fuertes, notables a pesar de la oscuridad. Todas estarían muertas en unos días.

Entré a la casa y encendí la luz. Había una sala improvisada con una mesa antigua. Un área de cocina con una olla abandonada en el fogón. Un baúl en la esquina y un televisor pequeño sobre una repisa. Olía a mugre y a encierro. El polvo se acumulaba con facilidad. Había dos habitaciones más. Una era el baño, que era bastante grande para el lugar. Un montón herramientas de construcción se apilaban al costado; palas y martillos, tuberías y madera.

Entré en la segunda habitación y vi mi reflejo en el espejo del armario que

se encontraba al fondo. La ventana estaba cubierta por cartón, un escritorio con basura encima y una cama en la esquina. El cuerpo sin vida de Noel González estaba sobre el lecho. Estaba boca abajo, aunque podía verle parte de su cara, su ojo cerrado, la comisura de su boca. Su mano seguía atada al borde de la cama.

Sabía que lo iba a encontrar así, pero no pude evitar sentir que caía. Algo de vértigo y un vacío en mi estómago. Sentí ganas de gritar y destrozar la habitación con mi aliento. Tirarme al suelo y romperme la cabeza contra el asfalto. Pero sólo me quedé allí de pie en el umbral. Respirando despacio y viendo mi reflejo negro inmóvil al final del cuarto.

Apagué la luz de la casa y me dediqué a esperar.

La tranquilidad y los ruidos de las lomas me estaban enloqueciendo. Se escuchaba al viento mover las hojas y a los grillos bramar desesperados por doquier. Hasta que escuché la camioneta de Lucio acercarse desde la vía de tierra. Se detuvo a unos metros de la casa y apagó el motor.

Me quedé estático dentro de la casa escuchando los pasos de Lucio sobre el prado húmedo. Abrió la puerta de la casa e intentó encender la luz varias veces, sin resultado. Empezó a caminar hacia el baño cuando me posicioné detrás de él y coloqué el arma en su nuca.

–Halo del gatillo y esto se acaba – le dije – Nadie sabe de esta propiedad. Su cuerpo se quedaría aquí. El olor a muerto atraerá a los perros callejeros.

Lucio no temblaba, se quedó congelado a mitad del pasillo.

–No tiene ni idea de con quién se está metiendo – dije intentando sonar convincente – usted me mata y el capo más importante de la ciudad va a cerciorarse que no quede ningún rastro suyo, ni de su familia.

–Hasta ahora no ha podido.

Se estremeció y pensó por unos segundos.

–García.

–¿Cree que está protegido por ser la mano derecha de Santiago Casillas?

–¿Qué es lo que quiere, García?

–Quiero saber qué es lo que siente, Lucio ¿A qué le tiene miedo?

–Está loco.

–¿No le teme a nada?

–Le temo a Santiago Casillas. Como usted debería.

–¿Qué podría hacerme Santiago cuando me atrape?

–¿Qué podría...? Lo va a destrozar, García. Le va a cortar esa maldita lengua y lo va a clavar en una pared de la hacienda, para que él pueda ver su

cadáver cada vez que quiera. No lo rete.

–¿Eso es lo que usted teme?

–Si se va sin tocarme... si no hala el gatillo, le juro que nadie tiene que saber de esto.

–No voy a halar del gatillo – aseguro – ¿Piensa que puede matarme con sus manos, Lucio?

Bajé el arma y vacié el tambor dejando que las balas cayeran al suelo. Y arrojé la pistola hacia la oscuridad.

Lucio se fue dando la vuelta despacio, cerciorándose que no tenía nada en las manos.

–Adelante – le digo – máteme con sus manos. Ni usted ni yo merecemos vivir.

Me miró a los ojos aún atento, esperando por algún movimiento de mi parte. Pero me quedé allí con los brazos abiertos, esperando por su rabia.

Se abalanzó sobre mí agarrándome del cuello y soltando un puño hacia mi ojo derecho. Me eché hacia atrás y caí al suelo. Lucio logró golpearme en la cabeza con tal fuerza que todo se iluminó por completo. Una luz blanca me cegó, mientras él se echaba sobre mí y me golpeaba el rostro con la intención de matarme con sus nudillos.

Pensé en Noel González jugando en la sala de su casa. Contándome sobre sus amigos del colegio y lo peligroso que podía ser su barrio por la noche.

Lucio apretó sus dedos contra mi rostro, intentando metérmelos en un ojo y reventármelo. Estaba expuesto en plenitud. Lo golpeé con mi brazo en el cuello, y cuando se apartó lo tomé con ambas manos y me giré sobre él. Embestí mi puño dos veces contra su mandíbula y él lanzó un lamento tosco. Perdió el sentido en un segundo y la tranquilidad regresó a la montaña.

Me levanté con dificultad y me palpé la cara.

Mierda. Había perdido la vista en mi ojo derecho, pero sabía que regresaría con el tiempo.

Regresé a la habitación donde estaba el pequeño cuerpo de Noel y lo vi por un minuto más. Acostado en aquella cama angosta, en esa habitación tan fría. Lejos de todo el mundo. Lejos de su familia. Aunque, quizás ya no.

Arrastré a Lucio fuera de la casa y lo subí a la camioneta. Le até las manos y le amordacé la boca. Todo acabaría antes del amanecer. Sólo tenía que visitar la hacienda de los Casillas. Sólo tenía que hacer realidad aquella pesadilla de Lucio.

La muerte de ese tipo, Lucio Arévalo, no fue suficiente para poder abrir una investigación en contra de Santiago Casillas. Habíamos estado en su hacienda, entre su tierra. Y no pudimos hacer nada. Empezaba a sentir esa misma rabia que Díaz manifiesta casi todo el tiempo. Empezaba a sentirme inútil, impotente. “Ya no hacemos ninguna diferencia” le digo al chico “sólo nos envían a lugares y hacemos presencia”.

Díaz prefiere no mirarme. Quizás me estoy volviendo patético. Viejo, cansado. Puede que tantas pastillas para conciliar el sueño me estén carcomiendo las entrañas.

–Tengo un montón de pesadillas – digo en voz alta. Y me doy cuenta que ha salido de la nada.

Díaz mira por la ventana del auto, pero se da la vuelta para ver mi expresión.

–¿Qué? – pregunta confundido.

–Digo que si no me veo bien, si estoy algo ofuscado es porque estoy teniendo unas noches de mierda. Sólo sueño cosas horribles.

–¿Cómo qué?

–No sé. Nada muy concreto. Son más sensaciones y eso. Miedo. Me da miedo. Sueño que me tienen atado en algún lugar oscuro, que me queman los brazos, el pecho.

–Por Dios, Rivera. ¿En serio?

–Y cuando me despierto... bueno, como que sigo soñando. No lo sé. Sigo escuchando cosas.

La verdad no sé por qué le estoy contando todo esto a Díaz. No voy a lograr nada bueno con esto.



–Está muy tenso, Rivera. Tenemos mucha presión en este caso. Ya sabe. Es un asunto de alto perfil.

–Sí. Sí. Tienes razón, chico. – Sonríó para calmar los aires – sueño cosas relacionadas con el caso. Sueño con Franco Montés ¿puedes creerlo?

–¿El muchacho loco que desapareció de ese manicomio?

–No puedo dejar de pensar en él.

–No es el único desaparecido.

Díaz sigue culpándose por lo de Noel González.

Llegamos a la antigua vivienda de Santiago Casillas. Es la casa familiar en donde habita su ex esposa, Rita Baquero, y sus dos hijos, Alicia Casillas y Gabriel Casillas. Ni Díaz ni yo estamos dispuesto a dejar que Santiago Casillas se nos siga escabullendo. Nos contactaremos con todos los que conozca para que sepa que no nos vamos a detener.

La casa es grande, en un buen barrio. Un pequeño jardín al frente y nada de basura en la calle. Llamamos al timbre y una mujer esbelta, madura, en tacones y falda, nos abre la puerta. Es Rita Baquero. Me presento y le comento mis intenciones. “Sólo queremos hablar sobre su ex esposo, Santiago Casillas”.

–No tengo nada que decir sobre él, oficial– Asegura ella –Si no fuera por los chicos no me relacionaría con él en absoluto. No sé nada de sus negocios ni de cómo pasa el tiempo.

–Entiendo. Pero él frecuenta esta casa, quizás usted conozca a uno de sus trabajadores, Lucio Arévalo.

–No quiero hacerle perder el tiempo, oficial. En serio. No sé nada. No soy la persona indicada. Que tenga un buen día. – dice cerrando la puerta en nuestra cara.

Caminamos hacia el auto despacio, como si esperáramos que Rita Baquero saliera de repente diciendo que había cambiado de opinión.

–Es como si nadie quisiera ver a ese maniaco en prisión – dice Díaz – Esto es imposible.

–Ya lo cogemos. Todavía está Ernesto Posada.

Posada es uno de los antiguos trabajadores de Santiago que estuvo en la balacera sobre el casino que terminó en la muerte de Braulio González. En este momento Posada se encuentra en un hospital, su vida colgando de un hilo. Lo único que tiene que hacer es despertar y cantarnos todo lo que Santiago ha hecho.

–El tipo está en coma – dice Díaz airado – y aunque despierte quién sabe si querrá contarnos algo.

En ese momento una joven se aproxima a nosotros desde la casa de los Casillas. Cabello largo y castaño, rostro juvenil, inocente. La reconozco después de unos segundos. Se trata de Alicia Casillas.

–Oficiales – dice desde la ruta de piedra. Vacila un momento y se acerca hacia nosotros – Esperen un momento.

Díaz me mira extrañado y le cuento que se trata de la hija de Santiago Casillas. Pero el rostro del chico no cambia de expresión.

–Disculpen a mi mamá, ha tenido unos días pesados. Y, digamos, que mi padre no es su tema favorito. – dice ella.

–No hay ningún problema, entendemos.

–¿Algo le ha pasado a mi papá?

–No, todavía. Pero creemos que puede estar en peligro – aseguro como si en verdad estuviera preocupado.

Alicia se nos acerca aún más, mirando hacia atrás, quizá temiendo que su madre la vea.

–Tengo miedo por mi padre – dice ella mirando al suelo – y por mi familia. Ni siquiera estoy viviendo aquí después de lo que ocurrió...

–¿Qué ocurrió?

–Hace unos días alguien se metió a nuestra casa, por la noche. Fue horrible. Entró a la habitación de mi hermano pequeño, de Gabriel. Este... tipo lo estaba viendo... mi hermano estaba aterrado – puedo ver el miedo en los ojos de Alicia. – Yo apenas y vi su silueta.

Trago saliva.

–¿Les hizo algo? – pregunta Díaz.

–No. Sólo nos miraba. Se fue en un instante. Desapareció. Pero creo que mi padre sabía quién era. Gabriel lo describió. Dijo que tenía voz joven, cabello largo.

Díaz y yo cruzamos miradas.

Marcos García se ha metido a esta casa a ver un niño de ocho años dormir. ¿Qué mierdas es todo esto?

–¿Ha ocurrido algún otro incidente al respecto? – Pregunto – ¿Quizá que se sientan observados o algo?

–No, pero... bueno, estoy quedándome en otro lugar por el momento – dice ella mirando hacia su casa – No quiero abandonar a mi familia... si ustedes...

–No se preocupe, señorita. Estaremos pendientes. Nada va a ocurrirle a su

familia. – Saco de mi abrigo mi tarjeta personal y la extiendo – Comuníquese conmigo si algo vuelve a ocurrir. Mi nombre es Eduardo Rivera, y él es el oficial Díaz.

–Gracias – dice revisando la tarjeta. – De verdad.

Sujeta la tarjeta con ambas manos, escrutando las palabras. Asiente varias veces y camina regreso a su casa despacio.

Regreso a casa tarde y me recuesto en mi cama un par de horas. La habitación es oscura; los bombillos alumbran las paredes y el escritorio débilmente. Por largo rato se ha escuchado a un bebé chillando. Su llanto se apodera de todo el edificio.

Sostengo el teléfono en mi regazo sin marcar. Pienso si he de hacerlo. La verdad sólo quiero hablar con alguien sobre lo que ocurre por las noches. Alguien que sepa con quién está teniendo la conversación. Alguien que sepa quién soy yo. Así que marco el número y al poco tiempo él contesta.

–¿Quién habla? – pregunta el oficial Rivera.

–Usted sabe que yo lo hice ¿verdad, oficial?

–¿Quién es?

–Usted sabe que fui yo pero no sabe por qué lo hice.

El oficial Rivera hace silencio. Presiento que quiere colgarme, no quiere escuchar mi voz, no quiere saber nada de mí.

–Maldita sea, García ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué quiere?

–Sólo quiero que lo sepa.

–Está loco... deje de llamarme.

–Lucio Arévalo fue quien mató a Marta González. Fue quien tomó al chico, a Noel.

Más silencio.

–Y usted lo clavó a esa pared y le sacó la lengua – dice él en voz baja pero ruda – usted lo despedazó como un carnicero. ¿Quiere que lo llamen héroe, García? ¿De eso se trata todo esto? Con un demonio. ¿Está buscando mi aprobación?

–La golpeó en el rostro y en el estómago para sacarle el aire mientras la

arrastraba al bosque. La arrojó a la hierba y le dijo que si no gritaba, si sólo lloraba, sollozaba, él no mataría a Noel.

No dice nada.

–Y ella no gritó. Pensó en su hijo, y no gritó. Y Lucio la destrozó. Él la mató.

–Es suficiente.

–Ni siquiera pudo ver a su hijo una última vez.

–Usted pudo haberla salvado – asegura él – ¿no es así, García? Puedo haber hecho algo por ellos dos, pero no hizo nada.

–Nadie podía hacer nada.

–Usted dejó que ese tipo la matara y usted no podía vivir sabiendo eso. Por ello asesinó a Lucio de esa forma. Porque se siente culpable. Pues lo es, García. Usted es culpable. Y lo que le pasó a Lucio, también se lo merece usted.

–Le dije a Braulio que se fuera. Le dije que sacara a su familia de esta ciudad y que escapara. Le dije que esas familias iban a enloquecer y a matar a todo el mundo.

–Como usted lo está haciendo. – Farfulla el oficial Rivera.

–Santiago Casillas acabó con toda la banda de Armando Contreras. Los acribilló en el desierto y les prendió fuego. Mató a Braulio. Torturó y asesinó a Teo. Fue él quien dio la orden de matar a Marta y a Noel.

–Escúcheme bien, García. No sé qué pretende llamándome. Sé que no es un lunático cagándose en la calle. Sus asesinatos están lejos de ser arbitrarios, ha matado a gente importante, y nadie sabe dónde encontrarlo. Pero sé una cosa. Usted no es inocente de nada. No es un héroe. Usted es un asesino. Sólo eso. Y alguien tiene que detenerlo. La agencia más fuerte está detrás de usted, y lo van a agarrar. Se lo aseguro, García.

Rivera ha dicho todo eso despacio, con calma. Quiere llenarme de miedo, quiere que me descuide.

–Quizás lo hagan – le respondo – quizás me atrapen. Mientras eso ocurre, voy a seguir asesinandolos.

Cuelgo el teléfono y la tensión queda suspendida entre la penumbra y los sonidos lejanos de la ciudad.

Sobre el escritorio hay un periódico de unos días, con la fotografía de Marta González colgando de ese puente. La foto está trabajada para que no se

vean los rasgos grotescos del rostro, las hendiduras y moretones, los hematomas y los cortes.

Pienso en la noche en que ocurrió.

Había salido casi a las tres de la mañana a caminar por la calle. La ciudad, que siempre está tan ajetreada e hirviendo en ruido, estaba a su suerte. El frío era penetrante y las luces de los postes revelaban la neblina cotidiana de la madrugada.

Me topé con tres o cuatro personas intentando dormir en la intemperie, cubriéndose con cartón y cobijas viejas ennegrecidas de mugre y tiempo. Parecían objetos sin vida ya no se movían ni cuando el viento casi helado cruzaba de repente.

Cerca de las cuatro me detuve junto a una carretera vacía. Desde allí podía ver las chimeneas de las industrias occidentales y el puente. Y fue cuando lo vi. El auto de Lucio se detuvo a mitad del puente. Salió del asiento del conductor sin prisa alguna. Incluso terminó de fumar el cigarrillo que le colgaba de la boca. Se recostó en el capó y luego lanzó la colilla al abismo. Abrió el maletero y de ahí sacó el cuerpo apagado de Marta González. Casi podía escuchar el latido de su corazón. Aún estaba viva. Movía su cabeza levemente hacia los lados, pero el cabello le cubría todo el rostro.

Lucio ató uno de los extremos de la cuerda en el barrote a la orilla del puente, y colocó el otro extremo alrededor del cuello de Marta.

Aunque están lejos, lo veo todo a gran detalle. Veo la confianza en las manos de Lucio al colocar la soga. Las manos de Marta que se estremecen, o convulsionan.

Casi no soy consciente del frío bestial que se toma toda la avenida antes de los primeros rayos de sol.

Lucio alza el cuerpo de Marta, le da un beso en la frente y la sostiene un segundo antes de dejarla caer a la nada.

No me retiro hasta ver a Lucio regresar al auto y avanzar despacio, como si no tuviese toda la carretera para él solo.

El gran día ha llegado. A las siete de la noche de hoy abriremos el *Delicatezza* a mi nombre. Quisiera decir que esto es lo que más me importa ahora. Que todo aquello de mi vida anterior ha quedado atrás, pero con las noticias que hemos recibido sobre la muerte de Lucio, es imposible.

–Fue Marcos García – le digo a mi esposa mientras ella arregla el nudo de mi corbata – fue él quien entró a la hacienda de los Casillas y lo asesinó.

–¿Y Santiago no lo vio? ¿No se enfrentó a él?

–No. Nadie lo vio, pero no hay nadie más que hubiese hecho algo así. Ahora sabemos que García va tras Santiago. Uno de ellos va a matar al otro. Eso es seguro.

–Deja de pensar en eso – me pide Amanda – esta noche se trata de nosotros. De nuestro nuevo comienzo.

–Lo sé –la tomo de los brazos y la beso– Es un gran momento.

Ahora más que nunca me siento más alejado de Ramón Casillas y todo su legado. Siento por primera vez que de verdad puedo salir de esto.

Escuchamos a alguien subir las escaleras e irrumpir en la habitación. Es mi hijo Antonio intentando mostrarnos que está ofuscado.

–¡Papá! – grita mientras entra al cuarto.

–Buenas noches a ti también.

–¿Cómo es eso que Manuel está saliendo con la hija de Santiago Casillas?

Miro a Antonio de frente.

–¿Quién te lo ha contado?

–El mismísimo Manuel. Me preguntó si iba a ser un problema que llevara a

su novia, Alicia Casillas, a la cena.

–Cálmate, Antonio – dice Amanda.

–¿Cómo pueden permitirle hacer eso? No sólo es una niña ¡es la hija de Santiago Casillas! Y apuesto a que él no tiene idea que Manuel está viviendo con su hija.

–¿Están viviendo juntos? –pregunta Amanda igual de aterrada.

–Es temporal – aseguro, ni siquiera sé por qué estoy defendiendo a Manuel – la chica está asustada de vivir en su propia casa. Se siente más segura con Manuel.

–¿Y qué pasará cuando Santiago se entere?

–Va a matar a Manuel – asegura Antonio – eso es lo que va a pasar.

–No. No va a ocurrir. – Afirmo – No lo voy a permitir. Alicia no lo va a permitir.

–Pero Santiago lo va a intentar. – Sigue Antonio – Va a halar el gatillo como el demente que es.

–¡Ese es el problema de Manuel, entonces! – exclamo – Ya se lo he advertido. Ya le dije en lo que está metido. Y él lo sabe. No puedo hacer nada más por él.

Amanda se aleja y se sienta sobre la cama preocupada.

–¿Van a venir? – pregunta Amanda – ¿Manuel va a traerla a la cena?

Antonio asiente.

–Hablabamos con ellos en el Delicatezza – les digo – aclaremos todo este asunto de una vez.



Salimos de la casa cuando la noche se hace fuerte y las calles se llenan de autos. Alicia va en el asiento del copiloto y no deja de mover las manos de los nervios.

–Cálmate, todo va a estar bien – la tomo de la mano.

–Claro, porque todo siempre va bien en nuestras familias.

–Es sólo una cena, Alicia.

–Ni siquiera conozco a tu madre.

–Claro que sí. Se vieron en uno de los cumpleaños de Ramón, cuando rentaron todos esos caballos ¿te acuerdas?

–Eso fue hace como seis años, Manuel.

No sé qué decir. Ella tenía doce años en ese entonces. Me hace sentir demasiado viejo para estar sujetando su mano.

–Por dios – dice ella – debe tener una imagen mía patética. Como una chiquilla correteando por el prado persiguiendo conejos.

–Ésa es la imagen que siempre he tenido de ti.

Ella sonrío y me golpea con fuerza en el brazo.

–Al menos soy patética, tú eras un idiota. – Dice ella. – Siempre usabas esas enormes y estúpidas gafas de sol, aunque estuviera nublado. Te sentías tan misterioso, tan profundo.

No puedo evitar reírme al pensar en ello. Pareciera que hay toda una eternidad entre ese momento y ahora.

Alicia vuelve a tomar mi mano y siento que nada malo podría pasar. Me siento lleno y tranquilo, a pesar de todo.

Claro que esa calma termina cuando recogemos a Rodrigo, mi compañero, en su casa; quien parece aún molesto de mi relación con Alicia. No puedo

culparlo, nadie aprueba lo que estamos haciendo. Además no han sido los mejores días para Rodrigo. En su cara se ve la cicatriz fresca que le hizo Rondón cuando lo estrelló contra esa jaula de perros. Así que suelto la mano de Alicia e intento comportarme lo más profesional que puedo para que el momento transcurra sin tanta tensión.

–¿Quién va a estar ahí? – pregunta Alicia.

–¿Conocidos? Sólo nosotros y mi familia.

Parqueo el auto cruzando la calle frente al Delicatezza. No hay mucho movimiento afuera, pocos transeúntes cruzan por la acera, por lo que es más evidente ver a mi familia esperar por nosotros al otro lado de la calle.

Mi padre tiene un traje gris, camisa blanca. Está hablando con varios clientes que han reservado mesa para esta ocasión. Mi madre charla con mi hermano Antonio, y al ver que ambos tienen sus ojos puestos en nuestra dirección se hace evidente cuál es el tema de conversación.

–Dios – dice Alicia – no puedo creer que esté así de nerviosa.

–No hay nada de qué preocuparse – paso mi brazo sobre su hombro y la beso en la cabeza.

Rodrigo se baja del auto y se queda detrás de nosotros observándonos. Me volteo, dejo a Alicia a un lado, y me le acerco.

–¿Está todo bien? – pregunto.

–Eso creo – dice él – esperemos que la noche concurra civilizadamente.

–Así será.

Rodrigo se queda mirando sobre mi hombro por varios segundos. Creo que sólo quiere ignorarme hasta que veo su expresión de inquietud.

–Manuel – dice señalándome con la mirada el tráfico al fondo.

Giro y veo unos cuantos vehículos aproximarse y una motocicleta con dos pasajeros. Siento la misma inquietud que Rodrigo. Tomo a Alicia por el brazo y le digo que suba al auto de inmediato.

–¿Qué pasa? – pregunta ella.

Doy varios pasos hacia la carretera y noto que uno de los tipos en la motocicleta está extendiendo algo con su mano. Y lo veo. Es un revólver.

Salgo corriendo y le grito a mi padre.

–¡Papá!

Él se voltea a verme y antes de que el sicario en la motocicleta hale el gatillo, yo he sacado mi arma y apuntado hacia la motocicleta. Disparo y la

bala penetra la cara del conductor. La moto pierde el control y el sicario con el arma sale volando y se estrella contra el parabrisas de un carro.

La gente empieza a gritar y a salir corriendo tras el trueno del disparo. Los autos frenan al unísono y se escucha la bulla de los transeúntes y los otros conductores.

El de la moto queda tirado en plena calle contorsionado, con un agujero en la cara. Y toda el área se despeja, como si todo el mundo esperara que empezara una balacera frente al restaurante.

Corro a mitad de la carretera y levanto al tipo que intentó dispararle a mi padre. Está en el suelo, frente al auto contra el que se estrelló. El vidrio está hecho añicos y el conductor permanece dentro del carro. Reviso al sicario y veo que hay sangre cayendo por su nuca, y apenas y puede ponerse de pie. Un millar de personas asegura que va a llamar a la policía.

Agarro al tipo del brazo, y lo arrastro por el pavimento. Rodrigo aparece y me ayuda a cargarlo hasta el carro. Lo metemos en la parte trasera, Rodrigo toma asiento y vigila al sicario. Yo me siento al volante y enciendo el motor.

Alicia no es capaz de decir nada.

–Maldita sea, Manuel – dice Rodrigo – Le disparó a ese tipo frente a toda esa gente.

–¡Iban a matar a mi padre! – Digo a gritos.

–¿Quién es? – pregunta Alicia, refiriéndose al sicario.

–No sé.

El tipo parece medio muerto, por eso no le pregunto nada. Tampoco quiero hacer esto frente Alicia.

Conduzco por lo que parece una hora. Hemos dejado la ciudad atrás y me adentro en una calle de tierra, entre las montañas.

–¿A dónde vamos? – pregunta Alicia. Escucho que su voz está entrecortada. Y me doy cuenta que nunca me había visto disparar un arma, mucho menos matar a una persona.

–Todo va a salir bien, no te preocupes. Yo me encargo.

Detengo el auto cerca a unos matorrales. La oscuridad es casi absoluta, por lo que dejo las luces del carro encendidas.

–Quédate aquí – le ordeno a Alicia – no salgas por nada del mundo ¿me entiendes?

Ella asiente.

Rodrigo saca al tipo del carro y los tres nos adentramos al bosque, entre los árboles y los arbustos espesos. El tipo cae de rodillas y luego de bruce. Rodrigo lo pateo y le exige que se levante. Él tipo no se mueve.

–¡Arriba! – grita Rodrigo.

El sicario se incorpora, queda de rodillas y se toca la nuca, palpando la sangre que le sale de la parte trasera de la cabeza.

–¿Quién lo envió? – Pregunto – ¿Quién dio la orden de asesinar a Ismael Santamaría?

No dice nada. Solo niega con la cabeza y sigue palpándose la herida abierta.

Saco el arma y se la coloco en la sien.

–¡¿Quién?! ¿Quién dio la orden? ¿Quién la dio?

Parece que el tipo está gimoteando. Levanta el rostro y nos damos cuenta que no debe tener más de veinte años.

–No me mate, por favor – dice a susurros, con voz aguada – por favor... mi madre...

–¿Quién dio la maldita orden?

Sigue hablando de su madre. Me desespero y lo golpeo lo más fuerte que puedo en la cara. Cae de lado y esconde su cara tras sus manos. Rodrigo lo agarra y le obliga a colocarse de rodillas de nuevo. Se pone a llorar y a negar con la cabeza una y otra vez.

–Denos un nombre – le ordeno.

–Por favor – dice él – por favor, no...

Presiono la boquilla del arma contra su cabeza y lo siento temblar.

–¿Quién lo mandó? – insiste Rodrigo.

–Casillas – dice finalmente.

–¿Santiago Casillas?

Él asiente y luego agrega:

–El costeño, Rondón. Y el señor Casillas.

Respiro despacio y miro en dirección hacia mi auto, donde está Alicia. Rodrigo está mirándome a la cara.

Esto es una mierda. Mierda.

Disparo y el cuerpo del chico cae al pasto. El llanto ha cesado. Se escuchan varios pájaros aletear lejos de aquí y de repente sólo puedo escuchar mi propia respiración agitada.

–Santiago Casillas – repite Rodrigo

Vuelvo a ver hacia mi auto.

–¿Qué vamos a hacer? – pregunta él.

No tengo idea. No tengo la más mínima idea.

–Nada. – Le digo.

–¿Nada? Tenemos a la hija del tipo que intentó matar al señor Santamaría, su padre, Manuel. – dice señalando el auto.

–¿Y qué, Rodrigo? Ella no tiene nada que ver con todo esto.

–Tenemos que decirle a Santamaría.

–Vamos.

Regresamos al auto. Intento ignorar el rostro de Alicia. Ella habrá escuchado el disparo. No es una idiota. Esta aterrada, pero no dice nada. Permanece sentada mirando por las ventanas como si esto se tratara de un paseo familiar.

Tomo ruta de vuelta a la ciudad. La calle está algo congestionada por la hora, pero logramos llegar rápido.

Detengo el auto en una calle cualquiera donde los transeúntes se aglomeran a tomar el bus, y volteo a ver Rodrigo.

–Vaya a la casa de mi padre. – Le ordeno – Dígale lo que ocurrió. Todo.

–¿Qué va a hacer usted?

–Dígale a mi padre que saldré de la ciudad mientras todo se calma. Salga.

–¿Qué? No puede hacer esto, Manuel. No puede llevársela. Santiago va a enloquecer. Santamaría va a enloquecer...

–¡Salga del carro, Rodrigo!

Él lo hace y cierra la puerta con violencia. Vuelvo a acelerar. Y retomo la ruta para salir de la ciudad. Ni loco voy a ir a mi apartamento. Alicia se soba la cabeza e intentar calmarse.

–¿Qué fue lo que pasó, Manuel? ¿Quién era ese tipo de la moto? ¿Quién intentó asesinar a tu padre?

No soy capaz de decírselo, pero ella ya lo sabe. Se tapa la boca y parece contener el llanto.

–Mierda – dice – no, no, no. No mi padre.

Mi silencio lo confirma.

–Tengo que ir a verlo. – dice ella.

Al escucharla freno. La miro a los ojos y le digo:

–Si vas donde tu padre esto se acaba. Nunca más nos volveremos a ver, Alicia. ¿Entiendes? No va a ocurrir.

–¿Qué? Pero...

–Ahora estamos en guerra. Mi padre no va a perdonar lo que Santiago ha hecho. Esto es grave.

Alicia cierra los ojos.

–Puedes ir donde tu padre, o puedes venir conmigo. Saldremos de la ciudad. Nos iremos lejos de aquí.

–¿Y luego qué? – pregunta ansiosa.

–Esperaremos.

–Tu padre va a matar al mío, Manuel... No puedo...

–No nos podemos quedar. Tenemos que mantenernos juntos, Alicia. Tú y yo. – la tomo de las manos. Está helada.

–Mi papá – sus ojos se humedecen – Manuel, mi papá...

–Tu padre puede defenderse. Y mi padre no es un matón enfermizo. No va a contraatacar con tal fuerza.

Ella me abraza y nos quedamos así por varios minutos.

–Vámonos – dice.

La miro y ella me sonrío.

–Muy bien. – La beso – Estaremos juntos en esto. Pase lo que pase.

Enciendo el motor y acelero de nuevo. El camino es oscuro y está casi vacío. No tenemos idea qué es lo que nos espera. Pero por lo menos ella está conmigo. Me sujeta la mano y mira por la ventana.

Di la orden de matar a Ismael Santamaría. Dos sicarios y unos billetes, eso es todo lo que se requiere para mandar matar a alguien. Y la verdad no sé qué mierdas sentir. Tal vez lo sepa cuando vea el cadáver de Santamaría. Claro, si es que me invitan al funeral.

Pido otra copa de ron con hielo. El galeón sigue a mi alrededor, oliendo a viejo gordo y borracho en busca de niña. Es el jodido olor que resume a la perfección esta ciudad.

Esperando por la noticia de Santamaría me he tomado cinco copas y ya me pesa, nublado, el pensamiento. A mi mente vienen toda clase de imágenes de Santamaría. No se puede evadir la nostalgia ni por la muerte del enemigo.

—¿Por qué esa mirada, Santiago? — pregunta Rondón quien parece materializarse de la nada a cada momento. — No se preocupe tanto. Santamaría ya debe estar tirado en la calle con media cabeza hecha pedazos.

—Eso espero. No hay ningún momento de mi vida en el que pueda pensar donde *no* esté Santamaría. Siempre estuvo allí. Metido en mi familia. — Las palabras me salen algo resbaladas por la bebida — El infeliz se creía el hijo mayor de mi papá. Cambiaba sólo para parecerse más a él. Se vestía diferente, se paraba diferente... con un demonio, bebía diferente. Hasta se cambió el nombre. Si sabe que Santamaría no es su verdadero apellido, es Rojas. ¿Pero a quién le interesa un matón llamado Rojas? Santamaría suena más imponente. El tipo es un farsante.

—Bueno, Rojas o Santamaría, va a sangrar igual.

—Solía llevarme a la escuela.

—¿Qué?

—Ismael solía llevarme a la escuela. Es el primer guardaespaldas que

recuerdo haber tenido. – Todavía lo puedo ver al volante, llamándome “señor Santiago” aunque yo tenía apenas doce años – Me dejaba cargar el arma y todo.

–No me diga que ahora lo va a extrañar.

–Sólo digo que va a ser extraño.

–En ese caso, levante el vaso, Santiago. Por Ismael – dice el costeño golpeando su copa contra la mía – que en paz descanse.

No hay nada por lo qué brindar. Al rato escuchamos la noticia del fracaso en el atentado. Santamaría sigue vivo. Por supuesto, el tipo ha evitado balas toda su vida.

–Su hijo mató a los *monos* – dice el hombre de Rondón refiriéndose a los sicarios – le pegó un balazo en la cara al conductor y lo dejó en la mitad de la calle. Al otro se lo llevó, asumo que para sacarle toda la información que pueda.

Ni siquiera enfrento al tipo mientras da la noticia. Mi vaso de ron está medio vacío.

–¿Quiénes eran esos sicarios? – Pregunto – niños de barrio sureño, me imagino. Rastreros que no tenían ni idea quién diablos era Ismael Santamaría. ¿No es así, Rondón? Eso es lo que usted contrata para lidiar con estos asuntos.

–Los chicos siempre habían hecho el trabajo.

–Santamaría era la mano derecha de Ramón Casillas, de mi papá. No es cualquier trabajo. Eso lo ha entendido mal.

Rondón empieza a hablar más rápido de lo normal, con su acento caribe exacerbado al máximo. Pide otra copa y se la bebe sin siquiera mirarla.

Mientras el costeño sigue maldiciendo con sus palabras de mar, mi tío Alberto me toma del hombro con sutileza.

–Santiago, tengo que hablar contigo. Es urgente.

Todo el mundo está en este puteadero.

–Sí, tío – le digo con la copa en la boca – lo confieso, mandé matar a Santamaría. *Mea culpa*. Pero ahí sigue vivo. Mala hierba nunca muere.

–Santiago, esto es serio.

–Siempre me emborracho para discutir temas serios, tío, así he llegado tan lejos.

–Es sobre Alicia.

Ahí tiene mi atención. Me giro y lo veo a los ojos.

–Es mejor que hablemos en privado – dice.

–¿Qué le pasa a Alicia?



–Vamos a la oficina, Santiago, es mej...

–¿Qué es lo que ocurre con mi hija?!

Mi tío titubea un instante antes de hablar. Mira de reojo al costeño quien nos mira desde una distancia prudente junto a sus hombres.

–He estado vigilando a Alicia desde que ocurrió el incidente del intruso – asegura mi tío – bueno, uno de mis hombres ha estado pendiente de lo que ella hace... como protección.

–¿Qué? ¿Qué mierdas, tío?

–No ha estado viviendo con Rita, Santiago. Vive con su novio.

–¿Alicia tiene novio? Nunca me contó nada.

–Es bastante complicado... el chico... el chico no es alguien normal.

No sé si el trago me ha hecho mucho más estúpido, pero no entiendo de qué habla.

–¿Qué es lo que pasa, tío? Sólo dígallo.

–Es Manuel Santamaría. El novio de Alicia. Aparentemente han estado en una relación por varios meses.

El pecho se me comprime al oír ese nombre.

–Se cómo suena esto, Santiago – dice intentando colocar su mano en mi brazo – pero el chico la trata bien, con respeto, por todo lo que sé.

Mi hija está saliendo con el hijo de Ismael Santamaría. Intento pensar con claridad pero las ideas se me van.

–¿Dónde está Alicia? – Pregunto – ¿Dónde?!

–Ella está bien, lo aseguro.

–¿Dónde está?

–Rita se contactó conmigo. Alicia la ha llamado para contarle que salía de la ciudad, va a estar fuera unos días.

Creo que voy a vomitar.

–¿De qué...? – No puedo hablar – ¿fuera de la ciudad?

–Se ha ido con Manuel Santamaría.

Maldita sea.

Me empujo a mi tío a un lado mientras palpo mi cinturón para cerciorarme que mi arma está ahí.

–¿Qué es lo que vas a hacer? – Pregunta como si mi cara no lo dijera todo.

–¡Mi hija no está, tío! Intenté matar a Santamaría hace un par de horas ¿entiende eso? Y mi hija está con su hijo.

–No le va a ocurrir nada.

Desenfundo el arma y la levanto para que todo el mundo la vea. No quiero

nadie en mi camino.

Sigo avanzando por el galeón. Los viejos van abriendo el paso al unísono, dejándome la puerta abierta hacia la ciudad.

Subo a mi auto y le pido a Lozada, el conductor, que me lleve a la residencia de Santamaría. Ahora.

Las luces por el camino se alargan y entrelazan entre sí y parecen alucinaciones que me perforan la cabeza. No puedo soltar el arma y tengo el sabor a ron entre los dientes y subiéndome por la garganta. El auto se detiene y abro la puerta. Me toma un segundo para reconocer la casa de Ismael. No he estado allí en años.

Es una vieja edificación con un balcón, color rosa o algo así, que se pierde entre la oscuridad de la noche. No hay postes cerca, sólo el prado bajo mis pies y una luz encendida que sale por una de las ventanas.

La mano con la que sujeto el arma suda en abundancia y aunque tengo el corazón a mil no voy a alejarme de aquí.

–¡Ismael! – Grito hacia la nada – ¡Ismael!

De entre las sombras surge una figura en traje, pero se trata de Don, la mano derecha de Santamaría.

–Señor Casillas – dice él – quédese donde está.

Me está apuntando con un arma, el muy hijo de perra. Levanto mi arma también, dispuesto a dispararle. Y ahí es cuando aparece Ismael, aún en traje, sin chaqueta, luciendo trasnochado y enervado.

–Regrese dentro, señor – le dice Don.

Ismael lo ignora y cruza junto a él para enfrentarme. Noto que no tiene miedo alguno.

–¿Qué es lo que está haciendo, Santiago? – Me pregunta – ¿Quiere que nos demos a tiros a mitad de la noche? ¡¿Ah?! ¡Usted es la peor desgracia que ha ocurrido jamás!

–¿Dónde está mi hija, Ismael?

–Mandó a dos idiotas a matarme y tiene el cinismo de venir a mi casa, borracho, a... ¿a qué? ¿amenazarme? Le podría quitar esa maldita arma de la mano y clavarle un tiro entre los ojos. Con su propia pistola, Santiago.

–Si no me devuelve a mi hija ahora voy a matar a su hijo. Voy a desmembrar a ese niño y tirar los pedazos en las lomas.

–Yo no tengo a su hija, Santiago. Manuel se la llevó para protegerla de

esto... de lo que usted está haciendo.

–¿Cree que soy un imbécil?

–Sí.

–¡Quiero a mi hija ahora!

Ismael gira y le dice a Don que regrese a la casa.

–Pero, señor...

–Ahora Don – insiste Ismael – permanezca con Amanda.

Don se aleja inseguro, mientras que Ismael se aproxima a paso rápido. Apunto a su cabeza y justo cuando halo el gatillo él golpea mi brazo y la bala sale despedida hacia el cielo. Pa' las nubes. Con la otra mano me da un puñetazo en la nariz que me manda de espaldas al prado. Al caer me cubro el rostro y cuando Ismael pretende lanzárame encima de nuevo, me tiro hacia su torso y lo empujo al suelo. Lo golpeo en la mandíbula con mi puño que resuena de dolor tras el golpe, por lo que sé que ha lastimado a Ismael bastante. Pero el tipo no se mantiene tirado y me regresa el golpe de inmediato, me ataca en el estómago y me hace perder el aliento. Veo las luces a lo lejos dispersarse por mi campo de visión y siento cómo arremete contra mi rostro una vez más. Ismael está sobre mí, toma mi arma y la coloca en mi boca, tan profundo como le es posible. Acerca su cara demasiado a la mía, veo sangre recorriendo su mejilla y sus enormes ojos ocultándose por completo.

–No tiene idea lo que ha hecho – suspira sobre mí, mientras acomoda el arma entre mis dientes.

No puedo moverme, no puedo siquiera pensar.

–¿Sabe cuánta gente quiere matarlo, Santiago? – Pregunta – todo el jodido mundo me ha sugerido sacarlo del camino, pegarle un tiro y arreglarlo todo. Y yo siempre ¡siempre lo he defendido! He dicho que no mataría al hijo de Ramón. Y usted... ¡usted! ¡No puedo mantenerse al margen! Usted tuvo que ser un idiota como siempre. Un maldito imbécil que no piensa en lo que hace.

Su rabia me cae sobre la cara. El dolor en la mandíbula comienza a hacerse insoportable. Creo que Ismael va a halar del gatillo.

–Tiene que morir, Santiago. Usted es un estorbo.

Entonces veo luces, azules y rojas, reflejándose en su rostro seguido por el sonido de la sirena de la patrulla que se acerca. El auto se detiene y de él sale un policía empuñando su arma.

–¡Deje el arma a un lado y coloque las manos detrás de la cabeza! – grita el oficial pero Ismael no levanta la mirada. Sigue tragándome con esos ojos. Dedo en gatillo – ¡Ahora!

Escucho la voz de mi tío Alberto, quien también ha salido del auto policiaco.

–Por favor, Ismael – dice – no lo haga. Deje el arma y regrese a su casa, déjelo así.

Ismael levanta la mirada y observa a mi tío caminar hacia nosotros con precaución.

–¿Usted está en esto, Alberto? – Pregunta Ismael – ¿Sabía que su sobrino dio la orden de matarme?

–Usted sabe que no, Ismael. Nunca haría parte de esto.

–Tiene que morir, Alberto. Es él o yo. A esto hemos llegado.

–Si dispara, Ismael, el oficial aquí junto a mí lo va a hacer también y usted morirá a unos metros de su casa, con su esposa esperándolo dentro.

Hay un largo silencio, Ismael suelta un suspiro y saca el arma de mi boca. Arroja la pistola lejos entre la oscuridad y queda de rodillas a mi lado, mirando al suelo, recuperando el aire.

El oficial me ayuda a reincorporarme y me lleva a la patrulla.

–Sólo quiero salir – dice Ismael – quiero dejar esto atrás. Pero él... maldita sea... me arrastra de nuevo.

Mi tío retoma su camino regreso a la patrulla.

–Nunca va a poder salir, Ismael – asegura – todo esto es quién es usted. Ha vivido de esta manera desde que era un niño. Desde antes que Ramón lo sacara de las colinas. Siempre será parte de lo que hemos hecho. Siempre.

Sube al auto y cierra la puerta.

Recuesto mi cabeza contra el vidrio desde donde veo a Ismael tirado de rodillas en su prado, con la mirada en el piso.

Llevamos más de seis meses intentando quedar embarazados con Raúl. Por supuesto que no ocurre, nada ha resultado fácil para nosotros. No quiero saber la razón; o bien Raúl es estéril o yo lo soy. Quizá ambos. El punto es que es mejor no saber quién está defectuoso.

Intento distraerme en el trabajo pero resulta demasiado estresante lidiar con cantidades absurdas de dinero que nunca vemos pero que sentimos fluir por todo el sistema.

Me encuentro en la cafetería con Sara a la hora del almuerzo. Han colocado en las paredes panfletos contra los actos de violencia que continúan incrementando cada día. Están las damas del cielo; Lina Aguirre y Marta González. Ambas brutalmente asesinadas este año. Niños desaparecidos, tipos colgando de edificios. Dios sabe qué más. El infierno no puede ser muy diferente a esta ciudad, a este país.

–Leí un artículo que dice que encontraron a un hombre torturado y pegado a una pared en la cabaña de esa familia, los Casillas. – Comento mientras coloco algo de azúcar al café – Es increíble que esa gente pueda hacer lo que se les venga en gana. Se habla mucho de ellos pero nadie los encierra.

–No puede ser tan fácil – dice Sara entre diente.

La miro un instante esperando que me mire a mí.

–¿Qué? – Le pregunto – ¿Te ha dicho algo tu novio?

–Agustín no es mi novio – se ríe – llevamos solo unas semanas viéndonos.

–Unas semanas ya es un buen lapso de tiempo. Ya se conocen un poco más a fondo, quizás te habla de sus casos. ¿Te contó del tipo clavado en la pared? ¿Trabajó él en ese caso?

–Por favor, Raquel. Intentamos hablar de cosas personales pero no quiero que me cuente sobre el tipo torturado en una cabaña mientras se suponemos

que estamos teniendo una cena “romántica”.

–Es un policía en esta ciudad de mafiosos y carteles ¿qué crees que ve Agustín en el trabajo?

Sara niega con la cabeza.

–En fin – le digo limpiando el aire – me alegra que vayan bien. Eduardo me contó que él es un buen chico.

–Lo es.

–¿Pero...?

–Pero nada.

–Por supuesto.

–Es sólo... que a veces... No sé. Creo que se guarda muchas cosas. Es obvio que nunca antes ha estado en una relación seria.

–Pobre. ¿Así de mal está?

–No. No está mal. Sólo que a veces no dice nada por mucho tiempo. Bueno, eso ocurría al comienzo. Se quedaba cayado y era yo la que tenía que avivar la conversación.

–Suena a que han tenido toda una aventura.

–No todo en una relación es sobre... no sé... pasión desenfrenada. – Asegura Sara elevando su voz – Me gusta Agustín. Siento que puedo confiar en él.

Me asombra que lo haya dicho. Puedo ver que lo dice de verdad.

–Vaya. Qué bueno, Sara. En serio. Es difícil poder encontrar a alguien así.

–Lo sé – asiente varias veces y sonríe.

Toda esta semana ha sido horrible. El terreno donde se encontró el cadáver del senador Duarte se desvaluó debido a dicho crimen, lo que ha convertido mi trabajo en... bueno, mierda, más que nada.

Hoy tengo que reunirme con uno de los clientes a las ocho de la noche porque él es un tipo muy ocupado y sólo tiene ese intervalo para mí. Su oficina es en el centro internacional pero en el lado malo, es decir, junto a los barrios marginados, a unas cuadras de la Caldera.

Me veo con el cliente a la hora indicada y discutimos brevemente sobre los acontecimientos en sus finanzas. Sobra decir que no está satisfecho y que no tiene problema en sobre expresar sus intranquilidades.

Abandono el edificio a las nueve de la noche y me encuentro en una de esas calles trágicas de la ciudad, con fogatas callejeras rodeadas de vagabundos y

adictos, rodeados de basura y de todos nosotros. Paso de largo intentando llegar a la estación del bus o algún lugar que tenga otra cara de civilización.

Mientras me alejo de la multitud no tan agradable, una figura surge de un callejón. Es un viejo con una chaqueta negra de gran talla cubriéndolo, tiene un gorro descolorido y una voz ronca que me pone nerviosa de inmediato.

–¿Tiene algo de cambio, señorita? – dice su turbia voz.

El miedo me invade por lo que evito mirar al viejo a la cara. Saco una moneda rápido y se la entrego intentando no tocar su mano.

–Algo más no sería malo, señorita – insiste – con esto no se puede comprar ni un pan.

–No tengo más.

Me aparto acelerando el paso y cierro mi abrigo lo más que puedo para cubrir el escalofrío. El viejo, entonces, me agarra el brazo y creo perder el equilibrio. Me agarra con violencia y me arroja contra la pared, sobre basura y periódicos viejos. Suelto un grito, pero no logro decir nada más. No sé qué es lo que ocurre. El viejo coloca su otra mano contra mi hombro y me empuja contra la pared. Por fin puedo gritar una palabra. Pido ayuda. Creo. No lo sé.

–¡Dios! ¡Por favor!

Su aliento se adentra en mi boca. Es caliente y grotesco. No quiero perder el control ni desvanecer ante el pánico, pero no puedo defenderme, hacer algo.

–Una moneda – susurra su agría voz – que maldita perra.

Las lágrimas se me suben a la cabeza e intentan salirme por los ojos. Siento que me ha herido en el vientre y no puedo volver a gritar. Me doy cuenta que tiene un cuchillo en la mano y que me lo ha enterrado. Me está apuñalando.

Ya no siento el frío de la noche, ni escucho el ruido del tránsito que nunca descansa en el centro. Me vuelve a apuñalar antes de siquiera poder sentir mi sangre brotar de la primera herida.

Su rostro está tan cerca al mío. Tan cerca. Todo se opaca.

Llego al hospital un poco después de las cuatro de la mañana. Se ve un poco de caos en los pasillos; gente acostada en camillas con vendajes improvisados y gasas con sangre acumuladas a un lado. Es la sala de emergencias más cercana al foso de la ciudad. Las víctimas de la Caldera terminan aquí, con heridas de bala y ausencia de miembros.

Raúl me llamó hace menos de una hora. Cuando escuché su voz supe que algo andaba mal, muy mal. Nunca me ha llamado a tales horas. Con su voz entrecortada me ha dicho que Raquel no se encuentra bien.

—¿Qué le pasa?

—Estamos en el hospital — me dijo mi hermano algo desesperado por teléfono — Dios... no he podido verla. Pero... intentan darme ánimos. Como si yo necesitara algo... es Raquel.

—Por favor, Raúl, dime que pasó.

—Un tipo ha atacado a Raquel — sucumbió finalmente entre llanto — a mi esposa, Eduardo. La han apuñalado varias veces.

Siento que algo se me destruye por dentro. Mi boca queda sellada y el llanto de mi hermano se hace cada vez más audible y claro en mi cabeza. Le digo que voy en camino y cuelgo el teléfono.

La recepcionista está ocupada atendiendo a un par de padres desconsolados que preguntan por el estado de su hijo. Intento que alguien me dé información sobre Raquel, pero no obtengo ningún resultado. Sigo caminando y en la sala de espera veo de pie a mi compañero, Díaz, acompañado por una mujer de cabello castaño, corto. No entiendo que está haciendo él aquí.

Díaz me mira por un segundo y veo en su rostro aflicción por mí. Sabe lo



que le ha ocurrido a mi cuñada.

–¿Díaz?

–Rivera, ella es Sara – dice colocando su mano sobre el hombro de la chica junto a él.

Sara. La amiga de Raquel, por supuesto.

–Oh, usted es el hermano de Raúl – dice ella acercándoseme al instante, me sujeta el brazo – Vinimos tan pronto nos enteramos.

–¿Cómo se han enterado?

–Raúl me llamó a las 11 de la noche. Me dijo que Raquel no había regresado a casa y que nadie sabía nada en la oficina. Le dije que por favor me mantuviera informada si se sabía algo.

Asiento intentando encontrar a mi hermano con la mirada.

–Luego me llamó para contarme lo que había ocurrido. – Su voz se hace un poco débil con la última palabra. – Es terrible, no puedo creerlo.

Díaz toma a Sara entre sus brazos y la calma diciéndole que todo va a salir bien. Quisiera creerle.

Veo a mi hermano surgir de una puerta acompañado por una enfermera quién parece intenta explicarle cómo está evolucionando el estado de su mujer.

Me acerco cuando la enfermera se va. Raúl está mirando al suelo. Su pecho crece ante cada respiro que toma. Cuando me ve no es capaz de decir nada, sólo se echa a llorar y coloca su cara sobre mi hombro. Lo abrazo tan fuerte como puedo. No creo que nunca lo haya abrazado así. Intento no llorar con él. Me doy cuenta que ha estado conteniéndose durante horas, intentando controlar lo que ocurre y ser eficiente. Pero al verme no ha podido más. Lo único que nos queda es esperar.

Raúl empapa mi camisa. No es capaz de despegar su rostro de mi hombro y revelar su expresión de derrota. Jamás he visto a mi hermano llorar así. Nunca lo he visto tan indefenso. Siempre ha sido el fuerte, desde que éramos niños. Él no cerró los ojos cuando mi padre disparó a ese lobo. Fue él quien se aventuró a los arbustos para inspeccionar el cadáver del animal mientras yo permanecía inmóvil sobre el fango, aun temblando ante el trueno del disparo.

Le pregunto qué se sabe de Raquel. Él se recompone y toma asiento en una esquina, apartándose de todo el mundo.

–Dicen que está fuera de peligro. – Son buenas noticias, pero su voz sale desesperanzadora – Las heridas no fueron tan graves. Dicen que no parece que ningún órgano haya sido...

–Entiendo.

Reposa su cabeza sobre las manos, mirada en el suelo.

–Entonces ¿estará bien? – pregunta Sara quien se ha acercado despacio.

–Eso me han dicho – asegura Raúl sin levantar el rostro.

–Gracias a Dios.

Díaz se va a conseguir café para todos, los demás seguimos sentados en esa deprimente sala de espera, sin saber qué más decir. Volteo a ver a Sara, quien se está secando las lágrimas que se le escaparon. Se ve joven, inteligente, dispuesta. No puedo creer que sea la misma mujer con la que Raquel quería que yo saliera. A su lado debo verme como un viejo demacrado con poco futuro y una gran carga de pasado. Me reconforta saber que decliné la invitación y haber forzado a Díaz a salir con ella.

Sara se da cuenta que la observo y me regresa la mirada. Me sonrío, con sus ojos enlagunados y nariz enrojecida.

–Ella va a estar bien – dice, aunque no sé con qué propósito.

–Lo estará – le respondo.

Díaz regresa con el café. Es bueno. Me lo bebo en pocos segundos. Hay poca conversación. Díaz y Sara se levantan y dicen que van a marcharse. Se alegran que Raquel esté bien y dicen que volverán tan pronto permitan las visitas.

Raúl se despide con pocas palabras.

–Gracias por venir, de verdad.

Cuando nos quedamos solos, Raúl toma bocanadas de aire y veo cómo su cabeza se pone a procesar con desespero.

–Ella está bien, Raúl.

–Lo sé, lo sé. Dios... es sólo que...

Vuelve a debilitarse y veo lágrimas asomarse de nuevo.

–Apuñalaron a mi esposa, Eduardo. Yo... yo... Dios... ¿cómo pudo ocurrir eso? ¿Cómo permití que pasara?

–Por favor, hermano. No te hagas esto. Lo importante es lo que viene. La recuperación. Pueden superar esto.

Él asiente. Se soba la cabeza. Gira su rostro y me mira.

–Alguien ahí afuera está caminando sin importarle una mierda lo que le ha hecho a mi mujer. Ese tipo... esa rata... atacó a Raquel y está libre, Eduardo.

No parpadea en absoluto.

–Pudo haberla matado – su voz se hace más dura – le enterró un cuchillo y

la dejó tirada en esa calle.

–Va a ver una investigación al respecto. No voy a dejar que las cosas se queden así. Te lo aseguro.

–No sé qué hacer – se limpia la cara – quiero buscarlo, preguntarle por qué demonios lo hizo. Y luego cortarle la garganta. Pero... Dios... tengo miedo de ver su rostro, de verle la cara al tipo que le hizo esto a mi esposa. Una vez que la vea, nunca la voy a olvidar, Eduardo.

–No tienes por qué... déjame esto a mí. A la policía, Raúl.

–¿Qué pueden hacer, hermano? ¿Meterlo un par de años en la cárcel? Las prisiones están congestionadas. Y este tipo es un rastrero que no le importa a nadie. Sólo a mí.

El sol todavía no ha salido pero las luces del amanecer comienzan a hacerse presente. El frío a esta hora es casi insoportable, por lo que cierro mi abrigo hasta mi mentón. Don me informa con la mirada que un auto se acerca.

Estamos en la zona industrial, donde el movimiento matutino es caótico y nos permite mezclarnos.

El vehículo se detiene a unos metros y de él surge Humberto Lagos, también conocido como “Gitano”. Alto, cabello oscuro, una cola de caballo, hombros anchos, incluso una cicatriz desagradable en su mejilla izquierda que luce más como una mancha. Se trata de uno de los jefes de los húsares, quienes dominan todo el crimen organizado en la Caldera, el centro de la ciudad y de varias zonas en el sur debido a sus contactos con las pandillas de barrio. El tipo es una aparición, una manifestación del pasado salvaje de este país. Fue un miembro de la guerrilla AIL, acusado de secuestro, desaparición forzosa, asesinatos, de todo. Estuvo en prisión y fue liberado poco después del proceso de paz entre el estado y la guerrilla hace veinte años. Ya lo había visto antes, pero ésta era la primera vez que iba a dirigirme a él.

Se acerca mirando alrededor, contenedores abandonados, electrodomésticos viejos y oxidados sobre el prado a lo lejos, el ruido de la industria ronroneando sin parar.

–No sabía qué pensar cuando me contaron que Ismael Santamaría quería tener una conversación conmigo – dice Lagos mientras da sus últimos pasos – No se me pudo ocurrir nada de lo que esta reunión pueda tratarse.

–De una oportunidad – le aseguro.

–Una oportunidad, ah – sonrío con ironía.

El tipo mira a su hombre que permanece recostado en el auto tras él. No se

mueve en absoluto.

–Tiene que ser toda una oportunidad para hacerme levantar a esta jodida hora, Santamaría.

–Es un placer verlo, Lagos – digo extendiendo mi mano, que él estrecha en tanto inspecciona mi rostro.

–Quisiera decir lo mismo, pero a esta hora sólo quiero ver a la mujer que esté durmiendo en mi cama.

–Quiero empezar un negocio.

–¿Un negocio? Escuché que se había retirado. Que la muerte de Ramón Casillas lo había dejado tan jodido que no podía ni coger una puta arma para matar al que asesinó a su mentor.

–Rumores. No me he retirado. Tengo bastante trabajo que hacer y molestias de las que librarme.

–Dígame de qué está hablando y deje a un lado las estupideces. No tengo tiempo para teatro.

–Ustedes tienen un buen territorio en la Caldera, el mayor movimiento de droga y armas ilegales en la ciudad. Pero también una de las áreas más vigiladas por la policía y con mayor pérdida para los vendedores.

–¿Y eso por qué le importa a usted?

–Puedo ayudar a expandir su territorio. Los húsares pueden tener acceso a clubes sociales de estratos altos, clubes nocturnos con niños universitarios dispuestos a pagar más de lo que se imagina por algo de buena calidad.

–Prefiero permanecer como me encuentro, Santamaría.

–No es lo que he oído. Escuché que ha buscado reclutar más pandillas después de lo que pasó con los Cayetanos. Los costeños, Rondón para ser más exactos, mataron a todos sus vendedores en esa área. Le quitaron bastante mano de obra, Lagos. – Me acerco con un leve paso para poder tenerlo frente a frente – No le estoy ofreciendo un negocio de poca monta, estoy hablando de millones en constante movimiento. Le estoy ofreciendo mi territorio, lo que Ramón Casillas dejó tras su muerte.

–Ese territorio le pertenece a Santiago Casillas. Él vende en ese club... el Torreyana, clubes nocturnos, todo eso.

–Santiago no ha sido más que un estorbo desde que su padre murió. Asesinó valiosa mano de obra. Se ocupa en torturar a sus propios trabajadores. Ha atraído la atención de la policía. Estuvieron recientemente en la hacienda cuando encontraron el cuerpo de uno de sus trabajadores clavado a una pared. Y ahora trabaja en conjunto con el costeño, Rondón. Entre los dos

están apoderándose de esta ciudad. Matando a sus hombres, Lagos.

Él niega con la cabeza, da dos pasos atrás y levanta su mano como un escudo en su discurso.

–¿A dónde diablos quiere llegar? ¿Quiere que empiece una guerra con los costeños y los Casillas?

–Quiero que empecemos una guerra contra ellos. Usted y yo. Mis hombres y los suyos. Santiago no tiene la fuerza suficiente para detenernos. Los costeños no dejarán su costa y su empresa para meterse en una guerra en el centro del país.

Lagos me da la espalda, pero sigue escuchando lo que le digo.

–Tengo información sobre la próxima entrega de Rondón. Llegará en un camión a las dos de la mañana este miércoles. Pocos hombres armados. Una bodega a las afueras por el occidente de la ciudad. Con su apoyo, Lagos, les daremos un golpe que los dejará agarrándose el culo del miedo. Se quedarán sin mercancía, sin nada qué decir, y los mandaremos a su tierra caliente. Este territorio nos pertenece. Usted y yo hemos estado aquí desde siempre. Usted fue uno de los que creó las grandes ollas en la ciudad.

Lagos se voltea en silencio. Está meditándolo despacio. Intentando hacerse una idea de lo que significa todo lo que le digo.

–¿Cuántos costeños van a traer esa dichosa carga? – me pregunta.

–Generalmente son cinco. Otros ocho la reciben en la bodega. Santiago no se presenta a esas entregas. Odia salir a las tres de la mañana de su apreciada hacienda. No esperarán contratiempos, nunca los tienen. Son desprevenidos, confiados.

Lagos es un jodido soldado... peor, un guerrillero. Sabe que tiene hombres y armas para atacar a esos malditos costeños.

–¿Cómo le conviene a usted todo esto, Santamaría? ¿Compartir el territorio conmigo, con nosotros?

–Mi prioridad ahora es librarme de Santiago Casillas y de Aurelio Rondón. Usted es un tipo que piensa con cabeza fría, sabe hacer negocios, Lagos. Podemos hacer mucho cuando saquemos a esos dos del camino.

No responde, pero tampoco retoma su sonrisa irónica. Me mira con seriedad, con disposición.

Vuelvo a extenderle mi mano y una seguridad absoluta de que vamos a destrozarnos a Santiago y a Rondón.

Pude ver a Raquel por la mañana. Tenía los ojos entrecerrados, pero era visible su confusión, el terror que su cuerpo enterraba y el consuelo de sentir la mano de Raúl sujetando la suya. Intenté no decir nada. Sólo mostrarle que estaba allí para ellos.

Fue extraño verla en esa cama de hospital, palpándose las heridas en el abdomen y susurrándole cosas a Raúl. Me marché cuando cerró los ojos como si durmiera. Mi hermano no soltó su mano y así se quedaron cuando cerré la puerta al irme.

El lunes intenté hablar con el capitán Mayarí sobre el atacante, pero la comisaría estaba en caos por los acontecimientos del viernes. Al parecer, las mafias ciudadinas estaban en guerra.

–Intentaron matar a Ismael Santamaría frente a su nuevo restaurante. Hubo un tiroteo y uno de los sicarios quedó tirado a mitad de la calle – me comenta Martínez – había un montón de civiles alrededor, Rivera. Gritos por las calles. Recibimos cientos de llamadas. La histeria colectiva no pudo ser peor. Luego, al parecer, se escucharon más disparos en la Arboleda, el barrio donde vive Santamaría. Todo se manejó con discreción.

Me alegró no haber estado en la comisaría el viernes. Conozco esos días en que los teléfonos no dejan de sonar, con civiles desesperados al otro lado de la línea sin tener la menor idea de qué es lo que está ocurriendo.

Cuando por fin me encuentro con el capitán le pido por una conversación en privado. Acepta con balbuceos sin despegar sus ojos del papeleo que revisa con precaución.

–¿Qué ocurre, Rivera? Hable rápido que estoy ocupado.

–Es un poco personal, señor – le digo sin saber bien cómo explicar la situación – es mi cuñada, fue atacada el viernes por la noche...

–Oh, Dios – dice sujetándose la frente – sí, sí. Lo siento.

–¿Señor?

–Díaz me comentó. Lo olvidé. Lamento mucho lo que le ocurrió a su cuñada... Escuche Rivera – por fin me encuentro con sus ojos exhaustos – No quisiera más que darle el día libre para que lidie con este problema pero tengo un millar de ojos vigilándome y necesito respuestas en el caso de Marcos García.

–No quiero el día libre, señor. Quiero ser asignado en el caso del atacante de mi cuñada.

Suelta un respiro y deja sus notas a un lado.

–Sé que es un momento duro, Rivera, pero voy a ser claro: usted es un profesional, no mezcle su vida personal con la laboral, y menos con el tipo de trabajo que tiene. Déjelo así.

Abandono la oficina del capitán dándole las gracias por su tiempo y disculpándome por esa absurda petición. Raúl tiene razón. Ésta es tierra de lobos. La policía quiere cazar a hombres como Santamaría y García. Los demás sólo somos datos.

Díaz aparece con una taza de café que deja en mi escritorio. De todos mis colegas, que no hacen más que responder llamadas de emergencia y escuchar las tragedias diarias que nos llegan en abundancia, Díaz es el único que de verdad entiende por lo que estoy pasando. Él estuvo allí, en esa sala de espera a las cuatro de la mañana. Vio a mi hermano llorar. Escuchó las anécdotas personales que contó Sara sobre Raquel.

–Hoy la vi. Tenía buen rostro y se sentía bien.

–Me alegra oírlo – dice Díaz en voz baja.

–Es una mierda, Díaz.

–Lo sé.

–Raquel es la mejor persona que conozco. Es fuerte, una gran esposa, una gran mujer. Tolera a mi hermano, que es lo mejor que puedo pensar cualquier persona pueda hacer. Ha tenido un año horrible. Lo del bebé... y ahora esto.

–Siempre es con las mejores personas que ocurre.

–Odio ver a mi hermano así. Dios sabe que todo lo que ha hecho lo hizo por Raquel. La ama. Daría la vida por ella... y ese maldito hijo de puta, esos vagos callejeros. Esta mierda de ciudad. Todo esto me enferma, Díaz. Y no



podemos hacer nada. Nos sentamos en nuestros culos a escuchar llamadas de viejos. ¿Y qué mierdas están haciendo ellos? Emborrachándose con la miseria de salario que ganan mientras sus veinte hijos comen migajas. Odio a esta gente, este lugar. A los malditos vagabundos que sólo piden plata todo el jodido el día para meterse basura al cuerpo.

Díaz toma un poco de café sin ser capaz de responderme.

Resoplo como un toro enfadado e imito a Díaz; bebo el café pero apenas siento el sabor.

–Con todo este problema entre las mafias no hay quien se ocupe de ese tipo. Va a seguir por ahí, caminando en la ciudad, robando con el mismo puñal que usó para atacar a Raquel.

–Esa gente nunca dura – dice Díaz intentando calmarme – se matan entre ellos por una dosis. O se enferman y se mueren en alguna alcantarilla.

Levanto la mirada y asiento con la cabeza.

–Raquel lo recuerda. Recuerda al tipo. – Le digo a Díaz – Nos dijo que puede ver bien ese rostro, aunque fuera de noche cuando la atacó.

Ella había desviado la vista a la ventana y dijo que aún podía ver esa cara a unos centímetros de la suya.

–Se acercó tanto – dijo ella sin parpadear – pensé que me iba a... no sé... a tragar.

–¿Cómo era? – le pregunté frente a su cama.

–Era delgado, demasiado, como tener una calavera al frente. Como un cadáver andante con aliento repulsivo.

Raúl, postrado junto a la cama, agachó la cabeza entre sus hombros y cerró los ojos, vislumbrando esa cara en las paredes de sus párpados.

–Me agarró con una mano – continuó Raquel – y me miró de frente, mientras me... mientras me apuñalaba. Uno de sus ojos era negro y profundo.

–¿Uno de sus ojos?

–El otro era simple y muerto. Creo que era de vidrio.

Mi hermano se levantó de repente al no resistir escuchar la voz de Raquel describir al tipo. Nos dio la espalda y se congeló en ese lugar sin decir nada. Esperé a que reaccionara, que volviera en sí... todavía estoy esperando.

Espero que Díaz tenga razón; que el callejero esté muerto en alguna de esas calles, camuflado entre la basura que se acumula en los caños. Que una tormenta le caiga encima y lo ahogue, lo borre de este mundo.

La voz de Raquel sigue sonando en mi cabeza sin descanso, su tono débil pero concreto, recreando ese momento exacto de la noche, contra ese muro.

Sigo soñando el resto de la tarde hasta que una tenue bulla me despierta del trance. Se escuchan varios gritos que piden por una ambulancia, seguida por las pisadas los oficiales que se mueven por la comisaría, al parecer, con ningún objetivo en específico. El llamado lo hacen los guardias de las celdas en el recinto donde permanecía nuestro único preso del momento, Daniel Prendergast.

Mientras la ambulancia llega, bajo con los otros oficiales para asistir en la celda. Cruzo junto al capitán Mayarí quien luce como una estatua en el corredor, escuchando al oficial a cargo intentar explicar lo que ha ocurrido.

Las celdas son viejas pero se mantienen en buenas condiciones. La celda del joven está abierta. En ese momento los paramédicos están bajando por las escaleras, despacio. Pasan junto a mi justo cuando me detengo a ver el cuerpo del joven Daniel tirado en el piso a mitad del encierro. Tiene una pistola a su diestra y un agujero en la coronilla. El chico se ha suicidado a las seis de la tarde, después de que su madre le trajera ropa limpia para el siguiente día del juicio.

–¿Cómo es posible que tuviera un arma? – Pregunta el capitán sobándose la sien – con un demonio ¡alguien quiere explicarme! ¡Ah! ¿Hay alguien competente en esta madriguera de inútiles?

No hay nota junto al cuerpo, ningún mensaje, nada. Su cama está hecha, sus libros acomodados sobre el escritorio. Parece que el chico no quería perturbar la santidad del lugar, prefiriendo morir en el tosco asfalto de la celda que en la cama donde pasó sus últimas noches. Me acerco al escritorio en donde veo que han marcado la superficie con alguna punta afilada; un símbolo, quizás. Tiene la forma de un diamante, un rombo, con una equis en la mitad cuyas líneas sobresalen por los lados del diamante. No creo que tenga a algún significado, solo un garabato que hizo mientras pensaba en morir. Lo único que Daniel deja en esa prisión tras de sí.

Manuel coloca otra bala en el tambor de la pistola y me la pasa despacio. La tomo con firmeza entre mis manos, levanto la mira y apunto hacia la vieja pared de madera a lo lejos. Hay un punto marcado a mitad de la pared que funciona como tiro al blanco. Manuel me dice que me tome mi tiempo, pero antes de que pueda terminar la frase tiro del gatillo y la bala ha dado junto al blanco.

La exactitud del tiro deja a Manuel desconcertado.

–Te dije que no era mi primera vez – le repito.

Es mi quinto disparo del día, y puedo notar cómo la precisión entre cada disparo mejora de forma considerable.

–Eres definitivamente la nieta de Ramón Casillas – dice él sin dejar de ver el agujero de bala en la pared.

–Mi abuelo sentía pasión por sus armas, le gustaba contarme cada detalle sobre ellas.

Agarro la cantimplora y toma un largo trago de agua. Hace un calor ligero acompañado de viento que arrasa con arena y polvo por doquier. Estamos a unos cuantos pueblos lejos de la ciudad. Condujimos unas cuantas horas por la noche hasta un viejo motel que dudaba mucho estuviera en cualquier mapa. Pasamos la noche en vela pensando en nuestros padres queriendo entre sí.

–Sólo estamos haciendo las cosas peor – le aseguré a Manuel entre la oscuridad de nuestra habitación provisional.

–Siento mucho decírtelo, pero tu padre es quien ocasionó todo esto. Nosotros quedamos atrapados en el medio, era lo único que podíamos hacer.

Así seguimos el resto del fin de semana, moviéndonos en el auto y pagando por habitaciones con el dinero que Manuel había guardado para una situación como esta.

–¿A dónde vamos a ir? – me siento en el capó del auto dejando el arma aún sin más ganas de disparar.

–Se me había ocurrido acudir a unos amigos en el norte, en Ciénaga, es algo cerca al caribe, territorio de los costeños, por lo que descarté esa opción. Además, Sergio le contaría a mi papá que estamos allá.

–¿Sergio?

–Nuestro amigo en Ciénaga. Trabajamos juntos hace años... bueno, mi papá trabajó con ellos, yo era muy joven en ese entonces. Fue quien nos... pues, vendía la mercancía antes de que empezáramos a hacer negocios con los costeños.

Vuelvo a tomar el arma y la inspecciono mientras Manuel me cuenta sobre nuestras familias.

–Hay tantas cosas que no sé – digo en voz alta – no es que quiera saberlas, es sólo que... son parte de mi familia, de mi abuelo (la persona que más quise en mi familia), y no conocer tantos secretos me hace sentir lejos de todos ellos. Como si no los conociera. Ni tampoco a mí.

–Tú no eres como el resto de tu familia, Alicia. No eres como nosotros. No es justo que te hagas esto.

–Estoy aquí contigo, ¿no? Disparando con la misma arma con la que mataste a ese sujeto el viernes. ¿Y para qué estaríamos practicando tiro al blanco si no es para dispararle a gente real cuando no tenga otra opción? No soy tan diferente, Manuel.

Las enormes montañas a nuestro alrededor hacen que toda nuestra vida parezca aún más apartada.

–Quiero saberlo todo – le digo – quiero saber qué es lo que está pasando.

–Ya los sabes; tu papá intentó matar al mío.

–No, Manuel. Me refiero a todo... ¿cómo era el nombre del tipo que mató a mi abuelo?

Manuel suspira y se recuesta en el auto junto a mí.

–Lucas Sandoval.

–¿Por qué lo hizo?

–Nadie sabe. Al parecer el chico no seguía órdenes de nadie. Era uno de los trabajadores de Armando Contreras, quien no tenía razones para atacar a Ramón. No se me ocurre ninguna razón que Lucas haya tenido. Sólo lo hizo y

eso le costó la vida.

–¿Quién mató a Lucas?

–Marcos García. Otro trabajador de Contreras – Manuel voltea a verme para decirme – Ese es otro misterio. Este tipo, García, asesinó al mismo Contreras, acabó con una banda que movía drogas y a su jefe, Tarso. Creo que el tipo ha acabado con media ciudad. – Se detiene un instante y toma una bocanada de aire.

–¿Qué, Manuel?

–También... creo que Marcos fue el tipo que se metió a tu casa, Alicia. Él era el hombre en la habitación de tu hermano.

Mi mente no sabe tomar esa información tan rápido. Esa figura en la oscuridad es uno de los tipos más peligrosos del país, eso es lo que acabo de entender.

–Por Dios, Manuel ¿por qué no me lo habías dicho antes?

–No estamos seguros que haya sido él.

–¿Por qué se metió en mi casa?

–Te dije que el tipo es un misterio, nadie sabe por qué hace las cosas que hace.

Me levanto aferrando la pistola en mi mano derecha.

–Si algo llega a ocurrirle a mi mamá o a mi hermano...

–Nada va a pasarle a tu familia, Alicia, cálmate.

–¡Un asesino se metió a mi casa! ¡El tipo que nadie ha podido agarrar! ¿Por qué lo haría? ¿Por qué? ¿Por qué?

–Si te hace sentir mejor, no hay pruebas de que Marcos García haya matado a civiles... sólo a criminales.

–No, no me hace sentir mejor.

–Pues no hay nada que puedas hacer. Ellos están allá en la ciudad, matándose uno al otro. No voy a volver para que me pase lo mismo. Puedo renunciar a todo para estar contigo, Alicia. ¿Y tú?

Miro a Manuel que le da la espalda a esa vista de nubes tragándose infinitas montañas a la deriva. Siempre lo he visto como un hombre fuerte, salvaje, apartado. Pero ahora está allí por mí. Dispuesto a dejar su vida atrás.

–Estoy dispuesta a dejarlo todo también – le aseguro – pero no podemos huir para siempre, Manuel. Si tenemos que volver, volvemos – apunto una vez más con el arma hacia la pared – y si tenemos que matar para sobrevivir, lo haremos.

Tras el suicidio de Daniel Prendergast han surgido un sin número de conjeturas absurdas por parte de los ciudadanos. Unos aseguran que se trató de un complot para eliminar al muchacho antes de que saliera libre de la cárcel. Felicitan al homicida en cubierto. “Ese maldito Prendergast, un jodido asesino de mujeres. Morir en una celda era lo que se merecía” se escucha por las calles.

Justo ahora la muerte del chico es lo que menos me interesa.

Han pasado cuatro días desde el ataque a Raquel, pero todo sigue fresco en mi memoria. El llanto de mi hermano intentando no gritar de ira. El rostro opacado de Raquel en esa pequeña cama de hospital. La total indiferencia del resto del mundo.

Deambulo por el centro de la mañana antes del mediodía, con un cielo despejado y el sol fuerte en el firmamento siguiendo mi paso. Hay algunos callejeros caminando sin rumbo, escarbando en la basura, con su mirada perdida en la nada. Intento hablar con algunos de ellos, pero me evaden como si fuera la peste. La gente aquí prefiere mantenerse al margen de lo que sea, no dar información de nada, no mostrarse vivo.

Sigo intentando por una hora, hasta que me hallo en frente de la Caldera, abriendo sus puertas a la congestión de drogas y perdición. Me adentro sin meditarlo tanto; tengo que empezar a encontrar respuestas y sólo la escoria de este lugar puede dármelas. Hay cuerpos tirados en el piso, no sé si durmiendo o sin vida, aunque con esta gente no hay mucha diferencia. Varios se percatan de mi presencia y se detienen para verme pasar, con mi aire de autoridad, mi aroma de policía. Las casetas improvisadas están llenas de gente pasando su dinero y recibiendo su dosis, sin importarles quién los esté mirando. Me doy

cuenta que hay un tipo en chaqueta de cuero observándome desde el balcón de una de las viejas casas que hacen parte de este sector. Debe ser un húsar vigilando movimiento sospechoso. Siempre están pendientes de la policía. Si va a ver un allanamiento, agarran el dinero y desaparecen por los escondrijos y laberintos fuera de aquí. Actúo despreocupado, pues hoy no estoy aquí como policía.

Me acerco a la casa en donde vi a ese viejo de pañoleta verde la última vez que estuve en la Caldera. En vez de él, veo a un muchacho no mayor de doce años, con una gorra mal puesta y un chaleco añejado de gran talla. Está mirando al detalle un reloj de pulsera que no creo haya comprado con sus ahorros.

–¿Te quieres ganar unos pesos, chico? – le pregunto para llamar su atención.

–No sé quién cree que soy, viejo, pero no soy de los que hace cochinas.  
– Responde aún inspeccionando el reloj.

–Estoy buscando a alguien. Alguien que vi una vez en este mismo lugar. Pensé que podrías saber algo, eso es todo.

–Veo mucha gente, eso sí. – Responde echándome un ojo de arriba a abajo.  
– ¿Y quién es el afortunado?

–Es un señor mayor, lleva el cabello largo, blanco, barba espesa, le cae de la cara.

–Vuelva en diciembre, de seguro lo encuentra.

–Hablo enserio, chico. Llevaba una pañoleta verde en el cuello. ¿Quieres la plata o qué?

El chico extiende su mano con toda la confianza posible. Saco unos billetes y se los entrego.

–¿Qué es lo que quiere con este personaje en particular? – pregunta el chico contando los billetes como si fueran un montón.

–Me ayudó una vez con algo, espero que pueda volverlo a hacer.

–¿Es usted policía?

–Hoy no.

El chico tuerce la boca. Luego se pone de pie y avanza al interior de la casa. Lo sigo sin mirar atrás. Sin preocuparme por los húsares que deben tenerme vigilado. La casa, por supuesto, es un desastre de paredes agrietadas, viejas manchas de sangre en el suelo, basura a cada paso, vidrios rotos y jeringas, muebles podridos acumulados en los pasillos.

El chico me lleva hasta el segundo piso, a la única habitación que aún tiene

una puerta que se puede cerrar. La abre y entra sin cerciorarse si sigo detrás de él.

–Ey, Rabí – dice el chico dirigiéndose al viejo barbudo – este cholo te busca.

El viejo está mirando por la ventana, tiene una pipa en la boca que sostiene con los labios, pero no hay humo saliendo por ningún lado. Volta a vernos y me doy cuenta que me reconoce de inmediato. Quedo, al instante, atrapado en sus claros ojos opresivos. Son como una maldita cárcel, una en la que he estado atrapado toda mi vida.

–¿Ahora haces mandados para la policía, Lucho? – le pregunta el viejo al chico acercándose hacia nosotros.

–Si es por una buena causa, Rabí, siempre.

–Ja, ahora resulta que eres un filántropo. Largo de acá. Y deja de estar robando.

–No he hecho nada...

–Ve a verle la cara de idiota a alguien más, Lucho.

El chico sale sin decir otra palabra. Espero a que el viejo suelte la primera palabra pero éste se dedica a mirarme aun sosteniendo al pipa en su boca, con las manos en los bolsillos.

–Entonces...– comienzo a hablar – Escuché que el chico lo llamó Rabí. Imagino que es un sobrenombre.

–En la Caldera pocos usan su nombre de pila. Después de todo son una desgracia para el mundo de allá afuera, aquí apenas son humanos. – Saca un reloj de bolsillo y mira la hora. – Me acuerdo de usted, amigo. Es el policía que buscaba a ese chico, al que se llevaron los tipos en traje.

–Se llama Franco Montés. Los tipos en traje lo desaparecieron.

–Le dije que no lo iba a encontrar, o por lo menos no con vida.

–Todavía no se sabe.

–¿A eso vino aquí, amigo? ¿A ver si encuentra al chico perdido? Porque está malgastando su tiempo.

–Estoy buscando a un hombre, uno que vive en este tipo de lugar. Quizá viene por estos barrios.

–Un desechable.

–Es un tipo peligroso. Anda con puñal, ataca mujeres. Escuché que tiene un ojo de vidrio, quizá.

La expresión en Rabí me hace entender que conoce a este tipo. Abre la boca y deja caer la pipa en su mano.



–¿Qué quiere con él? – me pregunta.

–Lo que tengo que hacer. Detenerlo.

–Este hombre ha vivido en las calles décadas, ha sido una pesadilla por años ¿por qué tan de repente esta necesidad de detenerlo? ¿Ah?

–Es personal.

Él asiente incesantemente, entrecerrando los ojos.

–Lo llaman Greco, o Bato. Les cambian los nombres con el tiempo. Tiene la fama de ser complicado, ataca a otra gente de la calle, roba, y bueno... ha matado a algunos.

–¿Cómo lo encuentro?

–No puede. Greco es impredecible, se mueve mucho, evade a la policía y cualquier tipo de compañía. No lo he visto en meses.

–No lo entiende. Tengo que encontrar a este tipo.

–El que no entiende es usted. Al Greco nadie lo encuentra... nadie lo quiere encontrar. Déjelo ser, cholo. El tipo se muere algún día. Téngalo por seguro.

–¿A cuántos más va a lastimar antes de eso?

–¿No ve en qué sitio está? Nadie dijo que esta vida era justa.

–Es muy importante...

–¡Ya, Rivera! Le dije que deje así.

Ambos quedamos congelados cuando calla. El viejo ha dicho mi nombre. Intento comprenderlo. No puedo.

–¿Cómo sabe mi nombre? – pregunto aterrado.

–Es mejor que se vaya. Los húsares están contando el tiempo que lleva aquí arriba.

–¿Quién es usted? ¿Cómo...? ¿Cómo sabe quién soy?

–Tiene cinco minutos pa' irse.

Rabí me hace a un lado y sale rápidamente de la habitación. Lo sigo preguntándole lo mismo una y otra vez. ¿Quién le dijo mi nombre? ¿Cómo me conoce? Desaparece entre la casucha, sin decirme ni una sola palabra más. Estoy tan desconcertado que no dejo de caminar por entre puertas y agujeros en las paredes por varios minutos. Un montón de callejeros aparecen y me piden que me vaya entre amenazas. Titubeo, pero al final salgo de la casa y en cuestión de nada abandono la Caldera.

Cada vez que voy a ese lugar pasa algo que me hace sentir demente, que no comprendo lo más elemental de la situación. La respiración se me acelera y me siento para calmarme. Esta ciudad, esta gente, van a acabar conmigo.

Tres de la mañana.

Espero dentro en la oscuridad de la bodega con uno de los trabajadores de Aurelio Rondón. El tipo tiene una herida enorme que recorre su frente, pasa por ceja y termina junto a su ojo. Aún le desborda sangre de la herida, por lo que se la cubre con la camisa que se ha quitado. Está sudando y tiembla un poco. Tengo una pistola automática junto a su cabeza. Y teniendo en cuenta que fui yo quien le abrió tal agujero en el rostro, el tipo está dispuesto a hacer lo que le diga.

Me he tomado la bodega de Santiago Casillas con ocho de mis hombres y diez húsares. Humberto Lagos, el jefe húsar, vigila la situación desde afuera, esperando a que llegue el camión con la carga de cocaína que envían los costeros del norte.

Casillas y Rondón dejaron a cargo de la bodega sólo a cuatro hombres. Ninguno de ellos se resistió cuando aparecimos de las sombras a revólver y metralleta. No estaban dispuestos a morir por una simple noche de trabajo. Ni Casillas ni Rondón llaman a confirmar cómo va la entrega, por lo que no tenemos que preocuparnos de ellos.

En la carretera aparecen dos ojos brillantes acercándose desde la nada. Es el camión. Lagos hace la señal desde afuera. Volvemos a la acción.

El camión se acerca a la entrada de la bodega y se detiene frente a la puerta. Hay dos tipos de Santiago esperando en la calle, desarmados. Si hacen algún movimiento en falso o intentan avisarle a los del camión lo que ocurre, Lagos dará la orden de fulminarlos desde los arbustos.

Permanezco en la oficina con mi arma en la cabeza del pobre bastardo que se pone a balbucear rezos. Apagan el motor y uno de los costeros se baja del

camión, pero el conductor sigue dentro. Quizá con una pistola entre las piernas.

Es allí cuando diez húsares se despliegan rodeando al vehículo, lanzando órdenes a gritos, e intimidando a los costeños con sus enormes armas. Lagos abre la puerta del conductor y lo saca de la cabina a la fuerza tirándolo contra el asfalto.

Salgo de la oficina arrastrando al tipejo, quien se cubre el rostro ensangrentado con la camisa, aun lloriqueando como niño pequeño. Lo dejo a mitad de la carretera con el conductor que sigue bocabajo con las manos en la nuca.

Lagos me mira a los ojos y me señala la parte trasera del camión. Siempre hay tres o más tipos custodiando la carga. Sin dejar de apuntar hacia el auto Lagos explica la situación a quien esté escuchando.

–Tenemos casi veinte armas apuntando a este carro. Atrévase a soltar un jodido disparo y vaciamos cada arma. – Asegura mientras le ordena con sus ojos a uno de sus hombres que abra la compuerta del auto.

El húsar se acerca y abre la compuerta. Dentro vemos tres figuras apuntándonos con pistolas. Eso hasta que ven que Lagos no estaba mintiendo, casi dos docenas de armas automáticas están apuntando a sus cabezas. El tronar de un disparo se escucha, y el silbido de la bala pasa cruzando por entre nosotros sin impactar a nadie. Uno de los tres dentro lo ha hecho.

Lagos mira alrededor, cerciorándose que nadie ha resultado herido, y se adentra al auto sin importarle que los costeños siguen apuntándonos, agarra al que disparó con una sola mano y lo arroja a la calle.

–¡No me ha escuchado, imbécil! – vocifera Lagos saltando del camión, apunta al tipo en el suelo y le dispara en el vientre.

El costeño suelta un grito entrecortado y se sujeta la herida, que empieza a sangrar en abundancia de inmediato. Lagos le apunta al costeño de nuevo, pero entonces otro de los guardias de la carga sale de las sombras.

–Espere – dice – no lo mate.

Es Hugo. La mano derecha de Aurelio Rondón. Alto, cabeza rasurada, mandíbula pesada. Ha estado allí todo este tiempo.

–No hay por qué matar a nadie – continúa Hugo, con las manos visibles para mostrar que no tienen intenciones de disparar.

–Hugo Fajardo, – le comento a Lagos – este es el hombre de confianza de Rondón. Lo tenemos aquí al frente.

Hugo entrecierra los puños mientras me mira a la cara.

–Rondón negociará la vida de este hombre – asegura Hugo señalando al tipo ensangrentado sobre la carretera.

–¿En serio? – Pregunta Lagos – ¿qué podría darnos Rondón?

–Dinero, más mercancía ¿Qué quieren?

Lagos se lo piensa y luego dispara de nuevo al tipo en el suelo. Sigue vivo pero ya no se palpa las heridas en el torso. Se mantiene boca arriba, mientras sus pulmones van perdiendo aire y su sangre abandona su cuerpo.

–Escuchen bien – empiezo a decirle a los hombres de Santiago y Rondón – No vamos a matar a nadie que no intente nada. La mayoría de ustedes ni siquiera son de esta ciudad. Sus familias los esperan en su tierra. No se metan en esta guerra.

Hugo da dos pasos al frente, detrás de mí.

–No sabe lo que está empezando, Santamaría – dice – No sea estúpido. – Su tono es rudo y me enerva. – Manténgase al margen. Usted se quería salir, después de todo ¿no?

Le doy la espalda y miro a los demás.

–Rondón nunca le va a perdonar esto – exclama Hugo agitando su mano al aire – va a ser que lo maten, idiota.

Sin voltearme por completo disparo. La bala impacta justo en la cara de Hugo, su sangre mancha al camión tras él y su cuerpo se derriba a mi espalda, con un agujero en su mejilla. Siempre odié a ese tipo.

Los otros se echan hacia atrás, aterrados de ver a dos de sus compañeros muertos apenas a unos metros.

–Espero que haya quedado claro.

Varios húsares se dedican a sacar la mercancía del camión y a meterla a sus vehículos. Les ordenamos a los hombres de Santiago y Rondón que se mantengan en el suelo, boca abajo, con las manos en la cabeza, mientras los húsares terminan de sacar la cocaína de un vehículo al otro. Sólo uno de ellos permanece sentado; es a quien golpeé en el rostro, con media cara abierta. Sigue cubriéndose con su camisa que ya está oscura de la sangre que ha acumulado, pero parece que el hombre no está sangrando más.

Ninguno de ellos dice nada, se quedan inmóviles besando el asfalto hasta que el camión ha sido desocupado. Los encerramos en la bodega y les decimos que puede irse en veinte minutos.

–No vuelvan a esta ciudad – les digo antes de cerrar la puerta – o no saldrán vivos de aquí.

Dejamos los cuerpos del costeño y de Hugo en el asfalto a que Santiago y

Rondón los levanten. Y nos despedimos en plena negrura de la noche, cerca del amanecer.

Espero afuera del hospital a que salgan Raúl y Raquel. Apago la radio cansado de oír sobre el suicidio de Prendergast una y otra vez. Las conjeturas no se detienen, como si fuera muy difícil entender que el chico asesinó a una mujer y le sacó los ojos; estaba loco. Quizás las voces en su cabeza le dijeron que se pegara un tiro, y eso hizo. No hay más que hacer.

La puerta principal se abre y Raúl surge empujando a Raquel que se encuentra en una silla de ruedas, pasiva y algo indiferente, hasta que se da cuenta que estoy allí y me enseña una sonrisa alentadora. Salgo a recibirla, ella me da un abrazo silencioso, y procedo a ayudarle a sentarse dentro del auto. Entre suspiros y frases optimistas me cuentan que debe permanecer en reposo las siguientes semanas, no hacer fuerza y dar caminatas a paso lento.

–Me siento patética – dice mientras Raúl le ayuda a abrocharse el cinturón – como si fuera de porcelana y el mundo me fuere a romper con cualquier ventarrón.

–Me da la oportunidad de cuidarte.

Raúl le da un beso en la frente y se sienta junto a ella mientras los llevo a la casa. Nos quedamos callados durante el trayecto. Es la primera vez que el silencio me molesta de esa forma.

Llamo al trabajo a Díaz, quien me cuenta que la agente de la SIE, Emilia León, está en la comisaría preguntando por mí; por lo que conduzco camino a casa, donde me quito los zapatos y me siento en mi sofá con una cerveza en la mano a escuchar los inquietantes ruidos producidos por los vecinos. Sobre el escritorio hay un montón de información respecto a Marcos García y sus

víctimas; Armando Contreras, el senador Durán, Tarso, y Lucio Arévalo. Nada de ello puede ayudarme a atrapar a García. Nada me explica de dónde viene, qué es lo que quiere, y cómo diablos hace lo que hace. Siento que no puedo capturarlo. Nunca voy a capturar a Marcos, y mientras me tomo mi cerveza empiezo a darme cuenta que en realidad ya no me importa. Ahí es cuando el teléfono suena. Lo tengo en mi mente y el bastardo me está llamando. Sé que es él. Debe tener mi número grabado en la palma de su mano.

Estiro el brazo y levanto la bocina sin decir nada.

–¿Conoce las lomas en el occidente, oficial? – pregunta su tenue voz en el aparato. – Donde hay terreno que nadie cultiva y cercados por doquier como propiedad privada. Por la calle de la pequeña capilla de San Antonio hay una casona sin mucho campo a su alrededor. Parece que nadie vive ahí. Es de un blanco viejo y sucio ¿la conoce, oficial?

Respondo respirando sobre el aparato.

–Las luces del lugar tienen a estar apagadas porque el dueño va dos o una vez por mes. – Dice Marcos García con un tono de voz precisa – Ésa es tierra de Lucio Arévalo y dentro de la casa va a encontrar el cuerpo de Noel González.

A la cabeza se me viene la imagen de ese pobre chico atrapado en ese lugar que describe García, y lo odio en ese momento por hacerme sentir así, tan fútil y asqueado. Prefiero no contar en mi mente cuantos días ha estado Noel desaparecido.

–Para serle sincero, oficial, no iba a decirle nada. Imaginé que alguien encontraría el cuerpo eventualmente; pero el pensar que Noel sigue metido en esa casa me está volviendo loco. Y le juro que yo mismo iría y lo sacaría de allí, y lo enterraría en algún lugar, pero no puedo hacerlo. No podría soportarlo. Sé que no me cree, oficial, y tiene derecho a hacerlo. Tiene todo el derecho del mundo. – Hace un silencio para suspirar y dice – Sólo asegúrese de que saquen al chico de esa casa.

Marcos deja de hablar y alcanzo a escuchar tráfico cruzando cerca de él. Quizá está junto a su ventana abierta, mirando la gente pasar por la ciudad.

–Rescataremos el cuerpo del chico – digo al fin.

–Muy bien.

Más sonidos de fondo y estática en el teléfono.

–Un tipo atacó a mi cuñada – le cuento a García, luego de tragar saliva – la apuñaló cinco veces y la dejó tirada en una calle del centro de la ciudad.

–Siento oírlo, oficial.

–Ella está recuperándose, o eso creo. Eso espero. – Cierro los ojos y me cubro la cara, como si sintiera vergüenza y el mundo entero me estuviera observando – Intenté encontrar al infeliz que le hizo eso, pero no puedo encontrar a un callejero que conoce mejor que yo los caños y el inframundo. Sé que lo llaman Greco y que tiene un ojo falso. Sé que el tipo es un jodido peligro para la sociedad y que a nadie le interesa.

–A usted le interesa.

–Bastante. Al igual que la imagen de Noel lo está volviendo loco a usted, García, este tipo está matando mi cabeza.

–Por supuesto.

–Quiero que lo encuentre, García. Y que lo mate.

Siento ira siquiera de pronunciar esas palabras, pero no puedo soportarlo más. Mi cuerpo entero quiere gritarlo. Quiere ver a ese rastrero tirado al amanecer como otra calamidad más de la ciudad.

–No vivirá otra noche, oficial – dice Marcos –. Lo aseguro.

Cuelga el teléfono y me doy cuenta que no soy capaz de dejar el aparato a un lado. La cerveza se me cae de la mano y se derrama por la alfombra sin que nadie pueda evitarlo.



Antes de anochecer camino hacia la zona en donde Adriel se ubica a vender sus periódicos. Lo encuentro sentado en su silla de ruedas, con una manta cubriéndole el regazo, mirando sin parpadear un panfleto que sujeta con ambas manos. Sin levantar la vista me pasa un vaso de plástico con café caliente. Tomo el vaso y me siento en un taburete que Adriel trae sagradamente sólo para que yo tenga donde sentarme.

–En serio que a veces no me creo el mundo donde vivo – dice dejando el panfleto a un lado y agarrando su café – Es una constante pesadilla, una tragedia. He vendido periódicos por años y cada día ocurren más y más desgracias absurdas y... y crudas. Como si la gente tuviera que inventarse algo aún más depravado de lo que ya se ha hecho.

Agarro el panfleto, que es un simple papel con una foto en blanco y negro de una niña, hay un número de teléfono abajo. Se llama Carlia Rosales y desapareció ayer por la noche. Todavía no han pasado las requeridas 24 horas para que la policía considere que algo grave puede estarle pasando.

–Me enferma que sean los niños, siempre los niños – se queja Adriel con la cabeza gacha – esos enfermos no se pueden matar entre ellos, tienen que matar niños.

–¿Qué se le va a hacer? – pregunto.

–¿Qué? – He llamado su atención, voltea a verme con sus fuertes ojos oscuros – ¿Ésa es su respuesta al enterarse que una niña ha desaparecido? ¿Qué se le va a hacer? Con un demonio, Marcos. Eso es no tener empatía alguna.

–No quiero ofenderlo, Adriel. Estoy preguntando de verdad ¿qué es lo que podemos hacer?

Por su rostro veo que cree que soy idiota o algo.

–Hay mucho por hacer, Marcos, mucho. Es sólo que la gente prefiere lamentarse por las desgracias en vez de hacer un cambio verdadero.

–¿Qué tipo de cambio?

–Bueno, quizás empezar por dejar de pegar en las paredes tanta mierda. – Dice histérico señalando una pancarta al otro lado de la calle que expone la imagen de una mujer voluptuosa en ropa interior – Nos quejamos de que los enfermos no traten a los niños como humanos, pero ni siquiera nosotros lo hacemos. Nos vemos como... no sé... nos vemos unos a otros como mercancía.

–¿Piensa que por quitar ese cartel van a dejar de violar y matar niños? ¿Cree que eso hubiera salvado a Noel González?

–Pienso que si dejamos de erotizarlo todo para vender más cosas, pues, mierda, sí... creo que haría alguna diferencia. ¿Usted no, Marcos?

–Sólo creo que la gente se sentiría oprimida por tanta censura, al final les valdrá una mierda si con eso puede bajar los índices de violencia. – Debido a que la foto está en blanco y negro no sé ve de qué color son los ojos de Carlia – Creo que siempre habrá bestias y basura en el mundo, es inevitable.

–Entonces ¿qué propone usted? ¿No hacer nada?

–Pienso que deberíamos tratar a las bestias como son. Tomarlos por las patas y degollarlos. Dejar que se desangren. Darle a entender a las que queden que no habrá misericordia con ellos.

Adriel queda algo pasmado por la respuesta. Bebe un poco de café y me mira de reojo.

–Vaya, Marcos. Las noticias en esta ciudad sí que lo han afectado. No se deje arrastrar por esos locos. No se puede parar la violencia con más violencia.

El humo del café me soba la piel del rostro y me despierta un poco de mi constante agotamiento.

–Tiene razón – le digo a Adriel – como siempre.

A la hora pico las calles se llenan de todos los que abandonan sus oficinas. Adriel le menciona a cada cliente sobre la desaparición de Carlia. “Es terrible. No me imagino lo que deben estar viviendo sus padres”. Los clientes ojean el panfleto y asienten con tal delicadeza que es casi imperceptible. “Yo tampoco” dicen.

Me encuentro solo rondando por la ciudad con la escoria que se apodera las aceras a las once de la noche. Adriel siempre se va a casa antes de las diez, pero yo aún tengo cosas que hacer. Los callejeros se acentúan en sus rincones a calentarse frente a sus fogatas, a recoger chatarra o a buscar refugio de los peligros que la oscuridad trae consigo. También se ven policías en motocicletas patrullando las zonas calientes que siempre dejan un cuerpo o dos.

Recorro los barrios circundantes a la Caldera embutido en un abrigo largo que me mantiene caliente. A veces se escuchan las risas toscas de los callejeros, mientras comparten un porro entre ellos y quizá un trago barato.

Me sumerjo en un callejón que parece eterno a causa de la falta de postes de luz. Puedo oír a alguien toser escondido entre periódicos viejos y pequeñas montañas de basura. Hay dos chicos tendidos contra la pared fumando algo de una pipa de vidrio. Ninguno de los dos se disturba cuando paso frente a ellos. Volteo por una esquina en donde yacen los escombros de la pared de una casa que el tiempo y los callejeros han tirado. Un sofá despedazado sobresale de capas de cartón y plástico, donde está sentado un viejo encorvado contando las monedas que ha recolectado. Se queda quieto cuando se da cuenta que estoy frente a él, y guarda las monedas en uno de sus bolsillos con torpeza pero sin perder ni un centavo.

—¿Tiene una moneda de sobra, joven? — su voz suena triste y enferma — pa' poder comer algo esta noche.

—No tengo nada — aseguro.

Greco se levanta con dificultad, aparentando debilidad y más edad de la que tiene.

—Una moneda cualquiera, joven. Vea que tengo hambre.

Mis ojos empiezan a acostumbrarse a la penumbra y puedo verle la cara; las mil arrugas que se le arremolinan por doquier, la mugre en su barba insípida y una cicatriz profunda junto al ojo de vidrio. Dejo mis manos en los bolsillos y mi postura templada frente al viejo. Él da unos pasos hacia mí levantando la mano de limosnero hacia mi pecho.

—Una moneda — repite incesante.

Percibo su olor fétido y su aura errática.

Me muestra el cuchillo que sostiene y me agarra del brazo con brío. Cambia de tono para hablarme.

—Suelte lo que tenga o lo voy es rajando.

Ni siquiera me muevo, no parpadeo. Él se da cuenta que no hay miedo en

mi mirada. Su amenaza no significa nada para mí.

–Váyase quitando esa chaqueta, a ver. – Dice apretándome el brazo con fuerza y colocando el filo del cuchillo contra mi vientre.

Alarga su cuello para acercar su cara a la mía. Dice que va a matarme. Va a destriparme o algo así.

Al sentir sus intenciones de hundir el cuchillo en mi cuerpo, tomo su muñeca con fuerza, sujeto su cuello y lo arrastro hasta un muro donde queda paralizado. Tal como él tenía a Raquel aquella noche. Tal como él lo ha hecho con tantas otras personas.

Intenta zafarse pero no puede. Le quito el cuchillo y lo apuñalo en el muslo lo más profundo que va. Su grito es agudo y se ahoga perdiendo el sonido. Entierra sus uñas en mi abrigo intentando no desfallecer.

–Greco. El mito de estas calles, el mísero inmortal.

Saco el puñal y lo clavo una vez más por encima de su cadera. Puedo sentir cómo se estremece bajo mis manos, cómo su corazón se agita. No va a resistir mucho.

–Véame a la cara – le ordeno – míreme.

Aún con la boca abierta, sin poder gritar, Greco me mira a los ojos. Varias lágrimas le caen por las mejillas. Sus manos se aferran a mí como si yo pudiese salvarlo.

–No hay nada en usted – exclamo – está totalmente vacío.

La sangre se le acumula en la camisa y se le cae por los pantalones. Lo sigo apuñalando sin perder su mirada, viendo cómo el mundo se le va cerrando y la vida lo va empujando lejos.

–Ojalá pudiera recordarme – susurro – ojalá nunca me olvidara. Que yo fuera todo lo que queda en su eternidad. Pero la mirada del Diablo es la que va a destrozarle el alma y joderlo por siempre, Greco. Espere a verlo. Pronto lo va a tener en sus manos y eso será todo lo que retumbe en su ser, sin poder hallar final.

Dejo el puñal tan profundo como puedo entre sus tripas.

–Una vez tenga esa mirada al frente todo lo demás va a quedar a un lado.

Greco cae a un lado, contorsionado sobre el puñal en su vientre. Escucho su aliento saliendo por entre su boca. Ambos ojos abiertos, el muerto y el verdadero.

Dejo atrás el callejón sin que nadie escuche los gemidos de ese viejo. Tengo algo de sangre en el abrigo, pero no me molesta. No me molesta en absoluto.

Un patrullero está masticando el último pedazo de su desayuno, dándole la espalda al cuerpo sin vida tras él. Sólo hay dos forenses y ya ninguno está ojeando al muerto al final del callejón.

—Éste es el problema de zonas tan cerradas. — Me dice el patrullero — Sólo los desechables vienen aquí y éstos sólo traen molestias. Tenemos casas como está por todo el centro de la ciudad. Nadie puede vivir ahí. Vea eso... esa gente las despedaza y qué más da. Ahora son solo escombros y escondites para adictos. Estos sitios sólo se prestan para riñas por drogas y buenos zapatos.

El vagabundo está tirado en posición fetal contra la última pared de la calle. El puñal con el que lo mataron sigue enterrado en su vientre. Sus ojos están entrecerrados. Hay sangre seca en el asfalto, un montón.

El policía que me explica los problemas típicos del centro de la ciudad todavía no ha entendido bien lo que yo estoy haciendo aquí. Callejeros mueren todos los días de forma violenta, no hay necesidad de una investigación.

Logramos sacar algo de información de otros habitantes de la calle que confirman el sobrenombre de la víctima como Greco, conocido por sus duros atracos y actitud salvaje. “Si te metías con el Greco te podía estar rompiendo una botella en la cabeza”. Todo termina rápido; levantan el cuerpo, toman una que otra declaración, y el sobrenombre de un vagabundo muerto queda archivado en algún papel. El patrullero se despide para luego entrar a una tienda a tomar té caliente.

Con ello queda acabada la investigación del Greco.

Está muerto. Sólo de pensarlo siento un respiro aliviar la pesadez que me ha estado invadiendo los últimos días.

De regreso en la comisaría pregunto sobre el caso de Lucio Arévalo. El tipo que encontraron clavado en la hacienda de los Casillas. ¿Algún adelanto? ¿Fueron a su casa? ¿Tiene más propiedades? Éste es otro dilema que tengo que arreglar.

–Lucio no tenía mucho en papeles – dice el policía al que le pregunto – únicamente esa casa en la que vivía solo, y no encontramos nada importante ahí. – Mira sus notas mientras confirma – Me parece que hay un terreno en su nombre en alguna zona campestre de las loma en la ciudad.

–Encuentre ese terreno – le pido –. Este tipo era un trabajador clave de Santiago Casillas. Tienen que buscar en todo lugar, levantar cada piedra, saber qué tiene que nos pueda servir para levantar un caso serio contra Casillas.

El oficial asiente anotando algo en su libreta. Me retiro antes que pueda decir algo. Espero que vaya a ese maldito terreno y rescate el cuerpo de Noel para que la pesadilla del niño desaparecido tenga un poco de conclusión, algún tipo de cierre. Por ahora es todo lo que puedo hacer.

Evado a Díaz quien sigue preguntando por mí a cada persona en la comisaría. No he hablado con él desde que tuvimos esa conversación de Raquel. Él ha intentado darme mi espacio, pero se ha cansado de esperar. La verdad ni siquiera sé por qué lo evado. Sólo no quiero verlo, no ahora. Ni siquiera quiero pensar. Pensar me lleva al cadáver del Greco, apuñalado cinco veces por Marcos García. Y no, no quiero pensar en ello. En García. En nada.

Me reúno con mi hermano en un restaurante pequeño cerca de la comisaría. Se ve mejor de lo que esperaba. Me estrecha la mano con fuerza y me muestra una sonrisa. Me cuenta que Raquel ha mejorado desde el instante que llegó a casa.

–Se ríe a carcajadas y ya tiene un montón de planes para después de la terapia, una vez que pueda caminar con normalidad – me comenta Raúl bastante animado. – No la había visto así en meses. Es todo un alivio, debo decir.

–Me alegra oírlo.

–Tenía miedo de no ser lo suficientemente fuerte para apoyarla en todo esto; su falta de movilidad, el dolor, los recuerdos... no sé.

–Vamos, Raúl, siempre has sido fuerte, desde que tengo memoria.

–No, no. No lo soy. No lo he sido. Raquel es quien me ha estado cargando

emocionalmente todo este tiempo. Incluso en esto es ella quien tiene que consolarme y animarme – lo dice sobre una tenue risa que se le escapa – Me gusta que sea así.

La mesera llega y nos deja dos menús. Raúl lee en silencio las opciones pero moviendo los labios. Lo miro unos segundos más antes de decidirme a decirle lo que ha ocurrido.

–Escucha, Raúl. Creo que tengo que contarte algo.

–¿Qué pasa?

–Es sobre el agresor de Raquel.

Raúl cierra el menú y su expresión cambia por completo.

–Le decían Greco... un tipo de un ojo de vidrio, que atracaba con cuchillo, apuñaló a varios... llegó a matar, incluso.

–Dios, Eduardo ¿por qué me cuentas esto?

–Hoy lo vi. O por lo menos su cuerpo. Lo asesinaron anoche en una riña de algún tipo.

Suelta un resoplido y mira por la ventana. No sé qué es lo que pueda estar pensando.

–Pensé que te alegraría oírlo – es lo que se me ocurre decir.

–El tipo murió unos días tarde... esto debió pasarle antes de que atacara a mi mujer. Ahora... ahora ya no importa.

–Es cierto... lo siento. Creí que debías saberlo. Ya no va a ir por ahí lastimando más gente. Quizás haría sentir mejor a Raquel.

–No le voy a contar a Raquel, Eduardo.

Me recuesto en mi asiento algo confundido.

–Vamos a dejar esto atrás, hermano. Nosotros... – suspira para luego mirarme a los ojos – vamos a mudarnos.

–¿Qué? ¿A dónde?

–Fuera del país... a Canadá.

–Por Dios, Raúl ¿Canadá? ¿Por qué...?

–Un nuevo comienzo, Eduardo. Lo necesitamos más que nunca. Tenemos la oportunidad de ir y no la vamos a desperdiciar.

–¿Qué pasa con la terapia de Raquel?

–Allá hay más y mejores centros terapéuticos. Podemos empezar a pensar en adoptar, en crecer como familia.

Me doy cuenta del entusiasmo en la voz de mi hermano. Lo van a hacer, se van a ir, y no podría sentirme más solo que en este momento. Raúl es lo único que me queda de mi familia, la única persona con quien comparto un pasado

de verdad.

Sonrío y le digo que estoy feliz por él.

–No lo puedo creer, esto es muy inesperado.

–Ya lo habíamos pensado. Hemos estado indagando por meses... pero esto... bueno, esto nos impulsa a hacerlo.

Mi hermano me agarra el brazo y me da varias palmadas en el hombro. Mi cuerpo se congela de saber que las únicas personas que me importan se irán, lo que me hace sentir patético, como un viejo amargado que se lamenta de todas esas cosas que no tiene y de la familia que lo ha dejado atrás.



Las noticias se han esparcido por la ciudad con tal eficiencia que en varios barrios se puede escuchar; ha empezado una nueva guerra en la ciudad. No puedo negar que el fracaso del atentado contra Ismael Santamaría ha ocasionado muchos problemas, por así decirlo. El hijo de puta nos ha robado un montón de cocaína y ha dejado tirado en mi bodega dos cuerpos acribillados. Pero he intentado mantener la calma. No voy a darle el placer de verme histérico. Ismael me conoce y va a esperar que reaccione como un cretino sin propósito, sólo cortando cabezas. No esta vez.

Antes de morir, Lucio me había hablado de una reunión entre Ismael y Alfonso Santos, el alcalde de Mendoza. Santos era otro de esos políticos que tenía negocios con mi padre de los que nunca llegué a enterarme. Ismael ha manejado todo con el secretismo necesario para protegerse de la policía y enemigos e ir abandonando su reputación como criminal para convertirse en empresario.

He viajado un par de horas fuera de la ciudad con quince de mis hombres y otro montón de costeros controlados por Rondón. Esta área de la sabana está abandonada por la civilización. No hay ningún caserío o pueblo cercano y es perfecto para detener la caravana del alcalde Alfonso Santos.

Para nuestra sorpresa, el alcalde viaja ligero, sólo un vehículo de seguridad va en frente de su auto blindado. Enviamos dos motocicletas a que conduzcan junto a la caravana mientras que Rondón parquea su jeep obstaculizando el paso. Los autos se detienen manteniendo las ventanas cerradas, evitando cualquier movimiento. Mis hombres rodean los vehículos y yo me acerco junto a la ventana donde sé que se encuentra el viejo alcalde. Golpeo el vidrio con mis nudillos.

–Vamos, alcalde, sólo quería preguntarle una cosa antes de que regrese a su pueblito. Baje del carro, por favor.

Del primer vehículo se apean cuatro agentes muy despacio, apuntando con sus armas a mis hombres intentando amedrentarnos diciendo que se han comunicado con más policías que no demoraran en llegar al lugar.

–Por supuesto – les digo – pero de todos modos nos vamos a ir hasta que pueda tener una conversación con el viejo Santos.

La ventana del auto se baja y veo dentro al alcalde, anciano y grotesco, acompañado por lo que parece una menor de edad apenas vestida.

–Lamento arruinarle la velada, alcalde.

–Santiago Santamaría – dice él mirándome sin temor – ¿qué diablos cree que está haciendo? Usted sí que está loco, hombre, pero jodido.

–Me parece que el jodido aquí es usted.

–¿Sabe quién putas soy yo?

–He dicho su nombre como cien veces, alcalde. Esta fiesta aquí es en su honor.

–Si intenta lastimarme va a tener medio país en su contra, Santiago. Un mundo de gente dispuesta a matar a cada uno de sus esbirros o como los llame, sólo para llegar a usted.

–Nadie va a lastimarlo, Santos, deje el melodrama que sólo quiero tener una conversación con usted. Si todo sale como quiero, en menos de nada volverá a la carretera en camino su mierda de pueblo, y traumatizando a esa niña junto a usted.

–No está asustando a nadie. Abra el paso o va a estar en serios problemas.

–Por Dios, Santos, ¿Cuántos años tiene esa niña? ¿es que ustedes los viejos no pueden ser menos grotescos? Oye, pequeña – le digo a la chica – ¿no sé cómo puedes soportar verle las pelotas a ese viejo? ¿No le llegan hasta los tobillos?

Ella se cruza de brazos y mira por la otra ventana.

–Estoy hablando enserio, Santiago. – Exclama Santos.

–¿Usted cree que yo no?

Saco mi arma y la coloco en la frente del viejo. Los cuatro agentes reaccionan al instante y empiezan a gritar en mi dirección mientras intentan abrirse paso hacia nosotros. Mis hombres los contienen apuntándoles con sus armas. Y por ese segundo parece que todos nos vamos a volar la cabeza en pedazos.

Santos suelta un chillido y empieza a temblar mientras intenta alejarse de

mí.

–No tiene idea de lo mucho que quiero pegarle un tiro, alcalde. Sólo me contendré si me responde una que otra pregunta ¿ah? ¿Qué dice? ¿Nos vamos a lo oscurito y compartimos nuestros secretos? ¿O nos matamos todos aquí?

–Está bien... está bien... cálmese, Santiago.

El viejo abre la puerta y baja del auto despacio, pidiéndoles a sus hombres que se mantengan al margen.

–Vuelvan al carro – les ordena.

Caminamos a un lado de la carretera donde la luz de los vehículos no alcanza a llegar. El viejo se soba la cabeza intentando no orinarse en los pantalones, imagino.

–Entonces, alcalde, tengo entendido que usted y mi padre eran buenos amigos.

–No sé de qué está hablando.

–Por favor – suelto un suspiro – no tengo tiempo para esto. O responde con normalidad, sin sus evasiones estúpidas o mis hombres van a acribillar a sus agentes. Sólo responda, tan fácil como eso ¿sí?

Santos agacha la cabeza y se sujeta las manos.

–Bien, ahora – continúo – usted y mi papá, Ramón Casillas, tenías negocios ¿no?

–Algo así, nos manteníamos informados. Saber lo que el otro sabía podía ser muy importante.

–¿Información? ¿Y qué? Cuénteme algo que pueda usar.

–¿Usar para qué?

–Cuénteme sobre Ismael Santamaría y mi padre. Sobre el senador Durán. Todos ustedes tenían negocios. Estaban haciendo algo juntos. Algo muy jodido. Lo han estado haciendo desde que se acabó la guerra contra la AIL. Son veinte años, alcalde.

–Me enteré que usted y Santamaría están peleándose.

–Pelearse no es la palabra adecuada.

–Usted intentó matarlo. Usted y los costeños.

–Y él mató dos costeños y robó bastante de nuestra mercancía. Ahora él y los húsares trabajan juntos. Pero eso usted lo sabe. Ustedes son socios, después de todo.

–Esto no va a acabar bien para usted, Santiago.

–Escuche, Santos. Sólo hábleme del negocio. Hábleme de lo que usted y mi padre y toda esa gente hizo. Me han contado cosas absurdas y no sé qué creer. Me dijeron que mi padre tomó un montón de cadáveres que dejó el ataque en Aprima... ¿es eso cierto?

El alcalde levanta la mirada y me mira con cuidado. Está empapado de sudor y no puede mantener las manos quietas.

–Esos son rumores – contesta.

–Entonces cuénteme verdades.

–Muy bien. – toma aire – Ya da igual... ya da igual.

–Hable.

–Su padre era un tipo con muchas ideas, él fue el jefe más importante de todo el país... el criminal más respetado, diría. Todo el mundo conocía a Ramón, no sólo la policía y otros jefes de carteles, políticos importantes, empresarios nacionales y extranjeros. Tenía socios en la milicia nacional y en todo rincón del país. Ramón Casillas era el rostro de los sesentas.

El alcalde mira hacia los vehículos, saca un cigarrillo y se lo lleva a los labios.

–Su padre se asoció hasta con la guerrilla, con la AIL, y se peleó con ellos. Era un caos entre carteles y venta de drogas, manejo de armamento con la guerrilla, secuestrados y políticos desaparecidos. Y luego esa guerrilla, en pleno negocios de paz, atacó ese pueblo, Aprima. O por lo menos el peor frente de la AIL lo hizo. Se metieron y volvieron mierda ese lugar. Lo controlaron por un par de días. Se emborracharon mientras amarraban hombres a postes en la plaza principal y les quitaban las extremidades o les rajaban la piel, se las quitaban. Empalaron mujeres por la mañana frente a la iglesia y las dejaron vivas allí todo el día. Mientras cantaban vallenatos y ponían a los maridos a ver.

No puedo evitar arrugar mi rostro.

–¿Qué tiene que ver eso con mi papá? – pregunto.

–El gobierno no quería que lo que ocurrió en Aprima se supiera, eso hubiera jodido la paz e impedido la amnistía. La milicia, unos políticos, y Ramón se dedicaron a encubrir la masacre. Y bueno... creo que lo otro... lo otro tendría que verlo usted mismo, Santiago.

–¿Qué? ¿De qué habla?

–Su tío lo sabe. Alberto Casillas lo sabe. Así como Ismael Santamaría, así como muchos hombres importantes del país. Sólo tiene que ir a un lugar.

–¿Cuál?

–Su club, Santiago. Donde vende sus drogas y pasa sus fines de semana. El Torreyana, vaya allá. Vaya al Palacio, el edificio original del club. El lugar más exclusivo del lugar, donde todos los viejos y grandes caballeros de este país se reúnen a fumar sus habanos. Vaya allá y pregúntele a su tío por Tierra Babilonia.

Puedo darme cuenta que el alcalde no es capaz de decírmelo todo. No quiere aceptarlo. Sólo quiere salir corriendo lejos de esta ciudad y refugiarse en su pueblo.

–Tierra Babilonia – repito.

–Ese es el gran secreto de Ismael. ¿Quiere joderlo de verdad? Vaya allá.

Me parece que ya he escuchado ese nombre en algún otro lugar, quizás años atrás. Tierra Babilonia. En la voz de mi padre, mientras tomaba algo de una copa, mirando por la ventana.

Adriel ha tosido todo el día por lo que ha decidido irse a casa temprano, antes de que anochezca para evitar que el frío de la noche lo destruya de veras. Cierra su estante de periódicos con llave y coloca sus cosas en la parte inferior de su silla de ruedas. Le digo que lo acompañaré hasta su casa, sólo para tener alguien con quien hablar un rato más.

–No vivo tan lejos – dice él.

–Entonces no tengo que empujarlo tanto.

Me deja controlar la silla de ruedas y él deja sus manos sobre su regazo, meciéndose al ritmo del camino. Por supuesto Adriel mintió y no vive tan cerca, por lo que seguimos caminando por lo menos otra media hora hasta que llegamos a su barrio.

–Oiga, Marcos, el cumpleaños de mi hija va a ser en unos cuantos días y quería saber si le gustaría venir – pregunta luego de un par de minutos que nadie dice nada – va a ser una cena simple, sólo familia... y pues si viene, usted.

–Gracias por la invitación, Adriel. Pero no sé qué decirle... no soy bueno para eso.

–¿Qué? ¿Cenar?

–Momentos familiares, celebraciones, eso.

–No sea ridículo, Marcos, que eso no tiene ninguna ciencia.

–No quiero incomodar a su familia.

–¿Por qué habría de incomodarla?

–No sé... sólo... no quiero involucrarme mucho, Adriel – no tengo idea de lo que intento decirle – usted es un buen hombre, y no quiero que se meta en problemas por andar conmigo... y mucho menos quiero que le afecte a su

familia.

–¿Por qué tendría problemas por andar con usted?

–No soy la mejor compañía, Adriel. Eso es todo.

Él asiente un par de veces y luego niega otro par.

–Mire, Marcos, no soy tonto. Usted es un chico que pasa mucho tiempo conmigo, como si tuviera miedo de andar por ahí suelto en la ciudad. No le hago preguntas porque sé que prefiere ser discreto y todo eso, pero sé que usted no debió haber trabajado en el ámbito más honesto o con personas de fiar. No sería el primer chico que conozco intentando evitar que los problemas del pasado lo encuentren y lo jodan. – Tose un poco y agrega – Sólo sé que usted no es mala persona, no tanto como usted se considera. Y somos amigos. Yo sé lo que es tener un pasado amargo ¿acaso sabe por qué estoy en esta silla de ruedas?

–Porque no puede caminar.

–Qué brillante, Marcos. Intento hablar de algo importante.

–¿Qué pasó, Adriel?

–¿Usted cree que usted es un mal hombre? yo era una escoria. Robé tiendas de viejos humildes en pueblos nobles, fue un esposo horrible, y un peor padre. Golpeaba a mi esposa de lo borracho que estaba, asustaba a mi hija con mi actitud de bestia. Era una maldita desgracia de ser humano.

Adriel me obliga a detener la silla de ruedas y él se queda quieto mirando al suelo.

–Mi esposa me dejó y se llevó a mi hija. ¿Y qué hice yo? Me emborraché por una semana. Todo el tiempo estuve ido, ebrio... y por alguna razón, una noche se me dio por saltar desde un puente al río, como lo hacía cuando era niño. Sólo que esta vez el nivel del agua era muy bajo y me estreché contra el lecho de piedras que casi me matan. Acabaron con mi espina dorsal y me dejó para siempre en esta silla.

–Suena horrible.

–Me salvó la vida. Dejé el alcohol, por supuesto. Me rehabilité. Mi esposa volvió conmigo y pude ver a mi hija crecer.

–Eso está bien.

–Ey, es mi vida, Marcos. Es enserio.

–Lo sé. Me alegra que todo haya funcionado para usted, Adriel. Pero... lo que yo he hecho, no puedo solucionarlo saltando de un puente.

–No puede saberlo hasta que lo intente.

Me quedo mirándolo y Adriel se ríe un poco antes de empezar a toser

desesperado a todo pulmón. Vuelve a empujar su silla y me desea una buena noche.

–Sólo piénselo, Marcos. Es una cena nomás. – Sigue andando carretera abajo – Buena tarde, amigo.

Buena tarde. Amigo.

La verdad es que Adriel me cae bien. Al comienzo me conformaba sólo con escuchar su voz dirigiéndose a mí, pronunciando mi nombre y hablando de trivialidades. Ahora es más que eso. Es un amigo. Mi viejo amigo en silla de ruedas, de piel negra, de lunares en el rostro y ojos entristecidos que se transformaban con su sonrisa cuando mira la foto de su nieto.

Cuando se va a casa siento que lo único que me queda es la ciudad y todo lo que esconde. Mi siguiente objetivo vive en una residencia resguardada por policía militar y siempre alguien lo está vigilando en la oficina. Es un tipo difícil de encontrar sin compañía. Pero todos necesitan un tiempo a solas, para fumarse ese cigarrillo prohibido o hablarle sucio a esa persona situada en la esquina. Ese tiempo se da en un casino al norte de la ciudad para el capitán de la policía Guillermo Mayarí. Por supuesto no usa su uniforme en dicho establecimiento, e intenta lucir tan normal que nadie lo reconoce. Puede pasar desapercibido cuando quiere, eso es algo que tenemos en común.

Lo vigilo mientras él juega su suerte en las máquinas tragamonedas, escondido en una chaqueta de jean y una gorra oscura. No se altera cuando pierde, ni se emociona al coleccionar sus ganancias, se comporta parco y lúcido en cada momento; por lo que nunca tiene problemas con nadie, eso y que es un sujeto enorme, hombros anchos y buena postura.

Después de un par de horas en el casino, Mayarí se levanta de su lugar, hace el cambio de fichas por dinero y sale a la calle sin decir más de lo que necesita.

Siempre lo veo en la televisión, anunciando a la prensa los avances en las investigaciones policíacas e intentando calmar a la comunidad de todo lo horrible que sucede en su tierra. Esa labor tan implacable lo ha hecho viejo, tiñendo su cabello casi por completo de blanco, lo que le da presencia de madurez y algo de sabiduría. Siempre directo, sin temor de las miradas y eternas preguntas ante las cámaras. Es un tipo duro. Siempre lo ha sido en la pantalla. Pero esta noche se detiene en seco sin ninguna palabra concreta que decir cuando siento que lo estoy mirando. Está junto a su auto dispuesto a abrir la puerta e irse a casa, pero no lo hace.

Se gira despacio y ahí estoy yo. Tengo un arma en mi mano pero no apunto



a su dirección. Él sabe quién soy yo. Él sabe que no necesito amenazarlo más de lo que necesito. Si quiero matarlo, lo haré y no habrá nada que él pueda hacer.

–Mantenga su distancia – dice con severidad – voy a subir a mi auto e irme. No intente nada y no tendrá problemas.

–No voy a tener problemas si usted se comporta como debe, capitán. – Empiezo a caminar hacia él – Suba al auto, yo me sentaré a su lado e iré con usted. ¿Entendido?

–No tiene ni idea en lo que se está metiendo, García. No tiene la más jodida idea del error que está cometiendo.

–Sólo suba al auto, capitán. Ahora.

Vuelvo a encontrarme con Díaz después de haberlo evadido por media semana. Está de pie sobre el prado, mirando a otros colegas y forenses entrar y salir de la pequeña casa en la loma que le pertenecía a Lucio Arévalo. Han encontrado finalmente el cuerpo del pequeño Noel González atado a una cama en el dormitorio de la casa. Lleva varios días muerto y, según las primeras observaciones de los forenses, el chico fue asesinado en esa cama y no ha sido movido desde entonces.

Díaz no ha sido capaz de entrar a ver el cuerpo, en vez de eso se ha quedado a mitad de la nada a sentirse miserable mientras observa al resto hacer su trabajo. Me detengo junto a él y espero a que despierte de su trance.

–Encontraron el cuerpo de Noel. – Afirma.

–Sí, Díaz, lo sé. Por eso estoy aquí.

–Lucio Arévalo lo asesinó... al parecer.

–Es lo más probable. Esta residencia le pertenecía y el tipo era un criminal.

–Él mató a Marta González también. Le dio una golpiza y luego la colgó de ese puente. Lucio hizo todo esto.

–Todo indica que sí.

–Ni siquiera lo estaban buscando.

–¿Perdón?

–No estaban buscando a Noel, lo encontraron por casualidad. Estaban buscando pruebas en las propiedades de Lucio... para hundir a Santiago Casillas. Nadie sabía que Lucio tenía a Noel... esto es sólo una gran coincidencia.

–A veces así es como funciona.

Díaz aparta su mirada de la casa y me enfrenta.

–Quisiera creer que encontrar el cadáver de Noel fue obra del destino, Rivera, pero no puedo. Especialmente cuando me entero que fue usted que insistió en revisar esta propiedad.

–No busque cosas donde no las hay.

–Por el amor de Dios, Rivera, no soy un jodido principiante. También soy un maldito detective, como usted. Sé que usted se mantiene en contacto con Marcos García... usted mismo me lo contó.

–¡Díaz! – Miro alrededor esperando que nadie más haya oído eso – ¡con un demonio! Eso ocurrió una vez. El infeliz irrumpió en mi casa... eso es todo.

–No puedo creerle, Rivera. Usted y yo sabemos que García mató a Lucio Arévalo y lo clavó a esa pared en la hacienda de los Casillas. Y de repente usted le da a la policía la ubicación del cuerpo de Noel González... Y usted viene a decirme que García no le dijo dónde estaba... ¿Qué tan imbécil cree que soy?

–Crea en lo que quiera. ¿Qué más da? ¡El chico está muerto! ¡Lucio está muerto! No hay nada que podamos hacer.

–¿Pudo haberlo salvado? Sólo dígame eso, Rivera ¿usted pudo haberlo salvado?

–¿De verdad cree que pude haber permitido que ese tipo matara a Noel? Si estuviese en mis manos yo mismo le hubiera volado los sesos antes de dejarlo tocar siquiera al chico.

Da un par de pasos hacia la pequeña casa, dándome la espalda.

–Usted no es el único que siente la muerte de ese niño – le aseguro con voz severa – pero si cada policía se derrumbara ante cada muerto que encuentra estaríamos todos tirados en el piso sin poder levantarnos, nunca.

Observo a mi compañero caminando sin vacilar hasta penetrar la casa y perderse dentro a enfrentar la realidad. Así estamos todos, chico, así estamos todos.

Mientras regreso a mi auto un oficial se me acerca y me pregunta si sé algo sobre paradero del capitán Mayarí.

–¿De qué está hablando? – pregunto.

–La secretaria del capitán ha estado llamando a todo el mundo. El capitán no aparece y ella está algo alarmada... dijo que usted podría saber algo. Usted es algo así como amigo del capitán.

–No tengo idea dónde está.

Con ello en mente subo al carro y arranco hacia la comisaría. En la radio

hablan sobre una niña pequeña, de trece años, Carlia Rosales, desaparecida hace un par de días. Y suelto una maldición a gritos. Otra niña. Con un demonio. Cuando la prensa se entere que encontraron el cadáver de Noel van a explotar por completo. Ésta será la ciudad de los niños perdidos, de los pequeños muertos... y todo el mundo sentirá que no hay nadie que pueda salvarlos. Es mejor que el capitán aparezca pronto a dar su declaración a las cámaras y evitar una peor hecatombe.

De vuelta en la comisaría Lucero Salcedo, la secretaria del capitán, me confirma lo que dijo el policía.

–Debe tener algún problema personal – digo intentando calmarla – quizá está indispuerto, no se preocupe.

–Esto no es nada propio del capitán, oficial – insiste ella poniéndose de pie – son muy pocas las veces que el capitán no se presenta a la oficina. Y si no viene me llama para que yo pueda dar su localización a los administrativos que puedan necesitarlo. Además, ya se está hablando mucho de esa niña que no encuentran.... Y con lo del hallazgo del cuerpo de ese otro niño... son muchas cosas que el capitán no descuidaría.

Al escuchar el tono en la voz de Lucero un nudo se me hace dentro del pecho. Ella tiene razón.

Dirigiéndome a la oficina del capitán me encuentro con la agente Emilia León. Me mira algo enojada debido a mi ausencia en el transcurso de estos días, pero su rostro se transforma cuando la agarro del brazo y le digo “desconocemos el paradero del capitán Mayarí”.

–¿Enviaron alguna patrulla a su casa? – Pregunta.

–Llamé a su conjunto residencial y me informaron que el capitán no pasó la noche allí.

León sostiene la mirada esperando lo peor.

–¿Tiene razón para creer que se trata de algo grave, oficial?

–Sí. Creo que es bastante grave.

Toma un respiro mientras piensa en sus opciones. La verdad, no sé qué podemos hacer. No hemos podido controlar nada de lo que ocurre en esta ciudad.

–No puedo creer que esto esté pasando ahora – dice mientras se acerca a un grupo de sus agentes – escuchen señores, tenemos un problema.

En los siguientes minutos la comisaría cobra vida conmoviéndose cada rincón del edificio; los agentes y policías se despliegan intentando rastrear los pasos que dio el capitán el día de ayer después de abandonar su puesto.

Levantamos teléfonos, entramos a su oficina, registramos documentos, salimos e ingresamos sin control. Los veo y siento el desespero de todos por agarrar el momento y no dejar que se les escape, aunque no pueden. No con Marcos García. Si él tiene al capitán, pasará lo que él quiera que pase.

–Rivera, ¿Cuándo fue la última vez que vio al capitán?

Escucho la pregunta pero no le respondo nada. No lo recuerdo.

–No lo sé – le digo a León – Lo siento.

–No lo sienta, Rivera, piense bien.

–Hace como dos días.

Un oficial se levanta de su escritorio y a todo grito informa que el capitán estuvo en el casino andino a horas de la noche el día de ayer. León me mira y ordena que conduzca al casino e indague. A pesar de todo, soy la persona en la que más confía de toda la comisaría.

–No tenemos mucho tiempo – dice ella mientras camino hacia la salida – haga contar cada minuto, Rivera.

Un par de horas después no obtengo nada útil. El capitán sí fue visto en el casino pero se retiró a la misma hora de siempre, su auto abandonó el estacionamiento y desapareció en las calles de la ciudad antes de poder llegar a casa.

Recorro el sector inseguro de qué es lo que busco, cualquier cosa, una señal que me muestre el siguiente paso. Pero sólo hay basura por las calles y panfletos en las paredes con fotos en blanco y negro de niñas perdidas.

Cerca de la tarde me encamino a casa esperando que García quiera negociar la libertad del capitán conmigo. Eso es todo lo que me queda. Me siento en mi sofá, sosteniendo mi arma en la mano derecha, pendiente de cada ruido que llega hasta mi sala. Intento pensar en alguna razón que haya tenido García para raptar al capitán. Nada se me ocurre. El chico está loco.

El día pasa de largo y yo sigo en aquel sillón esperando una llamada. Dejo mi mente en blanco, aunque es imposible vaciar cada grito atorado en mi cabeza.

Cuando el teléfono suena lo dejo timbrar un par de veces. No me siento capaz de lidiar con lo que ocurre, la vida del capitán podría estar en mis manos y no soy lo suficientemente fuerte para salvarlo, quisiera serlo.

–Aquí Rivera – respondo.

–¿Está preparado para esta noche, oficial? – Es Marcos García, hablando con esa confianza prepotente que tanto detesto.

–¿Usted lo tiene, García? ¿Lo hizo usted?

–Lo hice.

–Maldita sea, García. ¡Maldita sea! ¡Es el capitán de la policía! – Aprieto el arma en mi mano – Si llega a hacerle daño...

–No voy a lastimar al capitán.

–¿Qué es lo que quiere entonces?

–Yo no quiero nada... nada de esto se trata de lo que yo quiera. ¿Usted cree que me gusta ser un hombre buscado por la policía y cada criminal en la ciudad?

–Deje de hablar mierda y dígame qué pretende.

–Venga a verlo usted mismo.

Sabía que querría reunirse, pero solo hasta que lo escucho decirlo el terror me calla. No puedo creer cuanto miedo le tengo a este chico. Y no es precisamente porque piense que él quiera matarme; García no quiere matarme, eso ya lo tengo entendido. Me aterra es saber por qué me quiere con vida.

–¿Dónde?

–La casa del Capitán – dice García.

–Es un conjunto militar, vigilado por policía militar y seguridad privada ¿Cómo diablos va a ingresar allí?

–No, no. No esa casa... no su casa de policía. La otra. La casa de Guillermo Mayarí.

–García, no sé de qué está hablando. Si dejara de hablar como un idiota quizá podríamos llegar a un acuerdo.

–La casa en el lago, el de caballerizas abandonadas y carreteras de tierra.

–No sé dónde es eso.

–Venga solo.

Marcos cuelga el teléfono y yo aviento el aparato contra la pared gritando todas las maldiciones que se me ocurren. ¡Hijo de puta! ¡Todo es un jodido juego para ese niño! ¡Ese enfermo del carajo! ¡Le voy a sacar las malditas tripas!

Entonces recuerdo la vieja hacienda del capitán, El Salvadio. Dejó de ir allí después de su divorcio. Queda a unas tres horas de la ciudad, en alguna ruta perdida en el interior de este país.

Llamo a la comisaría, a mi escritorio, mientras guardo mi arma en su funda. La agente León responde.

–Sé quién tiene al capitán y dónde están. – Le informo.

–Escucho.

–Marcos García llevó al capitán Mayarí a una propiedad del capitán fuera

de la ciudad. La hacienda El Salvadio. Me dirigiré allí de inmediato a negociar con García... mande refuerzos. – cuelgo antes de escuchar lo que dice León.

Cuando mi padre murió todo el mundo me tomó del hombro en su funeral y me dijo que ahora su legado quedaba en mi poder. Yo era el heredero de lo que fuera mi padre dejó. Nada podría estar más lejos de la verdad. Aún después de todo este tiempo tengo que forzar mi entrada en el negocio familiar.

Cinco de mis hombres cargan sus armas automáticas en la camioneta, yo guardo mi revólver en mi abrigo esperando que no tenga que usarlo. Estamos parqueados frente al club social Torreyana, minutos antes de entrar al lugar mi propio padre construyó armados hasta los dientes.

—No creo que deba ir solo — comenta Aurelio Rondón sentado junto a mí en el auto.

—Esto es un asunto familiar. Entre mi tío y yo.

—Usted va a indagar por el negocio familiar, en el que Ismael Santamaría también hace parte. Tengo una deuda qué saldar con Santamaría.

Ismael había asesinado a la mano derecha de Rondón, Hugo Fajardo, y ahora el costeño no paraba de hablar de venganza y demás idioteces. Lo que a mí no podría importarme menos. No iba a dejar a Rondón involucrarse en esto, no ahora. Esto no es sólo negocios, no es sobre nada que él pueda entender.

Mi tío ha estado jugando al viejo noble por mucho tiempo, aparentando permanecer fuera del mundo de mi padre. No puedo soportarlo más. Alberto Casillas es sólo la sombra de su hermano, Ramón. Son casi la misma persona.

Abro la camioneta sin dirigirme a Rondón en absoluto. Le digo a mis hombres que permanezcan tras de mí y que no levanten las armas a no ser que yo lo ordene. Caminamos hacia el portón del club, y nuestros pasos resonaron en la calle vacía, lo que llamó la atención del celador. Salió de su caseta y me



saludó por mi nombre un poco desconfiado de ver a mis hombres tras de mí.

–¿Puedo preguntar quiénes son sus invitados, don Casillas? – pregunto mirándolos uno por uno.

–Es mejor que no – respondí pasando junto a él – Permanezca en su caseta. No va a ver problemas, no se preocupe.

Dentro del club caminamos por varios minutos hacia el Palacio, el edificio más antiguo y exclusivo del club, en donde mi tío Alberto se refugia del mundo.

Es tarde y la mayoría de empresarios y jubilados han dejado a un lado sus palos de golf y se dedican a degustar el alcohol más caro que puedan encontrar. Las piscinas y tumbonas están abandonadas, pero se escucha música saliendo del pub junto con las risas de señores y señoras pasando la noche de viernes.

Con mis hombres cruzamos el club como un escuadrón silencioso que no conoce su objetivo. Sólo tengo un nombre.

El edificio se ve simple tras unos cuantos arbustos, apagado por la falta de iluminación en aquel sector en particular. Nos recibe un pórtico del que se levantan un par de columnas agrietadas que le dan un aire quebrado al lugar. La puerta se abre y veo a mi tío acercársenos tan enojado como nunca antes lo había visto.

–¡Esto es inaceptable, Santiago! – Grita mientras baja las pocas escaleras que nos dividen – ¿Crees que esto es uno de tus antros donde puedes traer a esta gente? ¡Esto es un lugar de clase!

Lo dejo gritar todo lo que quiera, que se desahogue por completo antes de que tenga que enfrentarse a mí. Sigue reclamando por varios segundos hasta que se da cuenta que no he abierto mi boca, no he parpadeado, y que esto no será nada fraterno. Se calla y su expresión se hace suave pero intrigada.

–¿Qué ocurre Santiago?

Saco de mi abrigo el revólver.

–Escuche bien, tío, porque esta noche no vengo a hacer preguntas, no vengo a discutir. Vengo a exigir, y a no ser que haga lo que le pido, mis hombres abrirán fuego a este lugar, la policía aparecerá en cualquier momento y expondremos al mundo lo que sea que usted está escondiendo. No quiero escuchar nada más que lo que quiero, dice una palabra intentando evadirme y disparamos.

No se inmuta, pero lo veo precavido.

Entonces lo digo:

–Muéstreme Tierra Babilonia.

Mi tío aprieta los dientes y toma una bocanada de aire. Espero a que me muestre el camino.

–Mire, Santiago – dice – no sé con quién ha hablado...

Hago una seña a mis hombres, quienes toman sus automáticas y apuntan al edificio, antes de que pueda dar la orden de fuego mi tío lanza un grito.

–¡Espere! Espere...

Se para frente a mí y noto cómo inspecciona mis ojos.

–No va a querer verlo, Santiago, se lo aseguro. Pero entiendo que es lo que tengo que hacer.

Mi tío se da la vuelta y retoma sus pasos hacia el Palacio. Le digo a mis hombres que esperen afuera y sigo a mi tío quien no habla mientras me conduce dentro. El edificio es impecable, con lámparas colgantes alumbrando un espacio angosto pero refinado, se me viene a la mente la palabra aristocrático. Entramos a una sala en donde hay un par de sujetos en traje bebiendo whisky, una biblioteca y una mesa de póquer. El silencio se hace certero y me siguen con la mirada hasta que salimos del cuarto. Bajamos al sótano, una bóveda en donde almacenan cajas y barriles y vinos. Mi tío se detiene hasta llegar al fondo de la bóveda, saca una llave y abre una pequeña puerta. Adentro hay una habitación del tamaño de un clóset. Un tipo se pone de pie cuando entramos, es alto, algo mayor, con una fina barba cubriendo su rostro. En el lugar hay unos cuantos estantes con comida, y una mesa que sostiene una radio y un periódico.

–Todo está bien, Osorio – asegura mi tío.

El sujeto me echa un último vistazo y sale del lugar sin haber emitido un sonido. La puerta se cierra y nos quedamos solos en un cuarto comprimido, gris y austero. Mi tío suspira y se mira los zapatos, pensando qué va a decirme.

–Tienes que entender que esto empezó hace años, más de veinte. – Dice sin levantar la cara – Vivíamos en un país mucho más conservador que hoy, todo era un tabú, la gente se inhibía, además de que estábamos en guerra debido a la AIL, la guerrilla. Tu padre era un hombre poderoso, pero para ser lo que fue pasó por un montón de mierda. Tuvo una vida dura, empezando con la muerte de nuestro padre a quien asesinaron en frente de nuestra hacienda cuando éramos jóvenes. Se llenó de demonios y... bueno... ocurrió todo. Comenzó el proceso de paz con la AIL, y pocos meses antes de la firma un frente de la guerrilla atacó ese pueblo, Aprima. La desgracia fue casi total. Ni si quiera me

alcanzo a imaginar lo que hicieron ese par de días que estuvieron en el pueblo. No sólo mataron a cientos de personas... las acabaron pedazo a pedazo.

Mi tío se acerca a la pared y la mueve con ambas manos, abriéndole paso a otra puerta. No me puedo creer lo que está pasando. Tienen una puerta secreta en el lugar más recóndito de este jodido club.

–La masacre se salió de proporción y nadie quería que se supiera nada, de lo contrario habría afectado al proceso y a la imagen de muchos políticos que apoyaban la causa de la guerrilla. – Dice mi tío abriendo la puerta – Todos querían controlar la situación; el gobierno, la milicia, la guerrilla... tu padre. Por ello él hizo lo que hizo. Creó este lugar.

Hay una escalera que desciende al centro de la tierra. Estamos en el sótano y hay otra escalera empotrada allí. Una luz rojiza y tenue proviene del fondo. Mi tío se hace a un lado y me señala el vacío para que yo baje.

Aun empuñando el arma empiezo a descender las escaleras.

–Subieron a un camión a las víctimas más frágiles e inocentes del atentado; unas cuantas decenas de mujeres, niños y niñas, varios de ellos heridos, abusados, apenas vivos, y los trajeron aquí. No era una ayuda humanitaria. Éramos nosotros; tu padre, Ismael Santamaría, varios políticos como el senador Pedro Durán y Alfonso Santos. Y una nueva puerta se abrió... todas esas personas, esos chicos, nos pertenecieron. Sus nombres fueron borrados de los archivos. Quedaron desaparecidos para los registros nacionales y la masacre se volvió en un mito.

Al final de la escalera hay una última puerta que se abre cuando me paro frente a ella. Un sujeto vestido completo de negro me deja ingresar. Una bruma rojiza me nubla la vista en mis primeros pasos. El humo es de incienso y su olor se me mete por la cara y me ahoga un leve instante.

–Esta es Tierra Babilonia, nuestro propio mundo desde hace veinte años. Esto es el legado de tu padre.

En el corredor hay un hombre y una mujer de pie, desnudos y encadenados por el cuello a las paredes. Música clásica suena a lo lejos y se escabulle por todo el lugar. Mientras cruzo frente a la chica y el chico veo que ninguno de los dos tiene manos, se las han cortado y han cubierto las cicatrices con seda. Ninguno hace contacto visual conmigo, ni parecen conscientes de que estén vivos. Entonces siento que el ambiente empieza a marearme.

–Pocos hombres saben de este lugar, y matarían a cualquiera que intente

revelarlo. Su reputación es todo lo que les queda... eso y nuestra tierra. – Mi tío sigue hablando detrás de mí con fuerza para sobrepasar la música y los murmullos que se hacen cada vez más potentes.

A lo largo del corredor hay habitaciones sin puerta y dentro veo mujeres con los ojos cubiertos y las manos atadas al techo, su boca sellada, y hombres alrededor, moviéndose entre la bruma de neblina e incienso. La luz roja les disfraza el color de piel y todo reluce como sangre. Hay cojines en el suelo y cortinas de seda ocultando las paredes. La ausencia de ventanas o de luz natural me hace perder la noción del tiempo y libertad, de realidad.

Una sala se abre frente a mí, primero escucho las voces de las niñas y niños entre ancianos y sujetos enormes aferrándolos sin piedad. Los veo y todos murmullan, ignorándome. Es el constante gimoteo lo que me agobia, y el olor, el jodido olor a incienso y sal, y sudor, es hedor. Una niña pequeña está sentada al final de la habitación, lleva un vestido blanco y un moño en su cabello, parece una muñeca sin vida, observando lo que la rodea.

–No los veas como personas – dice mi tío – apenas y han visto la luz del sol. Sus nombres cambian, su identidad... muchos de ellos han nacido aquí mismo, y aquí se quedarán.

–¿Qué es esto, tío? – las palabras me salen con dificultad.

–Lo que quieras que sea, sobrino, lo es todo.

El sonido de las cadenas golpeando entre sí me enloquece y pierdo el equilibrio. Caigo de rodillas y una de las chicas intenta sujetarme pero abanico mi revólver en todas las direcciones.

–¡No me toquen! ¡Ya basta! ¡No más! ¡No más!

Ver a aquella pequeña niña me hace pensar en mi hija, Alicia. Y vomito en el suelo. Una lava hirviente y pesada cae de mi boca y se estrella en el suelo. La gente se aparta de mí asqueados y asustados por el arma. Estoy en una pesadilla. La luz roja resplandece en mis ojos, y sólo veo las caras de esos chicos, de esas mujeres.

–Éste será tu legado, Santiago – dice mi tío – éste es el regalo de tu padre.

No puedo estar seguro cuantas horas llevo al volante. El tiempo se ha pasado entre el millar de imágenes que se me aglomeran en la cabeza. Escucho a mi propia voz decirme que no sé qué es lo que hago, ni cómo voy a enfrentarme a Marcos García. Se me ocurre que tal vez lo que él quiere es que lo mate, me ha traído hasta allí sólo para pegarle un tiro y liberarlo del tormento de ser perseguido. Me colocará la bala en la palma de mi mano y me dirá adelante, vuéleme los sesos. Es una estupidez. Él es quien va a matarme. Va a mostrarme el cadáver del capitán Mayarí despedazado en su propia hacienda y luego va a matarme a mí.

Me despierto del trance y me doy cuenta que llevo conduciendo por horas y no hay nada más que árboles y montañas por acá. No sé cómo lo he logrado pero me he adentrado al camino que me conduce a la hacienda el Salvadio. Sólo estuve allí una vez hace años, antes del divorcio del capitán, y aunque no debería recordar el camino, aquí estoy.

Las luces del auto alumbran el portón abierto de par en par. Una cadena y un candado tirados a un lado del camino. Detengo el carro y apago el motor, ocasionando que hasta las voces en mi mente se callen y no queda nada que escuchar. Camino sobre la maleza y el prado que no han sido cortados por meses, hay barro y charcos a cada paso que doy. El abandono del lugar es visible; hay poca luz y no parece que nada posea vida aquí, todo está muerto, seco, quieto. Sostengo el arma y espero a sentir la presencia de García revelarse y decirme qué es lo que quiere, cómo va a joder al mundo esta noche. Hacer malabares con sus armas y asesinar al que se le ocurra. Pero nada pasa. Ni gritos de fondo, ni grillos chirriando a mis pies. No soy capaz de moverme. Intento controlar mi respiración. Estoy aterrado, como cuando

era niño y mi papá le disparó a ese lobo y me sentí incapaz de ir a ver al animal muerto. Mi hermano Raúl me haló de la camisa y me dijo que lo siguiera. “Quiero verle los dientes, las fauces...”. Pero yo me quedé enterrado en el fango, negando con la cabeza y cubriéndome los oídos por el tintineo que el disparo había dejado. Han pasado un montón de años, soy un jodido policía, viejo, veo cadáveres todo el tiempo, y sigo sin ser capaz de moverme.

Una luz titila dentro de las caballerizas, varios metros dentro del terreno. Echo un vistazo atrás con la esperanza de escuchar el sonido de las sirenas, de los refuerzos acercarse; pero al parecer la policía está teniendo dificultades ubicando la hacienda. Me acerco a las caballerizas, que es un caserón grande y malgastado sin ningún animal, y vigilo el interior. Las puertas están en su mayoría abiertas pero la oscuridad oculta lo que aguarda en ellas. Han remodelado el edificio para tener más espacio. El sonido de un leve movimiento se expande por el eco, me paraliza al oírlo, y me coloco contra la pared mientras camino al corazón del lugar. Es una voz lo que se escucha. Está murmurando algo pero las palabras se distorsionan al llegar a mí.

Levanto el arma dispuesto a dispararle a la primera silueta que aparezca... o eso es lo que mi instinto me ordena. Si dudo por un segundo será García quien haga el disparo.

Por el camino dentro de la caballeriza encuentro una mesa contra una pared, una lámpara apagada, fotografías desordenadas reposando en la madera y algo de papeleo. Observo las fotografías pero no soy capaz de discernir nada. Me siento vigilado. Esperan a que me distraiga para desarmarme y cortarme la garganta. Quisiera decir que estoy siendo paranoico pero con García no se puede ser demasiado precavido. Uno de los rostros en las fotografías me resulta familiar. Se trata del senador Pedro Durán antes de que lo asesinaran, saliendo de algún viejo teatro de la ciudad. Levanto otras fotografías y las reviso. Me encuentro con la cara del alcalde de Mendoza, Alfonso Santos. Hay otros rostros políticos menos conocidos, veo a Ismael Santamaría hablando con un viejo Alberto Casillas en el Torreyana. No comprendo que es todo aquello. Hay recortes de periódicos sobre la muerte del senador y de Armando Contreras y de sus posibles asesinos.

Al pie de la mesa hay una pequeña nevera portable en funcionamiento. La reviso y me encuentro con algunas bebidas y comida dentro. Por el polvo que ha acumulado diría que lleva varios días aquí. Me reincorporo cuando escucho un grito al fondo. “¡Lo van a matar!”. Empiezo a correr, pero me detengo al recordar con quién estoy lidiando. Tengo que ubicar a García antes

que él a mí. Un olor pútrido me acorrala y me hace sostenerme contra la pared. Proviene de una habitación con puerta de hierro, cerrada.

Abro la puerta despacio, tomando aire antes de que el olor escape de la habitación. No hay ventanas, sólo oscuridad. Por lo que sé este lugar no tiene fin... es sólo negrura. No entiendo qué es lo que está pasando aquí.

Saco mi linterna y la enciendo. Y lo veo.

Hay alguien amarrado a una silla en el centro del cuarto. El moho cubre rincones de las paredes y hay mierda en el suelo. Rastros de sangre. Bastante. Quien esté allí atado está muerto.

Alumbro su piel y veo cortes, quemaduras de cigarrillos.

Se me viene a la cabeza mis jodidas pesadillas; las que le contaba a Díaz, en donde estaba atado a una silla al igual que este pobre bastardo. Me hace pensar que quizá estoy alucinando, o que nunca tuve pesadillas. Nunca hablé con Díaz al respecto.

Tiene la cabeza recostada contra el pecho. Moretones cubriendo su cara y la nariz rota. Me acerco para verlo mejor y ahí está. Lo conozco. Le han arrancado las uñas y le han clavado puntillas en las heridas. Lo estaban torturando.

Es Franco Montés. El chico al que la oficina de protección víctimas de la guerra se llevó de la Caldera. Ha estado aquí todo este tiempo. Lo han estado matando de a poco, apenas queda algo de él. Nada.

–Dios santo – me acuclillo para ver su expresión deformada – Franco...

No puedo parpadear. Está casi irreconocible. No tiene camiseta y está descalzo. Sentado en su propia mierda y vómito.

Debí buscar mejor por él... debí intentar... no sé. Hacer algo. Pero no puedo... nunca pude. Dejé que lo hicieran pedazos. Esos jodidos tipos en trajes que aparecieron en la fundación, los funcionarios de esa oficina distrital.

Se me viene a la cabeza Marta González, Noel, ahora Franco.

Empuño el arma y salgo embistiendo la puerta tras de mí. Camino con firmeza hasta el salón, de dónde provenía el grito. Con el dedo en el gatillo. Hay algo de luz al final del caserón. Hay alguien allí... alguien. Quizá quien le hizo esto a Franco.

Entro levantando el arma, apuntando a la única figura que está allí. “No se mueva” dice mi voz con gran ira. El capitán Mayarí se gira a verme.

–Gracias al cielo – dice – Rivera... ¡sáqueme de aquí!

Lo han despojado de su abrigo y su camisa está medio abierta.

–Capitán... ¿Está bien? ¿Está herido?

–Estoy bien, pero el muy infeliz me esposó a la tubería – explica mostrándome su mano aferrada a un extremo de las esposas mientras el otro está sujeto a un tubo tras él.

Me aproximo e intento liberar al capitán.

–¿Dónde están el resto? – pregunta en voz baja.

–Los refuerzos llegaran en cualquier momento.

–¿Qué? Con un demonio, Rivera ¿está solo?

–Por ahora. ¿Dónde está García?

–No lo sé... se marchó hace unos minutos y no ha regresado.

–¿Por qué lo traje aquí, capitán? – pregunto mientras intento romper la tubería.

–Es un asesino, Rivera...

–¿Qué le ha dicho?

–Sáqueme de aquí primero.

La vieja tubería es bastante resistente, me tomará un tiempo dejar libre al capitán.

–Tengo que encontrar algo para romper la tubería – aseguro.

–Mierda – dice él tirando de las esposas con fuerza, hiriendo el brazo que tiene atrapado – deme un arma.

Saco la pequeña pistola de repuesto y se la entrego, él la guarda en su pantalón a su espalda.

Tiene un moretón en el ojo izquierdo. No puedo imaginarme a Marcos García goleando a un tipo tan grande como el capitán, pero de algún modo lo ha doblegado y traído hasta aquí.

Me detengo un segundo, dejando de forcejear con la tubería y me quedo viendo al capitán.

–¿Qué ocurre? – me pregunta el capitán mientras mira a nuestro alrededor, pensando que quizá me detuve porque alguien se acerca. Pero seguimos solos.

–Ésta es su propiedad – murmuro mientras ordeno mis pensamientos – ¿sabía usted que Franco Montés estaba aquí, capitán? ¿Sabía que lo torturaron hasta matarlo?

–Rivera... hay un demente ahí afuera, sino me libera nos va a matar a ambos.

–Respóndame, capitán ¿Sabía que Franco estaba encerrado en su hacienda?

–No, por supuesto que no... no sé de qué está hablando.

Me doy cuenta que he levantado mi arma y le estoy apuntando al capitán.



Doy dos pasos atrás y miro su expresión.

Puedo verlo. Puedo ver al capitán Mayarí en aquella habitación oscura y a Franco atrapado a esa silla, sollozando como un niño pequeño, el mismo chiquillo que perdió a toda su familia en Aprima. El mismo niño que se encaminó solitario a la ciudad, donde lo abandonaron a la suerte de las drogas y las calles, de los enfermos en la Caldera.

–Rivera, piense bien lo que está haciendo – musita el capitán Mayarí levantando sus manos intentando calmarme.

–¿Por qué está el cuerpo de Franco Montés aquí? ¿Quién lo trajo? ¿Quién lo torturó?!

–García está manipulándolo, Eduardo... ¡Baje esa maldita arma antes de que cometa un error!

–¿Tiene usted contactos con esos tipos que se lo llevaron de la Caldera? – tengo mi dedo en el gatillo.

–No, en absoluto. ¡Escúchese por un segundo, Eduardo!

Puedo verlo. Puedo ver al capitán Mayarí abofeteando a Franco quien no para de llorar. Puedo sentir sangre en mi boca, el dolor en mi mejilla. La desesperación.

–Usted lo hizo. Usted acabó con él. Lo encerró en ese lugar por días, lo torturó, lo dejó morir solo. ¿Fue así?!

–¡No! ¡No fue así, Eduardo! ¿Quién demonios cree que soy?

–¿Por qué lo sé, entonces? Sé que fue usted...

–Eduardo...

–¡Cállese!

Las manos me tiemblan, pero mi dedo sigue en el gatillo. El capitán Mayarí empieza a derrumbarse, la voz se le quiebra y parece que está a punto de llorar.

–Yo no lastimé a ese muchacho – asegura – no lo hice.

–Usted lo trajo aquí... nadie más viene a esta hacienda. Quería sacarle información al chico, quería saber qué pudo contarnos de Aprima. ¿Fue eso? ¿De eso se trata?

–Nada de esto tiene sentido, Eduardo... no sabe lo que dice.

–Lo sabe – dice una nueva voz.

Me volteó junto con el arma y allí está... al final de la habitación, como una persona cualquiera, sin armas, sin protección solo. Marcos García. La peor desgracia que pudo ocurrirle a este país, a esta era.

–¡Dispárale, Eduardo! – Me grita el capitán – ¡es una orden!

No sé qué hacer.

–El oficial Rivera sabe lo que ocurre – dice García con voz tranquila... como si él tuviera el arma... como si no estuviera en la mira, a un segundo de morir – sabe quién tomó a Franco Montés y lo encerró en la oscuridad para luego matarlo.

–¡Eduardo! – insistía el capitán.

–Silencio – les digo – ambos... ¡ahora!

–Mayarí estuvo en Aprima esos días, oficial Rivera. Al menos cuando la fuerza militar tomó el pueblo luego de la masacre cometida por la AIL. – Marcos empieza a caminar hacia nosotros – Él vio los cuerpos tirados en las calles, las mujeres empaladas frente a la iglesia, a los niños en llanto que se habían escondido en sus casas durante esos días. La milicia se encontró con eso y no supo qué hacer. Su capitán estuvo allí como soldado, hace veinte años.

–Maldita sea, Eduardo – el capitán masculla sobre la voz de García – este tipo es el peor asesino del país... lo tiene ahí enfrente y le he dado una orden. Dispare, ahora.

–Su capitán ayudó a encubrir lo ocurrido. Ayudó a varios sobrevivientes a subir a un auto que los llevó al olvido... los terminó jodiendo a todos. – Marcos se detiene a mitad de la habitación. La luz titila y la oscuridad lo cubre todo por un segundo – Su capitán se aseguró que todos permanecieran en silencio, incluido Franco.

–¡Eduardo!

–Usted lo sabe, oficial Rivera – me dice Marcos sin titubear – usted lo ha visto ¿verdad?

Mi cara está empapada de sudor, creo que voy a desfallecer, pero no puedo. Es cierto. Lo he visto. Lo sigo viendo. Franco peleando por respirar, por obtener ese último aliento antes de morir. Antes de que lo maten.

–¿Qué fue lo que me hizo? – le pregunto a Marcos, aun apuntándole con mi arma, viendo a Franco morir en mi cabeza.

–Su capitán nunca quiso que salvaran a Franco, y no querrá que salve a nadie más, oficial – dice Marcos – nunca más.

–¡Suficiente!

El capitán Mayarí toma la pistola que tiene a su espalda y justo cuando la levanta hacia Marcos, giro hacia él y halo el gatillo. La bala penetra la cabeza del capitán y sale detrás hasta estrellarse en la pared. El cuerpo se estremece y colapsa para quedar colgando del brazo aferrado a las esposas. Y ahí está. El

cadáver del capitán Mayarí, meciéndose todavía por la fuerza del tiro, con un agujero en la cabeza. La imagen no me suelta y me mantiene atrapado, aun apretando el gatillo, temblando.

Volteo para apuntarle a Marcos García y la luz vuelve a titilar para luego apagarse por completo. Todo desaparece de mi vista y disparo de nuevo dispuesto a matar a García, la detonación alumbra todo por un leve instante y me revela su rostro justo frente a mí. Fallo y él me golpea en el rostro. Caigo al suelo de espaldas sintiendo el dolor apoderándose de mi cara.

La luz sigue titilando, pero apenas puedo ver algo. Creo que estoy sangrando. Me palpo el rostro y restriego la sangre por mis mejillas y mi nariz.

Marcos García se para frente a mí. Su cabello rojizo cubre un poco sus ojos, se lame los labios y toma un respiro. Tiene mi arma en su mano.

–Lo ha hecho, oficial – dice – lo ha hecho.

Me apunta con mi propia arma y me doy cuenta de lo que se viene.

–Marcos – dice mi voz apagada, sin esfuerzo alguno.

Él me mira sin ira, y me sonrío. Sigo tirado en el suelo sujetándome el rostro, a punto de decirle a Marcos que no me mate, que no lo haga, y él dispara. Siento el impacto tomarse mi cuerpo y despedazarme por completo. Atravesando mis venas, cubriéndome la piel, arrebatándome el aire y arrastrándome hasta el fondo de la tierra. Todo vuelve a ser oscuridad otra vez.

Todo.

JF Forero es un escritor colombiano. Nació en Tunja en 1991. Graduado en filología e idiomas: inglés de la Universidad Nacional de Colombia. Y es uno de los ganadores del 8 Concurso Nacional del Cuento RCN– MEN del 2014 con su cuento *Todos mis amigos están muertos*. Publicó su primera novela *¿A quién odias, Dani?* en el 2015. En la actualidad reside en Alemania con su esposa e hija.

<http://jfforero.net.jfforero.com/>